

LOUISE Boije af GENNÄS

TRILOGÍA DE LA RESISTENCIA 1

FLORES DE SANGRE



B

FLOR DE SANGRE

Trilogía de la Resistencia 1

Louise Boije af Gennäs

Traducción de Francisca Jiménez Pozuelo



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@AdictosAlCrimen



@adictosalcrimen



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

*En memoria de mi padre,
Hans Boije af Gennäs (1922-2007)*

La fantasía nos prepara para entender la realidad antes de que aparezca.

MARY CAROLINE RICHARDS (1916-1999)

Prólogo

El dolor era insoportable. Incluso podía verlo en color: rojo en los bordes y blanco en el centro; se había instalado dentro de su cabeza. No sabía si su cuerpo seguía conectado al cerebro o si le faltaban algunos miembros. El olor a sangre, a su propia sangre, le abrumaba y le repugnaba a la vez. Sintió una arcada, pero en el estómago no le quedaba ya nada que vomitar.

A veces perdía la conciencia y las voces que le rodeaban desaparecían, pero siempre volvían. Hablaban en un idioma que entendía, aunque no era capaz de juntar las palabras para darles sentido. Sin embargo, sabía perfectamente lo que se proponían: pretendían que se rindiera y se lo entregara. Pero eso no iba a suceder.

—... Sara.

Oír el nombre de su hija hizo que levantara ligeramente la cabeza, y emitió un leve gemido. Después, otra vez aquel dolor incandescente: le habían propinado un fuerte golpe en el cráneo. El color rojo se fue deslizando lentamente hasta cubrir por completo el punto blanco del centro.

Dos hombres, de pie en la habitación, le observaban: los dedos sin uñas, la boca que ya carecía de todos los dientes, los ojos hinchados por las palizas, las múltiples heridas, cortes, quemaduras. Debajo de la mesa, en el suelo, junto a dos electrodos, yacían sus gafas con los cristales destrozados. Su cuerpo desnudo, irreconocible después de tantas horas de suplicio, descansaba sobre la mesa de escritorio en una postura imposible.

Los hombres se miraron y uno de ellos hizo un breve gesto de aprobación con la cabeza.

Se oyó el chasquido de la cámara de un teléfono móvil.

El olor a gasolina era fuerte y penetrante. El cerebro del hombre que yacía sobre la mesa luchaba por no asumir el pensamiento que le acechaba, pero su cuerpo reaccionó y lo poco que quedaba en sus intestinos se esparció por la mesa.

Insultos, y el traqueteo de unos bidones de hojalata en el pavimento del patio. Luego, silencio.

Las imágenes se sucedían en su cabeza.

Un anillo.

Un sello.

Un beso de Judas.

«Resiste.» Y luego la familia. Las manos de Elisabeth, la sonrisa de Sara, Lina galopando a caballo por la pradera a través de la neblina una soleada mañana de otoño.

Un instante después, una luz le deslumbró y una fuerte explosión hizo desaparecer todo el dolor,

todo el sufrimiento y todos los colores, olores y pensamientos.

A cierta distancia, los dos hombres observaban las llamas que se elevaban hacia el cielo azul pálido de principios de verano. Detrás de ellos, a la derecha, justo por encima del lindero del bosque, se vislumbraba ya el parpadeo de Venus, el lucero vespertino. Tras observar unos instantes en silencio el feroz incendio, ambos se dieron la vuelta y se dirigieron a un automóvil negro estacionado más abajo, junto al camino. A sus espaldas, un gato de color gris jaspeado cruzó el césped dando grandes saltos y desapareció en el interior de un oloroso cerezo de flores blancas que brillaban en la penumbra.

—Bueno —dijo la señora menuda y regordeta al abrir la puerta—. Aquí es donde vas a vivir.

Eché un vistazo al interior del diminuto dormitorio e inmediatamente sentí que el buen humor que me esforzaba por mantener se desmoronaba hasta llegar al nivel del suelo. Había una cama estrecha cubierta con una fina colcha de algodón de color naranja a rayas que me recordó el cubrecama de principios de los setenta de nuestra casa de verano. De repente, la habitación de estudiante del año anterior en Uppsala se me antojó lujosa.

Al lado de la cama había una mesita de noche, y la casera se acercó para tirar del cajón.

—Va un poco duro, pero se puede abrir. El cuarto de baño está en el pasillo, lo compartes con otros dos inquilinos. No uses secador de pelo, la instalación eléctrica no es segura.

La mujer, que se había presentado como Siv, tenía ya una edad. Salió al pasillo y yo eché una última ojeada al dormitorio antes de seguirla: la lámpara de techo de papel exhibía una enorme mancha negra pegajosa en el centro, justo debajo de la bombilla; ¿moscas muertas, tal vez? Suelo de vinilo y una jarapa a los pies de la cama, encima de la cual había dejado el transportín del gato y la maleta roja. Un sillón desgastado bajo la ventana y una cómoda con tres cajones. Armario con llave, de medio metro escaso de ancho.

Siv me esperaba con la puerta del cuarto de baño abierta y tuve que pasar por delante de ella para entrar. Una bañera antigua de color azul claro con una cortina de ducha sucia. Inodoro con el asiento de plástico agrietado, lavabo con grifos de los años setenta (círculo azul para el agua fría, rojo para la caliente). Alfombra de plástico de color rojo sangre en el suelo.

—Si evitas eso vivirás más tiempo, siempre lo digo —dijo, señalando una toma de corriente con los cables al aire.

Luego sonrió para sí misma y fui tras ella por el pasillo.

—Queda por hablar el pequeño detalle del pago —espetó—. Serán seis mil quinientas coronas al mes, por adelantado y en efectivo.

—¿No habíamos redondeado a seis mil? —contesté.

Siv frunció los labios.

—Sí, pero tienes un animal, y hay que prever que puede causar daños y problemas. Quiero quinientas coronas más, por el gato.

Suspiré y metí la mano en el bolso para sacar el sobre y un billete de más de mi delgada billetera. Siv abrió el sobre y contó el dinero con codicia. Justo en ese momento y en ese lugar,

bajo la luz titilante de la lámpara fluorescente, sentí que había llegado al Estocolmo de la escasez de vivienda. Lo anhelaba desde que tuve uso de razón: terminar por fin los estudios, dejar la universidad y la ciudad pequeña para mudarme a la capital. Ya estaba allí. El otoño acababa de empezar y mi nuevo trabajo me esperaba; sin embargo, algo rechinaba, algo iba mal; nada era como me había imaginado. Y la sensación de impotencia se extendió por todo el cuerpo.

Siv terminó de contar el dinero y levantó hacia mí sus ojos malvados y diminutos.

—Es correcto —concluyó—. Tienes un estante en el frigorífico, como te indiqué. El horario para utilizar la cocina es de cinco a siete de la tarde, y tendrás que acordarlo con los otros dos. Después de las siete quiero estar tranquila.

—¿Y el wifi? —pregunté—. ¿Está incluido en el alquiler?

—Solo hasta las nueve de la noche —respondió Siv—. Después necesito toda la velocidad.

—De acuerdo —dije en tono grave—. Solo una cosa más: ¿puedo pagar con Swish? Así no tendré que sacar dinero en efectivo.

—Si no te gusta el dinero en efectivo, tendrás que buscar otro sitio donde vivir.

—Entendido.

Siv desapareció escaleras abajo. A través de la ventana al otro lado del pasillo vislumbré parte del centro de Vällingby, con esos ladrillos blancos formando los grandes círculos que tanto recordaba de cuando visitaba a mis abuelos de pequeña. Se usaron en la construcción de Vällingby, durante el plan urbanístico de los años cincuenta y sesenta. Los ladrillos seguían allí, pero mis abuelos ya no; y el plan hacía años que había pasado a la historia.

Me sobrevino un recuerdo del servicio militar: tres horas escasas de sueño, el suelo irregular bajo la delgada esterilla aislante y un sargento fuera de sí recordando a voces que pasaría revista a las cinco de la mañana. No era precisamente una bicoca. Entonces ¿por qué esto me parecía mucho más difícil?

—Te sentará bien irte a Estocolmo —dijo mi madre—. Tendrás que empezar alquilando algo, pero no pasa nada. Poco a poco irás encontrando tu sitio.

Volví a mi habitación y me dejé caer sobre la colcha de color naranja. Los recuerdos se sucedían en mi mente: aquella tarde de mi infancia en la que mi padre había conseguido un nuevo empleo. Yo tendría ocho años y Lina cerca de dos. No es que supiera a qué se dedicaba mi padre, pero entendí que había conseguido otro trabajo. Era evidente: estaban los dos radiantes, mi padre llegó a casa con una centolla fresca para la cena y después nos sentamos todos en la cocina, encendimos unas velas y lo celebramos. Mis padres bebieron vino en vez de cerveza, y nosotras brindamos con refrescos a pesar de ser un día entre semana. Le habían dado un empleo en la Agencia de Cooperación para el Desarrollo, un buen puesto de trabajo que dependía del Ministerio de Asuntos Exteriores, por lo que a partir de entonces tendría que ir y venir a Estocolmo y viajar a menudo al extranjero.

—¿Ahora te dedicarás a salvar el mundo, querido? —dijo mi madre acariciándole la mejilla.

«Salvar el mundo», recuerdo que pensé. Vi mentalmente la imagen de James Bond, pistola en mano, mientras le perseguían unos villanos.

—Al menos lo intentaré —respondió él sonriendo.

—¿Es muy peligroso? —pregunté, y mis padres se echaron a reír. Lina también, y se puso a dar golpes en la mesa con la cuchara gritando: «¡Peligoso!, ¡Peligoso!».

—No, cariño —me tranquilizó mi padre con ternura—. No es peligroso. Intentaré hacer el bien, eso es todo. Vamos a cooperar para ayudar a personas de otros países que tienen dificultades.

Sonaba bien, aunque yo no entendiera esa palabra tan rara que había dicho. En vez de insistir preferí concentrarme en la centolla.

Un largo maullido me obligó a volver al presente. Simon quería salir, así que cerré la puerta que daba al pasillo y abrí la del transportín.

—Hemos llegado, Simon. Aquí es donde vamos a vivir.

Simon se deslizó por la habitación y se puso a olfatear los nuevos olores. Después saltó encima de la cama y se quedó mirándome con sus ojos verdes y sagaces. De repente bostezó y me fijé en el interior del rosado hueco de su boca, su lengua áspera y sus dientes afilados de aquel blanco reluciente.

«Fiera.»

—Eres un animal salvaje, Simon —dije, rascándole detrás de la oreja.

Simon se despezó y movió la cola. Luego se hizo un ovillo y se quedó dormido encima de la colcha.

Dormí mal en aquella cama estrecha y, encima, la luz de la luna se colaba por entre las ranuras de las persianas y se esparcía por el suelo y las paredes. Desde hacía seis meses, cada noche me despertaba continuamente, por lo que me resultaba difícil distinguir entre sueño y realidad. Por un momento tuve la sensación de que mi puerta se abría en silencio y vi la claridad de la luz del pasillo, como si alguien me estuviera espiando. Pero cuando, aturdida, me incorporé un instante después, la puerta seguía cerrada y la habitación en penumbra.

A las siete en punto de la mañana sonó el despertador, a la vez que recibía un mensaje de mi madre:

¿Cómo van las cosas, querida? ¿Todo bien?

Contesté:

Estupendamente. Levantada y de camino al trabajo.

Mi madre respondió con un emoticono sonriente y fui al cuarto de baño a ducharme. La puerta estaba cerrada con llave y se oía correr el agua de la ducha. Volví a mi dormitorio y esperé mientras preparaba las cosas que necesitaría durante el día. Un cuarto de hora más tarde, la persona en cuestión seguía en la ducha y empecé a impacientarme. Esperé cinco minutos más y luego llamé a la puerta. Se abrió inmediatamente y un tipo de unos treinta años con bigote me miró enfurruñado. Llevaba un albornoz azul y, por su expresión, parecía estar cansado y furioso. Tenía el cuello envuelto en una toalla rosa con elefantitos de color azul claro, lo que me arrancó una sonrisa. Al parecer, a aquel tipo no le hizo ninguna gracia.

—¡Siempre me ducho a las siete de la mañana! —espetó irritado—. ¡Haz el favor de respetarlo!

—Por supuesto —respondí—. Lo siento. Me llamo Sara y acabo de llegar. Soy la inquilina de la habitación del piso de abajo.

Me miró de pies a cabeza con expresión neutra.

—Jalil —se presentó en tono frío—. Soy de Marruecos.

—Qué interesante —dije—. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

De nuevo esa mirada impávida en sus ojos entornados.

—Lo suficiente para saber que no hay que perder el tiempo hablando con los demás a las siete de la mañana —soltó, y después avanzó por el pasillo enfundado en su albornoz.

Lo miré mientras se marchaba. Tenía toda la razón.

El autobús de Spånga llegó puntual, pero el tren de cercanías en dirección a Sundbyberg llevaba retraso; en el andén soplaba un viento gélido. Una decena de personas esperaban de pie, todas en absoluto silencio. La mayoría escuchaba música o miraba la pantalla del móvil. Suspiré profundamente y abrí la página de noticias del *Aftonbladet*.

Al cabo de un cuarto de hora apareció el tren, prácticamente lleno. Nos apretujamos en su interior, y pensé que llegaría tarde el primer día de trabajo. Al llegar a Sundbyberg me apeé del tren a toda prisa y corrí entre los altos bloques de edificios, hasta que al fin vi la cafetería al otro lado de una pequeña plaza. Entré apresurada y con la respiración entrecortada, apenas podía hablar.

Dos mujeres de unos cincuenta años, una con el cabello teñido de oscuro y la otra de rubio, ya se habían puesto manos a la obra. La rubia era más bien gordita, la morena estaba más delgada que un palo.

—Vaya —dijo la de pelo oscuro sin dejar de mirarme mientras rellenaba el servilletero que había encima del mostrador—. La puntualidad es fundamental en una cafetería.

—Lo siento —jadeé—. El tren... llevaba un cuarto de hora de retraso.

—En esta ciudad siempre llevan retraso —dijo la rubia sonriendo apoyada en la escoba—. Hay que salir con tiempo.

Se acercaron.

—Eva —se presentó la morena, tendiendo la mano.

—Gullbritt —dijo la rubia, y tuve que aguantarme la risa ante ese nombre tan cursi.

«Naturalmente.»

—Bueno —empezó Eva. Luego se anudó el delantal y me lanzó otro igual—. ¿Qué experiencia tienes en este tipo de trabajo?

—Ninguna, en realidad —contesté con torpeza—. Lo indiqué en el mensaje.

—¿Familia?

—Mi madre y una hermana pequeña. Mi padre falleció la primavera pasada en un accidente en nuestra casa de veraneo. Según la policía, probablemente a causa de un derrame cerebral o de un ataque al corazón; además, la cocina de gas tenía algún tipo de avería.

No respondieron. Eva se limitó a mirarme, expectante. De pronto me sentí insegura y seguí parlotando, aunque en realidad no tenía ningunas ganas de hablar.

—Fue un incendio muy grave —añadí—. Toda la casa ardía en llamas y mi padre... bueno, no le dio tiempo a salir. No se sabe si ya estaba muerto o...

Tragué saliva. Gullbritt me miró con gesto compasivo, pero Eva solo entornó los ojos, como si desconfiara.

—Es terrible —comentó—. ¿Y estáis seguras de que no fue intencionado?

—Cállate —dijo Gullbritt mirándola con mala cara, y después se dirigió a mí—. ¡Pobrecilla!

—¿Qué has hecho desde que acabaste los estudios? —preguntó Eva.

Volví a tragar saliva.

—Cuando terminé el instituto hice un curso de formación militar básica y luego adiestramiento de oficiales. Después estudié Ciencias Políticas y Económicas en Uppsala.

La mirada de Eva era aún más desconfiada.

—¿Y qué haces aquí con esa formación?

—Basta ya, Eva, sabes bien lo duro que es para los jóvenes conseguir trabajo —espetó Gullbritt, llevándome hacia la cocina—. Empezarás pelando patatas.

Veinte minutos después yo estaba en plena faena, pela-patatas en mano, junto a una mesa donde había un montón de patatas recién enjuagadas. Debajo de la mesa me aguardaba otro saco enorme. Miré por la ventana y vislumbré un fragmento de cielo entre dos altos edificios. Por el espacio gris se sucedían retazos de nubes oscuras. Para distraerme envié un mensaje a mi hermana Lina, una foto de mí misma sonriendo con coraje mientras levantaba el pulgar, con el montón de patatas y el cielo gris oscuro de fondo. «*Work, bitch!*», escribí sobre la foto.

Gullbritt estaba a mi lado.

—Ya te he dicho que te pongas los guantes; de lo contrario, enseguida te saldrán ampollas en el dedo pulgar —dijo.

Suspiré, me metí el teléfono en el bolsillo del delantal y seguí su consejo. En ese momento se oyó un fuerte ruido en la mesa de detrás y me volví. Allí estaba Eva con una gran sonrisa, dejando otro saco encima de la mesa.

—¡Zanahorias! —anunció en tono autoritario—. Para cuando acabes con las patatas.

Sonó mi móvil. Era la respuesta de Lina con una foto suya junto a otros compañeros de clase, todos haciendo muecas. En la foto se leía: «La era de la revolución». Sonreí para mis adentros. Por fin Lina volvía a estar contenta.

No paré en todo el día, primero pelando un sinfín de hortalizas y después preparando la comida, atendiendo la caja y fregando una enorme cantidad de cacharros. En la cocina había dos lavavajillas que estuvieron en marcha sin cesar todo el día, pero los cacharros grandes había que fregarlos a mano. A las seis por fin pude volver a casa, aunque ya había anochecido. Según el contrato de trabajo, había hecho demasiadas horas seguidas, pero no me pareció que fuera el momento adecuado para decirlo.

El autobús que iba a Vällingby llevaba bastante retraso y, cuando al fin llegó, no paró porque iba repleto. Eran ya las siete menos veinte cuando entré en la vivienda de Siv, que me recibió en el pasillo ataviada con un vestido estampado de grandes flores y me miró con una sonrisa agridulce. Parecía haberse hecho la permanente en el pelo; tal vez había ido a la peluquería del centro de Vällingby con la primera mensualidad de mi alquiler.

—Dispones de veinte minutos para hacer la cena —dijo—. ¡Después quiero tener la cocina para mí!

En la cocina estaba Jalil, el marroquí del bigote. Iba ataviado con una camisa verde clara y unos pantalones largos de color rojo. Estaba utilizando tres de los cuatro quemadores de la cocina y me dirigió una mirada hosca cuando entré.

—Yo siempre preparo la cena... —empezó a decir, pero le interrumpí.

—Sí, sí —dije enfadada—. ¿Puedes dejarme un poco de espacio para que ponga el agua de la pasta?

Volvió a mirarme malhumorado, pero le ignoré. Cogí una cacerola con agua, la puse encima del quemador y giré la llave al máximo. Hoy cenaría espaguetis con mantequilla y ketchup.

Otra vez.

Aquel iba a ser un largo otoño.

—¿Has tenido un buen día? —pregunté en tono decidido, apoyada en la encimera mientras esperaba que hirviera el agua.

Para mi sorpresa, Jalil me miró sonriente y pude ver que tenía unos ojos muy bonitos. Pinchó con un tenedor un trozo de la verdura que tenía en la sartén y me lo ofreció.

—Disculpa las formas de esta mañana —empezó—. Recién levantado estoy de un humor pésimo, igual que mi madre, no se le puede hablar antes del mediodía. Pimiento frito con chile y comino. Ten un trozo de pan preparado porque está bastante fuerte.

Le devolví la sonrisa.

—Suena de maravilla —dije, cogiendo el tenedor—. Algo fuerte es justo lo que necesito.

Jalil tenía razón, estaba muy picante. Cogí un trozo de pan de un bol que había al lado del fregadero y, cuando estaba a punto de metérmelo en la boca, Jalil se dio la vuelta y me cogió la mano con tal rapidez que el trozo de pan se cayó al suelo.

—¿Qué haces? —pregunté sorprendida—. Me has dicho que...

—¡Ese pan no! —farfulló Jalil mirando de reojo hacia la puerta—. ¡Es el de la vieja! Los demás dicen que le echa raticida y lo deja en el sótano. ¡Procura que tu gato no vaya por allí!

«¿Raticida? ¿En una cocina? ¿Adónde diablos he ido a parar?»

—Mi baguette está encima de la mesa —dijo Jalil—. Será mejor que cojas un trozo.

—Gracias, no es necesario —respondí con voz débil—. Creo que me limitaré a comer mi pasta.

Por la noche, después de cenar y sacar a Simon a dar una vuelta atado con la correa, llamó mi madre.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó.

—Más o menos... —respondí, notando de repente lo desanimada y agotada que estaba—. Mejor dicho... no sé por dónde empezar. Aquí todo es un poco raro, la verdad. No se parece en nada al sitio donde creía que acabaría cuando saqué sobresaliente en mi trabajo de fin de carrera.

—No significa que vayas a acabar ahí; se trata más bien de un lugar de paso. No es lo mismo.

—Tal vez —repuse.

—Empieza por el principio —dijo mi madre—. ¿Qué tiene de raro?

Mientras le relataba mi primer día en Estocolmo, se rio unas veces y otras se lamentó. No mencioné el raticida; ya la había preocupado lo suficiente.

—¿No has ido aún al centro de Estocolmo? —se extrañó—. Sé que tienes muchas ganas de ir, pero supongo que cumplirás tu promesa de no pasar por Drottninggatan, ¿verdad? ¡Y no te pongas los cascos, recuérdalo!

—Mamá —respondí con serenidad—. Drottninggatan probablemente sea la calle más segura de Estocolmo hoy en día. ¿Crees en serio que llegarían a intentar dos veces en el mismo sitio?

—Cosas más raras han sucedido —replicó mi madre.

—Recuerda que tengo formación militar. Jefa de grupo.

—¿De qué sirve eso frente a un loco asesino suicida, o un camión fuera de control? —objetó

ella.

O una cocina de gas estropeada en una casa de veraneo totalmente normal, podría haber dicho yo, pero me callé.

Me di cuenta de que alguien había encendido el televisor en su habitación y tenía el volumen tan alto que se podía oír absolutamente todo. Suspiré y me dirigí al otro extremo de mi cuarto. No sirvió de nada.

—¿Qué es eso que se oye? —preguntó mi madre—. ¿Has puesto el televisor?

—No —dije—. Es el vecino de la habitación de al lado.

Nos quedamos en silencio un momento. El locutor de televisión estaba hablando del problema creciente de las alergias infantiles. El vecino de la habitación contigua bostezó en voz alta y juraría que hasta le oí rascarse.

—¿Cómo te sientes interiormente?

—Como antes —dije—. ¿Y tú?

—Me sigue pareciendo irreal —respondió—. Dentro de una semana tengo que volver a la universidad después de la baja por enfermedad, pero no sé cómo me sentará.

Mi madre era bibliotecaria y había estudiado Literatura durante un año y medio en la universidad. Trabajaba en la biblioteca principal del campus de Örebro desde hacía muchos años, pero a veces daba conferencias de literatura o de cine. Le encantaba leer, especialmente novela clásica, y nos inculcó el gusto por la lectura a toda la familia. Fue ella la que puso en mis manos a Charles Dickens y a Sofi Oksanen, y gracias a ella nos gustaban las películas de Alfred Hitchcock y de Woody Allen, además de series como *Homeland* o *Modern Family*.

—Es importante que vuelvas a trabajar —dije—. Tienes que ponerte en marcha de nuevo.

—Oh, sí —suspiró—. La teoría suena bien, pero hoy he llegado al supermercado y de repente no tenía ni idea de qué hacía allí. Sabía que había ido a comprar, pero no encontraba la lista ni recordaba lo que necesitaba. Por un momento pensé en llamar a tu padre... Hasta que decidí que era hora de volver a casa. No estoy segura de que sea capaz de trabajar.

El vecino bajó el volumen del televisor y se puso a hablar por teléfono. Parecía como si estuviera en medio de mi habitación e intenté tapar mi móvil con la mano.

—¡Hola, Tompa! —le oí decir a voces—. ¡Soy Sixten...! Sí, claro, ¡qué demonios!, ¿quién iba a ser?

Unos segundos de silencio.

—Puedo ir a casa a ayudarte —sugerí rápidamente—. De todos modos aquí no hago nada que valga la pena.

—No —dijo mi madre con decisión—. Quiero que te quedes en Estocolmo y tomes las riendas de tu vida. Después de lo que ocurrió el invierno pasado estás un poco...

—¿Desquiciada?

—No, pero ¡maldita sea!, hay mucho que hacer en el trabajo, ya sabes cómo es —se oyó decir a Sixten.

—Algo parecido —espetó—. Y además está lo de tu padre. Tienes que salir de casa. De lo contrario te quedarás atrapada en el dolor.

«Igual que tú», pensé, pero no dije nada.

—¿Cómo se encuentra Lina? ¿Está en el establo?

—Sí —respondió—. Y por el bien de ella es importante que tú y yo sigamos adelante. De lo contrario volverá a deprimirse.

Lina, mi querida hermana menor, adoraba los caballos. La vi delante de mí, como la recordaba siempre: una chica traviesa de doce años con hoyuelos en las mejillas y flequillo rubio bajo el casco de montar, una personita que haría casi cualquier cosa por alegrar a los demás, ya fueran personas o animales. Lina se balanceaba entre fuertes sentimientos: alegría y tristeza, esperanza y desesperación, pero si lograbas hacerla reír, casi siempre recuperaba el equilibrio. Nos llevábamos seis años de diferencia, pero Lina ya no era una niña de primaria, había cumplido dieciocho años y cursaba el último año del instituto. La primavera pasada había empezado a prepararse para los campeonatos suecos de 2018 del concurso completo de hípica, y se hubiera clasificado en las carreras de prueba, si no hubiera ocurrido lo de mi padre, porque dejó los entrenamientos y cayó en una depresión. Hacía poco que habíamos logrado que volviera a coger las riendas, literalmente, por lo que entendí bien la actitud de mi madre.

—Pero he pensado, ¿qué demonios? ¡Ya es hora de ver a Tompa y salir a tomar unas copas! —voceó Sixten al otro lado de la pared.

Sonaba muy convincente.

—¿Quién grita de ese modo? ¿Hay alguien contigo?

—No, es el vecino de la habitación contigua —aclaré en voz baja—. Aquí se oye todo.

—No suena muy bien —dijo ella—. Todo eso me preocupa... Hablé con Björn el otro día, y él también estaba inquieto por tu situación.

Björn era uno de los colegas de mi padre, que con los años se había convertido en amigo de toda la familia. Tenía algo de playboy, pero después de la muerte de mi padre nos prestó una ayuda increíble. De todos modos, no me agradaba que mi madre le hablara de mí.

—¿Por qué comentas mi situación con Björn? Él no tiene ni voz ni voto en esto —protesté.

—Björn solo quiere que os vaya bien a Lina y a ti —replicó ella—. Se ha portado de maravilla con todo esto, debes admitirlo.

Cuando mi padre falleció en el incendio, la familia se desmoronó, y fue Björn quien se encargó de lo más peliagudo: la identificación, el contacto con la policía y con la funeraria, el obituario en el periódico, el entierro.

—Lo mismo que Fabian —añadió—. Agradezco mucho que los viejos amigos de tu padre nos

apoyen y sigan pensando en ti y en Lina ahora que ya ha pasado todo. Quiero que recibamos toda la ayuda y todo el apoyo posibles.

Fabian era el mejor amigo de papá desde la época de estudiantes, y se parecía más a él que Björn, tanto en el físico como en la forma de ser, lo que hacía que me resultara más fácil acercarme a él, a pesar de que fuera más seco que Björn.

—Björn quiere invitarte a almorzar —añadió—. Y hablar contigo del futuro.

—No —dije en tono firme—. En este momento no tengo ganas de ver a ninguno de los dos.

—Pero, Sara... —objetó ella.

—¿Y por qué no ahora? —gritó Sixten—. ¡Maldita vieja amargada!

Se oyeron unas carcajadas roncadas y fuertes a través de la pared, como si se estuviera riendo a mi lado.

—Escucha, no te preocupes más por mí —espeté—. ¡Ya me las apañaré! Soy ex militar, ¿te acuerdas? Sé cómo arreglármelas.

—Suenas igual que tu padre —dijo, y pude percibir que sonreía.

Al segundo siguiente estalló en llanto.

—Mamá —dije impotente.

—Entonces ¿el miércoles? —gritó Sixten—. ¿O el jueves? ¡Dile que es muy importante!

—No, no, no es nada —intentó reponerse mi madre en voz baja—. ¡Ya se me pasará!

No había nada que decir. Solo me hubiera gustado poder abrazarla. Y que el imbécil de Tompa accediera a salir con Sixten el jueves para que acabaran de una vez su absurda conversación.

A la noche, cuando el cuarto de Sixten se quedó al fin en silencio y yo estaba a punto de dormirme, sonó de nuevo el teléfono. Era un mensaje de mi madre.

He hablado con Björn y Fabian. Fabian me preguntó cómo estabas y qué estás haciendo ahora. Le hablé de la cafetería y creo que pasará a saludarte. ¡Muy amable de su parte!

Maldije por dentro. No quería visitas en la cafetería ni que me prestaran ningún tipo de atención hasta que saliera de esa extraña burbuja en la que me encontraba desde que la policía se presentó en nuestra casa una mañana soleada de finales de mayo. Y, en realidad, mucho antes de eso. Pero no podía decírselo a mamá. Fabian era al fin y al cabo un poco mejor que Björn.

Genial. Björn quiere que os veáis en el centro. Sara, por favor. ¿Lo harás por mí?

Gruñí tumbada en la cama. Se oyó un gruñido similar al mío, procedente del otro lado de la

pared, y me quedé inmóvil unos segundos hasta que entendí lo que era: Sixten estaba roncando. Dejé el teléfono en el suelo, me tapé la cabeza con la almohada e intenté dormir.

En esas circunstancias era difícil negarle algo a mamá, así que el sábado por la mañana fui al centro para ver a Björn. Era la primera vez que tenía la oportunidad de ir al centro de la ciudad desde que me había mudado, y mi madre tenía toda la razón, me moría de ganas de hacerlo. Por eso fui con tiempo: aunque Björn y yo íbamos a encontrarnos a la una, llegué a la salida del metro a las once y media para dar un paseo por Stureplan. La Seta tenía el mismo aspecto que en mis anteriores visitas a Estocolmo, pero ahora la miraba diferente: ahora aquella era mi ciudad, era yo la que vivía allí. Puede que no en Stureplan precisamente, sino en Vällingby, a dieciocho estaciones de metro de distancia, pero en esa ciudad.

Me quedé de pie debajo de la Seta mirando a los que iban y venían a mi alrededor. Por todos lados gente con un buen físico, bien vestida, atractiva, y me vino a la mente el cómico Jim Jefferies, quien según dicen preguntó en una ocasión: «¿En Suecia matáis a todos los niños feos?».

A la derecha estaba el restaurante Sturehof, con su terraza llena a rebosar. Me acerqué y le eché un vistazo a la carta: trucha al vapor, 320 coronas; lucio a la parrilla, 360 coronas; rodaballo, 485 coronas. No me lo podía permitir de ningún modo. Tras un leve suspiro, fingí indiferencia y proseguí mi camino.

Pasé por delante del centro comercial Sturegallerian, que quedaba a mi derecha. Unos cien metros más arriba se encontraba la famosa Taverna Brillo, de la que había leído bastantes cosas. En las mesas de la terraza había mucha gente, pero me armé de valor: me puse de espaldas al restaurante, levanté el móvil delante de mí, me aseguré de que se viera bien el letrero TAVERNA con sus brillantes colores, y pulsé la tecla. En la pantalla apareció una bonita imagen mía, sonriendo con gafas de sol delante de uno de los sitios más populares de Estocolmo. La subí inmediatamente a Instagram y debajo escribí: «¡Por fiiiin he encontrado mi sitio en Estocolmo! ¡Mi nueva vida comienza ahora!».

Luego me senté a una mesa e intenté dar la impresión de que tomar café al sol en la terraza de la Brillo era algo habitual para mí. El chico de la mesa de al lado se inclinó hacia delante y dijo:

—¿Eres nueva en la ciudad?

—¿Tanto se nota? —contesté avergonzada.

Vino la camarera y pedí un café. Debajo de mi foto de Instagram empezaron a aparecer los «me gusta» y los comentarios: «¡Ohhhh, qué suerte!», de Lina; «¡Eres genial, Sara!», de mi amiga Sally, y «¡Cómo me gustaría estar ahí!», de Flisan. No escribió nadie más.

Me acomodé en la silla. El muchacho de la mesa de al lado se había marchado y en su lugar había un par de chicas muy bonitas. Vestían ropa de deporte de marca de pies a cabeza, en plan

«sábado de relax»: pantalones de deporte de Nike y camisetas con estampado de tigre de Kenzo. Las sudaderas seguramente eran Montcler, y las zapatillas Vans o Adidas. Arrastré discretamente los pies enfundados en mis gastadas Converse y los escondí debajo de la silla.

Sentí que me envolvía una ola de soledad. ¿A quién intentaba engañar? Mi nueva vivienda en Estocolmo era una diminuta habitación que le alquilaba a una vieja asquerosa en Vällingby, y mi emocionante trabajo consistía en pelar patatas como una esclava en Sundbyberg. En las redes sociales procuraba que mi vida pareciera mejor de lo que en realidad era, aunque no sabía por qué lo hacía. No quería que los demás me compadecieran; la verdad es que anhelaba que llegara el momento de compartir algo bueno de verdad, como cuando estaba en el ejército.

Pero esa etapa había terminado. Ahora estaba sentada en la Brillo, en medio de la gente guapa de Estocolmo, que seguramente también trabajaba y vivía en Stureplan. Yo solo tenía delante una taza de café frío y ni siquiera me atrevía a pedirle a la camarera que me rellenara la taza.

A la una estaba ya de pie en la escalinata del teatro Dramaten esperando a Björn. Por supuesto, él también fue puntual, como de costumbre. Mi padre solía bromear acerca de eso cuando trabajaban juntos, decía que se podía poner el reloj en hora siguiendo a Björn, y que ese era uno de los motivos de que le fuera tan bien en las distintas labores estatales que realizaba. Björn y mi padre se conocieron al comienzo de sus carreras, y siempre se mantuvieron en contacto, aunque nosotras nunca entendimos por qué, ya que nos parecían muy diferentes. Vi llegar a Björn a lo lejos, con su pelo largo de color gris acero peinado hacia atrás como solían llevarlo los yuppies modernos. Iba siempre bien vestido, hoy se había puesto unos vaqueros y un suéter debajo de un abrigo de color beige. Un par de guantes de piel completaban el conjunto.

—Hola, Sara —me saludó con un abrazo—. ¡Me alegro de verte! ¿Vamos?

Björn quería invitarme a almorzar, pero yo prefería dar un paseo por la isla de Djurgården, con la intención de que fuera bastante corto. Seguimos caminando por la explanada de Strandvägen y luego giramos a la derecha para cruzar el puente Djurgårdsbron. A partir de ahí, Björn propuso que fuéramos por la orilla izquierda y enseguida accedí, pensando que así podría poner a Simon como excusa y coger el autobús en la parada de enfrente del restaurante Djurgårdsbrunn. Pasamos enfrente del restaurante Ulla Winbladh y entramos en un camino de gravilla, donde no había tanta gente. Björn me miró de reojo.

—¿Cómo te van las cosas? —preguntó.

—Ya he dicho que bien —aseguré con un gesto inocente—. Me lo has preguntado hace un momento.

—Lo sé, pero ahora quiero una respuesta sincera —dijo, sonriendo.

Dentro de mí, la rabia no hacía más que crecer. Björn y Fabian se consideraban unos excelentes

conocedores de personas, por lo que creían saber cómo nos sentíamos «de verdad» los demás, y les encantaba decírnoslo.

¿O tal vez yo estaba más susceptible de lo habitual?

—Me va todo bien —insistí con una sonrisa forzada—. ¿Y a ti?

Mi voz sonó más sarcástica de lo que esperaba. Björn no dijo nada durante unos minutos; anduve a su lado en silencio hasta que me tranquilicé.

—Disculpa —dije luego—. No era mi intención resultar desagradable.

—Sabes que no pretendo entrometerme —se explicó Björn—. Pero tu padre me caía muy bien y quiero asegurarme de que a Lina y a ti os va todo bien, y también a Elisabeth, por supuesto. Si hay algo en lo que os pueda ayudar, estoy a vuestra disposición para lo que sea.

—Me parece estupendo —respondí—, pero en este momento no hay nada en lo que nos puedas ayudar. Si se me ocurre algo, te llamaré.

Seguimos caminando en silencio un buen rato e intenté buscar algo que decir, pero cuando iba a abrir la boca para preguntarle cómo iban sus planes de mudarse al extranjero, vi que un hombre venía caminando hacia nosotros. Su aspecto era bastante corriente, vestía chaqueta y pantalón vaquero; sin embargo, llevaba un sombrero muy raro que no combinaba en absoluto con el resto del conjunto. «El Zorro», pensé sonriendo, e iba a comentarle la ocurrencia a Björn cuando el hombre se acercó a nosotros. Björn se detuvo en seco, y se apartaron unos pasos; hablaron en voz baja. Yo también me detuve, muy sorprendida. ¿Quién era ese tipo y qué quería? ¿Conocía a Björn?

Mi sorpresa aumentó cuando vi que el hombre se acercaba todavía más a Björn y le rodeaba los hombros con el brazo. Era un gesto amistoso, aunque me pareció amenazante. Apretó el brazo alrededor de Björn con fingida amabilidad y lo zarandeó un par de veces sin perder la sonrisa, mientras Björn estaba muy serio, casi pálido.

—Me alegro de verte, Björn —dijo el hombre en voz alta—. Tendrás que cuidarte muy bien de ahora en adelante. Confiamos en ti, ya lo sabes.

Björn no respondió. Tras unos segundos, el hombre le soltó, me miró, hizo un gesto con la cabeza y siguió su camino. Lo miré perpleja mientras se marchaba. Björn hizo un movimiento con los hombros para relajarlos, como si se quitara un gran peso de encima.

—¿Quién era?

—Nadie —respondió Björn—. Un conocido del trabajo. Nadie importante.

Reanudamos el paseo.

—Te noto un poco nervioso —dije al cabo de un rato—. ¿No me lo puedes explicar?

Björn continuó en silencio y luego se detuvo de repente. Yo también lo hice y nos quedamos mirándonos el uno al otro.

Björn tenía la edad de mi padre, sesenta y pocos, pero era evidente que quería parecer más

joven. De él sabía que era bastante vanidoso, que iba en moto y que se acababa de separar. Le miré con cierta indiferencia: el cabello largo, el leve bronceado —¿crema autobronceadora?—, que mantenía desde el verano; la ropa cara y de buen corte. Le despreciaba tanto que incluso sentí vergüenza; era ese desdén de la gente joven hacia alguien mayor que se esfuerza en parecer joven. Me sonrojé. ¿Desde cuándo era tan dura? ¿Desde cuándo no tenía ni una pizca de compasión? ¿Ahora me molestaba que él se negara a abrirse y a contestar a mis preguntas? Si yo hacía exactamente lo mismo.

La respuesta siguiente de Björn hizo que desapareciera la poca simpatía que todavía me despertaba.

—No sé si sabrás que tu padre se metió en negocios algo sucios, en cosas en las que es mejor no entrar en detalles.

Lo miré fijamente. Después estallé y le solté en tono distante:

—Que sepas que si en este planeta ha habido alguien absolutamente honrado, ese fue mi padre. El hecho de que tú, según parece, estés metido en líos no es razón para que empieces a hablar mal de él. ¡Y ahora me vuelvo a casa con mi gato!

Björn me lanzó una mirada llena de escepticismo. Sentí dolor de estómago al mirarlo, por lo que me dirigí a paso rápido hacia el Djurgårdsbrunn, pero me alcanzó enseguida.

—Espera, Sara —dijo—. No me he expresado bien. Sé perfectamente que tu padre era una persona muy honesta, pero creo que se vio envuelto en algo sin comerlo ni beberlo.

—¿Y cómo lo sabes? —repliqué entre jadeos debido a la velocidad que llevaba.

—Yo no sé nada —respondió—. Si te soy sincero, solo estoy especulando. Pero prefiero hacerlo contigo en vez de elucubrar a solas.

Me paré bruscamente.

—¿Sabes una cosa? —le espeté, mirándolo directamente a los ojos—. Agradezco tu preocupación, pero respecto a mi padre vas por un camino totalmente equivocado.

Vi el autobús 69 por encima del hombro de Björn.

—De acuerdo —se conformó Björn, levantando las manos en el aire—. Es muy probable que tengas razón y que haya malinterpretado lo de tu padre. No volveré a molestarte.

No respondí; me limité a cruzar la calle y me detuve junto a la parada del autobús. Por el rabillo del ojo vi que Björn volvía a reseguir la orilla, deshaciendo el mismo camino que habíamos recorrido. Iba caminando lentamente, con las manos metidas en los bolsillos y, mientras lo veía alejarse en dirección al bosque, una oleada de remordimiento se apoderó de mí.

Me desperté de repente en medio de la noche. El corazón me latía con fuerza; algo me había

desvelado, pero no sabía qué. Hasta que volví a oírlo, era un aullido prolongado, parecido al de un perro. O un lobo.

Me senté en la cama y encendí la lámpara. El aullido procedía del otro lado de la pared. Debía de ser Sixten.

Me levanté, me puse el albornoz y salí al pasillo. No vi a nadie. Los fuertes quejidos de Sixten atravesaban los tímpanos.

Continué por el pasillo y vi luz debajo de la puerta de Jalil. Me acerqué y llamé. La luz se apagó sin que se oyera ningún ruido. No abrió nadie.

Maldije para mis adentros. ¿Es que la gente carecía de empatía? ¿Y si Sixten se estuviera muriendo ahí adentro? Fui hacia la puerta y golpeé tres veces con fuerza.

La puerta se abrió y allí estaba Sixten. Le había visto antes, pero no de ese modo. Era un hombre bajo y rechoncho de unos sesenta años, llevaba una camiseta amarilla y negra con el logo del AIK Estocolmo, que dejaba al descubierto una gran franja de vientre entre el borde de la misma y el pantalón del pijama. Además, me pareció que le faltaban muchos dientes cuando mostró su amplia y maliciosa sonrisa, sujetando la puerta con una mano mientras se rascaba el vientre con la otra.

—Pero ¡mira quién está aquí! —exclamó en tono jocoso—. ¿Quieres entrar?

Lo miré fijamente.

—¿Qué ocurre? —dije—. ¡Son las dos de la madrugada y tú estás aullando como un lobo herido!

Sixten sonrió.

—¡Eso ha estado bien! —contestó divertido—. «Lobo herido.» ¡Lo recordaré!

—¡Pero oye! ¡Estás despertando a toda la casa! ¿Qué estás haciendo? —le reproché.

Sixten miró a ambos lados con gesto burlón.

—Aquí no hay nadie excepto tú y yo, por lo que veo. ¿No vas a entrar? —insistió.

—¿Por qué gritas? —pregunté.

Sixten se encogió de hombros y abrió mucho los ojos.

—¿Porque tal vez soy un veterano de la guerra de Vietnam? ¿O será que, simplemente, me aburro un poco? —bromeó.

Nos miramos durante unos segundos. Sixten se rio en silencio. Luego me volví, me dirigí a mi habitación y oí que Sixten cerraba la puerta detrás de mí.

La puerta de mi cuarto estaba cerrada.

Intenté abrirla empujando con fuerza.

Imposible. Estaba cerrada con llave. Me acerqué más y oí un murmullo de voces al otro lado.

Sin pensarlo dos veces, fui por el pasillo hasta la habitación de la dueña de la casa y llamé con determinación. No respondió nadie, pero la puerta se abrió sigilosamente.

Vi a Siv sentada delante del espejo del tocador, que tenía bombillas amarillas alrededor como los espejos de los antiguos camerinos de teatro. Llevaba un grueso albornoz de color rosa claro y, cuando nuestras miradas se encontraron en el espejo, yo resoplé. Vi que llevaba alrededor de la cabeza una media o un gorro ajustado, y en la mesa de al lado una peluca de rizos marcados colgada en un palo de madera.

Siv llevaba peluca.

—¡Oh, perdón! —exclamé, cerrando la puerta de golpe.

Luego me quedé inmóvil en la oscuridad unos segundos, sin saber qué hacer. Entonces se abrió la puerta y ahí estaba Siv con su aspecto habitual y sus rizos.

—¿Qué quieres? —dijo con acritud—. Son las dos de la madrugada y deseo estar en paz.

—¡No puedo entrar en mi habitación! —dije—. Sixten estaba aullando como un loco, ¿no lo has oído? Tuve que salir. Ahora hay alguien en mi habitación y han cerrado la puerta desde dentro.

Siv me miró.

—¿De qué demonios hablas?

Cogió una llave que tenía colgada en un gancho y se dirigió por el pasillo hacia mi habitación; a continuación, simplemente agarró la manija de la puerta y la puerta se abrió de par en par sin necesidad de usar la llave.

La puerta estaba abierta y la habitación, vacía.

Siv me lanzó una mirada de desconfianza.

—¿Tomas drogas? —me espetó después de unos segundos—. En tal caso ya puedes irte a vivir a otro sitio.

—¡No, no tomo drogas! —contesté desconcertada—. ¡Oí voces en la habitación y la puerta estaba cerrada con llave! ¡Por dentro!

Siv mostró una leve sonrisa de triunfo.

—Pero no lo estaba —dijo en un tono tan suave que me inquietó.

Luego volvió a su habitación y cerró de un portazo.

Yo también entré de nuevo en mi cuarto y cerré con llave; después revisé si faltaba algo o habían revuelto mis cosas. No había el menor indicio de que allí hubiera estado nadie. Me pareció percibir un leve olor a alcohol, pero podían ser imaginaciones mías.

Con los ronquidos de Sixten no podría volver a conciliar el sueño, así que saqué mi neceser y enseguida encontré la cajita que me había recetado el médico de familia.

—No son somníferos —había explicado—, sino simples pastillas para dormir. Puede que te aturdan un poco, así que utilízalas solo cuando realmente necesites descansar.

En el envase se indicaba 1-2 comprimidos. Dudé. Después me metí dos comprimidos en la boca y me los tragué con un poco de agua, finalmente me volví a hundir en la cama y me dormí.

Grandes bolas de fuego amarillas lamían mi ventana. Abrí los ojos poco a poco y, encima de mí, percibí un resplandor amarillento que se elevaba por la pared; oí una especie de crujido que procedía del exterior del edificio.

Un incendio.

¿Estaba la casa en llamas? Por algún motivo tenía la cabeza bloqueada y no conseguía que los miembros me obedecieran. Entraba tanto calor por la ventana que sentía el cuerpo bañado en sudor. Logré salir de la cama, me acerqué titubeando a la ventana y entonces comprendí que, efectivamente, tanto la casa como mi habitación estaban ardiendo. Estaba rodeada de llamas rojas y anaranjadas.

«¿Iba a morir? ¿Iba a arder en llamas igual que mi padre?»

Mi pulso mantenía su ritmo tranquilo y regular, como si fuera imposible que algo lo alterara.

Debería salir al pasillo y activar la alarma contra incendios. Debería alertar a los demás para que avisaran a los bomberos. Debería llamar al 112. Pero no hice nada.

Simplemente me metí otra vez en la cama y me quedé tumbada y quieta mientras miraba las llamas que se elevaban al otro lado de la ventana. Después cerré los ojos y desaparecí de nuevo en la oscuridad.

«¿Volveré a verte ahora, papá?»

¿Por qué me comporto de esta forma tan rara?»

Cuando me desperté a la mañana siguiente comprendí que había tenido una pesadilla terrible. Mi cuarto tenía su aspecto habitual, y los cristales de las ventanas estaban completamente limpios. Ni siquiera olía a humo.

No hubo ningún fuego al otro lado de la ventana.

Todo había sido un sueño, simplemente eso.

Pero ¿por qué había reaccionado en el sueño de ese modo tan raro?

Por la tarde, mientras cobraba una ensalada César detrás del mostrador de la cafetería, se oyó el ruido de la puerta y entró Fabian. Lo vi por el rabillo del ojo y algo se removió en mi interior. Tenía el mismo estilo para vestir que mi padre: chaqueta fina encima de un suéter y unos pantalones holgados y, como mi padre, era alto y delgado. Incluso fumaban a escondidas la misma marca de cigarrillos: Gauloises franceses, tan fuertes que «aliviaban el estreñimiento». De repente me pareció oír la voz de mi padre, vi sus ojos brillantes delante de mí, y noté que me temblaba la mano mientras le ofrecía el recibo al cliente.

Fabian estaba junto al mostrador.

—Hola, Sara —me saludó en un tono inusualmente suave—. Tu madre me dijo que podía encontrarte aquí. ¿Tienes tiempo para hablar? De lo contrario puedo volver más tarde, tengo algunas cosas que hacer en una plaza cerca de aquí.

Miré el reloj.

—Tengo una pausa dentro de media hora —dije—. Entonces podremos vernos veinte minutos si quieres.

—Con mucho gusto.

Me quedé mirándole la espalda cuando se retiró y, obviamente, me extrañó que hubiera podido escaquearse del Ministerio de Asuntos Exteriores para venir hasta Sumpana, a mi lugar de trabajo, solo para saludarme. Se preocupaba por nosotras, siempre lo había hecho, y toda la vida he creído que estaba enamorado de mi madre. Fabian era soltero y no tenía hijos. Era amigo de mi padre desde los veinte años, cuando ambos estudiaban en la universidad. Más adelante los dos trabajaron en la Agencia de Cooperación para el Desarrollo e hicieron muchos viajes juntos. Posteriormente se separaron; Fabian empezó en el Ministerio de Asuntos Exteriores, mientras que mi padre eligió ser asesor de diversas autoridades. Solían decir que eran como hermanos, aunque podían tener graves enfrentamientos. Ese debió de ser el motivo de que durante los últimos seis meses de la vida de mi padre tuviera la sospecha de que algo no iba bien.

En el preciso instante en que Gullbritt salía de la cocina para decirme que podía hacer la pausa, Fabian volvió a entrar. Los presenté y Gullbritt, en un gesto de generosidad, nos invitó a una taza de café, a pesar de que desde el primer día me dejó bien claro que estaba estrictamente prohibido para el personal coger una simple galleta sin pagar.

—Me alegro de conocer a uno de los amigos de Sara —dijo Gullbritt mientras servía el café y juraría que hacía ojitos—. ¿O tal vez sois parientes?

Fabian se rio.

—Si te refieres a que por mi aspecto bien podría ser su padre, es realmente así. El padre de Sara y yo éramos amigos íntimos —aseguró.

—Nunca lo hubiera dicho —dijo Gullbritt en tono cariñoso.

Increíble pero cierto: Gullbritt estaba flirteando con Fabian. A él tampoco parecía molestarle, según pude apreciar mientras pasaba por delante de mí con la taza de café en la mano.

Nos sentamos en un rincón del local debajo de una gran palmera.

—¿Qué tal te va? ¿Cómo es el sitio donde te alojas? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—Es un manicomio asqueroso. Me produce pesadillas vivir allí.

—¿Pesadillas? —dijo Fabian, frunciendo el ceño pero sonriente—. ¿A qué te refieres?

—No te lo creerías —argüí.

Fabian se echó a reír. Luego miró alrededor mientras tomaba un sorbo de café.

—De todos modos este sitio es agradable. ¿Te encuentras bien aquí?

No pude evitar sonreír.

—Has conocido a Gullbritt de muy buen humor, pero tiene tendencia a los ataques de nervios, sobre todo cuando la caja no cuadra. Y Eva, su socia... —Me reí y sacudí la cabeza—. Es lo que tú y papá solíais denominar «una racista que no sale del armario». Se va a Rinkeby por las mañanas a comprar productos baratos, y después se pasa el día contando historias de los «vagos, estúpidos y mugrientos» inmigrantes...

Fabian levantó la mano.

—Gracias, es suficiente —dijo—. Me hago una idea. Pero no le importa comprar sus productos a precios bajos, ¿verdad?

—En absoluto —admití.

—Es una hipócrita —dijo Fabian con serenidad. Luego lanzó la pregunta—: ¿Por qué estás aquí? Comprendo que pasaste una primavera y un verano especialmente duros, pero ¿una cafetería en Sundbyberg? ¿Alguien tan formado y fabuloso como tú?

—No dejo de buscar trabajo todo el tiempo —me defendí—. Es muy difícil conseguir algo.

—Vamos —dijo Fabian, dándome un leve empujón en el hombro—. ¿Qué pasó con tus sueños de obtener un máster en la London School of Economics? ¿O en el INSEAD?

Mi humor volvió a caer por los suelos. Pensé que era mejor poner las cartas sobre la mesa.

—En realidad no quería que vinieras a verme aquí —expliqué—. Sabía que harías ese tipo de comentarios. Lo único que quiero ahora mismo es estar tranquila. No tengo nada que ofrecer. El sueño de mi padre era que siguiera sus pasos, pero no tengo su talento.

Fabian me miró con semblante serio.

—Sí que lo tienes —aseguró—. Eres un gran activo para este país, ¿no te das cuenta?

Negué con la cabeza.

—Apenas puedo entender cómo funciona la caja registradora —dijo—. Siempre me consideré una persona fuerte, positiva y bastante inteligente, pero ahora...

Volví a negar con la cabeza y Fabian puso una mano sobre la mía.

—Estás cansada. Lo has pasado mal últimamente.

Gullbritt estaba de pie delante de nosotros.

—¿Galletas? —ofreció, ladeando la cabeza—. El café está más rico con galletas.

Dejó un plato de galletas delante de nosotros y Fabian la miró sonriendo.

—Gullbritt, tú sí que sabes lo que un hombre necesita —dijo, cogiendo una galleta espolvoreada de azúcar perlado.

—Hago lo que puedo —respondió Gullbritt coqueta, y luego regresó al mostrador.

Cuando nos separamos, Fabian me dio otro abrazo.

—Ahora descansa —dijo—. Deja pasar unos meses y, cuando te hayas cansado de esto, puedes

llamarme y veremos si encontramos algo para ti en el Ministerio de Asuntos Exteriores.

—Por supuesto —aseguré, aunque en mi interior pensé que ese día no llegaría nunca.

Por la tarde, el lavaplatos de la cafetería se estropeó y tuvimos que fregar todo a mano y, encima, después el autobús se detuvo un cuarto de hora en la escuela de Björnboda a causa de un accidente de tráfico. Para cuando llegué a casa en Vällingby ya eran las siete y veinte y la cocina estaba cerrada con llave.

Sobre la mesita del vestíbulo había tres cartas en las que se denegaba mi solicitud de trabajo. «Gracias por el interés mostrado, el puesto está cubierto», «Falta de formación» y «Exceso de formación». Estrujé las cartas y las tiré a la papelera. No había ni rastro de Siv, pero Jalil estaba en la planta de arriba apoyado en la barandilla de la escalera, y al verme sonrió de forma que el bigote le tembló. Llevaba una camisa de pana de canutillo fino color celeste.

—La vieja se ha ido al cine —anunció—. Cuando va, siempre cierra la cocina.

Era mejor que se lo preguntara de una vez. Di un paso y me acerqué a la escalera.

—¿Supongo que sabrás lo de Sixten? —dije, señalando su habitación—. El que ocupa la habitación contigua a la mía. ¿Por qué grita por las noches? ¿Le oíste anoche?

Jalil abrió unos ojos como platos y asintió.

—¿Que si le oí? Apagué la lámpara y metí la cabeza debajo de la almohada —explicó.

—¿Lo ha hecho otras veces?

—No desde que yo estoy aquí.

Parecía innecesario que mencionara las voces que oí en mi habitación o la pesadilla del incendio, por lo que solo dije:

—¿Qué crees que le ocurre?

—¿Locura común? —propuso Jalil, arqueando las cejas.

Después me miró con amabilidad.

—¿Tienes hambre? En mi cuarto tengo un poco de cuscús frío con salsa de yogur.

—No, gracias —rehusé la invitación con determinación mientras mi estómago gruñía—. Ya encontraré algo que comer, pero gracias de todos modos.

Jalil se quedó pensativo de repente, como si se acordara de algo.

—Por cierto... una cosa. Hoy han venido unos tipos preguntando por ti.

¿Quiénes podían ser? ¿Tal vez Fabian y Björn habían ido a buscarme?

—¿Qué aspecto tenían? —pregunté.

—No lo sé —contestó Jalil—. Hablaron con Siv. Pero me pareció que tenían acento extranjero. Ni Björn ni Fabian. Suspiré aliviada.

—Gracias —dije—. Le preguntaré a Siv qué querían.

Un momento después, Simon, sujeto con la correa extensible, y yo nos dirigíamos al quiosco de salchichas que había en el centro de Vällingby para compartir una salchicha y un batido de chocolate. Mientras recorríamos el camino de la entrada del edificio, Simon dio un salto de repente y se metió en los arbustos. La correa se tensó y oí unos crujidos.

—Simon —le llamé con resignación—. Ahora no hay ratones. ¡Sal de ahí, que quiero ir a comer!

Como si entendiera lo que le decía, Simon salió de los arbustos dando un salto, pero llevaba algo entre las patas con lo que no cesaba de jugar. Vi brillar el objeto en el empedrado y lo cogí. Simon me miró anhelante mientras yo sostenía el juguete en la mano.

Era una lata de aluminio con una llama anaranjada dibujada en uno de los lados. Debajo de la llama, en letras mayúsculas, se podía leer REAL FLAME FUEL. PELIGRO.

Me metí la lata en el bolsillo, saqué el móvil y busqué el nombre en Google.

Fuel en gel. Se podía utilizar para encender el fuego tanto dentro como fuera de casa. Las llamas calentaban la habitación, incluso chisporroteaban alrededor. A veces podía emitir un leve olor a alcohol.

En el saliente que hay justo debajo de mi ventana encontré una larga hilera de aquellas latas de aluminio.

Pero ¿por qué?

¿Quién iba a querer exponerme a algo tan ruin y siniestro?

¿Era solo una casualidad encontrar ahí la lata de aluminio justo cuando había tenido una pesadilla unas horas antes?

Aparté de la cabeza esos pensamientos y seguí caminando con Simon hacia el quiosco de salchichas, donde pedí una salchicha ahumada y un batido de chocolate. Miré hacia el cielo, que estaba nublado y en él no se veía ninguna estrella. En el oscuro rincón del quiosco soplaba un viento frío que anunciaba la llegada del invierno.

Y en ese mismo momento, cuando estaba de pie frente al quiosco de salchichas doblando la servilleta y tragando el último bocado, volví a sentir esa vieja y conocida sensación de intenso malestar. Las fachadas de las casas parecieron acercarse, y una sombra oscura se metió por una callejuela volviendo sus ojos verdes y brillantes hacia mí. El malestar y la angustia aumentaron y me arañaron las entrañas con sus garras afiladas.

Me sujeté con fuerza a la pared del quiosco con una mano.

«Loca, loca, loca.»

¿Qué me había dicho el terapeuta? «Un síntoma clásico del estrés postraumático es la sensación de perder el contacto con la realidad. Fallan los sentidos. Se ven cosas y se oyen ruidos que no están realmente allí. No se trata de un signo de locura, sino de que alguien ha estado expuesto a un fuerte estrés.»

Delante de mí había un hombre mirándome. Vi que movía los labios, era evidente que decía algo, pero yo no oía ningún sonido, ni el que emitía él ni el de un coche que pasaba a su espalda.

Le devolví la mirada. Después me incliné, cogí a Simon en brazos y empecé a caminar. Pero hasta que llegué a Bergslagsvägen no volví a percibir los sonidos en toda su intensidad.

En ese momento me di cuenta de que estaba llorando a lágrima viva.

—No, no sé nada de eso —dijo Siv de mal humor—. No me acuerdo absolutamente de nada.

Llevaba su esponjoso albornoz de color rosa y estaba limpiando el fregadero.

—Pero Jalil me ha dicho que te oyó hablar con dos hombres —objeté.

Siv concluyó la limpieza del fregadero y me miró fijamente a los ojos.

—No estoy al servicio de mis inquilinos —respondió enfadada—. ¡Encárgate tú de tus amistades!

Saqué la lata de Real Flame y se la mostré.

—Creo que alguien intentó prender un falso fuego debajo de mi ventana la otra noche —le expliqué—. Por eso estaba la habitación cerrada con llave. Alguien pretende asustarme, pero no sé por qué motivo.

Siv me quitó la lata de la mano y la observó. Luego me miró a mí.

—A ti te pasa algo raro. No estoy acostumbrada a alquilar habitaciones a gente como tú.

Resoplé, no lo pude evitar. En mi interior, la ira empezó a burbujear.

—¿No es cierto que tienes raticida aquí? —dije—. Sabes que está prohibido, ¿no?

Siv me miró como si yo estuviera chiflada.

—¿Estás loca? —dijo—. ¿Raticida en la cocina?

Bajó la vista hacia Simon y de repente explotó:

—¡Saca a ese gato de aquí! —rugió—. ¡Hay comida aquí dentro!

Cogí a Simon, me di la vuelta y me fui.

Por la noche no pude dormir bien; mi mente flotaba como aletargada. No tenía intención de tomar más somníferos, por lo que la sombra oscura del centro de Vällingby se pudo mover libremente por la habitación, deslizándose por el suelo entre el escritorio y el armario para luego seguir por delante de la puerta hasta meterse debajo de la cama. Podía oír los silbidos allí abajo.

Como tantas otras veces, me encontraba de nuevo en Örebro, en el Túnel de los Asesinatos, el más largo y oscuro de los dos que hay debajo de Östra Bangatan. Era invierno, como en aquella ocasión, serían algo más de las diez de la noche, y yo me dirigía a Brogatan a la cena de chicas que organizaba Flisan en su casa. Llevaba una botella de vino en una bolsa e iba a llegar tarde,

pero cuando ya estaba lista descarté la alternativa del taxi, por lo caro que era y porque quería tomar un poco de aire fresco. Al salir de casa le envié un mensaje a Flisan:

¡Saliedo de Rynninge AHORA! ¡La botella en la bolsa!

Ella respondió:

¡Te estamos esperando, solo hay que calentar la comida!

A continuación una serie de emoticonos de chicas felices y copas de vino.

Tomé Kasernvägen y ya en ese momento tuve la sensación de que me seguían, pero al volver la cabeza no vi a nadie. Después de pasar por delante de la escuela Olaus Petri continué por Arlavägen y luego fui bajando por el corto tramo asfaltado que llevaba a los túneles...

¿Cuántas veces habría seguido ese camino, tanto mentalmente como en sueños?

El primer túnel era el más corto y estaba iluminado por farolas a ambos lados, en los que se podían ver imágenes grotescas y románticas de prados floridos y un caballero montado en un caballo blanco. Ese túnel siempre me pareció el más espantoso; las paredes del otro estaban cubiertas de grafitis y otras pinturas coloridas hechas con aerosol que resultaban menos desagradables y confusas que las del primero.

Apreté la bolsa con fuerza y entré en el primer túnel. Cuando iba por la mitad me crucé con un ciclista, que pasó por mi lado rápidamente. En ese momento vi el comienzo del segundo túnel. Su aspecto era el habitual, con las paredes llenas de grafitis. Estaba vacío.

En ese momento sonó mi móvil, lo saqué y respondí. Era Flisan y, de fondo, pude percibir voces estridentes, risas y gritos femeninos.

—¿Cuándo vas a llegar? —gritó—. ¡Te echamos de menos! ¿Por qué tardas tanto?

—Voy andando hacia allí. Ahora estoy pasando por el Túnel de los Asesinatos.

—¡Viene andando hacia aquí! ¡Está en el Túnel de los Asesinatos! —repitió Flisan vociferando, y las demás silbaron, gritaron y emitieron sonidos desagradables:

—¡Vamos, Sara! ¡Aparece de una maldita vez!

Cortamos la llamada.

El interior del túnel estaba más oscuro que la boca de un lobo.

Las luces se apagaron repentinamente.

Consideré la situación. El túnel, que era bastante largo, se había quedado completamente a oscuras. Pero yo era rápida y estaba en buena forma física, por lo que, en el peor de los casos, podía atravesarlo corriendo en uno o dos minutos hasta llegar al otro lado, donde había alumbrado público. Aunque el tramo por donde pasaba en ese momento, entre los dos túneles, estaba casi a

oscuras a pesar del alumbrado público. Detrás de mí se oía el ruido de los coches que pasaban por encima del puente. Delante, al otro lado del túnel del ferrocarril, se extendía parte del oscuro y fangoso río Lillån, rodeado de densos arbustos y casi sin iluminar. Aminoreé el paso. Percibí unos ruidos aislados y alarmantes: ramas que se quebraban, pasos. Cuando miré no había nadie, y me acordé de lo que mi padre solía decir: «¡Sara, recuerda que has sido equipada con una imaginación muy activa!».

En el sueño, igual que en la realidad, entro en el túnel oscuro. El corazón me late con fuerza mientras sigo caminando y, de repente, sin saber de dónde proceden, unas manos que me agarran, me obligan a tumbarme en el asfalto y me tapan la cabeza con un saco hasta que noto que me estoy asfixiando. Las manos que...

Me senté en la cama con tanto ímpetu que Simon profirió un maullido agudo, dio un salto y se bajó al suelo. Tenía el corazón desbocado y estaba empapada en sudor.

«Respira profundamente —era lo que, una y otra vez, el psicólogo que me trató en Örebro esa primavera me decía que hiciera—. Tienes que hacer exactamente lo mismo cada vez que se evocan los hechos de cualquier síndrome postraumático: concentrarte en tu respiración y en la realidad que te rodea. Ya no estás en peligro. Los hechos ocurrieron; tu cuerpo lo recuerda y te lo recordará muchas veces más. Pero tú puedes responder. Puedes enfrentarte a tus recuerdos. Respira profundamente. Relájate. Céntrate en tu entorno y no olvides que estás segura. ¡Estás a salvo!»

Respiré profundamente y me centré en mirar lo que había alrededor: la lamparita de noche, el cubrecama naranja que había dejado encima de la silla, la ropa de trabajo sobre la cómoda. Estaba en la casa de Siv en Vällingby. Si alguien me estuviera fastidiando, debía averiguar el porqué; tenía formación militar. No había ninguna sombra oscura alrededor, ni con ojos verdes ni sin ellos.

Sin embargo, tenía por todo el cuerpo la sensación de que mi vida corría un grave peligro, y tuve que llorar casi hasta el agotamiento para lograr quedarme dormida profundamente sin soñar.

La segunda semana empecé a habituarme al trabajo. El fin de semana había transcurrido tranquilo y sin incidentes, y decidí que todo, el raticida, las voces, el fuego, solo eran pesadillas y producto de la casualidad. El lunes me levanté a las siete menos cuarto, me duché y a las siete en punto le abrí la puerta del cuarto de baño a Jalil con una sonrisa. A las ocho y cuarto metí la llave en la cerradura de la cafetería, quince minutos antes de que llegaran Eva y Gullbritt, por lo que me dio tiempo a tomarme un buen café con leche con azúcar de caña y hojear el *DN* sin que lo notaran. Fortalecida con la energía y la lectura, abordé el trabajo, pelé con esmero las patatas de Rinkeby, preparé las masas, freí las pechugas de pollo y las corté en rodajas. Puse queso Philadelphia por encima de los bizcochos de zanahoria e incluso aprendí el funcionamiento de la caja registradora. A media tarde, Eva se dirigió a mí con una sonrisa agrisulce a la vez que levantaba una ceja.

—No eres tan tonta, aunque sí un poco rara —sentenció—. ¿Me acompañarás mañana a Rinkeby?

Solo se podía responder una cosa a ese cumplido tan singular de su parte, «sí, gracias», por lo que a la mañana siguiente tuve que levantarme a las cinco para largarme a Sumpan, encontrarme con Eva y acompañarla al mercado de Rinkeby para llevarle los sacos con los tubérculos.

El mercado de Rinkeby estaba a solo tres estaciones de Sundbyberg en la línea azul del metro, pero al llegar parecía que estabas en un universo totalmente distinto. A simple vista, cerca del noventa por ciento de la población procedía de países de fuera de Europa, aunque aparentemente se entendían bastante bien. Entre la multitud destacaba la tez pálida de algún que otro sueco, aunque parecía más bien una excepción carente de interés.

—Vienen aquí a comprar, igual que nosotras —gritó Eva, satisfecha, en mi oído—. Aquí hay cosas mucho más baratas y mejores que en las tiendas suecas habituales.

Eva avanzó por el mercado de Rinkeby como un mariscal, exactamente cómo había imaginado, examinando las frutas y estrujando las verduras. Hicimos la primera parada en uno de los últimos puestos. El vendedor, de piel oscura, mostró una gran sonrisa cuando Eva se acercó.

—Hola, Fared —le saludó, y después dirigió su mirada hacia mí—. Esta es Sara —añadió.

Fared y yo nos estrechamos la mano. Tenía aspecto de ser amable e inteligente.

—¿Qué tienes hoy? —siguió Eva mirando las verduras con recelo—. Voy a hacer un guiso de

verduras con cardamomo y arroz integral, y pienso tenerlo en el menú tres o cuatro días.

—Tengo unos boniatos muy buenos —respondió Fared mostrándole uno, grande y de color morado.

—De eso nada, ni lo intentes solo porque te hayan quedado restos de un pedido importante —dijo Eva con gesto duro—. ¡Son carísimos y están absolutamente sobrevalorados! Quiero chirivías, apio, zanahorias, patatas y verduras de hoja frescas para ensalada que se conserven unos días. ¡Nada que ya esté mustio! —Luego lo miró abriendo mucho los ojos—. ¡Pagaré en efectivo, así que tendrás que hacerme un buen precio! —añadió.

Fared me miró y sonrió, se encogió de hombros y sacudió la cabeza.

—Es igual que mi esposa —dijo, haciendo un gesto dirigido a Eva—. ¡No se puede negociar con ella!

Me reí. Pero mientras Eva hablaba y regateaba, toqueteaba las verduras, las olía, volvía a dejarlas con gesto de disgusto y al final aceptaba con desgana la adquisición de algo, bajando de ese modo el precio a la mitad de lo que Fared había pedido al principio, me di cuenta de que hacía exactamente lo mismo que la mayoría de las mujeres inmigrantes en los puestos que había alrededor. Por lo visto comprar verduras era un arte en sí mismo, en el que se regateaba continuamente sin que nadie pareciera molestarse. Solo los pocos suecos que había por allí pagaban sin discusión el precio que les pedían y después se esfumaban entre el gentío con sus bolsas.

—Siempre me engañas —dijo Eva, apretando sus billetes en la mano de Fared mientras él simplemente se reía—. Ahora vamos a comprar especias en la plaza. Fared, dejamos todo aquí mientras tanto.

Él sonrió y me guiñó un ojo.

—¿Tengo alguna otra opción? —preguntó a Eva.

—No, no la tienes —aseguró ella, y luego nos fuimos.

Alrededor de la plaza había un gran número de tiendas de alimentación y, al entrar en ellas, te parecía que estabas en el extranjero. La distribución era diferente a la de las tiendas suecas habituales; aquí había mucho más surtido de ciertos productos, como por ejemplo el arroz, y casi todo se vendía en envases grandes. La presentación de los productos no era tan llamativa, pero parecía más efectiva. Eva cogió dos garrafas enormes de aceite de oliva y dos sacos más pequeños de arroz integral y luego fuimos al sector de las especias.

—Necesito cardamomo, nuez moscada y vainas de vainilla —dijo Eva.

Abrió latas, probó, entornó los ojos y masticó, escupió las cáscaras y, en general, se comportó como si estuviera en la cocina de su casa.

—¿Se puede hacer esto en la tienda? —pregunté en voz baja.

—¡No seas tan exageradamente sueca! —dijo con desprecio—. ¡Mira, sujeta esto!

Me cargó con bolsas y otros productos y luego nos dirigimos a la salida. De repente se detuvo.

—Demonios —exclamó con gesto adusto—. Se me ha olvidado el desatascador de tuberías. ¿Puedes ir a buscarlo? Está al fondo a la izquierda, con los productos de limpieza.

Dejé al lado de la caja todo lo que llevaba y volví a entrar en la enorme tienda. Había varios estantes con cosas de limpieza y fui con cuidado de un lado a otro, mientras intentaba encontrar lo que me había encargado. Cuando ya había cogido del estante el envase del producto y un desatascador de ventosa, oí un ruido que hizo que me quedara petrificada. Era una especie de susurro, como si se absorbiera algo.

«¿Así que crees que fue el azar? ¿O tal vez solo fue un sueño?»

¿De dónde venía esa voz? Me volví rápidamente, pero no había nadie.

«Tu padre se quemó, y no le ayudaste. ¿Cuándo habrá otro incendio?»

Solté lo que llevaba en las manos y corrí lo más rápido que pude a lo largo de la estantería hasta llegar al otro extremo. En la esquina había un hombre hablando por teléfono junto a un cochecito de bebé. Ni siquiera me miró.

¿Había oído realmente una voz? ¿O solo estaba dentro de mi cabeza?

—¡Hay que ver lo lenta que vas! —se quejó Eva cuando volví a la caja con el producto y el desatascador de ventosa—. ¡Vamos, que no tenemos todo el día!

Puso rápidamente los artículos en la cinta. Yo estaba casi paralizada.

—¡Ayúdame con esto! —me ordenó Eva.

Como en medio de una neblina, hice lo que me decía.

—El menú del día está solucionado para los cuatro próximos días —dijo Eva satisfecha—. Doscientas raciones al día, a ciento cincuenta cada una y multiplicado por cuatro. Genial.

Después hizo algo que me asombró. Se acercó a mí y metió la mano en el bolsillo de atrás de mi pantalón vaquero.

—¿Qué estás haciendo? —protesté—. ¡Deja eso!

Eva me miró con gesto travieso, levantó discretamente la mano y vi que sujetaba una buena cantidad de bolsitas cuadradas entre los dedos índice y pulgar.

—Valoro el detalle, pero prefiero que mi empleada no vaya al trullo por hurto —susurró mientras metía las bolsitas en una caja de chicles Extra White.

Atónita, me quedé mirando la gran cantidad de bolsas que había sacado del bolsillo de mi pantalón y que acababa de camuflar en el interior de la caja de chicles. «¿Azafrán?»

—Más caro que el oro —bisbiseó Eva con cautela—. Por eso es mejor ahorrárselo. Vamos.

Eva pagó en efectivo también allí y luego se metió el recibo en el bolsillo. No recordaba que en la verdulería le hubieran dado siquiera recibo.

—Me pregunto por qué no tienes un solo proveedor para la cafetería, como todos los demás —dije sin fuerzas, sosteniendo los pesados productos de la compra.

Los pensamientos me daban vueltas en la cabeza.

«¿Azafrán?»

¿Cómo habían ido a parar esas bolsitas al bolsillo de mi pantalón? ¿Habría sido el hombre que me empujó en la sección de especias? ¿O tal vez unos niños que jugaban por allí alborotados? ¿Había oído realmente esa voz que dijo entre susurros lo de papá y otros posibles incendios?

—Estás loca —dijo Eva con gesto impasible—. Esto es mucho más barato. Cuenta con que ahora en adelante te voy a necesitar por las mañanas. Yendo dos personas es mucho más fácil llevar todas las cosas.

Abrí la boca para decir algo sobre mi horario de trabajo, que a esas alturas distaba mucho de lo acordado y establecido por la ley. Volví a cerrarla.

En ese momento no tenía ganas de discutir, y el comentario acerca de los horarios no le haría ninguna gracia.

El miércoles entró en la cafetería una chica bastante llamativa, al menos comparada con nuestra clientela habitual. Iba bien maquillada y llevaba una ropa tan cara que hasta Eva se dio cuenta.

—Echa un vistazo a esa piba de Östermalm —me susurró al oído mientras batía con ímpetu salsa de vainilla en un cuenco.

—¿Piba? —respondí en el mismo tono, intentando contener la risa—. ¿Quién eres? ¿Una superestrella del hip hop?

La chica se acercó, pidió a Gullbritt un café con leche y una focaccia y después cogió la bandeja y se dirigió a una de las mesas. Pero cuando apenas había dado unos pasos, se torció un pie debido a la plataforma de los zapatos que llevaba, y la bandeja salió volando hasta estrellarse contra el suelo. El vaso y el plato se hicieron añicos, mientras que el café con leche, la nata y el bocadillo caliente se esparcieron por encima de los clientes sentados en las mesas contiguas.

Eva miró hacia arriba en un gesto de resignación y se metió en la cocina con su cuenco; Gullbritt, impasible, atendió a otro cliente y yo fui corriendo hacia la chica con una bayeta.

—Lo siento. Discúlpame —dijo la chica en tono afligido y a punto de llorar—. ¡Son estos malditos zapatos! Voy a una reunión con unos clientes, así que me he tenido que arreglar.

—No te preocupes —la tranquilicé mientras limpiaba el café—. Ve a la caja y yo volveré a preparar lo que habías pedido.

Le traje otro café y un sándwich y pudo comer tranquilamente. Poco después, cuando pasó la hora punta del almuerzo, me acerqué a ella con una cafetera de café recién hecho.

—¿Quieres un poco más de café con leche? —le ofrecí.

Me miró y sonrió, y en ese momento me di cuenta de lo guapa que era.

—Con mucho gusto —dijo—. Se estaba enfriando. ¡Qué amable eres!

Permaneció un rato sentada tomándose el café mientras miraba la pantalla del móvil y luego se levantó. Al marcharse, ambas agitamos levemente la mano a modo de despedida.

Al día siguiente volvió y, en esa ocasión, llevaba un abrigo de piel sintética con estampado de cebra y gafas de sol de color amarillo.

—Dios mío, ponte a salvo —dijo Eva metiéndose en la cocina.

La chica pidió lo mismo que la vez anterior, comió con tranquilidad y después se quedó sentada un rato. Al poco rato llegó mi descanso y me senté debajo de la palmera con un café y el móvil en la mano, como de costumbre. En los periódicos no había ninguna noticia interesante y, de repente, cuando le estaba echando un vistazo a Instagram, vi el abrigo de cebra junto a mí. Levanté la mirada.

—¿Puedo sentarme? —preguntó la chica quitándose las gafas amarillas.

—Por supuesto —dije—. Mi descanso termina dentro de cinco minutos, pero claro que sí. Siéntate.

Se sentó, me miró fijamente y pude ver que tenía los ojos un poco raros: uno era azul y el otro, avellana. Pero la chica era realmente bonita, insisto.

—Tal vez deba presentarme —dijo mientras me tendía la mano—. Me llamo Bella.

—Sara —respondí.

Nos estrechamos la mano y sonreímos.

—¿Cómo te fue en la última reunión de clientes? —me interesé con amabilidad, más que nada por sacar un tema de conversación.

Bella se echó a reír.

—De maravilla —respondió—. ¡En cuanto aprendí a andar con esos malditos zapatos! Menos mal que no me caí delante del gerente, no era precisamente Brad Pitt, la verdad.

Me vino a la mente la imagen de Sixten, mi vecino, y no pude contener la risa.

—¿A qué te dedicas? —pregunté.

—A las relaciones públicas —dijo Bella—. Es un sector en expansión con una competencia cada vez mayor, por eso nos dedicamos continuamente a la captación de clientes.

—Entiendo. ¡Suena divertido!

—¡Sara! —gritó Eva desde el mostrador—. ¡Tu descanso ha terminado!

Sonreí a Bella.

—Es curioso que siempre termine unos minutos antes de la hora —susurré con ironía.

Bella hizo un gesto de disgusto y después miró la pantalla de su móvil.

—Yo también tengo que irme. Ha sido agradable volver a vernos —afirmó.

—Sí, la verdad es que sí.

Volví a mi puesto detrás del mostrador mientras Eva me miraba con recelo.

—¿Qué quería la aprendiz de caza mayor? —espetó.

—Era piel sintética —maticé—. Solo quería la receta de tu focaccia.

Eva resopló.

—Puedes recoger aquello —dijo mirando hacia el rincón, donde aún quedaban cosas por fregar.

Retiré los platos con una bandeja y, al volver, rocé una de las sillas de la mesa donde Bella y yo habíamos estado sentadas. Oí una especie de tintineo. Las gafas amarillas de Bella estaban en el suelo. Debió de dejarlas en la silla de al lado al quitárselas y después se quedaron allí cuando ella se marchó.

Me agaché con la bandeja en la mano y miré de qué marca eran.

Miou Miou. Eran de una marca cara, eso lo sabía hasta yo.

¿Cómo podría localizarla?

Durante la tarde vino mucha más gente de la habitual a la cafetería y no me dieron ni un segundo de respiro. De repente oí que Gullbritt gritaba desde la cocina con la mano encima del teléfono.

—Es para ti. Una chica que se ha olvidado algo.

Era Bella.

—Disculpa que sea tan torpe. ¿Es posible que hayas visto unas gafas de sol que me dejé? Son Miou Miou amarillas. Me encantan y no sé dónde puedo haberlas dejado. Han desaparecido.

—Tranquila —dije—. Ya están en mi bolso. Te las dejaste encima de la silla.

—¿De verdad? —exclamó Bella con alegría—. ¡Fantástico! ¿Cuándo puedo pasar a recogerlas? ¿No vendrás de camino hacia el centro por casualidad?

—Pues sí. Voy a ir al cine esta tarde. Podemos vernos después en algún sitio.

—¡Genial! —respondió Bella—. ¿Qué vas a ver?

—Una película francesa antigua que ponen en el cine Rio en Hornstull. Pero si quieres podemos quedar cerca del parque Mariatorget. ¿Sobre las diez?

—Perfecto —convino Bella—. Nos vemos en el bar Rival. Te invito a una copa como agradecimiento por la ayuda.

A las diez en punto de la noche llegué al bar Rival, en Mariatorget. A las seis de la tarde, antes de ir al cine, fui en metro hasta Hornstull, luego di un paseo por la orilla hasta Tantolunden, donde me comí un bocadillo caliente en una cafetería, desde donde pude observar el ambiente callejero de Knivsöder y finalmente me dirigí al cine Rio.

La gente tenía un aspecto totalmente distinto a la de Stureplan: aquí muchos llevaban piercing y tatuajes, preferían las botas militares y los pantalones de rayas a la ropa cara y moderna, y

llevaban el pelo teñido en distintos tonos de rojo, azul, lila y verde. Podía oler en el aire que no estaba en Örebro, aunque no por las mismas razones que en Stureplan. Por un instante, cuando me volví para hacerle un gesto a la camarera, me pareció ver a mi vecino Sixten apoltronado en la barra de la entrada. Pero justo en ese momento, el chico que estaba detrás de mí se puso de pie y lo tapó, y cuando volví a mirar había desaparecido.

Imaginaciones mías, por supuesto.

Después de la película me dirigí al bar donde iba a encontrarme con Bella. En Hornsgatan había mucho ruido y mucha contaminación, ciclistas enfadados, deportistas entrenando con reflectores en la cabeza y madres que reían a carcajadas junto a cochecitos de gemelos, así que cuando al fin crucé el parque que se encuentra junto a Mariatorget, pensé que me resultaría agradable sentarme un rato en algún sitio cerrado. Bella esperaba de pie en la barra del entresuelo. Enseguida me abrazó y yo le devolví sus gafas de sol amarillas.

—¡Que amable eres! —me agradeció alegre—. ¿Puedo invitarte a una copa de champán?

—No tienes por qué, me venía de paso, ya estaba aquí, en el centro.

—Pero me gustaría hacerlo, si te apetece —dijo Bella, sonriendo—. Quiero hablarte de algo.

Cogimos nuestras copas, subimos hasta la primera planta y nos sentamos en una mesa junto a la ventana: se veía Mariatorget al anochecer. No tenía ni idea de qué querría hablar Bella conmigo, pero no conocía la zona sur y, sin duda, era más agradable estar delante de ella en Rival con una copa de champán en la mano que sentada en la cama en Vällingby oyendo las noticias en el televisor de Sixten.

Bella carraspeó un poco. De pronto me dio la impresión de que era tímida.

—No quiero que me consideres una entrometida, pero sentí mucha curiosidad al verte. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando en esa cafetería?

Levanté las cejas sorprendida.

—Dos semanas —contesté—. Recién llegada a la capital. Soy de Örebro.

Ella asintió lentamente con la cabeza, como si le estuviera confirmando algo que ya suponía.

—Podría decir que ya lo sabía. Suelo percibir esas cosas —afirmó.

Me quedé pensativa. ¿A dónde quería llegar?

—La cuestión es que, como ya te dije, trabajo en una agencia de relaciones públicas llamada Perfect Match. ¿La conoces?

—No. —Sonreí—. Suena a página web de contactos.

Bella soltó una carcajada.

—Bueno, no vas del todo desencaminada. Nos dedicamos a concertar reuniones perfectas —explicó.

—No sé si te sigo —admití.

Bella me miró.

—Has estudiado en la universidad, ¿verdad? Me da esa impresión.

—Así es —admití.

—¿Puedo preguntar qué formación tienes, tanto en los estudios como en el trabajo?

—Claro que sí. He estudiado formación militar básica y adiestramiento de oficiales —empecé—. Después hice los tres cursos de Ciencias Políticas y Económicas en la Universidad de Uppsala. El invierno pasado terminé la tesis y obtuve la máxima calificación. Desde entonces, por una cosa u otra, me lo he tomado con calma.

Bella sonrió y negó con la cabeza mientras escudriñaba su copa de champán.

—Si te lo pido con toda amabilidad —dijo, levantando la vista hacia mí—, ¿podrías plantearte hacer una entrevista con nosotros en Perfect Match?

Me quedé boquiabierto.

—Solo para que te hagas una idea: la mayoría de los jóvenes de Estocolmo harían cualquier cosa por oír esas palabras. Precisamente por eso buscamos colaboradores con una preparación más amplia y profunda, que se salgan de los perfiles que suelen acudir a nosotros. Como tú, que tienes formación militar y estudios universitarios. Me ha impresionado mucho tu modo de manejar distintas situaciones y, de hecho, aunque quede mal que lo diga yo, tengo mucho ojo para esas cosas. La empresa acostumbra a recurrir a mí en la selección de personal.

Recordé una anécdota de esa misma tarde en la cafetería. Gullbritt estaba discutiendo con un cliente por el importe total de la cuenta mientras que Eva, a su lado, colocaba bolas de chocolate y se chupaba los dedos después de tocarlas.

—De acuerdo —acepté—. ¿Cuándo y dónde?

Bella sonrió y sacó una tarjeta de visita en la que ponía PERFECT MATCH MEDIA y, debajo, el nombre de ella seguido de SOCIA. La oficina estaba en Kommendörsgatan.

—¿Está en Östermalm? —pregunté mientras sentía unas leves cosquillas en el estómago.

En el centro.

—Así es —dijo Bella—. Toma el metro hasta Östermalmstorg. ¿Crees que podrías estar allí mañana mismo sobre las cinco de la tarde? Nuestras jornadas laborales son bastante largas, creo que es mejor que lo sepas desde el principio. Aunque algo me dice que no eres de las que escurren el bulto en el trabajo.

—No, de eso nada —contesté mientras calculaba que tendría que salir de la cafetería poco después de las cuatro para llegar a tiempo.

A Eva no le iba a gustar ni un pelo.

—¡Perfecto! Entonces nos vemos mañana. Tengo el presentimiento de que esto va a salir muy bien.

El viernes por la tarde iba callejeando por Östermalm mientras me regocijaba pensando, como de costumbre, lo mucho que me agradaría dejar Sundbyberg y Vällingby atrás. Fingí tener migraña para escaparme del trabajo a las cuatro, y a las cinco menos cuarto ya estaba en la puerta de la dirección que figuraba en la tarjeta, un edificio antiguo muy bonito con sólidas puertas de madera. Llamé y expliqué el motivo de mi visita por el interfono.

Quince minutos después estaba sentada delante de Bella y un colega suyo que aparentaba unos cuarenta años. Se presentó como Roger y yo me lo creí. La ropa que llevaba era tan perfecta y le sentaba tan bien que no me resultó nada atractivo, aunque por lo visto él se consideraba irresistible.

—Tienes una formación muy interesante, Sara —comentó, mirándome con cierta superioridad—. Cuéntanos: ¿por qué la instrucción militar? ¿No es más bien para chicos con la testosterona por las nubes?

—No, no lo creo —respondí sin apartar la vista—. Pude seguir el ritmo perfectamente.

Roger guardó silencio y juntó las puntas de los dedos de las manos.

—¿Y por qué buscas trabajo con nosotros? —preguntó.

Miré a Bella sin entender nada.

—Yo no he buscado nada, ¿no es verdad, Bella? ¿He interpretado mal algo?

Bella le susurró algo a Roger al oído y ambos se pusieron de pie.

—Disculpáenos —dijo un poco tensa—. Volveremos enseguida.

Pasaban los minutos. Miré alrededor. En las paredes había colgadas grandes fotos en blanco y negro de fotógrafos que debían de ser muy conocidos, aunque a mí no me sonaban de nada.

«Chicos con la testosterona por las nubes.»

Recordé por un momento el sendero del bosque en el que tres años atrás, durante las últimas semanas de mayo, Erik, Gabbe, Rahim, Nadia y yo íbamos a correr juntos, aunque Nadia y Gabbe en realidad podían perfectamente dejarnos atrás. Las espaldas bañadas en sudor de mis compañeros, mi frente perlada. El sabor a sangre en la boca... Y al mismo tiempo la sensación de felicidad, de unión, de grupo, de fuerza física. Ese fuerte vínculo que nos unía, que surgió enseguida, apenas la primera noche que llegamos al acantonamiento. Rahim y yo dormíamos en camas individuales uno al lado del otro, Gabbe en la que estaba encima de mí. A Nadia le había correspondido una cama al otro lado de la habitación, pero se sentó en la mía como la cosa más natural del mundo y empezó a contarme su vida. Después bajamos los cuatro juntos a cenar, Erik, sentado solo en una mesa, daba la sensación de que nos estaba esperando.

Se podían hacer nuevos amigos cuando menos te lo esperabas, no cabía la menor duda, pero no ocurría con demasiada frecuencia.

Una vez concluida la instrucción militar y el adiestramiento de oficiales, todos se fueron a distintas partes del país o al extranjero. Erik volvió a Gotemburgo. Nadia se fue a estudiar

Finanzas a Copenhague y Rahim volvió a Malmö para trabajar en la empresa familiar. Gabbe siguió en el ejército y fue destinado a Norrland.

Los echaba tanto de menos que se me humedecieron los ojos al recordarlos, pero por desgracia, después de tantos intentos de contacto fallidos, no estaba segura de que ellos también me añoraran a mí.

Se abrió la puerta y Bella volvió a entrar, en esta ocasión con otro hombre; un muchacho más joven que Roger, de unos treinta años, que llevaba un polo negro y unas gafas rectangulares de montura también negra.

—Me llamo Pelle —se presentó, estrechándome la mano—. Te pido disculpas por la conversación con Roger. No había entendido bien el motivo por el que estás aquí.

—Creo que yo tampoco —reconocí—. ¿Por qué estoy aquí?

Pelle sonrió y miró a Bella. Ella también sonrió.

—Estás aquí porque Bella es la más infalible de esta empresa en lo que a selección de personal se refiere y, cuando rastrea a alguien, casi siempre resulta que tiene razón.

Me quedé perpleja.

—¡Pero si no sabes nada de mí! —exclamé, mirando a Bella—. No tengo ninguna experiencia en los medios de comunicación ni en las relaciones públicas.

—Precisamente —explicó Pelle con voz calmada—. En Perfect Match Media trabajamos así, buscamos personas auténticas con experiencia de la realidad, luego os emparejamos con algún experto en medios como nosotros y la mezcla resulta inmejorable. Un *perfect match*, la combinación perfecta. ¿Entiendes?

—Pero el riesgo que corréis es enorme —objeté—. ¿Y si yo no funcionara?

—Lo harás —aseveró Bella—. Créeme, ¡lo sé! Además hay un período de prueba.

Me quedé sentada en silencio. Las sospechas crecían en mi cabeza como una planta dañina y oscura cuyo inmenso follaje se expandía en todas las direcciones.

¿Por qué yo? ¿Por qué precisamente yo?

¿Dónde estaba el truco? ¿Querían engañarme? ¿Se estaban riendo de mí? ¿Iban a por mí?

Las risitas en la clase cuando el profesor anunciaba que, una vez más, yo había hecho bien todas las pruebas de matemáticas. Ser elegida la última en gimnasia una y otra vez, a pesar de que era la mejor de las chicas tanto en el fútbol como jugando al *brännboll*.

Procuré concentrarme.

—¿Cuándo tendría que empezar? —pregunté con cautela.

Pelle y Bella se miraron.

—El lunes si es posible —dijo Bella—. ¿Puedes arreglarlo? Acabo de empezar con un evento para una gran consultora. Es una especie de *Wild Kids* (¿ya sabes?, el reality show infantil) para adultos en el que me encantaría tener tu input desde el principio. Paralelamente tenemos varios

proyectos en marcha: una campaña para una importante cadena de alimentación y una gala benéfica televisada, y ambas van a requerir mucho trabajo, aunque quiero recalcar que es muy divertido.

Los pensamientos daban vueltas en mi cabeza y me vinieron a la mente unas frases sueltas.

«No vales nada...» «No te queremos aquí...» «No lo lograrás...»

Una lámpara roja empezó a parpadear como si se tratara de una alarma y bañó toda la habitación con su luz intermitente, a través de la cual los rostros de Bella y de Pelle se veían alternativamente en tonos rojos y negros. No quería sucumbir a mis dudas, a esas voces interiores que me decían que nunca lo lograría, que yo no era más que un fraude, una inútil, una inepta, y que me merecía todo lo que me había ocurrido.

«Una loca.»

Traté de silenciar las voces internas para seguir hablando.

—¿Plazo de preaviso para la finalización del contrato?

—Tres meses —dijo Bella.

—¿Sueldo?

Bella mencionó una cantidad, un salario inicial, aunque luego podía haber bonificaciones, que era el triple del que percibía en ese momento en la cafetería.

—Y si las dueñas de la cafetería crean problemas, siempre podemos negociar con ellas —se ofreció Pelle satisfecho, quitándose las gafas y limpiándolas con un pañuelo que sacó de la caja que había sobre la mesa.

Diez minutos después estaba en la calle con un trabajo nuevo, por el que, al parecer y sin que yo lo supiera, suspiraba toda la gente del mundo de la comunicación de Suecia. El pánico, siempre al acecho, me carcomía por dentro como una fiera e intentaba convencerme de que no lo lograría. Sin embargo, se me despertó algo inusitado que desafiaba a la fiera con una mezcla de orgullo y confianza, junto con una alegría creciente y una esperanza renovada y salvaje.

Me habían ofrecido un trabajo que todos buscaban y yo había conseguido reunir valor y aceptarlo. No estaba mal para una chica deprimida de Örebro que padecía síndrome de estrés postraumático y estaba llena de sentimientos de culpa y duelos sin resolver.

Estaba tan contenta que de repente me puse a bajar las escaleras del metro a grandes zancadas mientras pegaba gritos de alegría. Un niño que subía por las escaleras mecánicas de la mano de su madre me miró asustado.

—¡Estoy contenta!, ¿sabes? —grité a sus espaldas, pero él siguió mirándome asombrado.

En ese momento sonó mi teléfono móvil. Era Björn.

Después de suspirar fastidiada, contesté.

—Hola, Sara —saludó con amabilidad—. Soy Björn.

—Hola, Björn —respondí, y él debió percibir en mi voz las pocas ganas que tenía de hablar con él.

Nos quedamos en silencio unos segundos.

—Solo quiero pedirte disculpas por lo que dije de tu padre la última vez, cuando paseábamos por Djurgården —explicó—. ¿Puedes darme otra oportunidad?

La fuerza interior que acababa de adquirir me aportó un valor repentino e inesperado.

—La verdad es que no tengo tiempo. Estoy entrando en el metro y tengo muchas cosas que hacer —me excusé.

—No me refería a ahora mismo —replicó—. Pero ¿podemos vernos? Se me ha ocurrido que tal vez podríamos dar una vuelta en moto o ir a almorzar a algún sitio en el campo.

Mi nueva fuerza interior me apoyaba y me animaba a que tomara la decisión.

—No creo que pueda en los próximos días —repliqué—. El lunes empiezo en un nuevo trabajo. Me arrepentí en cuanto lo dije, se me había escapado.

—¡Qué divertido! —exclamó él—. ¡Cuéntame! ¿Qué vas a hacer?

«No digas nada que no quieras. Sigue tu propio ritmo.»

—Podemos dejarlo para más adelante —dije—. Hagamos esto: ya te llamaré cuando todo se haya calmado, ¿vale? Así no tendrás que andar detrás de mí.

Björn se echó a reír.

—¿Me estás haciendo un «ya te llamaremos»? —preguntó.

—Más o menos —reconocí.

—Bueno, lo entiendo, qué le vamos a hacer. Pues buena suerte. Y algo más: ten cuidado.

—Siempre lo tengo —repliqué.

Decidí coger el toro por los cuernos: el sábado fui a la cafetería a pesar de que era mi día libre. Eran las diez de la mañana, así que aún no había llegado ningún cliente.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Eva recelosa mientras secaba el tablero de una de las mesas—. ¿Nos echas tanto de menos que vienes incluso el día que libras?

—Tengo que hablar con vosotras —empecé—. Y me siento mejor haciéndolo en persona que por teléfono.

Eva dejó de secar la mesa y se quedó mirándome con el ceño fruncido.

—¡Gullbri-i-itt! —gritó por encima del hombro sin apartar sus ojos de mí—. ¡Ven!

Gullbritt salió de la cocina y acudió secándose las manos en un trapo.

—¿Qué ocurre? —preguntó extrañada—. ¿Y tú qué haces aquí?

—Parece que Sara quiere cortar con nosotras. No quiere «hacerlo por teléfono».

—Vamos —propuso Gullbritt—. Sentémonos.

Nos sentamos a una mesa y les expliqué, lo mejor que pude, lo que había sucedido.

—¿Relaciones públicas y eventos? —dijo Eva, frunciendo el ceño—. ¿Qué diablos significa eso?

—¿El próximo lunes? —se quejó Gullbritt malhumorada—. ¡Nos dejas en bragas! ¡No podremos encontrar a otra persona con tanta rapidez!

—Ya me olía yo que había algo raro en la maldita migraña —repuso Eva con retintín—. No tendría que haberte dejado ir. De todos modos no te veo mucho futuro como actriz, de eso estoy segura.

—Perfect Match os ofrece una compensación económica para que dejéis que me vaya —dije, dándole a Eva la tarjeta de visita de Pelle—. Solo tenéis que llamar a este chico.

Eva cogió la tarjeta.

—Sí, seguro que responde al teléfono un sábado por la mañana —refunfuñó poniéndose de pie—. Esos aprendices de ejecutivo de Stureplan...

Gullbritt negó con la cabeza sin mirarme y suspiró profundamente.

Eva fue a la cocina a llamar por teléfono. Tras unos minutos, volvió con una gran sonrisa y las cejas arqueadas.

—¡Maldita sea! ¿Quién iba a decir que valías tanto, hijita? —exclamó, lanzando la tarjeta de visita sobre la mesa—. Si lo hubiera sabido habría evitado que pelaras tantas patatas y te habría enviado directamente a freír pollos.

Se volvió hacia Gullbritt y señaló la tarjeta de Pelle.

—Ahora podremos comprar esas sillas que vimos. ¡Todas!

—Supongo que estarás bromeando —dijo Gullbritt incrédula—. ¡Cuestan una barbaridad!

—Pues estoy hablando bien en serio —repuso Eva satisfecha—. «Madera sólida y cojines de fina artesanía.»

Gullbritt no dejaba de mirarla. Luego me miró a mí.

—No entiendo nada —afirmó perpleja—. ¿Por qué tanto interés por Sara?

—Eso, eso —insistió Eva, volviendo a coger la tarjeta de Pelle.

Después se la metió en el bolsillo de la blusa y le dio unos golpecitos con gesto de satisfacción. Finalmente me miró.

—Ahora nos vamos a limitar a desear buena suerte a Sara —dijo mirando a Gullbritt. Luego me miró a mí y se puso seria de repente—. Te habrás dado cuenta de que hay algo turbio en todo esto. Si todo se va al diablo, vuelve con nosotras.

Sentí que la incertidumbre bullía dentro de mí y me subía por la nuca.

«Hay algo turbio en todo esto, algo muy turbio.»

—¿Quieres decir que no estoy capacitada? —pregunté en voz baja.

Eva puso cara de no entender nada. Estaba al borde del enfado.

—¡Por supuesto que lo estás! —respondió—. Relaciones públicas y medios de comunicación, ¿qué dificultad pueden tener? Que venga esa Bella aquí a desratizar el jardín, como hicimos tú y yo el otro día; veremos cuál de vosotras dos tiene más aguante.

Y con las estimulantes palabras de Eva resonando en los oídos, volví a la habitación que alquilaba a la vieja en Vällingby y saqué a Simon a dar un paseo sabatino.

Simon y yo fuimos hasta el centro de Vällingby y luego volvimos caminando por el arcén. Ya de regreso vi a lo lejos una camioneta aparcada delante de nuestra casa. Intenté ver quién iba dentro, pero las lunas estaban tintadas. Cuando llegué a cincuenta metros del edificio arrancó derrapando, hizo un giro en U y se fue en dirección a Estocolmo.

No pasó nada, pero el simple hecho de haber presenciado aquello me inquietó. Seguro que solo eran imaginaciones mías.

El lunes a las ocho en punto de la mañana ya me encontraba en el despacho de Bella, vestida con mis mejores galas; pantalón negro, chaqueta de color verde oscuro con blusa blanca debajo y zapatos de tacón. Solo me había puesto una vez ese conjunto, en el entierro, pero mi madre me obligó a que lo trajera a Estocolmo. Se lo estaba agradeciendo mentalmente cuando Bella entró con un par de tazas de café con leche recién preparados.

—Es genial que seas tan madrugadora —dijo tras echarme un vistazo—. Haremos un poco de planning hasta la hora del almuerzo y luego iremos a comprarte ropa. No puedes ir vestida así.

Se me hizo un nudo en el estómago.

—¿Por qué?

Bella negó con la cabeza.

—Por la imagen corporativa y la impresión que damos a los clientes. Créeme, a mí también me echaron un buen rapapolvo cuando empecé. No te lo tomes como algo personal, no lo es. Más adelante lo agradecerás, cuando te des cuenta de lo que significa.

¿Por eso mi sueldo era tan elevado? ¿Me obligaban a ir al centro a comprar ropa nueva? Sentí que se me aceleraba el pulso, pero como si me leyera el pensamiento, Bella añadió:

—La empresa asume los gastos iniciales de ropa, lo considera una inversión. Notarás una leve subida de los impuestos por ese beneficio, pero es insignificante. El sueldo es para tus gastos.

Sentí que mi infancia en Örebro estaba a años luz de ese grupo de especuladores del centro de Estocolmo, pero no me importaba lo más mínimo.

Durante las cuatro horas siguientes hasta el almuerzo, Bella y yo ideamos y organizamos un plan

para el gran evento de *Wild Kids* para adultos que tendría lugar durante el otoño. Empecé un poco insegura, pero enseguida cogí el ritmo y me di cuenta de que en realidad podía aportar un montón de sugerencias, sobre todo por mi formación militar.

—Nuestro cliente es una empresa muy importante —explicó Bella—. Quieren una especie de fin de semana lúdico con todo incluido. En vez de centrarnos en las ponencias, vamos a incentivar las relaciones entre los empleados mediante distintas actividades en grupo o competiciones por equipos. ¿Me sigues?

—Perfectamente —dije—. Algunos ejercicios de formación militar son así, y funciona, créeme. Cuanto más difíciles son las pruebas, más cohesión se consigue. Algunos de mis compañeros del ejército se han convertido en amigos para toda la vida.

«O no.»

—Bien —continuó Bella—. Veo que entiendes exactamente de qué va la cosa.

Me acercó una carpeta por encima de la mesa y ella abrió otra igual.

—Echemos un vistazo a las otras tareas, aunque no sean tan urgentes. La importante cadena de alimentación y la gala benéfica. Si miras en la página cinco...

Hice lo que me indicaba y mientras Bella iba explicando, yo me limité a hacer algunos comentarios.

A las doce en punto, Bella cerró su carpeta y me miró.

—Esto va a ser fabuloso —sentenció—. ¡Lo sabía! Bueno, vámonos a comer. Tenemos que celebrar tu primer día de trabajo, así que he reservado mesa en el Sturehof. Y después, tarde de compras.

Fuimos caminando por Sturegatan hacia Stureplan. Brillaba el sol, hacía calor y, de pronto, volví a percibir que la alegría se esparcía en mi interior y que allí, a plena luz del día, no tenía ninguna duda, solo una fuerte sensación de expectación. Estaba sorprendida ante ese nuevo giro que había dado mi vida, de la cafetería de Sundbyberg a una ostentosa agencia de relaciones públicas en Östermalm sin que yo hubiera hecho nada para provocarlo, pero al mismo tiempo me sentía tan cansada por todo lo que había ocurrido durante la primavera y el verano, que cada cambio en sentido positivo me parecía vital, y pensaba que debía afrontarlo.

En el Sturehof parecían conocer bien a Bella y, al entrar, abrazó tanto al jefe de comedor como al resto del personal. Nos esperaba una mesa para dos al lado de la ventana, y Bella se adelantó mientras sus dedos revoloteaban saludando a la gente que estaba sentada y le hacía señas con la mano. De repente reparé en lo sosos que eran mis pantalones y en lo mal que me sentaba la chaqueta, me di cuenta de que llevaba una blusa sin gracia alguna y unos zapatos de señora mayor. Bella iba con una falda corta y unos botines, y la blusa consistía en distintas piezas de tela

enganchadas con grandes imperdibles. Llevaba el pelo recogido en un moño alto flojo, e irradiaba seguridad y encanto en una combinación infalible.

En cuanto nos sentamos, un chico muy atractivo vestido con pantalón vaquero y chaqueta se acercó, la besó en la mejilla y luego me tendió la mano.

—Micke —se presentó.

A pesar de que no vestía tan bien como Björn y Roger, era muy atractivo. Se le formaban unos hoyuelos en las mejillas al sonreír e irradiaba una especie de autoestima que nunca antes había visto, una mezcla de calidez y humildad. Me flaqueaban las piernas y me entraron muchas ganas de reír. Micke también me miró y vi en sus ojos una especie de admiración, me miró de una forma a la que no estaba acostumbrada, por lo que pensé que debía tratarse de una ilusión óptica. ¿Qué había en mí que se pudiera admirar?

Bella se quedó mirándonos a Micke y a mí alternativamente, y noté que había captado nuestra conexión.

—Esta es Sara, la nueva crack de la empresa.

«¿La nueva crack?»

Tragué saliva y no logré emitir ningún sonido.

—Oh, genial —dijo Micke—. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando allí?

Bella y yo nos miramos y estallamos en carcajadas, exactamente las dos a la vez.

—Cuatro horas —respondí. En ese momento me di cuenta de que no tenía ninguna dificultad para comunicarme con ellos.

Micke asintió con la cabeza y miró a Bella.

—La he visto escoger personal en otras ocasiones —explicó—. Es todo un misterio. Si tú fueras una empresa que cotizara en bolsa, compraría acciones sin pensarlo.

Bella levantó las cejas y negó con la cabeza como gesto de desaprobación.

—Micke es un financiero nato, por si no te habías dado cuenta —explicó.

—Un idiota profesional, eso es lo que soy —dijo Micke, señalándose a sí mismo—. No debería comparar a una mujer tan bonita con una empresa.

Me sonrojé.

—Ah, no te preocupes —le tranquilicé—. Me suelo comparar a mí misma con uno de esos burros de carga que agachan la cabeza y se esfuerzan todo el tiempo.

—¿Con un burro de carga? —preguntó él sorprendido—. ¿Tú? ¿Por qué?

Me encogí de hombros.

—Es algo que aprendí en el ejército —dije—. Seguir luchando en cualquier situación. No rendirse nunca.

—¡Ya lo ves! —exclamó Bella, mirándome con una sonrisa radiante—. ¿A que es buena? —añadió, dirigiéndose a Micke.

—Es muy buena —respondió él—. Pero ahora tengo que volver con mis colegas.

Micke se dirigió a su mesa.

—¿Por qué habré dicho, lo del burro de carga? —me quejé a media voz—. Ha debido de sonar fatal.

Bella sonrió con satisfacción.

—Le gustas —dijo abriendo la carta—. Se ve de lejos. Venga, ¡a comer!

Le echamos una ojeada a la carta, que recordaba porque durante mi paseo por Stureplan la semana anterior me había parado a mirarla. Pedimos las dos el pescado caro y una copa de vino blanco. Bella me persuadió de que no pasaba nada por un poco de vino, ya que íbamos a ir de compras. Al terminar nos acomodamos en las sillas e intenté parecer relajada, aunque mentalmente no cesaba de pellizcarme el brazo.

—Cuéntame cosas de ti —dijo Bella—. De tu infancia, de tu familia. Quiero saberlo todo.

Así que empecé a contarle. Bella era una buena oyente que apenas dejaba de mirarme, sonreía alentándome y se reía de mis bromas. Le hablé de mis estudios en Uppsala y de los planes de futuro que tenía en ese momento, de mis padres y de mi hermana, una loca de los caballos, y de nuestro chalet de Rynninge en Örebro; también le mencioné brevemente el accidente de papá y el modo en que había transformado por completo nuestras vidas.

—Qué horrible —exclamó Bella, mirándome con compasión.

Se me llenaron los ojos de lágrimas y noté que me dolía la garganta. Bella puso su mano sobre la mía.

—Te ayudaré —dijo con semblante serio—. Tienes que superar ese dolor.

Asentí con la cabeza sin decir nada y sequé una lágrima que me corría por la mejilla. Bella no dejó de mirarme.

—Todos sobrellevamos una pena u otra —susurró en voz baja—. Yo también he pasado momentos difíciles, y sé que es importante hablar del dolor.

—¿Qué te ha ocurrido? —pregunté en el tono más amable que pude.

Bella bajó la mirada.

—Nada de lo que quiera hablar ahora —respondió—. Pero me gustaría contártelo en otra ocasión.

Asentí. Luego cogí un pañuelo de papel y me soné la nariz en silencio. Bella sonrió.

—Veo que eres una chica cuidadosa —observó—. Mi abuela paterna siempre me decía: ¡suénate! Y, si lo hacía, me elogiaba.

—Aunque tal vez no aquí, en el Sturehof—dije, mirando alrededor.

Bella se inclinó hacia mí.

—No te fíes nunca de una mujer que no tenga buen apetito o que no se atreva a sonarse la nariz en un sitio público. Supongo que serás feminista —dijo.

Vi delante de mí la imagen de Nadia después de derribar a Erik en el pasillo del barracón.

«¡No vuelvas a hacerlo nunca! —gritaba ella mientras que los chicos que había alrededor permanecían en absoluto silencio—. ¡No te atrevas si quieres salir vivo de aquí!»

—Claro que soy feminista —respondí.

—Lo suponía —dijo Bella complacida—. ¿Café?

De repente, cuando ya nos habían servido el café, una chica que llevaba un impermeable de colores chillones, gafas de sol rojas y un gran bolso colgado del hombro, se acercó a nosotras sorteando las mesas a grandes zancadas.

—¡Hola, chicas! —exclamó—. Aquí disfrutando de la vida, por lo que veo. ¿Estáis listas?

—¡Por supuesto! —exclamó Bella—. Solo me queda pagar. Sara, ella es Nicolina. Es estilista y hoy va a ayudarnos.

Asombrada, estreché la mano de Nicolina. Ella acercó una silla y se sentó mientras me observaba. Me cogió la barbilla y me movió la cabeza hacia delante y hacia atrás mientras me miraba detenidamente.

«¿Estilista?»

No había visto nunca a un estilista en persona, solo había leído acerca de ellos en los periódicos.

—No está nada mal —dijo—. Unos pómulos fantásticos. Buena barbilla. Talla 38-40, ¿verdad? Asentí con la cabeza.

—Bien —dijo—. ¿Cuánto mides? ¿Qué número calzas?

—Hmmm... Uno setenta y dos —respondí con torpeza—. El 39.

Nicolina asintió con la cabeza.

—He pasado toda la mañana en NK, en Mathilde y en Wink, y he apartado algunas cosas —dijo—. ¡Schuterman es terriblemente caro! No vamos a llevar a Perfect Match a la quiebra, ¿verdad?

Soltó una fuerte risotada y, para mi sorpresa, descubrí que Nicolina era graciosa y que la calidez que irradiaba hacía que te cayera bien.

Bella pagó y fuimos al centro. Durante las horas siguientes, Nicolina nos llevó por las distintas tiendas, donde había apartado ropa. Mientras yo me probaba todas las prendas, Bella juzgaba, elegía, descartaba y pagaba lo que decidíamos que nos llevábamos, aumentando poco a poco la cantidad de cajas de zapatos y bolsas llenas de pantalones largos, botines, minifaldas, un vestido de cóctel negro que a mí ni se me hubiera ocurrido probarme, chaquetas, jerséis y un par de botas altas de tacón de aguja que me hacían unas piernas larguísimas.

—Excelente —dijo Nicolina, mirando a Bella—. ¿Se trata de un 720/FLA?

Por un instante noté que Bella miraba alrededor con gesto de preocupación; finalmente, fijó la vista en Nicolina.

—No —respondió con determinación—. Sara es empleada nuestra y acaba de empezar en su puesto.

Nicolina no respondió, solo levantó las cejas y sonrió. Acto seguido me alargó una nueva prenda: unos pantalones de campana de colores llamativos.

—Tienes que vértelos puestos —dijo cuando abrí la boca para protestar—. Y ponte también este abrigo largo de piel sintética. ¡Te irá genial para el otoño!

Cerré la boca e hice lo que decía. Me miré: estaba sofocada por el calor, claro.

¿Cómo demonios había llegado allí?

Cuando el reloj marcó las siete de la tarde y cerraron las boutiques, ya habíamos terminado. Bella abrazó a Nicolina y luego nos miró a mí y al montón de bolsas.

—No vas a poder ir en transporte público —dijo—. La empresa tiene cuenta en Taxi Stockholm, cojamos uno. ¿Dónde vives?

—En Vällingby —respondí—. Puedo coger el metro, no hay ningún problema.

Bella frunció el ceño.

—¿En Vällingby? —se extrañó—. ¿Por qué vives ahí?

—Alquilo una habitación. Es lo único que podía permitirme cuando empecé en la cafetería.

—¿Y eso cómo funciona? Me refiero a compartir piso. Parece... emocionante —dijo entre risas. Las imágenes se sucedían en mi mente: el raticida, los aullidos, el fuego.

—No te creas —contesté con una alegría forzada—. Cuanto menos hable de ello, mejor.

Bella sonrió. Detuvo un Taxi Stockholm, le facilitó un número de cuenta al conductor y luego se volvió hacia mí.

—Nos vemos mañana a las ocho —se despidió—. Con tu ropa nueva, por favor.

—No sé por dónde empezar —dije—. ¡Muchísimas gracias por todo!

—No hay de qué —respondió Bella—. Esperamos mucho de ti. Tranquila, solo estoy bromeando —añadió—. Entra ya en el coche.

El taxi se puso en marcha y por la ventanilla vi a Bella de pie debajo de la Seta. Me senté en el asiento trasero con todas las bolsas apretujadas contra mí, y al mirarlas me invadió una inmensa e incomprensible alegría por haber ido de compras, a pesar de que yo no solía hacerlo. Aunque lo que más me alegraba era gustarle de verdad a Bella, lo notaba. Sentía lo mismo que cuando conocí a Nadia: que en el fondo éramos iguales, que estábamos cortadas por el mismo patrón.

Después de los años de soledad en la escuela primaria, de que me acosaran mis compañeros durante el instituto y de la cantidad de trabajo que asumí en el bachillerato, fue fantástico conocer,

al fin, a una chica con los mismos valores, el mismo carácter y la misma forma de pensar que yo. Después seguimos por caminos distintos. Nadia se mudó a Copenhague y yo..., bueno, yo fui a parar al túnel.

¿Y si encontrara en Bella otra amiga de verdad después de tantos años, y si fuera alguien que estaba en la misma onda que yo?

Tendría que hacer un esfuerzo y olvidar el túnel.

Cuando llegué a casa le envié un mensaje a mi madre.

Tengo trabajo nuevo. Hoy he empezado en una agencia de relaciones públicas. Con el triple de sueldo.

A los pocos minutos llamó por teléfono, como suponía que haría.

—¡Hola, cielo! ¿Qué ha pasado? ¿Te han despedido?

Le expliqué con toda tranquilidad lo que había pasado.

—¿No te alegras? —pregunté—. Es un trabajo estupendo. Todo Estocolmo quisiera tener esta oportunidad.

Mamá guardó silencio un momento.

—Sí, claro —dijo al fin—. Obviamente, un sueldo más alto y un horizonte más amplio son mejores que la cafetería. Lo que no entiendo es por qué te han venido a buscar.

«Hay algo turbio en todo esto, algo muy turbio.»

—Vaya, gracias.

—No me malinterpretes. ¿A ti no te parece también un poco raro?

De repente se me volvieron a llenar los ojos de lágrimas y no pude articular palabra. La falta de confianza en mí misma volvió a surgir de mi interior, y mi madre enseguida se percató.

—Perdóname, querida —se disculpó—. ¡Claro que estoy orgullosa! ¡Es estupendo! La verdad es que te mereces que te vaya bien después de todo por lo que has tenido que pasar. Lo que ocurre es que me preocupo por ti, eso es todo.

—Lo sé —logré pronunciar—. Pero ahora mismo no estoy para discusiones ni para que me pongas en duda. Solo puedo salir de la cama e ir al trabajo.

—¿Y si te vienes a casa el fin de semana? —dijo—. Me gustaría estar contigo, prepararte tu comida favorita y taparte con la manta frente al televisor, desayunar tranquilamente con pan hecho en casa...

Mamá. Su mirada azul, amable, sensata y confiada. Nuestras charlas en la mesa de la cocina, sus reflexiones, sus sabios consejos. El olor a pan de centeno recién horneado en el que se derretía la mantequilla. El mejor café del mundo, de la marca Zoega y tostado en Escania; su café.

—Sí, iré —respondí.

Al día siguiente, mientras trabajaba en un boceto para el gigante de la alimentación oí a Bella, muy irritada, proferir una serie de palabrotas desde el sofá de la entrada:

—¡Que le den por culo! ¡Me cago en todo, joder!

Se oyó un fuerte golpe. Me levanté enseguida, corrí hacia allí y vi a Bella sentada tapándose la cara con las manos. Estaba fuera de sí, y su ordenador estaba tirado en el suelo. Por suerte, a aquella hora se celebraba una reunión lejos de allí, en la sala de juntas, a la que asistían la mayoría de los empleados, por lo que nadie más que yo se percató de la explosión de Bella. Pasé por delante del sofá, levanté el ordenador del suelo y le eché un vistazo. Después lo dejé encima de la mesita de café y apoyé una mano en el hombro de Bella.

—¿Va todo bien? —pregunté con cautela.

Bella no respondió. Se quedó sentada, totalmente inmóvil, tapándose la cara con las manos. No sabía si sería un buen momento para bromear, pero me arriesgué.

—¡No hay que fiarse de estos ordenadores! —exclamé con fingida irritación—. De repente saltan de la mesa y creen que les va a dar tiempo a salir por la puerta. El mío es igual. ¡Una vez se tiró por el balcón y, antes de que le diera alcance, pudo llegar al quiosco de salchichas del centro de Vällingby y pedir un perrito caliente y dos batidos de chocolate!

Bella se removió un poco y emitió un leve sonido, aunque no pude distinguir si era de risa o de llanto. Apartó las manos del rostro y me miró.

—Idiota —exclamó—. Gracias por hacerme reír cuando en realidad solo quiero morirme.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté.

Bella negó con la cabeza.

—Ya sabes cómo son los ordenadores —dijo—. Pero ese no es el problema, sino mi falta de *anger management*; por lo que me resulta sumamente difícil controlar la ira, vaya. Como acabas de ver.

—Entiendo —seguí con cautela—. No es para tanto, aunque imagino que es pesado tener que cambiar de ordenador cada vez que te enfadas. Yo me cabreo con mi ordenador al menos una vez al día.

—¡Qué me vas a contar! —exclamó Bella, pasándose los dedos por el pelo.

—¿Tienes alguna idea de por qué te enfadas tanto? —pregunté—. ¿Y de por qué no te puedes controlar?

Bella suspiró profundamente.

—Cosas del pasado —respondió—. Algún día te lo contaré, pero no aquí.

En ese momento se abrió la puerta de la sala de juntas y los empleados salieron entre un

murmullo generalizado. Roger vio el ordenador de Bella y enseguida se acercó. Se puso las manos en las caderas y logró parecer enfadado y triunfante al mismo tiempo.

—¡Otra vez no! —dijo con ironía—. ¿No deberías hacer algún tipo de terapia?

Me sorprendió su tono de voz, pero no abrí la boca.

—Sabes perfectamente que esto lo pagaré yo —se defendió Bella con determinación—. Así que ni una palabra más, por favor.

Roger negó con la cabeza y se fue sin decir nada. Me quedé mirándolo.

—Nuestro Roger no es precisamente un osito de peluche —afirmé.

Bella no respondió. Se puso a examinar el ordenador con el ceño fruncido.

—¿Conoces alguna empresa buena que le pueda echar un vistazo al ordenador? —pregunté.

—¿Bromeas? —dijo ella, levantando la vista—. Un cuchitril en la calle Linnégatan. Me adoran, soy la mejor clienta que tienen.

Nos miramos la una a la otra y al instante estallamos en risas a la vez, como nos pasó en el Sturehof. Nos reíamos con tantas ganas que casi aullábamos, hasta que al fin Bella apartó el ordenador empujándolo con el pie.

—Vamos —dije secándome las lágrimas—. ¡Ánimate! Si dejas el ordenador en el taller, te invito a pizza y vino tinto después del trabajo. ¿Qué me dices?

—Suena fantástico —respondió—. Me apunto, gracias.

Bella y yo cenamos esa noche en el Ciao Ciao, con vino tinto, risas y una cuadrilla de camareros que deambulaban alrededor de nuestra mesa. Nos hicimos fotos con ellos y las colgamos en nuestras historias. La mejor instantánea del grupo la subí a Instagram. Finalmente nos separamos en Östermalmstorg y volví en metro a Vällingby.

Iba sentada en el metro repasando las imágenes de la velada mientras el convoy se deslizaba por el andén de la estación de Alvik. De repente el tren pasó por delante de un hombre que estaba de pie, inmóvil, saludando a los viajeros que iban en el tren. Vestía chaqueta y pantalón vaquero y llevaba un sombrero negro muy peculiar.

«El Zorro.»

¿O quizá no?

Me levanté inmediatamente y, aunque no era mi parada, me lancé al exterior. Mi vagón se había detenido unos diez metros más allá, así que él debía seguir ahí.

Sin embargo, no vi a nadie con sombrero negro. O bien se había montado a otro vagón, o había cruzado al otro lado del andén y se había escondido detrás de algún plafón de publicidad.

O tal vez me lo había imaginado todo.

El resto de la semana transcurrió a una velocidad de vértigo, y empecé a entender a qué se refería

Bella al decir que tendría que sudar la camiseta. Mi jornada laboral empezaba a las ocho de la mañana y casi nunca terminaba antes de las ocho de la tarde. Entraba en la ducha a las seis en punto de la mañana y nunca podía preparar nada para cenar, por lo que lo hacía de pie en algún quiosco de salchichas o en una pizzería, o compraba un sándwich que luego me comía en casa. A veces estaba tan cansada que no me entraba nada, y una noche me dormí con la ropa puesta en cuanto llegué. A Jalil, a Sixten y a Siv ni les veía el pelo.

El viernes por la tarde terminábamos a las seis, ya que todos tenían cosas que hacer.

—Acompáñame a una fiesta esta noche —me dijo Bella durante el almuerzo—. Hay una inauguración en Stallmästaregården. Habrá un montón de comida, champán, alfombra roja, muchos fotógrafos. ¡Va a ser divertido!

—Lo lamento, no puedo —respondí—. Me voy en tren a Örebro para visitar a mi madre.

—Está bien, supongo —dijo con gesto de duda—. ¡Que te diviertas!

Había intentado en alguna ocasión preguntarle a Bella por su familia y antecedentes, pero ella siempre respondía con evasivas. Así que lo dejé, pensando que antes o después se abriría.

Después del trabajo cogí el metro hasta la Estación Central con la maleta a cuestas y, una vez en mi asiento, reparé en que mi madre quizá no me reconocería con la ropa nueva, que usaba para trabajar. Y ya cuando me puse el abrigo de piel sintética al bajar del tren, me di cuenta de que iba a alucinar.

Mi madre y Lina me esperaban en el andén: la primera, con su pelo rizado y con un chal sobre los hombros, olía a su perfume habitual, y mi hermanita, con sus hoyuelos en las mejillas, unos pantalones de montar y su chaqueta acolchada, olía a establo. Lina sostenía en las manos un ramo de rosas y estuve a punto de romper a llorar. Me lancé encima de ellas y las abracé a las dos a la vez.

—Deja que te eche un vistazo —dijo mi madre después de abrazarnos—. Te veo pálida y delgada. ¿Comes bien?

—Más o menos —respondí riendo—. No como cuando estaba en casa.

—¡Qué abrigo más bonito! —dijo Lina con admiración mientras se le marcaban más los hoyuelos.

—Hmmm —dijo mi madre, mirando los zapatos y la ropa que llevaba—. ¿Te puedes permitir todo eso?

—Lo pagó la empresa —respondí con excesiva alegría—. Según parece siempre lo hacen al principio cuando contratan a una pueblerina como yo.

—¡Qué divertido! —dijo Lina con un brillo en los ojos—. ¡Yo también quiero trabajar en una agencia de relaciones públicas!

Mi madre no dijo nada, pero vi que no paraba de darle vueltas al asunto, y cuando nos metimos en su coche y circulábamos por todas las calles conocidas en dirección a nuestra casa de

Rynninge, pude verme a mí misma a través de sus ojos. De pronto yo era una extraña, una especie de pavo real que había aterrizado en nuestro barrio de toda la vida.

¿Quién me creía que era?

¿Y quién pretendía ser?

El sábado compartimos un largo y placentero desayuno en pijama, con pan de centeno horneado en casa, como mamá había prometido. Lina me contó cosas del hipódromo y de las distintas chicas que iban a montar a caballo, y yo contraataqué hablando en primer lugar de Sixten, Siv y Jalil, de Vällingby; después de Eva, Gullbritt y la cafetería, y finalmente de Bella, Roger, Pelle y los demás de Perfect Match. Mientras hablaba me iba dando cuenta de los mundos tan distintos que había conocido durante el poco tiempo que llevaba en Estocolmo, y tanto mamá como Lina se rieron de buena gana con mis anécdotas.

—¿De verdad que tiró el ordenador al suelo? —dijo Lina fascinada—. ¡Debe de ser una chica muy divertida!

—A mí me parece una imbécil —dijo mi madre con una ceja levantada—. Y bastante consentida también. ¿Y la empresa tiene que pagar sus arrebatos?

—No, los paga ella misma —respondí—. En realidad, lo pasa muy mal.

—Me lo imagino.

—Bueno —repuso Lina—. ¡Todo el mundo tiene defectos!

—Todos, excepto mi hermana mayor —dije—. Repite conmigo, Lina: Todos, excepto mi hermana mayor.

—Estás loca. —Se rio Lina.

Mi madre puso su mano sobre la mía.

—Es maravilloso tenerte en casa —dijo—. ¿Verdad que sí, Lina?

Esta asintió con la cabeza y luego se puso de pie y me abrazó. Sentí que tal vez debería volver a casa, pero el pensamiento se fue igual que había llegado.

—Podéis venir a verme a Estocolmo —propuse—. Espero conseguir un lugar mejor donde vivir. ¡Sería fabuloso que me visitarais!

Lina me miró fijamente a los ojos con su frente apoyada en la mía y las manos sobre mis hombros, casi como si fuera a hipnotizarme.

—¡Dale prioridad al tema! —exclamó muy seria en tono monótono—. ¡Busca otra vivienda!

—Haré todo lo que pueda.

Cuando estábamos recogiendo las cosas de la mesa, llamaron a la puerta y Lina fue a abrir.

—¡Sara! —gritó por encima del hombro—. ¡Ha venido Sally!

Me vine abajo inmediatamente: fue como si escurrieran una vieja bayeta encima de mi cabeza,

esparciendo su apestoso olor a humedad y a moho del pasado. Respiré profundamente y vi que mi madre me miraba.

—Vamos —susurró—. Sally es tu amiga de toda la vida.

Fui a la entrada y allí estaba Sally con el mismo aspecto de siempre: arrogante, fuerte, con los ojos muy pintados, de excelente humor y siempre dispuesta a discutir con quien fuera necesario. Un sinfín de imágenes de la escuela y del instituto pasaron por mi mente a toda velocidad.

Sally y yo éramos muy buenas amigas de pequeñas, pero todo cambió según íbamos creciendo. Sally se empezó a envalentonar mientras que yo seguí siendo una empollona blandengue, y ella me utilizaba para autoafirmarse a mi costa. Recuerdo con toda claridad cómo me vejaba en el instituto, burlándose de mí porque estudiaba mucho, porque no salía con chicos, porque no me interesaba la ropa ni el maquillaje ni beber ni fumar. Y también recuerdo cómo, con todo, a mí me tocaba bajar la cabeza, humillada, y seguir siendo amiga suya, con el ferviente apoyo de mi madre, siempre temerosa de que acabara siendo una marginada.

Nunca me defendía ni le decía a Sally lo furiosa y afligida que me sentía por su actitud. La estrategia de mamá funcionó a la larga: hice amistades en parte a través de Sally y luego cada vez más por mi cuenta. En la época del bachillerato ella también fue mejorando como persona y se volvió más justa, más parecida a la Sally que era de pequeña, pero las cicatrices de las humillaciones anteriores seguían ahí, junto a la sensación de rabia contenida y de haber sido traicionada. Ya no sabía si podía confiar en ella.

—¡Vaya! —dijo antes de que nos diera tiempo a saludarnos—. Una vip de Estocolmo que ha venido de visita sin siquiera avisar. Lo he sabido por una vecina que ha ido al hipódromo.

—Hola, Sally —la saludé con un abrazo—. Vamos, entra, ¿quieres un café?

—¿Tú qué crees? —dijo Sally con ironía, a la vez que se quitaba la chaqueta y colgaba el bolso.

Me siguió a la cocina, abrazó a mi madre y luego nos sentamos a la mesa. Sally cogió inmediatamente un sándwich de pan de centeno y le untó una buena cantidad de mantequilla. En ese momento resonó la voz de Bella en mi mente: «No te fíes nunca de una mujer que no tenga buen apetito».

Pero Bella estaba delgada como un junco.

—¡Bien! —empezó Sally con la boca llena de pan—. ¿Y qué tal por Estocolmo? ¿Te has hecho tanto de la capital que has olvidado a las viejas amigas?

—¡Sara trabaja en una agencia de relaciones públicas! —dijo Lina con orgullo.

Sally frunció el ceño.

—¿De verdad? ¿No ibas a trabajar en una cafetería en Sundbyberg?

Me encogí de hombros, pues en realidad ni tenía ganas de dar explicaciones ni quería darlas.

Sally y Bella vivían en mundos distintos y no tenía el menor interés en nivelar las diferencias que había entre ellas.

—Pues mira —dije—. He conseguido trabajo en una agencia de relaciones públicas y eventos en Östermalm.

Sally se rio con descaro.

—¿No será una de esas agencias que se dedican a poner trajes ridículos a los hombres maduros cuando tienen que asistir a una conferencia, y organizan eventos con alfombra roja incluida para famosillos hambrientos y desvergonzados que solo van allí para comer gratis?

«El equipo negro puede tener las armas hasta el almuerzo; el equipo azul después del almuerzo.»

—Tú lo has dicho —respondí impávida—. Hacemos tonterías todo el tiempo, pero ganamos mucho dinero.

—¿Hacemos? ¿Es que eres socia de la agencia? —preguntó Sally.

—¿Y a ti cómo te va? —inquirí—. ¿Conseguiste al fin un puesto fijo en el banco?

—Efectivamente. Empecé el primero de septiembre. Todo genial, la verdad, unos compañeros fabulosos. Henke también trabaja allí, así que lo pasamos genial. Siempre alargamos la pausa del café hasta cuarenta minutos.

Henke, uno de nuestros compañeros de secundaria: pelo liso, ojos muy juntos, poco sentido del humor.

—Qué bien —dije.

Nos quedamos un momento en silencio.

—¿Te gustaría venir esta tarde un rato a casa de Flisan? —dijo después—. Es su cumpleaños y habrá un poco de vino y tarta.

Flisan era una de las chicas con las que Sally y yo más nos divertíamos en clase. Cuando éramos pequeñas solía burlarse de mí, pero en bachillerato, en el instituto Karolinska, junto con otros alumnos que procedían de distintos centros educativos, empezamos de nuevo y todo se calmó. El hecho de que casualmente la noche del túnel yo me dirigiera a la cena de amigas en casa de Flisan no cambiaba las cosas. Era una chica bastante agradable, pero ya no teníamos mucho en común, la verdad.

—¡Sí, ve! —gritó mi madre con entusiasmo—. ¡Suena divertido!

Oír de nuevo ese tono de ansiedad en la voz de mi madre hizo que me sintiera mal.

«Sara no tiene amigos, se ríen de ella, no es como los demás.»

Mi padre nunca le dio importancia. «Llegará tu momento —solía decir—. Las frutas exquisitas maduran lentamente.»

—Teníamos pensado cenar en familia —dije con voz débil—. Anoche llegué muy tarde.

—Nos dará tiempo a cenar antes —dijo mi madre—. Puedes irte después con Sally. Será

divertido que mantengas el contacto con tus antiguas amigas, ¿no crees?

—Si tú quieres, claro —dijo Sally con ironía mientras cortaba otra rebanada de pan.

—¡Por supuesto que quiero! —me defendí molesta.

—Bien —dijo Sally—. Te recogeré sobre las diez.

Sally vino a recogerme por la noche y me llevó en moto a la casa de Flisan, que se había mudado y ahora vivía con su novio en un apartamento al otro lado del instituto Tulläng. Atravesamos Rynninge y luego seguimos por Grenadjärgatan en dirección al centro. Fue casi como volver a la adolescencia, yo en el asiento de atrás de la moto de Sally, con los brazos alrededor de su robusta cintura y una botella de vino en el bolso que llevaba al hombro.

—Menudo flashback, ¿verdad? —gritó Sally—. Es como volver al instituto Karolinska.

—Pues sí —respondí—. ¿Podemos dar una vuelta por la escuela y por el castillo?

—¡Claro que sí! —exclamó Sally.

Giramos a la derecha en Olaigatan y ahí, en medio del islote del lago Svartå, estaba el castillo de Örebro al que tanto quería. Por el camino, a la derecha, vimos el edificio de nuestro antiguo instituto Kalorinska, conocido como el Karro, lo que removi6 en mí sentimientos encontrados.

—¡Qué bonito es! —grité a Sally.

—Ni que hubieras emigrado a América —dijo ella a voces—. ¿No quieres que pasemos también por el viejo y querido banco SEB de Drottninggatan, el que me chupa la sangre todos los días?

—¡No, gracias! —grité—. *Come on, Barbie, let's go party!*

Sally aceleró y dejamos el centro atrás.

Flisan y su novio vivían de alquiler en un apartamento de tres habitaciones en la zona sur. Era una de las pocas parejas de amigos que se había mudado a vivir juntos, pero a mí no me daba ninguna envidia su situación. El apartamento estaba atestado de gente: una gran parte eran antiguos compañeros de clase con los que a veces salía, aunque cada vez con menos frecuencia, pero también había muchos que no conocía. Flisan, radiante, daba vueltas con una copa de vino en la mano, mientras su novio Kevin estaba sentado en el sofá bebiendo chupitos de vodka con sus colegas. Flisan y Kevin llevaban ya varios años en pareja y seguramente seguirían así; incluso era probable que tuvieran hijos. Miré a mi alrededor y noté un sudor frío en la frente. Los pósters enmarcados en las paredes, los sofás de Ikea, la mesa de comedor llena de trozos de tarta a medio comer y varias botellas de licor.

Acudieron a mi mente recuerdos de los años de estudiante. Sentado al lado de Kevin en el sofá estaba Liam, uno de mis mayores acosadores de la época de primaria. Llevaba una camiseta debajo de una camisa de franela a cuadros. Tenía el vientre prominente y parecía menos

musculoso. Llevaba ambos brazos tatuados y se había dejado crecer una especie de bigote poblado, pero era él, de eso no cabía duda. Mientras lo miraba, dio un grito, echó la cabeza hacia atrás y se bebió el chupito de un trago. Luego dejó el vaso dando un golpe en la mesa y volvió a rugir de satisfacción. Se percató de que lo miraba, frunció el ceño e intentó concentrarse.

—¡Demonios! ¡A ti te conozco! —gritó señalándome—. ¡Ven! —dijo, golpeando con exigencia el asiento del sofá, pero yo me quedé inmóvil sin mostrar ningún interés.

Kevin me miró y se inclinó hacia Liam.

—Es solo Sara —dijo a media voz—. Menudo muermo.

Kevin se echó a reír sin dejar de mirarme, mientras su barriga subía y bajaba con las risas.

—Es la del túnel, ya sabes —añadió Kevin, bajando el tono de voz—. El invierno pasado...

Su voz desapareció entre el ruido general. Liam siguió escuchándole y después le susurró algo sin apartar sus ojos de mí.

—¡Oh, mierda! —exclamó.

Era como si yo no estuviera en la habitación. Me volví haciendo un esfuerzo hacia el lado donde estaba Henke, el único de la clase que siempre estudiaba tanto como yo. Seguía tan delgado como lo recordaba, aunque iba mejor peinado que antes, y me miró sonriente con cierto brillo en aquellos ojos demasiado juntos.

—¡Sara! —me llamó, dando un paso hacia mí en cuanto se cruzaron nuestras miradas.

Me besó en la mejilla y me miró de arriba abajo mientras me agarraba la mano.

—¡Qué guapa estás! —dijo con admiración—. Estás, no sé, diferente. Más alta y más... ¡encantadora!

Levanté las cejas y le mostré la suela de plataforma de uno de mis zapatos, lo que hizo que se riera.

—¡Fantástico! —exclamó con ojos brillantes—. ¿Cómo te van las cosas? ¿Vives en Estocolmo?

—Pues... trabajo en una agencia de relaciones públicas, aunque no sé bien por qué quieren que esté allí, pero así es —confesé—. ¿Y tú? Sally dice que trabajáis juntos en el banco.

—¡Pues yo sí lo entiendo! —dijo Henke—. Que quieran que estés allí, me refiero.

Por el rabillo del ojo vi que Sally bebía vino de una botella, y luego se la ponía encima de la cabeza y se reía a gritos de su hazaña.

Bebí un poco de vino de mi vaso. Henke sonrió mirándome con su cara de tonto, a apenas veinte centímetros de la mía. Después hizo una mueca, probablemente de compasión. Miré hacia abajo porque me había cogido también la otra mano.

—¿Cómo te encuentras ahora? —dijo preocupado—. ¿Estás bien después de lo que te ocurrió el invierno pasado, además de lo de tu padre?

Respiré profundamente y logré sonreír.

—Perfectamente —respondí haciendo un esfuerzo—. Todo genial.

Iba a ser una noche muy larga.

El lunes llegué a las siete y media al trabajo; me había despertado a las cinco y no logré dormirme otra vez, así que a las cinco y media ya estaba levantada. La luz de la mañana se colaba por entre las persianas y la cama me resultaba más incómoda de lo habitual. Los fuertes ronquidos procedentes de la habitación de Sixten traspasaban la pared. Y Siv había puesto una nota en el pasillo en la que nos comunicaba que se iban a hacer unos arreglos en la cocina, por lo que no estaría disponible hasta noviembre.

Pensé en mi viaje de regreso en tren el domingo por la tarde: en el oscuro paisaje de otoño que atravesamos, en la niebla que envolvía el campo, la humedad glacial y ese frío que me calaba hasta el tuétano. La Estación Central estaba tranquila y vacía, y en el vagón del metro, además de mí, solo viajaba otra persona hasta Vällingby. De «El Zorro» y el resto de mis fantasmas imaginarios no había ni rastro.

Llegó el otoño y había dejado atrás Örebro en más aspectos de los que me atrevía a admitir. Y aun así, al entrar a Estocolmo tampoco tuve la sensación de estar en casa, por más que intentara hacérselo creer a mis antiguos compañeros de clase. La verdad era que aborrecía esa diminuta y deprimente habitación que alquilaba, odiaba a su codiciosa propietaria y no quería seguir viviendo en las afueras. Estaba lejos del trabajo, y el camino se me hacía tremendamente largo en las horas punta. No tenía amigos en Estocolmo y estaba sola y desanimada, casi al límite.

Aunque en Örebro tampoco me había sentido mucho mejor. Los ratos en casa con mi madre y con Lina fueron maravillosos, pero en cuanto retomé el contacto con los antiguos compañeros de secundaria y volvieron a recordarme lo sucedido en el túnel, aparecieron otra vez los síntomas de la depresión. A esas alturas los podía reconocer fácilmente: el entorno perdía todos los colores, igual que cuando se cambia en Instagram el filtro de color a blanco y negro. La vida se paraba en seco como un caballo asustado, y salías volando por encima de su cabeza hasta estrellarte contra el suelo. De repente la idea de morir te resultaba atractiva.

«¿Qué debía hacer?»

Abrí la puerta con la llave y entré en la oficina pensando que, por una vez, iba a ser la primera en llegar. Pero vi el reflejo de la luz de la cocina en el pasillo y percibí un aroma a café recién hecho. Colgué la ropa de abrigo y enseguida salió Bella de la cocina con una taza en la mano.

—Hola —saludó—. ¡Qué temprano has llegado! ¿Tomamos una taza de café antes de empezar?

—Con mucho gusto —dije.

Me serví el café y luego seguí los pasos de Bella hasta su despacho. Ella, sentada ya en el sofá, estaba mirando pensativa el cielo gris y la lluvia que repiqueteaba contra la ventana.

—Esta época del año se me hace muy pesada —dijo antes de beber un sorbo de café.

Me quedé expectante. Parecía que quería contarme algo.

—Viví durante varios años con un chico al que realmente amaba —empezó, sin apartar la mirada de la ventana—. Y después terminamos. No encajábamos. No queríamos las mismas cosas.

Guardó silencio. Yo esperé que siguiera.

—Lo noto más en esta época del año. Las largas noches frente al televisor. Vas a entrenar. Te quedas de pie mirando el interior del frigorífico sin que te llegue ninguna inspiración.

«Si es que tienes frigorífico», pensé yo.

—¿Y tus padres? —dije.

—Están separados y ambos tienen una nueva familia —explicó—. Adoro a mis hermanos menores, de verdad. Pero la que «está de más» soy yo, ya me entiendes. Caí en una grieta entre dos familias nuevas y desaparecí. —Bella sonrió, pero era una sonrisa triste. No vi autocompasión, solo tristeza—. Tengo buena relación con todos, nos vemos en Navidad y esas cosas —añadió—. Pero... si no voy, tampoco me echa nadie de menos.

—Qué pena —dije—. ¿Dónde viven?

—Mi padre vive en Escania. Y mi madre acaba de mudarse a Inglaterra con su familia.

De repente entendí mucho mejor su necesidad de salir constantemente los fines de semana, de estar en movimiento y de llenar su vida de actividad. Bella se echó a reír.

—Me apetece tener una mascota —dijo—. Cuando era pequeña siempre teníamos un gato.

Pensé en Simon. Yo al menos tenía algo: una mascota.

Bella giró el rostro y me clavó esa mirada tan peculiar de sus ojos de distinto color, uno azul y otro color avellana. La vi seria de un modo que no la había visto nunca antes.

—Tal vez luego me arrepienta de esto, pero en ese caso tendremos que encontrar una solución —empezó—. De todos modos lo he pensado mucho durante el fin de semana. Y tengo que preguntarte una cosa.

Se me aceleró el pulso y se me secó la garganta por su tono de voz tan grave. ¿Qué me iba a decir? ¿Que le devolviera el sueldo o el dinero de la ropa que habíamos comprado? ¿Y si planeaba dejar de trabajar en la agencia, adónde iría yo, que era su asistente? Gullbritt y Eva me dijeron que podía volver, pero yo no iba a hacerlo de ningún modo. Además, era probable que no quisieran verme más por allí, y menos para trabajar.

Vi ante mí la posibilidad de tener que volver a vivir en Örebro y, como en una película a cámara rápida, pasaron por mi mente las imágenes de la noche del sábado. El baile en el que se caían unos encima de otros totalmente borrachos, las torpes propuestas y sugerencias de Henke acerca de «ir a verme a Estocolmo», las carcajadas de Sally con los dientes manchados de vino tinto, la pareja que se estaba toqueteando en el sofá, Liam pellizcándome el trasero en el pasillo y yo a punto de atizarle, aunque no lo hice porque sabía que si empezaba a pegarle no podría parar y le iba a hacer mucho daño.

Mi terrible sensación de soledad.

Y también el frío glacial que sentí al volver caminando a casa: revivir unos recuerdos tan fuertes; el miedo que me abrumaba en cuanto oía un ruido inesperado. Dejé la fiesta sin despedirme, convencida de que una caminata rápida me espabilaría y haría que me sintiera mejor. Pero no conté con la sensación de que alguien me perseguía. Alguien iba caminando detrás de mí, podía oír los pasos e incluso alguna que otra tos, pero al darme la vuelta y mirar no había nadie. El corazón me latía cada vez más deprisa y cuando al fin doblé en mi calle me puse a correr. Estaba completamente convencida de que me seguía una sombra que solo esperaba la ocasión para lanzarse sobre mí.

«Quienquiera que fuese continuaba suelto por ahí.»

Mi madre, que me esperaba en la cocina, me preguntó si lo había pasado bien, como solía hacer cuando tenía quince años e iba al instituto. Su mirada solo me decía una cosa: que yo, y también ella, éramos sumamente frágiles, y que en cualquier momento podíamos rompernos. Por más intrépida que fuese, por más éxitos y méritos que acumulara, nunca iba a lograr convencerla de lo contrario.

Bella resopló. Después sonrió inesperadamente con su típica sonrisa, tan deslumbrante y contagiosa que no pude evitar hacerlo yo también.

—No pongas esa cara de susto —dijo con amabilidad—. *Sorry*, soy yo la que vuelvo a caer en mis cosas de siempre. No, solo pensaba preguntarte si quieres venirte a vivir a mi casa. Es decir, a compartir piso conmigo. Tú y tu gato, y yo, claro. Creo que podríamos pasarlo bastante bien.

El aspecto de Siv era esperpéntico. Estaba de pie en el vestíbulo con las manos en las caderas, las comisuras de los labios tan caídas que casi formaban un círculo alrededor de su barbilla, y temblaba de indignación. Llevaba la cabeza llena de rizos apelmazados, como si se hubiera puesto un montón de rulos y luego se hubiera rociado el cabello con demasiada laca, y un collar de bolas de plástico de colores vivos le colgaba del cuello. Por un momento me pareció la versión malvada de mi maravillosa madre, una especie de caricatura infernal.

—¡Hay un plazo de preaviso establecido! —gritó con voz ronca.

Los rizos de su cabeza se mantuvieron firmes, como si estuvieran agazapados, temerosos de ser descubiertos.

Era una peluca.

—Soy consciente de ello —dije, contando el dinero—. Un mes de alquiler, aquí tienes.

—¡No es un mes! —gritó ella—. ¡Tienen que ser seis meses!

—Sí, eso es lo que yo propuse —repliqué—, pero tú no estabas de acuerdo. Querías poder echarme a la calle directamente si había algún problema, según escribiste, y por ello solo se acordó un mes. Puedes leerlo en tu correo electrónico.

Siv estaba muy enfadada, pero al final me arrancó el dinero de la mano.

—¡Hay escasez de vivienda en Estocolmo! —gritó—. ¡Hay seiscientas mil personas en lista de espera! No tardarás en volver, ya lo verás.

Cogí mi maleta roja con una mano y el transportín del gato con la otra.

—Haya o no escasez de vivienda, antes que volver a este sitio asqueroso dormiré en la calle. ¡Te lo prometo! —solté en tono desafiante.

Siv dio la vuelta, entró en la cocina y cerró de golpe la puerta. Bella, que me estaba esperando en la puerta de la calle, casi explotó de la risa. En ese momento se oyó un ruido inesperado en la escalera, levanté la vista y vi a Jalil, que llevaba una camisa hawaiana amarilla con grandes flores estampadas y unos pantalones de chándal color celeste. Reía y aplaudía con tal fuerza que hasta le temblaba el bigote. Me miró y me gritó:

—¡Bravo! ¡Estoy muy orgulloso de ti! ¡Suerte!

Sonreí levantando el pulgar y luego seguí a Bella hasta el coche.

Durante el trayecto de regreso a la ciudad fui mirando por la ventana en silencio. Bella y yo lo habíamos celebrado bailando en la acera y hablando las dos a la vez, entre risas, mientras metíamos a empujones mis maletas y el transportín de Simon en el interior del coche. Repasamos lo que había dicho y hecho la dueña y nos reímos sin ningún reparo, tanto de su ropa y peinado como de sus estúpidos y ruines comentarios. Bella quiso saber de Jalil y yo le hablé de él, y también le describí a Sixten y sus costumbres y ella se desternillaba de la risa. Luego nos tranquilizamos un poco y Bella aprovechó para contestar una llamada del móvil mientras conducía.

Cuando cruzábamos el puente Tranebergsbron, vi a lo lejos las islas Essinge, que parecían iluminadas bajo el azul atardecer. Fue un momento extremadamente bello y nostálgico que hizo que surgieran las dudas que guardaba dentro de mí.

¿Por qué precisamente yo?

¿Por qué Bella me lo pidió a mí?

¿Cómo era posible que precisamente yo tuviera tanta suerte?

«Hay algo turbio en todo esto, algo muy turbio.»

Cuando estudiaba bachillerato y empezó a ser evidente que yo tenía más aptitudes que otras personas para los estudios, además de tener como padres a dos sólidos académicos que me animaban, fui aprendiendo poco a poco cómo funcionaba nuestra sociedad:

«No vayas a creer que eres algo.»

«La soberbia precede al fracaso.»

«Procura no destacar si no quieres pagarlo caro.»

No me daba la impresión de que fuera especialmente engreída; siempre intentaba ocultar los buenos resultados en vez de jactarme de ellos, y el hecho de ser mejor que mis compañeros de clase no solo no me alegraba, sino que hacía que me sintiera más sola y vulnerable. Sin embargo, los profesores jugaban en mi contra: se empeñaban en hacer públicos mis brillantes resultados, leían mis redacciones en voz alta y de vez en cuando me proponían que participara en algún concurso. Todo ello provocó que Liam y los demás fueran a por mí en los descansos, me pegaran y me dieran patadas, me rompieran la puerta de la taquilla, me quitaran la mochila y la tiraran al otro lado de la cerca... En resumen, que buscaran cualquier forma de torturarme.

Las chicas eran distintas, pero me atrevería a decir que incluso peores. Las más atrevidas, Sally y Flisan entre otras, empezaron a maquillarse y utilizaban unos métodos de acoso escolar muy refinados. Veronika, la más blandengue y la que menos pecho tenía de la clase, una vez se metió algodón en el sujetador para no parecer tan plana. Cuando Sally lo descubrió cogió el sujetador que se había dejado en el vestuario y lo mostró en medio de la clase, algodón incluido. Al curso siguiente Veronika cambió de instituto y fue entonces cuando me quedé yo sola en el punto de mira.

Sally y Flisan se solían interponer en mi camino en el patio de recreo, con los demás

compañeros alrededor, y empezaban a acosarme con una especie de variante del «juego de las veinte preguntas».

—¿Me invitas a un cigarrillo? ¿No? ¿Por qué? ¿Eres una tacaña?

»¿Has bebido cerveza alguna vez? ¿Qué te pareció? ¿Estaba buena? ¿Te invitó tu padre? ¿No? ¿Puedes conseguir bebida para el fin de semana? ¿No puedes cogérsela a tus padres del armario?

»¿Te has enrollado con alguien últimamente? ¿Con quién? Sí, claro que lo has hecho ¡yo te vi! ¿No fue con Henke? ¡Henke, ven! ¿Por qué no os besáis?

Sally se lucía en esos interrogatorios; tenía una labia increíble, mis compañeros de clase estallaban en risas y yo respondía de la forma más escueta posible mientras deseaba con todas mis fuerzas que me tragara la tierra. No tenía sentido intentar salir corriendo de allí, una vez ya lo hice y Liam me persiguió y me tiró al suelo, así que terminé con arañazos en las rodillas y en las manos. Era mejor quedarse y responder a lo menos posible, ya que, antes o después, siempre sonaba el timbre, entrábamos a la clase siguiente y todo acababa.

¿Habría Sally sentido remordimientos alguna vez? En alguna ocasión me había parecido ver un brillo de culpa en sus ojos; podía descubrirla mirándome en la clase cuando nadie se daba cuenta. Pero cuando nuestras miradas se encontraban ella desviaba la suya hacia otro lado.

—¿En qué piensas? —preguntó Bella—. Te has quedado muy callada.

«Pienso que es increíble que quieras compartir apartamento conmigo, que esté en tu lugar de trabajo y en tu vida. Seguro que alguien muy rebuscado está jugando conmigo e intenta ponerme en evidencia de una vez por todas.»

—Solo estoy cansada —contesté, sonriendo—. Esa vieja me ha puesto nerviosa.

—Está loca —dijo Bella—. Menos mal que hemos conseguido sacarte de allí.

—Pues sí, la verdad —convine—. ¡Qué agradable va a ser no tener que estar en esa casa de locos!

Traté de pensar de forma positiva: había llegado mi turno, mi verdadera vida al fin empezaba y a partir de ese momento dejaría atrás el pasado y me limitaría a mirar hacia delante.

Bella me miró y me apretó la rodilla con la mano que tenía libre.

—Va a ser superdivertido —dijo—. ¿No crees?

El apartamento estaba en la calle Storgatan, en Östermalm, a unos doscientos metros de Östermalmstorg y a la misma distancia de Strandvägen, pero, según Bella, a fin de cuentas solo era «un edificio grande».

Mi dormitorio era espacioso, «la habitación de invitados», orientado al sur, con una cama amplia de la marca Hästens, con mullidas almohadas y esponjosos edredones y dos amplias ventanas para que entrara la luz natural.

Un cuarto de baño de invitados exclusivamente para mí, sin bañera, «aunque puedes usar la mía siempre que quieras», pero con un lavabo grande y ducha propia, múltiples estantes y un pequeño armario donde guardar las sábanas y toallas recién compradas.

Un cuarto de estar para compartir de por lo menos cincuenta metros cuadrados, con cómodos sofás y mesas bajas, un enorme televisor de pantalla plana, cortinas gruesas y mueble bar. «Aquí vamos a pasar muchos ratos, me encanta hacer fiestas. O simplemente podemos sentarnos y charlar los domingos por la noche tomando una taza de té.»

Y luego la cocina. ¡La cocina! Un sueño de azulejos blancos con una estufa antigua de hierro en un rincón, combinada con los elementos más modernos, con un amplio espacio para cocinar y una isla con taburetes. «Me gusta charlar mientras preparo la comida.» En una esquina un refrigerador de vinos con botellas de tinto y blanco, y encima de los armarios una serie de recipientes de cobre antiguos. «Los heredé de mi abuela paterna.»

Tuve que pellizcarme el brazo.

—Uau —fue todo lo que pude decir.

Sin embargo, enseguida me sentí casi como en casa, aunque aquí el nivel de lujo era mucho más alto del que solía rodearme. Lo de Vällingby, por otro lado, había sido un fracaso que me había hecho sentir peor de lo que me había dado cuenta.

Bella sonrió mirando su reloj de pulsera.

—Vamos, saca las cosas de la maleta mientras empiezo a hacer la cena. Habrá vieiras fritas en aceite de oliva y romero, y un vino blanco fantástico que me han regalado. Tenemos que celebrar que somos compañeras de piso.

Fui a mi habitación, abrí las maletas y saqué la ropa. En ese preciso momento decidí hacer limpieza: tiraría todo lo viejo y mantendría solo lo nuevo. Había llegado el momento de poner un punto final a mi vida anterior. Ya que había tenido tanta suerte en el trabajo y con la vivienda, debía deshacerme también de toda la basura que había acumulado. Fui amontonando en el suelo todo lo que iba a ir inmediatamente al contenedor de recogida de ropa. El resto, aparte de las prendas que había comprado recientemente, eran mis pertenencias personales. Coloqué las fotos de papá, mamá y Lina, y la de grupo con los compañeros de instrucción militar. Eché de menos otra foto de familia, debía de estar en otra bolsa. Sí encontré mi viejo osito de peluche, así que lo puse encima de la cama, y el resto lo metí en el armario.

Cuando estaba a punto de terminar llegó Bella con dos copas de vino. Me dio una.

—Salud y bienvenida —dijo—. Estoy muy contenta de que estés aquí.

Bebimos. El vino tenía un tono amarillo dorado y tenía pinta de ser caro.

Levanté el móvil delante de nosotras.

—Mi historia —dije—. ¿Puedo subir una foto?

—¡Por supuesto! —dijo Bella.

Hice una foto de las dos, sonriendo y brindando con la copa de vino, y la subí con el texto: «Nueva inquilina en Storgatan, Östermalm, con mi amiga Bella, la más guapa», y a continuación unos corazones.

Bella sonrió. Después miró el montón de ropa que había en el suelo.

—¿Qué es eso? —dijo.

—He hecho un poco de limpieza —expliqué—. Es solo ropa vieja. Quiero empezar de nuevo.

—Brindemos por ello —propuso Bella, acercando su copa a la mía hasta que se oyó el tintineo del cristal—. Puedo ayudarte a bajar las cosas, las recogen en la puerta principal todas las semanas.

—Con mucho gusto. ¿Estás segura?

—Completamente —dijo ella—. Ven, vamos a cenar.

Durante la cena hablamos de distintos proyectos de trabajo y de cómo continuarlos y, sin proponérselo, abordamos la cuestión de mi formación militar.

—Cuéntame —dijo Bella—. Hiciste muy buenos amigos allí, ¿verdad?

Asentí.

—Éramos dos chicas y tres chicos que íbamos juntos a todas partes hasta que finalizamos la formación —relaté—. Estábamos muy unidos.

—¿Dónde están actualmente? ¿Viven en Estocolmo? —preguntó.

—No, nos dispersamos y ahora cada uno está en un sitio. Norrland, Gotemburgo, Copenhague. Casi no nos vemos.

«Ya no quieren tener contacto conmigo.»

Bella asintió moviendo la cabeza, pensativa.

—Parece lo que me ocurre a mí con mi familia —dijo—. ¿Y en la universidad? ¿No hiciste amigos?

Negué con la cabeza.

—Lo pasé bien en Uppsala —dije—. Tenía compañeros con los que estudiaba y también íbamos a fiestas. Pero no tenía ni punto de comparación con lo del ejército. ¿Y tú?

Bella tardó un momento en responder.

—No lo sé —respondió—. Es probable que me cueste un poco confiar en la gente. De pequeña era bastante fea y me acosaban en la escuela, y eso me marcó bastante. No tengo muchos amigos íntimos. En la agencia hay buenas personas, nos vemos fuera del trabajo y lo pasamos muy bien, pero no sé si puede decirse que somos amigos íntimos, al menos en el sentido al que te refieres.

—¿Fea de pequeña? —dije—. ¿Tú? Me niego a creerlo.

—El patito feo —explicó Bella—. Al cumplir los dieciocho mejoré más de lo que nadie podía

creer.

Dudé un instante. Luego tomé impulso.

—Yo también sufrí acoso escolar —confesé—. Al menos en primaria y secundaria; en bachillerato mejoró. Pero sé a lo que te refieres. Deja huellas.

Bella chocó su copa contra la mía.

—Por nosotras —dijo—. En esta casa no hay sitio para ningún maldito acoso.

Después de cenar, fregué los platos, lo coloqué todo en el armario y sentí un gran alivio al darme cuenta de que había dejado atrás Vällingby y Sundbyberg. Cuando terminé me dirigí a mi cuarto, pero me detuve en el pasillo. Bella estaba sentada en el suelo junto al montón de ropa que yo había dejado, revisando mis prendas de un modo que me desconcertó. Abría los bolsillos, miraba las costuras y levantaba la ropa a contraluz. Me acerqué a la puerta.

—¿Qué haces? —pregunté, sonriendo con cierta cautela.

Bella se dio la vuelta y me miró con total indiferencia.

—Estoy revisando tu ropa para ver si hay algo que podamos usar para el fin de semana de *Wild Kids*. Supongo que recordarás el bloque de los juegos de rol y cambios de vestuario.

—Por supuesto —dije aliviada, entrando en la habitación—. Ahora lo entiendo. Me parecía un poco raro que te interesara tanto mi ropa vieja.

Pensé que debía de haberme vuelto paranoica por todas las cosas raras que vi en la casa de Siv.

Bella levantó las cejas y me miró con gesto divertido.

—¿Creías que era una fetichista, o algo así? —dijo, riendo mientras metía la ropa en las bolsas de Ikea que tenía al lado—. No, en absoluto. Me caes genial, sin duda, pero no hasta ese punto.

Bajamos juntas las bolsas a la puerta de la calle y luego volvimos al apartamento. Me di una ducha larga y maravillosa, tras la cual me metí en la comodísima cama de sábanas de algodón recién compradas. Dormí profundamente y sin interrupción, como hacía bastante tiempo que no lo conseguía.

Cuando fuimos al trabajo a la mañana siguiente, las bolsas de Ikea habían desaparecido. Por un segundo me pregunté si llegaron a estar allí en algún momento o si solo lo había soñado. De todas formas, mi mente estaba absorta por completo en los hechos ocurridos durante la noche y que repetían una y otra vez los informativos de la mañana: en Las Vegas, un francotirador perturbado había perpetrado un tiroteo masivo contra un gran número de asistentes a un concierto y habían fallecido cerca de sesenta personas.

—¿Dónde están las bolsas? —pregunté a Bella, que sostenía la puerta junto a mí.

—Es lunes —dijo—. Vienen a recogerlas los lunes a las seis de la mañana.

Salimos a la calle y ella enlazó su brazo con el mío.

—¡Maldito loco! —exclamó—. ¿Crees que puede ser un atentado terrorista?

—No tengo la menor idea —contesté.

—Vamos deprisa a la oficina —dijo Bella—. Quiero tener tiempo de tomar un café con leche y ver la CNN antes de la reunión de primera hora.

Si en algún momento pensé sin razón que vivir con Bella podía resultar difícil, no tardé en descartarlo. Algunas noches cenábamos juntas, otras no. Lo mismo hacíamos a la hora del desayuno. A veces Bella ya se había ido cuando yo entraba en la cocina, otras llegaba radiante con su quimono cuando yo estaba a punto de marcharme. Nuestra relación se caracterizaba por una calma y una flexibilidad que se ajustaban perfectamente a mi forma de ser. Tampoco era ningún problema mantener separados nuestros roles en lo profesional y nuestra relación de amistad en lo privado. Bella era mi jefa en el trabajo y mi amiga cuando estábamos en la calle. Me sorprendía su habilidad para separar ambas áreas, pero más que nada me agradaba y hacía que me sintiera cómoda por primera vez en mucho tiempo.

Me había ido a vivir al domicilio de Bella un domingo por la noche y al viernes siguiente, mientras comíamos en la oficina un menú de sushi que encargamos por teléfono, me preguntó qué planes tenía para el fin de semana.

—Ninguno —dije—. En Estocolmo no conozco casi a nadie. Tenía previsto darme un baño caliente y ver alguna película en la tele. Si estás de acuerdo, por supuesto.

Bella sonrió.

—Esta noche estaré fuera, así que puedes bañarte y ver todas las películas que quieras. Si te apetece, hay una botella de buen borgoña en el estante inferior del frigorífico. Pero mañana por la tarde habrá sorpresa.

—¿Qué quieres decir?

—Vestidos de cóctel negros, zapatos de tacón alto y maquillaje de gala. Nos arreglaremos las dos —añadió.

Sentí que en mi interior revoloteaba una mezcla de inquietud y expectación.

—¿Ah, sí? —pregunté—. ¿Dónde vamos a ir?

—Nos han invitado a una fiesta —dijo Bella con voz enigmática.

La tarde del sábado la iniciamos arreglándonos, aunque más bien parecía una clase de belleza. Bella, que estaba pletórica, empezó por mirarme las uñas, de las que solía sentirme bastante orgullosa, y luego anotó en su teléfono que tenía que pedir cita para mí con su manicura.

—No puedes ir por ahí con esa pinta de campesina —dijo con gesto amable—. Ni como una

estudiante nerviosa de la facultad de Ciencias Económicas de Uppsala que se muerde todo el tiempo las uñas.

—¿Puede que sea exactamente lo que soy? —repuse sonriendo.

Bella levantó las cejas.

—Ya no —dijo.

Después abrió el cajón de mi ropa interior y se volvió hacia mí con gesto de repugnancia. Sostenía entre los dedos índice y pulgar una de mis bragas, desgastadas por los sucesivos lavados.

—¿Qué se supone que es esto? —preguntó con fingido interés.

—Mis bragas —tanteé.

Bella las lanzó con elegancia hacia la puerta formando un círculo.

—Solo sirven para limpiar los cristales —dijo—, o ni siquiera eso. Esto va directamente a la basura, y tú y yo a Victorias's Secret. ¡Vamos, que ya no tienes diez años!

Después desechó todos mis sujetadores mientras reía a carcajadas y decía que debían ir a hacerles compañía a las bragas. También añadió que tendría que afeitarme las piernas, pero solo por esa vez, pues en lo sucesivo la depilación o la cera no solo se iba a limitar a ellas.

—Ya que estamos metidas en belleza —dijo—. ¿Llevas piercing o tatuajes?

—No —respondí.

—Bien —dijo Bella—. Odio los tatuajes. Los piercing son aún peores. Me importa un bledo que sea tendencia; aquí trabajamos con belleza clásica, ¿de acuerdo?

—Completamente de acuerdo —dije.

Bella miró mi pelo.

—Necesitas un peinado en condiciones, con mechas más claras y más oscuras y tal vez también alguna dorada —dijo—. Tengo el chico idóneo para ti. El lunes te pediré hora con él. Ahora te teñiremos las cejas y mientras esperamos el resultado tomaremos una copa de champán.

Teñimos mis cejas de color castaño oscuro mientras bebíamos champán y el resultado fue realmente bueno.

—Eres un diamante en bruto —dijo Bella, besándome en la mejilla.

Después de ducharnos y de que Bella nos maquillara a las dos, nos vestimos. O mejor dicho nos pusimos de punta en blanco de pies a cabeza. Bella había dejado encima de la cama mi vestido de cóctel negro, los zapatos de tacón alto y un par de medias negras finísimas de las que se ajustan al muslo, y me di cuenta de que nunca me había arreglado tanto. Me vestí temblando de miedo, logré meter los pies en los zapatos y luego fui a mirarme en el espejo.

No era yo.

La del reflejo era una mujer sumamente atractiva que iba a asistir a una fiesta exclusiva.

Vi en el espejo que Bella había entrado en la habitación y se había puesto detrás de mí. Llevaba

un vestido corto de una especie de lamé dorado, de manga larga y espalda descubierta. Estaba increíblemente hermosa.

—¡Estás guapísima! —exclamé.

—Gracias, lo mismo digo —respondió—. ¿Te has visto en el espejo?

Nos pusimos las dos delante. Éramos casi exactamente igual de altas y parecíamos dos modelos.

—Kendall Jenner y Gigi Hadid —dije.

—Serena y Blair —bromeó Bella, abriendo mucho los ojos—. ¡Samir y Viktor! ¡Chip y Chop!

Luego se volvió hacia mí, levantó las manos por encima de la cabeza y chocamos las manos.

—Esta noche sí que lo vamos a pasar genial —dijo.

Por un momento pensé en subir una foto de las dos a Instagram, pero enseguida lo descarté. No funcionaría; ninguno de mis amigos se lo iba a creer.

Paramos un taxi y Bella le facilitó al conductor una dirección. El vehículo continuó por Strandvägen hasta llegar a un gran chalet en Djurgården, donde había una fiesta privada; la música se podía oír en toda la isla. Nos acercamos a paso lento hacia la casa. Antes de entrar percibí un ambiente totalmente desconocido. Había una especie de expectación en el aire, a pesar de que todos parecían esforzarse para parecer muy relajados y animados. La gente se besaba a diestra y siniestra y hacía cola para subir la escalinata. Los hombres iban en esmoquin y las mujeres llevábamos vestidos cortos y elegantes.

Nunca había puesto los pies en una fiesta así y como mucho había leído acerca de ellas en las revistas del corazón.

—¡Estoy nerviosa! —murmuré al oído de Bella.

—¡Eres la más guapa de la fiesta! —contestó ella en el mismo tono de voz—. Haz lo mismo que yo; no hay motivos para preocuparse.

Un camarero vestido de blanco y negro se quedó con nuestra ropa de abrigo y después entramos en un salón muy iluminado. Al poco de entrar vimos a otro camarero a nuestra derecha con una bandeja llena de copas de champán empañadas. Cogimos una cada una y bebimos.

—Salud —dijo Bella con una sonrisa radiante—, y bienvenida a la realidad.

Después de la primera media hora, entendí que la tensión se pudiera cortar en el aire. Sopló una especie de brisa por la habitación y muchas miradas, incluidas las nuestras, se volvieron hacia el vestíbulo.

—Está entrando el rey —susurró Bella en mi oído.

Vislumbré una cabeza gris, seguida de alguien de cabello oscuro y amplia sonrisa. Pero

inmediatamente cerraron filas alrededor de los recién llegados y no volví a verlos en toda la velada.

Luego Bella me fue presentando a una infinidad de amigos suyos, tanto hombres como mujeres, de quienes me esforzaba por recordar sus nombres. Nos ofrecieron unos canapés, pero no había mucho más que comer. Seguía sin entender por qué estábamos allí. El resto de invitados eran casi todos mayores que nosotras, mujeres de mediana edad que irradiaban seguridad y fortuna. A veces, cuando saludaba a alguien, me daba la impresión de que Bella ya les había hablado de mí; o tal vez simplemente era así como saludaba la clase alta a las mujeres más jóvenes.

—Magnus, ella es Sara.

Una mirada prolongada y una gran sonrisa de un hombre mayor de pelo gris e intensos ojos azules. Parecía amable y llevaba un bastón con empuñadura de plata.

—¿Así que ella es Sara? —comentó con interés—. Encantado de conocerte, Sara.

Pero en vez de seguir preguntando, ya que parecía estar tan interesado, simplemente siguió su camino. Cuando me disponía a comentarle algo a Bella, pasó por detrás de nosotras un hombre moreno y regordete de unos sesenta años. Bella se volvió rápidamente y lo cogió del brazo.

—Georg —llamó, requiriendo su atención.

El hombre se detuvo y la miró.

—¡Bella! —exclamó él con una cálida y amplia sonrisa, se acercó y la besó en ambas mejillas.

—Quiero que conozcas a Sara —dijo Bella, mirándome sonriente.

—Por supuesto —dijo Georg con naturalidad, tomando mi mano y besándola mientras me miraba profundamente a los ojos—. ¡Encantado de conocerte, Sara!

Abrí la boca para decir algo, pero Georg ya se había dado la vuelta. Un hombre en uniforme de oficial se acercó a nosotras, a la vez que Georg le susurraba algo a Bella en el oído y luego seguía su camino. El militar golpeó levemente el hombro de Bella, esta dio media vuelta y ambos se abrazaron.

¿Tal vez Bella solo conocía a hombres sesentones?

—Sara —dijo Bella, apoyando la mano en el brazo del hombre—. Este es Christer. Es teniente general y jefe de Estado Mayor de la Defensa.

Pensé que si pudiera silbar mentalmente, ese era el momento. Nos estrechamos la mano.

—Encantado —dijo Christer con una leve inclinación de cabeza.

Acto seguido nos miró a las dos de arriba abajo y sonrió seductor. Le brillaban los ojos.

—Sois sumamente bonitas —concluyó—, si es que un hombre maduro y felizmente casado puede elogiar con ese tipo de cumplidos a dos chicas jóvenes.

—Lo puede hacer —dijo Bella, sonriendo—. ¿Ha venido Anna?

—Lamentablemente, no —respondió Christer—. Está en casa con un resfriado tremendo.

—Salúdala de mi parte. Que se mejore.

—Lo haré —se despidió él—. Que tengáis las dos una velada muy agradable.

—Gracias. Lo mismo digo —respondí.

Luego se fue.

—Hay que ver cuántos hombres mayores conoces —dije.

Bella se rio.

—Los conozco relativamente —dijo ella—. En nuestro sector hay que tener una gran red de contactos y muy buena memoria para las caras y los nombres. Nunca sabes cuándo alguien puede serte útil.

«¿Útil?» De repente me sentí ingenua. Chupitos de vodka y copas de vino en casa de Flisan y Kevin, ese era el nivel de mis amistades. La idea de formar parte de una red social, de intentar ampliar activamente mis contactos sociales y profesionales en las redes no se me había pasado nunca por la cabeza. Al lado de Bella me sentía inferior, alguien que no está donde le corresponde.

Como si ella leyera mis pensamientos, me miró, cogió rápidamente otras dos copas de champán de una bandeja que pasaba por delante en ese momento y me alargó una.

—Encajas como un guante en este ambiente —dijo—. Y no te tomes tan en serio lo de la red de contactos. Si te interesa lo aprenderás con el tiempo, pero no es ninguna obligación.

En ese momento vi a Björn a mi lado, que vestía un esmoquin blanco y llevaba el cabello engominado peinado hacia atrás.

—¡Sara! —dijo con asombro—. ¿Eres tú? ¿Qué haces aquí?

Sentí que la irritación nacía en mi interior.

—¿Qué tiene de raro? —pregunté.

Bella se puso a mi lado y nos quedamos las dos mirando a Björn en silencio.

—No, no quise decir... ¡Estás preciosa! —añadió con algo de inseguridad—. ¡Las dos lo estáis! Me alegra veros por aquí. ¿Es amiga tuya? Me llamo Björn y soy un viejo amigo de su familia.

—Björn y mi padre trabajaron juntos hace mucho tiempo —expliqué.

Bella, sin quitarle la vista de encima, sonrió con amabilidad.

—Encantada de conocerte —dijo—. Espero que pases una velada muy agradable.

Un segundo después teníamos a Björn a nuestras espaldas y estábamos saludando a otras dos personas, mientras él iba a la habitación contigua. No sé muy bien cómo se las arregló Bella, pero se lo agradecí.

Hacia las diez empecé a sentirme mareada por el champán y Bella me ofreció un vaso de agua con hielo.

—Bébetelo y luego nos iremos —dijo.

Convencida de que nos dirigiéramos a casa, la seguí a través del jardín hasta que llegamos a un taxi que nos esperaba.

—¿A casa? —dijo ella con gesto travieso—. ¿Estás loca? La noche acaba de empezar. Vamos a cenar algo.

En el restaurante Milles, ubicado al comienzo de Strandvägen, comimos unos pequeños filetes de carne al estilo coreano, mientras, desde la mesa de al lado, tres chicos con camisas a rayas flirteaban descaradamente con nosotras. A esas alturas yo estaba por lo menos achispada y me reía de todo lo que decían hasta que, en un momento dado, vi delante de mí una copa grande de cóctel con hielo y menta.

—Pino Fino Fresco —dijo el chico que estaba al lado, mirándome profundamente a los ojos—. Especial para ti, Sara.

—No más de uno —dijo Bella en tono de advertencia desde el otro lado de la mesa—. Es la especialidad del barman y está fuertísimo. Pero luego, lamentablemente, tendremos que salir a que nos dé un poco el aire —dijo, dirigiéndose a los chicos.

—No hay ningún problema, ¡os acompañaremos! —exclamó un chico rubio al que Bella le acababa de dar unas aceitunas y le lanzaba miradas seductoras.

—No será posible —se excusó Bella con amabilidad—. Tenemos que irnos a casa a descansar para mantener nuestro buen aspecto.

—No es necesario —aseguró el que estaba a mi lado—. No podríais estar más guapas de lo que ya estáis.

De pronto vi que íbamos sentadas otra vez en un taxi, sin que entendiera bien cómo, mientras veía pasar la fachada dorada del Dramaten y las brillantes farolas. Íbamos Bella y yo solas, así que probablemente habíamos dejado atrás a los chicos de las camisas a rayas. El taxi se detuvo en Norrlandsgatan, salimos y Bella me llevó por distintos locales con largas barras de bar, paredes cubiertas de hiedra, vasos de chupito y gente linda de nuestra edad.

Había un chico alto y moreno que me dio la impresión de que trataba a Bella como algo de su propiedad y, cuando ella se le acercó y le dijo algo al oído, pensé que tal vez le estaba pidiendo que le ayudara en algo. Inmediatamente vinieron hacia mí. Ella iba cogida de su brazo.

—Hola, Sara —me saludó en tono amistoso—. Me llamo Dragan y Bella me ha hablado mucho de ti. Encantado de conocerte.

—Igualmente —dije, aunque nunca había oído hablar de él—. Es un placer.

Dragan chasqueó los dedos y enseguida se acercó uno de los camareros. Levantó el brazo en el aire haciendo el gesto de beber un chupito a la vez que decía en voz alta: «¡Ocho!», y el muchacho asintió inmediatamente con la cabeza.

Pocos minutos después teníamos encima de la mesa un montón de vasos de chupito cubiertos de nata hasta el borde y me puse a mirar a mi alrededor. Al parecer, Bella y yo nos habíamos unido a un grupo de chicos y chicas, del que Dragan formaba parte, y me pareció ver algún otro rostro que conocía, aunque no sabía bien de qué. Además, empecé a notar que estaba muy borracha.

—¡Salud!

Los ocho vasos de chupito se encontraron, produciendo un frágil tintineo de campanas acompañado de los tonos graves que sonaban al fondo. Bebí y el mundo se tornó más borroso aún. Bailamos y después, repentinamente, nos sentamos. Alguien esnifó un polvo blanco con un billete enrollado y yo, somnolienta, reconocí la escena de haberla visto en películas y en la televisión.

Un hombre muy guapo, que me sonaba bastante, acercó su cara sonriente a la mía y nos reímos los dos como si compartiéramos un secreto muy divertido. De repente me di cuenta de que estábamos de pie abrazados y bailando.

—Yo a ti te conozco —dije sin obtener ninguna respuesta, y me fijé en los hoyuelos a ambos lados de su boca al sonreír.

Apoyé la frente en su pecho y noté que una extraña sensación de seguridad se esparcía por todo mi cuerpo. Y luego algo más: unas náuseas con una fuerza que iba en aumento.

—Espérame aquí —dije con amabilidad, poniendo uno de mis dedos sobre sus labios sonrientes.

—No iré a ningún sitio sin ti —respondió él.

Luces que oscilaban en el aire, aceras que parecían elevarse al paso de mis altos tacones, un frío repentino y gratificante por todo el cuerpo, y yo allí vomitando de rodillas detrás de unos arbustos en Humlegården. Lo único que quería era sentirme mejor, pero no sabía qué hacer para lograrlo. Iba a morirme ahí, tumbada sobre la hierba fangosa con mi vestido de cóctel negro, pero todo me daba igual.

Cerré los ojos y me hundí en la oscuridad.

Cuando los abrí, al principio no entendía nada.

Estaba en el cielo.

Una luz blanca iluminaba toda la habitación y yo descansaba entre nubes. A lo lejos oí un coro de ángeles. Una brisa fresca acariciaba mis ardientes mejillas.

En medio de la claridad apareció una persona.

Bella.

—Tenemos que hablar acerca de beber —dijo en tono contenido, como si evitara reírse.

Yo estaba tumbada en mi cama en el apartamento de Bella en Storgatan y la luz del sol entraba a raudales por las dos ventanas. Se oía música clásica de fondo procedente del cuarto de estar y, cuando me fui despertando, empecé a darme cuenta de lo dolorida que estaba, de lo mal que me sentía y de la enorme resaca que iba a tener que soportar. Gemí y Bella me acercó un vaso medio lleno de un mejunje con muy mala pinta.

—¿Qué es eso? —dije con voz ronca.

—No preguntes, ¡bebe! —ordenó Bella y obedecí.

El líquido viscoso se deslizó por mi garganta dejando un regusto extraño y por un momento pensé que iba a vomitar otra vez, pero no lo hice. Cerré los ojos y la verdad es que después de unos minutos me sentí un poco mejor.

Cuando volví a abrirlos, Bella estaba sentada en la silla junto a la cama.

—¿Cómo he llegado a casa? —pregunté con un hilo de voz—. ¿Venías conmigo?

—Iba justo detrás de ti todo el tiempo —dijo Bella, riéndose.

Temblé al recordar mi espectáculo en Humlegården.

—Pero él no, ¿supongo...?

—Micke —dijo Bella—. No, él no. Lo dejamos abandonado a su suerte en el bar.

—¿Cómo llegué a casa? —repetí.

—Con la ayuda de algunos amigos de confianza y de un taxi negro —dijo ella—. Ensuciaste un poco el interior del taxi, aunque no fue nada que no se pudiera arreglar con un par de billetes de quinientas coronas.

—¡Lo siento!

—No hay problema —dijo Bella.

—¿Y aquí, en casa, cómo fue?

Estaba limpia, fresca y olía levemente a jabón. Alguien me había duchado, lavado el cabello y tal vez incluso me había cepillado los dientes. ¿Bella? No parecía probable, pero ¿quién sino?

—Vinieron los ángeles y cuidaron de ti —dijo Bella, sonriendo—. No preguntes más, solo descansa. ¡No ha ocurrido nada malo, pero tienes que saber cuánto puedes beber!

Me vino a la mente un recuerdo de mi época de adolescente en Örebro. Vodka con zumo de frambuesa o de naranja; un montón de latas de cerveza; colillas de cigarrillo. Podía contar con los dedos de una mano las veces que había bebido champán en mi vida.

Y en ese momento volvió a invadirme la ansiedad.

¿Qué hacía yo ahí?

¿Había hecho el ridículo y Bella se había tenido que avergonzar de mí? ¿Por qué? ¿Por qué era tan pesada? ¿Cómo volvería ahora al trabajo? ¿Quién me habría visto? Sally y Liam tenían razón: era una pesada insoportable, una imbécil.

Pero Bella parecía segura cuando, antes de salir de la habitación, se volvió y dijo:

—Y, ah, por cierto, no hiciste el ridículo, por si se te ocurre pensarlo. No había nadie que conociéramos allí, aparte de Dragan y Micke, y ellos no notaron nada. Ahora descansa.

Cerré los ojos y me dejé envolver otra vez por la oscuridad habitual.

Después de mi primer fin de semana de juerga auténtica en Estocolmo, empecé a entrenar. Bella

me llevó a su gimnasio en Östermalm, donde reconocí a un gran número de famosos de los que salían en la tele y en las revistas. Tenían el aspecto de siempre pero menos glamour, llevaban poco o ningún maquillaje, sudaban a chorros y estaban más gorditos de lo que nunca hubiera podido imaginar. Al parecer todos se ponían en manos de estilistas y maquilladores antes de que pudiéramos verlos en las fotos o en la pantalla del televisor. ¿Tal vez solo eran realidades paralelas, como mi vida real y mi vida en las redes sociales? Ello me hizo pensar en la fiesta de Flisan y en la celebrada en Djurgården, así como en las palabras irónicas de Bella cuando llegamos a esta última: «Bienvenida a la realidad.» Entonces ¿qué realidad era la auténtica?

La cuota del gimnasio era elevada, pero cuando fui a pagar apareció una cantidad inferior en el lector de tarjetas. Miré al chico que estaba detrás del mostrador pero, antes de que pudiera preguntarle nada, él me guiñó un ojo.

—La rebaja de Bella —dijo—. Solo para vips.

Bella hizo una sesión con su entrenador personal y yo estuve media hora en la cinta de correr y también hice levantamiento de pesas. No creía que necesitara un entrenador personal para empezar, pues había recibido mucha formación básica en el ejército, gimnasia y carrera inclusive. De repente lo vi ante mí con toda claridad, no solo las sesiones de entrenamiento sino también todo lo demás: el ruido por las mañanas antes de pasar revista. Formados en doble fila guardando la distancia precisa y un oficial responsable que nos inspeccionaba a todos. «¡Revista de cabello recogido!», era un clásico para las chicas. «¡Revista de afeitado!», para los chicos.

Recordé que una vez Nadia tuvo que pasar doble revista, ya que no se había quitado el rímel, según el mando, y no estaba satisfecho. Estalló de repente.

—¡Tengo las pestañas oscuras! —gritó al mando, a pesar de que estaba absolutamente prohibido—. ¡Soy iraní!

El mando, un chico de Piteå de cabello rubio y rizado, se ruborizó.

—¡Tercera revista, retirada de maquillaje! —volvió a rugir, y ella suspiró profundamente, cerró los ojos y volvió otra vez al cuarto de baño.

Sonreí mientras corría en la cinta.

El tiempo que pasé en el cuartel me gustó mucho.

Pero lo que estaba haciendo en ese momento tampoco estaba mal. En el gimnasio se respiraba una exclusividad hasta entonces desconocida para mí; además, podías ducharte o tomar una sauna seca o de vapor después del entrenamiento. Bella y yo dedicamos dos horas al entrenamiento y a la sauna y luego volvimos a casa caminando. Llegamos agotadas.

Antes de entrar a la casa, se detuvo y me dijo:

—No te he mostrado el sótano ni el trastero. Tienes que verlos.

—No los voy a necesitar —dije—. Tengo pocas cosas.

—A juzgar por el ritmo que llevas de comprar y deshacerte de cosas, tal vez los necesites más

adelante —dijo ella—. Además, no puedo cobrarte la mitad de los gastos mensuales si no tienes acceso a todo.

Bajamos hasta un amplio sótano de paredes blancas y pasillos que serpenteaban en distintas direcciones. Todo parecía fresco, como recién pintado, y todas las lámparas funcionaban. Me acordé del sótano de la casa que tenían los padres de Sally cerca de Oskarparken, en Örebro, donde a pesar de la buena ubicación debía haber ratas y vagabundos. Cuando éramos niñas, Sally y yo temblábamos de miedo cada vez que su madre nos pedía que le subiéramos un tarro de mermelada. Además, la pobre Sally tenía pánico a las ratas.

Bella dobló en un recodo y continuó hasta llegar al fondo de un pasillo donde había una serie de trasteros.

—Es este —explicó, haciendo tintinear el llavero—. El número 29. Si tienes algo que no quieres que encuentre nadie, puedes dejarlo aquí. Es más seguro que la caja de seguridad de un banco.

—Lo tendré en cuenta —repliqué—. Pero de lo único que no me quiero deshacer es de mi viejo osito de peluche, ni de Simon, por supuesto. Y quiero tenerlos cerca de mí.

—Vamos —dijo Bella—. Subiremos al desván en ascensor.

Volvimos a la planta baja y fuimos en el ascensor hasta el último piso de la casa, donde subimos por las escaleras que llevaban al desván, abrimos una puerta de hierro muy pesada y entramos.

El desván estaba igual de limpio que el sótano, aunque no estaba pintado de blanco sino que era todo de madera. El aire entraba con fuerza por las ranuras del techo, sobre todo en las partes en las que las paredes y el techo no estaban bien aisladas. Del techo colgaban unos cables finos con bombillas y los interruptores consistían en unos puntos de luz de plástico que destacaban ligeramente en la oscuridad.

—Por aquí —dijo Bella, adelantándose a pasos largos.

Doblamos varias esquinas y llegamos a un trastero que estaba rodeado de una tela metálica. En el interior se vislumbraba una sombrilla vieja y algunos muebles de plástico para jardín. Bella hizo sonar las llaves entre sus dedos.

—No vengo casi nunca aquí —dijo.

La puerta del trastero osciló y, al instante, todo se quedó a oscuras. Bella gritó y yo busqué a tientas algo a lo que sujetarme.

—¡Mierda! —exclamó Bella—. ¡Qué susto me he dado! ¿Ves en algún sitio la luz roja de un interruptor? Hay que pulsarlo.

Busqué en la oscuridad. Cuando mis ojos empezaron a acostumbrarse vi el brillo de una luz roja y amarilla delante de mí y me dirigí allí dando traspiés.

—Quieta —grité a Bella—. Ya la veo.

—No iré a ningún lado, puedes creerme —dijo ella con voz temblorosa.

¿Tendría miedo a la oscuridad? No podía creerlo, pero todos tenemos alguna debilidad. Me acerqué al punto brillante de color rojo, lo pulsé y al instante el trastero se iluminó por completo. Bella, inclinada hacia delante, estaba sujeta a la tela metálica y respiraba con dificultad. Fui hacia ella.

—¿Cómo te encuentras? —pregunté, agarrándole el brazo—. ¿Te da miedo la oscuridad?

Bella, con gesto cansado, asintió y me miró de un modo raro. Después se irguió, cerró la puerta del trastero con gesto decidido y echó el candado.

—Vámonos de aquí antes de que esas malditas lámparas se apaguen otra vez.

Bajamos al apartamento y al entrar en el cuarto de estar miré a Bella.

—Ven —dije—. Voy a enseñarte un poco de defensa personal.

—No es necesario —respondió—. Estoy cansada.

—Vamos —insistí—. Tú me ayudas mucho y eso es algo que yo puedo enseñarte a ti.

Bella se acercó de mala gana. Luego ocurrió algo muy extraño.

La cogí por los brazos con fuerza y la inmovilicé, con la intención de enseñarle cómo tenía que soltarse.

—Si alguien te hace algo así...

Surgió un ruido grave de su garganta, casi como el de un animal, y, sin que me diera tiempo a protegerme, me derribó dándome un codazo en el estómago y una patada en la pierna con tal fuerza que hizo que cayera en la alfombra y me quedara allí tumbada sin apenas poder respirar.

Inmediatamente, Bella se inclinó hacia mí y vi que las lágrimas le corrían por las mejillas.

—¡Oh, cielo santo! ¡Perdóname! —gimoteó—. No sé qué me ha pasado, creo que por un momento he perdido la cabeza. ¡He tenido una especie de cortocircuito mental y cuando he reaccionado me he dado cuenta del golpe tan fuerte que te he lanzado!

Yo seguía jadeando dolorida. Bella me ayudó a tumbarme en el sofá, me puso una manta por encima y se sentó a mi lado.

—¿Puedo ver si tienes alguna contusión? —preguntó en voz baja.

Las lágrimas le seguían resbalando por la cara sin cesar, pero se las limpió con el dorso de la mano.

—Estoy bien —dije—, aunque necesito que me expliques por qué reaccionaste con tanta violencia cuando te sujeté. ¿Y por qué le tienes miedo a la oscuridad? ¿A qué se debe?

Bella guardó silencio unos segundos.

—Nunca hablo de eso —empezó en voz baja—. Pero te debo una explicación.

Bella se quedó unos segundos pensativa en silencio. Había cesado de llorar.

—Cuando era pequeña me dejaron encerrada. Tuvo que ver con el acoso del que te hablé, unos

chicos que se las daban de graciosos. Se animaron entre ellos y me encerraron en un sótano sin ventanas. Luego se fue cada uno a su casa y no le dijeron a sus padres que yo estaba allí.

En ese momento empezó a llorar otra vez.

—Mis padres ni siquiera sabían dónde buscarme —dijo—. Pasé toda la noche en una especie de cueva en medio del campo. Llamaron a la policía y se habló de hacer una batida. Mi madre se vino abajo, pero ninguno de los chicos dijo nada. No me encontraron hasta la mañana siguiente.

Sacó un pañuelo de un envase de cartón que había sobre la mesa y se sonó la nariz.

—Madre mía, Bella —dije sorprendida—. No me extraña que te dé miedo la oscuridad.

Ella esbozó media sonrisa.

—No tienes ni idea de qué monstruos vinieron a visitarme al sótano aquella noche —dijo—. Pero no pienso hablar de eso.

Le di unas palmaditas en el brazo tembloroso.

—Ahora vamos a echar un vistazo a tu pierna. ¡Oh, lo siento! —exclamó—. Te va a salir un hematoma enorme.

—Pero no se notará nada —dije, levantando las cejas—. Porque tú me vas a comprar un par de medias azules y súper a la moda en el departamento de lencería de NK.

Nos miramos la una a la otra y nos echamos a reír a la vez.

Como de costumbre.

El fin de semana siguiente volví a Örebro, a casa, con mamá y Lina. Ninguna de las dos tenía tiempo para ir a esperarme al andén en aquella ocasión, aunque me sentía bienvenida de todos modos: adoraba la estación de ferrocarril desde niña. Para mí era la puerta por la que iba a ver a mis abuelos en vacaciones, la época más divertida, o a visitar con la familia a algún conocido a Estocolmo. La estación representaba la apertura de Örebro hacia el resto del mundo, y a veces iba allí solamente para ver los horarios de salida de los trenes.

Fui caminando a casa a través de la oscuridad otoñal, con mi equipaje para el fin de semana colgado al hombro, pensando en Lina. Me parecía importante visitarlas con regularidad, pero les pedí que en esa ocasión no dijeran a mis antiguos compañeros que iba a estar allí, ya que no tenía ningunas ganas de ir a más fiestas con Sally, Kevin y Liam. Mi madre había vuelto por fin a trabajar y, precisamente aquella tarde, asistía a una importante reunión de la universidad. Lina también iba a llegar tarde a casa, pero yo tenía llaves, así que no había ningún problema. Compré algo de comida en el quiosco de prensa de la estación con la idea de empezar a hacer la cena mientras ellas llegaban.

Fui por Grenadjärtan hacia Rynninge, crucé el puente y luego seguí por Strandvägen a lo largo del río Lillån. Rynninge estaba tan apacible como de costumbre, pero me pregunté si la tranquilidad de la ciudad era ficticia. Pocas semanas antes habían incendiado la mezquita de Örebro, un hecho que me resultaba difícil de entender. ¿Por qué quisieron prenderle fuego a un edificio que otras personas consideraban sagrado? Evidentemente, bajo la superficie de nuestra pequeña ciudad habitaba el odio y los conflictos, como en cualquier otro sitio.

Después de caminar unos metros por Vikingavägen, vi que había luz en nuestra casa y que delante de la puerta había un coche de policía, por lo que aceleré el paso. ¿Qué habría ocurrido ahora?

Atravesé rápidamente el jardín, subí las escaleras y entré en la casa, donde me encontré con mi madre y con Lina acompañadas de un policía. Mi madre llevaba un traje de chaqueta y Lina iba en ropa de montar.

—Si ocurre algo más, hacédmelo saber —dijo el policía, cerrando la libreta de anotaciones.

Después me miró con curiosidad.

—Es Sara, mi hija mayor —explicó mi madre—. Vive en Estocolmo.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté con ansiedad.

—Otro robo —dijo el policía—. Pero en esta ocasión tampoco falta nada.

Mi madre sacudió la cabeza.

—Al menos que sepamos —precisó Lina.

—Si echáis algo en falta, decídmelo —dijo el hombre.

Luego se marchó.

Observé fijamente a mamá y a Lina, pero ellas no me devolvieron la mirada.

—¿Otro robo? —dije—. ¿Cuándo fue el primero? ¿Y por qué no me habéis dicho nada?

—¿Qué tal estás, querida? —me saludó mi madre, abrazándome—. Bienvenida a casa.

—¡Responde a mi pregunta! —exclamé con dureza—. ¿Qué ocurre?

Mamá y Lina se miraron.

—Ven —dijo mi madre—. Vamos a la cocina.

Nos sentamos en torno a la vieja y gastada mesa de cocina que durante toda mi vida había estado en el mismo sitio. Allí fue donde cenamos centolla la noche en que mi padre acababa de conseguir trabajo en la Agencia de Cooperación para el Desarrollo; ahí también hice los deberes durante años y también allí, posteriormente, cuando volví a tener amigas, celebré entre risas, gambas y vino blanco mis primeras cenas con las compañeras de bachillerato. También fue donde me puse a berrear delante de mamá cuando me dejó mi primer novio. Y donde, aquella mañana de finales de mayo, esperamos impacientes el regreso de papá, hasta que vimos llegar el coche de la policía y nos comunicaron que había muerto.

—El primer robo se produjo hace pocas semanas, justo cuando te acababas de ir a Estocolmo y empezabas a trabajar en la cafetería, por lo que no quise que te preocuparas —empezó mi madre.

—Pero en realidad no fue el primero —dijo Lina, mirándola sin el menor rastro de sus característicos hoyuelos—. El primero fue aquel tipo que entró la primavera pasada.

—¿Qué tipo? ¿Por qué no me ha dicho nadie nada? —exclamé con asombro.

Mi madre suspiró profundamente.

—Tu padre y yo no lo consideramos necesario después de todo lo que habías pasado, y no quisimos asustarte. Pensamos que podía tratarse de un simple arrebato de algún drogadicto que pasaba por aquí.

—¿Qué ocurrió? —dije en un tono más elevado de lo que pretendía.

Lina me miró con gesto de preocupación y con brillo en los ojos.

—Discúlpame —dije.

A pesar de la dureza de mi voz, por dentro sentía una ola de pánico que iba en aumento.

«Tendría que haberme quedado y asegurarme de que mamá y Lina no corrieran ningún peligro.»

—Estaba yo sola en casa —dijo Lina en voz baja—. Fue por la tarde y todos se habían ido. Me vine de la escuela porque estaba con la regla y me sentía mal, así que tenía intención de tomarme un ibuprofeno y meterme en la cama. Al entrar en casa vi que había alguien en la cocina, pero

supuse que erais tú o mamá, así que simplemente avisé de que había llegado. Entonces él abrió la ventana de la cocina, se escapó dando un salto y luego se fue corriendo calle abajo en dirección al bosque. Vestía ropa negra y estaba bastante delgado.

—El típico drogadicto —dijo mamá.

Nos quedamos en silencio un momento.

—¿Has dicho que él abrió la ventana? —pregunté—. ¿No estaba abierta?

Lina negó con la cabeza.

—Vi cómo descorría el pestillo.

—Entonces ¿cómo entró? —pregunté.

Mamá y Lina se miraron sin saber qué contestar.

—Es posible que aquella mañana olvidáramos cerrar la ventana de la cocina, por lo que el hombre pudo entrar y cerrarla después.

—Un drogadicto ordenado —dije—. Además, tú nunca olvidas cerrar las ventanas, lo sabes bien. ¿Lo denunciasteis a la policía?

«Hay algo turbio en todo esto, algo muy turbio.»

—No —reconoció mi madre—. No queríamos que te preocuparas.

La ola de pánico se desbordó sobre mí.

—¡Dejad de una vez de tratarme con condescendencia! —grité, dando una fuerte palmada en la mesa—. ¡No me culpéis a mí si no habéis hecho las cosas bien! Nunca pedí que me envolvierais en algodón después de lo que ocurrió. ¡Fui a terapia y ahora estoy mucho mejor! ¡Cuando un desconocido entra en tu cocina, hay que comunicárselo a la policía, caramba!

—Tienes toda la razón —admitió mi madre—. Pero papá no quería hacerlo de ningún modo; en ese punto era inflexible. Desconozco el motivo, la verdad, pero suponía que era para protegerte a ti.

«¿Para protegerme a mí?» Fui yo la que asumió la tarea de proteger a mamá y a Lina por encargo de él.

—¿Y qué ocurrió después, con los otros robos? —dije.

—El primero fue hace unas semanas y el otro, ayer —contó mamá—. En ambas ocasiones, al llegar nos dimos cuenta de que alguien había estado en casa. No había desperfectos en puertas ni en ventanas, nada roto ni cosas por el estilo, pero se nota enseguida que un forastero ha estado en tu propia casa.

«¿Mis viejos torturadores Liam y Kevin?» ¿Habrían vuelto para someterme a sus bromas pesadas, como en tiempos pasados? La idea era bastante improbable, pero se me removía todo solo de pensarlo. «Venga, vayamos a por Sara... Menudo muermo.»

—¿Cómo se nota? —pregunté.

—Las cosas no están en el sitio habitual —dijo Lina—. Hay jarrones volcados, cuadros

torcidos, mi ropa estaba fuera de los cajones... Como si quien lo hizo quisiera que supiéramos que había estado aquí, pero pese a eso no se llevó nada.

—No lo puedes saber —dije—. Uno mismo no tiene ni idea de las cosas que ha ido acumulando.

—La última vez lo revisamos todo —dijo mi madre—. Objetos de plata, joyas, todo lo que era de valor. No faltaba nada. En esta ocasión yo había dejado mi reloj y los anillos en la mesa de la cocina. Aún están allí.

—Y yo tenía quinientas coronas encima de mi escritorio, para la competición del próximo fin de semana —explicó Lina—. Y también están ahí. Pero todos mis calcetines estaban tirados en el suelo, al igual que las toallas que guardaba en el armario. Podría decirse que se trata de un ladrón muy raro.

«Bromas pesadas.»

Respiré profundamente e intenté pensar con claridad.

—Tenemos que cambiar la cerradura —decidí—. Esta misma tarde. Al parecer el individuo tiene llaves para entrar y salir de aquí cuando quiere. Tal vez no busque nada, puede que se trate de un loco que ha conseguido un juego de llaves y quiere asustarnos. Tenemos que llamar a un cerrajero inmediatamente.

Dos horas más tarde me encontraba de pie en las escaleras pasando frío, mientras un cerrajero bajito y delgado de unos sesenta años daba los últimos toques a nuestra cerradura de alta seguridad de siete puntos. Cambió las cerraduras de toda la casa: la de entrada al garaje, la del jardín, la de acceso a la terraza y la de la puerta principal. Acto seguido nos entregó tres juegos completos de las mismas que, según aseguró, eran los únicos que existían en el mundo. Me fijé en su bigote canoso con forma de cepillo, que se extendía bajo su nariz como un seto bien podado. Tenía los ojos oscuros como granos de pimienta y unos dedos largos y ágiles, se veía a horas luz que sabía lo que se hacía.

¿O no era así? Vi algo en su mirada que me preocupó.

«Espabílate, Sara —me dije a mí misma—. ¡Ya está bien!»

—¡Listo! —dijo el cerrajero al concluir—. A partir de ahora nadie podrá entrar sin vuestro consentimiento, a menos que rompa el cristal de alguna ventana, por supuesto.

—¡Mil gracias y buen fin de semana! —me despedí estrechándole la mano.

Noté su mano blanda y húmeda al apretarla, más relajada de lo que esperaba de una persona que trabaja todo el día con las manos. Pero silbó mientras iba hacia el coche, lo abrió con el mando a distancia y levantó la mano a modo de saludo. Seguramente era un tipo legal. Sentí un gran alivio, como si me librara en el último momento de una amenaza terrible que podría habernos destruido a las tres. Levanté la mano yo también. Por fin había dejado de sentir ese malestar interior y la calma se llevó el pánico.

En la cocina me esperaban Lina y mamá con la cena preparada y velas encendidas sobre la mesa. Me senté y respiré profundamente.

—Lamento haberme enfadado tanto antes —me disculpé—. Pero tengo una gran necesidad de que estéis bien, ahora que papá no está. Y además os he abandonado, yéndome a Estocolmo.

—Estamos bien —afirmó Lina, sonriendo por primera vez desde que llegué a casa—. He estado muy triste, como ya sabes, pero parece que voy mejorando. ¡Va todo bien, Sara!

Mi madre puso sus manos sobre las mías.

—No debes preocuparte tanto —dijo—. No es bueno para ti. ¡Nos las apañamos bien!

—Entonces tenéis que ser honestas y contarme todo lo que ocurra, pues de lo contrario no podré dejar de pensar en vosotras y en cómo os va.

Mamá me miró con sus ojos azules y claros.

—Lo prometo —dijo—. Te tendremos al tanto de todo lo que ocurra, si es que sucede algo más.

—Bien —concedí satisfecha.

El sábado recogimos hojas con el rastrillo y las quemamos en el jardín. Una especie de neblina cubría la ciudad desde muy temprano, y el olor a tierra húmeda y a humo me puso nostálgica. A lo largo de los años había estado allí muchas veces con papá, rastrillo en mano, mirando chisporrotear el montón de hojas. Mamá y Lina estaban trabajando junto a mí, concentradas y en silencio, pensando seguramente en lo mismo que yo.

«Papá.» Le echaba tanto de menos que me dolía el cuerpo.

Me alejé a propósito de ellas para que no vieran que estaba llorando, hasta que llegué a un rincón del jardín. Después de lo de papá sentí un gran vacío, casi como si lo hubieran arrancado físicamente de mi vida y solo hubieran quedado unos bordes deshilachados y un agujero enorme y oscuro. Papá y yo siempre estuvimos muy unidos desde que era pequeña, y tenía la sensación de que, de algún modo, yo era la más cercana a él. Nos quería a todas por igual, naturalmente, pero en lo meramente intelectual él y yo coincidíamos de un modo especial. Ambos nos parecíamos mucho, teníamos un modo de pensar diferente de ellas dos. Con mi padre nunca me hubiera sentido como ahora, sola en el mundo.

Seguí trabajando de espaldas a mamá y Lina hasta que mis lágrimas dejaron de correr. Al llegar al extremo del jardín, amontoné las hojas secas y me soné la nariz.

«No te fíes nunca de una mujer que no tenga buen apetito, o que no se atreva a sonarse la nariz en un sitio público. ¿Supongo que serás feminista?»

Después me apoyé en el rastrillo para descansar y miré alrededor. Haber dejado el trabajo en la cafetería y la habitación de Siv, y cambiarlo por Perfect Match y el apartamento de Bella, había sido un gran avance en mi vida, y al principio estaba convencida de que también había dejado

atrás todas las situaciones raras en las que me había visto envuelta últimamente. Pero después de que Lina y mamá me hablaran de los robos, ya no estaba tan segura de ello y volvió la creciente sensación de malestar: ¿tal vez todas esas situaciones raras, en vez de desaparecer, eran cada vez más intrincadas?

En tal caso tenía que averiguar de qué se trataba.

Volví a pensar en papá. A él le encantaba salir a pasear por la naturaleza en cualquier época del año. Aquí en Lillån no teníamos embarcadero ni barco, pero en nuestra casa de veraneo pasábamos horas en el lago y en el bosque. Recordé un momento en que, mientras dábamos uno de nuestros numerosos paseos por el bosque, nos detuvimos delante del enorme y peligroso arbusto que se iba extendiendo a lo largo del sendero.

—Mira qué bonito —dijo papá, señalándolo—. Es como un arbusto silvestre pero mucho mayor. Parece que esté vigilando, ¿lo ves?

Reflexioné sobre ello. Realmente parecía que ese arbusto tan alto estuviera cuidando algo.

—No debes tocarlo, recuérdalo —dijo mi padre—. Sería muy peligroso, ya que la savia te podría producir ampollas y graves heridas en los dedos. Especialmente a la luz del día.

Me incliné y miré detenidamente el enorme arbusto, evitando a toda costa tocarlo. Era alto y en la parte más frondosa, donde se doblaba por encima de mi cabeza, tenía unas flores blancas que parecían espuma. Pero en el tronco, casi a la altura de los pies, vi con toda claridad unas manchas de color rojo oscuro.

—¡Mira eso! —exclamé muy seria, señalando con el dedo—. ¡Mira, papá! ¡Sangre!

Mi padre se rio, pero al llegar a casa le conté a mi madre con entusiasmo el encuentro que habíamos tenido con la peligrosa «flor de sangre» y, desde entonces, ningún miembro de la familia lo llamó de otro modo.

Mi madre había ido limpiando el jardín hasta que llegó a la misma esquina donde yo me encontraba.

—Sara —dijo apoyada en el rastrillo—, Björn llamó hace un momento: quería hablar contigo. Le he dicho que lo llamarías.

—¿Tengo que hacerlo? —pregunté malhumorada—. ¡Me llama continuamente!

Para mi sorpresa, por una vez mi madre estuvo de mi parte.

—A mí también me parece raro que insista tanto —dijo—. Creo que puedes esperar a que vuelva a llamar él.

—Bien.

—Fabian también ha llamado —dijo mi madre, sonriendo—. Llamó el jueves y me preguntó si podía venir a vernos este fin de semana, ya que estáis las dos en casa. Le he dicho que podía pasar esta tarde. ¿Estás de acuerdo? A Lina le parece bien.

—Claro que sí —dije—. Pero no invitaras también a Björn, ¿verdad?

No soportaba verlos a los dos a la vez.

—No, no es necesario —dijo mi madre—. A él lo veremos en otra ocasión.

Seguí limpiando el césped y dejé fluir mis pensamientos. Pensé en un comentario muy extraño que mi padre había hecho el año anterior. Björn y Fabian vinieron a cenar a casa y, mientras nosotras veíamos una película en el cuarto de estar, ellos tres estuvieron discutiendo en la cocina. Después nos despedimos en el vestíbulo de Björn y de Fabian y les dimos un abrazo. Cuando se marcharon, Lina y mi madre subieron al piso de arriba para prepararse para dormir. Pero mi padre se quedó delante de mí, mirándome y sonriendo de un modo extraño.

—A veces te sorprenden ciertas cosas; crees saber cómo es una persona, especialmente después de muchos años de amistad y colaboración, y luego resulta que no lo conoces lo más mínimo.

—¿Qué quieres decir? —pregunté—. ¿Es positivo o negativo?

—Nada —respondió—. Vamos a acostarnos.

—Björn llega a resultar pesado algunas veces —dije—. Es un poco autosuficiente y va de playboy. Siempre quiere parecer genial, sin conseguirlo. Por otro lado, pienso que Fabian puede ser bastante mezquino. Es duro, por decirlo de algún modo.

Papá evitó mirarme.

—He hecho un comentario estúpido —dijo—. Dejémoslo.

Seguimos trabajando en el jardín un rato más y después entramos. Mi madre decidió hacer una tarta de manzana con salsa casera de vainilla y yo corté las manzanas en rodajas finas mientras ella preparaba la masa. La observé trajinando junto a la mesa delante de mí. Canturreaba en voz baja y no dejaba de sonreír, y me pregunté si sería porque le gustaba mucho amasar o porque esperaba la visita de Fabian. De todos modos me agradó verla contenta otra vez.

Después de meter el pastel en el horno, mamá fue a ducharse y yo me puse a mirar mi teléfono móvil. Vi que habían subido una foto mía a Instagram, y cliqué en el icono mientras pensaba quién lo habría hecho. ¿Bella? ¿Sally? ¿Lina tal vez?

Abrí directamente la foto y me vi a mí misma con el rastrillo retirando las hojas de nuestro jardín. Procedía de una cuenta privada con un nombre raro que no reconocí y carecía de texto. Solo eso: una foto mía mientras estaba en el jardín retirando hojas apenas un par de horas antes.

En ese momento entró Lina, que llevaba en la mano una de mis nuevas chaquetas de punto.

—¿Me la prestas para esta noche? —dijo—. Es chulísima.

—Por supuesto —dije, escondiendo el teléfono—. ¿Con qué te la vas a poner?

—¡Ven y ayúdame a elegirlo! —me pidió Lina y salí detrás de ella de la habitación.

«¿Quién había subido la foto?»

¿Habría sido Flisan? ¿Henke? ¿O tal vez alguno de los dos idiotas: Kevin y Liam?

Tendría que averiguarlo después, cuando tuviera tiempo.

A las siete en punto sonó el timbre de la puerta y Lina fue a abrir. Saludó a Fabian y yo bajé la escalera y me acerqué. Él me abrazó.

—¡Tienes un aspecto muy saludable, Sara! —dijo—. Te veo mucho más relajada que cuando estabas en la cafetería. ¡Parece que el trabajo nuevo te sienta bien!

—Es divertido —dije—. La verdad es que me gusta mucho.

Después vino mamá al vestíbulo. Se había puesto un poco de rímel y se había pintado los labios, por lo que su aspecto era más fresco del que había lucido los últimos tiempos.

Me animó verla así.

—¡Fabian! —exclamó ella y luego se abrazaron.

Después, él la sostuvo a cierta distancia.

—Deja que te mire, Elisabeth —dijo sonriente—. ¡Estás espléndida! ¡Me alegro mucho!

Se frotó las manos con gesto de satisfacción.

—No podéis imaginar las ganas que tenía de que llegara este momento —dijo—. ¿Vendrá también Björn?

Mamá y yo nos miramos.

—No, esta vez te queríamos para nosotras solas —dije—. Sé que Björn nos ha ayudado muchísimo, pero hoy solo vas a estar tú.

—Creo que Björn está bastante solo —observó Fabian—. Le ha afectado mucho lo del divorcio. Después de la muerte de Lennart se empeñó en encargarse de casi todo y yo dejé que lo hiciera. Creo que lo que intentaba con ello era echaros una mano y acercarse a la vez un poco más a vosotras.

Björn y su esposa se habían divorciado recientemente después de muchos años de matrimonio. En ese momento sentí una punzada de mala conciencia y noté que a mi madre le pasaba lo mismo.

—Invitaremos a Björn en otra ocasión —resolvió ella—. ¿No es verdad, chicas?

—Claro que sí —convine. Lina asintió con la cabeza.

La cena transcurrió charlando de los caballos de Lina y de mi trabajo en Estocolmo, comentando que mi madre había retomado su trabajo en la biblioteca de la universidad y que, según ella, «estaba sorprendida de lo bien que le había sentado volver» y del día a día de Fabian en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Nos contó algunas anécdotas divertidas y otras con cierta mala intención acerca de la ministra Margot Wallström y la visita de distintos dignatarios extranjeros que dieron por sentado cosas a las que nosotros no estamos acostumbrados en Suecia.

—Es fascinante que en muchos otros países tengan una doble imagen de Suecia —dijo él.

—¿A qué te refieres? —preguntó mi madre.

—Por un lado creen que estamos un poco atrasados. En nuestras relaciones internacionales no

somos tan llamativos como otros países y, por otro lado, les impresionan mucho ciertas características nuestras. Saben que somos uno de los países donde existe más igualdad, que consideramos que todas las personas valen igual y que no tiene que haber diferencia de oportunidades por razones de sexo, orientación sexual, religión o clase social. Y todo ello les parece fantástico.

—¿Y consideras que es así? —pregunté yo.

—¿Qué quieres decir? —dijo Fabian.

—¿En la práctica somos así de buenos o es más que nada sobre el papel?

Fabian se rio.

—Una buena pregunta —dijo—. Justo lo que esperaba de ti. Tendrías muchas posibilidades si en el futuro buscaras trabajo en el Ministerio de Asuntos Exteriores.

El rostro de mi madre brilló de satisfacción.

—¡Eso suena fantástico! ¿Verdad, Sara?

—Entonces ¿cómo somos en realidad? —dijo Lina, mirando a Fabian—. No has contestado a la pregunta de Sara.

Fabian reflexionó.

—Me parece que es así: nada es perfecto, ni los países ni las personas. Pero en Suecia hemos trabajado de un modo coherente durante mucho tiempo, tanto con gobiernos socialdemócratas como con otros más conservadores que han estado en el poder, para obtener unos resultados que están bastante bien, basados en unos valores razonables. No tenemos mucha suciedad que esconder debajo de la alfombra. Me siento muy orgulloso de ser sueco, y espero que vosotras también.

—Pues sí, y mucho —dijo mamá—. Igual que vosotras, ¿verdad, chicas? Vuestro padre amaba Suecia.

—Claro que sí —respondió Lina—. Es el mejor país del mundo.

—A mí me encanta Suecia —dije yo—. Pero, igual que con todo lo demás, ¿no es conveniente mantener una actitud crítica, tanto respecto a uno mismo como a las fuentes de información, en vez de simplemente asumir que todo va perfectamente bien? Fíjate por ejemplo en todo ese embrollo del Ministerio de Tráfico y Transporte, cuando se filtró información secreta para ahorrar dinero. De repente, personas no autorizadas pudieron acceder a información confidencial, datos personales y otros datos privados, poniendo en juego la seguridad de mis compañeros militares. ¿Cómo crees que se sienten?

Fabian sonrió y me guiñó un ojo. Después se dirigió a mi madre.

—Esta chica tiene un brillante futuro por delante.

—Fabian, ¡lo has vuelto a hacer! —dijo Lina, sonriendo—. Sigues sin contestar a la pregunta.

Después de la cena llegó el momento de tomar café en el cuarto de estar. Mi madre y Fabian se sentaron juntos en el sofá y Lina y yo, enfrente de ellos. Saqué mi móvil.

—¿Sabes qué, Lina? He recibido una foto en la que se me ve hoy mismo mientras limpiaba las hojas del jardín con el rastrillo. Pero la envía alguien que no conozco. ¿Sabes cómo puedo averiguar de quién se trata?

—¿Cómo? ¿Mientras estabas ahí fuera? —dijo Lina, arrugando el ceño—. ¡Qué raro! ¡Déjame que la vea!

Entré en Instagram y busqué en todas las pestañas. La foto había desaparecido y también la información de que había sido etiquetada. Y no me acordaba del complicado nombre de la cuenta.

—¡Qué misterio! —exclamé—. ¡Ha desaparecido!

—No es posible —dijo Lina—. Déjame ver.

Revisó una y otra vez el contenido de mi móvil. Después me miró y sacudió la cabeza.

—Te habrás confundido. ¿Tal vez era una instantánea y ya no está?

—No —dije—. Era Instagram. Da igual, no es importante.

Lina se tomó el café y miró a mi madre y a Fabian. Estaban inmersos en una conversación.

—¿Quieres que demos un paseo? —propuso—. Afuera se ha despejado y hay luna llena. Podemos hacer nuestra ruta habitual.

Durante años, Lina y yo salíamos de paseo regularmente y al final teníamos nuestro camino favorito. Transcurría a lo largo del bosque, iba descendiendo en dirección al río Lillån, pasaba por Rynninge y luego continuaba por encima del puente en dirección al centro, bordeaba el castillo y después doblaba a lo largo de Svartån hasta Södra Grev Rosengatan, donde cruzábamos en diagonal hacia Lillån y, después de atravesar el puente de madera, llegábamos de nuevo a Strandvägen.

—Vamos —dije.

Nos pusimos las chaquetas y emprendimos la marcha; era evidente que Fabian y mamá no nos echarían de menos. Afuera todo estaba como había descrito Lina: había refrescado, pero estaba despejado y una gran luna llena surcaba el cielo por encima de la ciudad. Al respirar nos salía una nube de vaho por la boca. Charlamos todo el tiempo mientras nos dirigíamos al centro y nos detuvimos delante del instituto Karolinska desde donde contemplamos el castillo, que descansaba tranquilamente sobre su isla con la silueta plateada por la clara luz de la luna.

—La ciudad de los zapatos —dije.

—La ciudad de las galletas —dijo Lina, riendo mientras se le marcaban los hoyuelos—. Ñam ñam.

—Aquí sucedieron un montón de hechos históricos —comenté—. Habría sido divertido conocer a Engelbrekt, que debía de ser un chico genial, y a Cristián II de Dinamarca el Tirano. Y a Gustavo Vasa y a Jean Baptiste, luego Carlos XIV.

—Te cedo a los cuatro si puedo quedarme con Lasse-Maja, ¡un chico de gran temperamento! Bueno, o una chica como *La chica danesa*, ¿no te parece emocionante?

Lina había tenido esa semana una sesión de cine de Netflix con sus amigas.

—¿Era buena?

—Hmmm. Después vimos otra película: *El hipnotista*. ¿La has visto?

—No —respondí—. ¿Qué tal era?

—¿Lo he soñado o papá nos dijo una vez que cuando era pequeño lo hipnotizaron? —preguntó Lina.

Vi claramente el rostro de mi padre delante de mí. Satisfecho y siempre curioso.

—Es cierto —dije—. Nos lo contó varias veces. Creo que fue en el servicio militar, o una vez que estuvo muy enfermo y se deprimió. De todos modos intentaron hipnotizarlo, pero no funcionó. Papá estaba muy orgulloso y siempre decía: «Yo era demasiado fuerte».

—¡Exactamente! —exclamó Lina—. Ahora lo recuerdo.

Nos echamos a reír y seguimos caminando en silencio.

—¿Qué dicen tus amigas acerca de Örebro? ¿Les parece una ciudad interesante?

—Bah, nadie sabe nada de Örebro —dijo Lina con indiferencia—. Ni aquí ni en ninguna otra parte. Cuando hay campeonatos de hípica en el país, creen que vivo cerca del puente a Dinamarca. ¿Y tú? ¿Echas de menos todo esto o estás más a gusto en Estocolmo? —preguntó, mirándome.

Me quedé pensativa.

—En realidad no he vivido aquí desde que acabé el bachillerato. Primero el ejército y después Uppsala. En la época de estudiante lo pasé mal, nunca se me dio tan bien relacionarme como a ti.

Lina hacía amistad con chicos y chicas sin problemas, y nunca había sufrido acoso.

—¿Por qué crees que se metían contigo y conmigo no? —preguntó Lina.

—No tengo ni idea —dije—. Aparte de esas viejas reglas de la Ley de Jante que dicen que hay que ser humilde, por supuesto. O tal vez fuera mi personalidad lo que no soportaban.

—No digas eso. ¡Eres la mejor! —exclamó.

Nos quedamos en silencio.

—Yo no soy tan buena como tú en los estudios, tal vez sea esa la diferencia.

—Sería terrible —respondí—. Y, a propósito de lo que ha dicho Fabian acerca de que Suecia es el mejor país del mundo y todo eso, ¿no crees que otra cosa típicamente sueca es burlarse de alguien por el simple hecho de ser bueno en algo?

—No tengo la menor idea —dijo Lina—. No puedo pensar en esas cosas; me deprime. Vamos, continuemos el paseo.

Seguimos nuestra ruta habitual alrededor del castillo, cruzamos el puente de Trädgårdsgatan y volvimos bordeando el Svartån.

—Entonces ¿cómo te encuentras en Estocolmo? —insistió ella—. No me has contestado. ¿Te

gusta de verdad o solo lo dices para tranquilizar a mamá?

Me quedé pensando unos segundos.

—Todo es muy distinto a cómo lo imaginaba —dije.

—¿Distinto de qué modo?

La pregunta de Lina me hizo reflexionar. Me acordé de Eva y Gullbritt en la cafetería de Sundbyberg. Gullbritt se estaba mirando las uñas que acababa de pintarse de color azul turquesa, mientras hinchaba los carrillos y hacía un globo rosado con el chicle. Eva picaba cebolla en la cocina, con tal entusiasmo que parecía que diera rienda suelta a una agresividad hasta ahora reprimida, sin importarle que el rímel le dibujara ríos oscuros por las mejillas. De pronto sentí que las echaba de menos. No me lo esperaba.

Pero lo que no echaba en falta definitivamente era a Siv, ni haber vivido pared con pared con el loco de Sixten. Cuando llevaba unos días en el apartamento de Bella, me di cuenta de que me había dejado olvidada allí la foto enmarcada de mi familia y decidí ir a buscarla enseguida. No tenía sentido que llamara antes, ya que Siv estaba muy furiosa cuando me fui. Solo podía esperar que se hubiera tranquilizado y no hubiera tirado la foto cuando limpió el cuarto.

Cuando llegué a la casa de Siv en Vällingby, me dio la impresión de que ella no estaba y, por supuesto, yo tampoco tenía las llaves. Toqué el timbre durante varios minutos y luego decidí volver a casa. Pero cuando empezaba a bajar hacia el camino se abrió la puerta y tras ella apareció Jalil, vestido con una sudadera rosa y unos vaqueros.

—Hola, Sara —dijo—. Te he visto por la ventana. ¿Has venido a recoger esto?

Me mostró el marco con la foto. El cristal estaba roto y el marco también y, a juzgar por el aspecto de la foto, alguien la había pisoteado.

Me acerqué a él y la cogí.

—Dios mío —exclamé—. ¡Esa mujer está loca de remate! Te agradezco que la hayas cuidado.

Cuando estaba a punto de marcharme, Jalil me detuvo.

—No es como tú crees. Entra —dijo.

Le seguí. En ese momento pasó Sixten por detrás de Jalil en dirección a la cocina. Al verme se detuvo en seco, mostrando su habitual sonrisa de loco que hacía que pudieras contar los orificios de todos los dientes que le faltaban.

—Mira quién ha venido. ¡Hola! —dijo alegremente—. ¿Se te olvidó algo o solo me echabas tanto de menos que has tenido que volver?

—Sí, eso —dije amablemente.

Sixten se rio y siguió hacia la cocina. Jalil me miró con gesto serio.

—Ella ni siquiera estaba aquí cuando ocurrió —susurró.

—¿A qué te refieres? —dije.

Jalil miró a su alrededor. Después se acercó y me dijo en voz baja:

—Vinieron dos hombres. Revisaron toda tu habitación y rompieron los muebles. Yo me acerqué a mirar por la rendija de la puerta y lo vi todo. Sacaron la foto del marco y la tiraron por la ventana. Luego desaparecieron. No tengo la menor idea de quiénes eran. Y ella tampoco ha dicho nada, simplemente lo limpió todo sin decirnos ni una palabra.

Todo sonaba inverosímil. ¿Se lo habría inventado para hacerse el interesante? ¿O lo habría soñado?

—Pero después salí al jardín y recogí el marco y la foto por si volvías a por ella. Me gustaría que alguien hiciera lo mismo con una foto de mi familia.

Me acerqué y le abracé.

—¡Gracias! —dije con cariño—. ¡Fue muy amable por tu parte, Jalil!

Él sonrió satisfecho y se encogió de hombros. De pronto se me ocurrió algo.

—Otra cosa —añadí—. ¿Podrías hacerme un favor? Últimamente me han pasado muchas cosas raras. ¿Podrías mantener tus ojos y oídos abiertos?

—¿A qué te refieres con «cosas raras»? —preguntó Jalil receloso—. ¿Es algo peligroso?

—No lo creo —dije con naturalidad—. Pero sería estupendo que lo hicieras. ¿Puedo llamarte dentro de una o dos semanas? Y tú puedes hacerlo también si ves algo sospechoso que esté relacionado conmigo.

—Por supuesto.

Me envió su número de móvil al mío. En ese instante se abrió la puerta de la calle y vi entrar a Siv, que me miró muy enfadada.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó con desdén—. ¿No te dije que no volvieras? Tendrías que pasar por encima de mi cadáver para alquilarme otra habitación.

—Entonces habría dos cadáveres —dije—. El mío también.

Me di cuenta de que no lo había entendido, así que aproveché la oportunidad.

—Pero ¿podrías decirme quiénes eran los hombres que entraron en mi cuarto y rompieron esta fotografía? —pregunté, mostrándosela.

Siv observó la foto y el marco roto durante unos segundos, y después miró a Jalil.

—¡Aquí no ha entrado nadie! —rugió—. El que rompió la foto fuiste tú, Jalil, ¿no es verdad?

Jalil abrió la boca, pero no emitió ningún sonido. Siv abrió la puerta de la calle, me miró fijamente y luego volvió la cabeza en dirección a la calle.

—¡Fuera de aquí! —exclamó—. ¡Inmediatamente! ¡Y no vuelvas!

—No te preocupes —dije, saliendo por la puerta—. Adiós, Jalil, ¡gracias por la ayuda!

Jalil levantó la mano sin que ella lo viera y me saludó. Finalmente, Siv cerró la puerta casi delante de mis narices.

Después volví a casa en el metro. No tenía la menor idea de quiénes podían ser los dos hombres de los que hablaba Jalil. ¿Se lo habría inventado, como aseguraba Siv? ¿Tal vez fueran unos limpiadores que ella había contratado? Jalil tenía mucha imaginación y odiaba a su casera; tal vez había tergiversado la historia a su antojo. Sin embargo, le estaba sumamente agradecida de que hubiera rescatado la foto.

Volví al presente, al paseo y a la pregunta de Lina.

—Es mucho mejor de lo que esperaba —respondí, pensando en Bella y en Perfect Match—. El trabajo, el piso... es como un sueño. Me pregunto cuándo me despertaré.

—No lo hagas antes de que vaya a visitarte —dijo Lina—. Quiero ver ese apartamento. Y también pasar por la agencia de publicidad.

—Agencia de relaciones públicas —corregí.

—Como se llame —dijo Lina—. ¿Has visto a algún famoso?

Estábamos delante del estrecho puente de madera que, atravesando el río Lillån, llevaba a Rynninge.

—El fin de semana pasado estuve en una fiesta con el rey.

—Ya, claro —contestó Lina riendo.

Cruzamos el puente en silencio.

—¿Y tú cómo estás? —pregunté al llegar al otro lado—. Mamá dice que a ti y a Salome os ha ido muy bien en los campeonatos.

A Lina se le iluminó el rostro, como siempre que conseguía hablar sobre caballos. Mientras ella hablaba de los resultados de sus carreras, de jueces locos, de competidores y de la camaradería de las chicas en el hipódromo, reseguíamos la orilla del Lillån, y me di cuenta de que, por primera vez en mi vida, estaba en una posición en la que ni mis más allegados creían cuando se lo contaba.

El domingo me dediqué a limpiar mi cuarto de papeles y libros viejos, ordené la ropa y preparé unos sacos con cosas que tenía que tirar o regalar. Bella me había pedido que mirara si conservaba todavía alguna cosa del ejército que pudiéramos utilizar el fin de semana de *Wild Kids*, y efectivamente así era. Ya que estaba puesta, seguí ordenando mis cosas.

Me había invadido una especie de afán por la limpieza, tanto en Estocolmo como en Örebro: clasificar, retirar, tirar. Parecía una serpiente cuando muda la piel. Después de esta comparación conmigo misma, me quedé pensativa hasta que me di cuenta de que la cinta adhesiva y la cuerda se estaban acabando.

—Mamá, ¿hay más cinta adhesiva? —grité.

No obtuve respuesta.

—¿Lina?

Recordé que mi hermana estaba en el hipódromo y que mi madre había dicho que se iba a dar un paseo. Fui al cuarto de estar. En el enorme y anticuado escritorio de mi padre siempre había cinta adhesiva, clips, lápices y todo tipo de suministros de oficina, pero no me había atrevido a abrir ni un cajón desde que él falleció. Inflé los carrillos y expulsé el aire lentamente. Después me acerqué y me senté en la vieja silla de escritorio de cuero de mi padre. Estaba hundida y crujía pero, aunque antigua, era una buena silla giratoria y a él le encantaba. ¡Cuántas veces me había subido a sus rodillas, mientras él trabajaba sentado en esa misma silla, y había visto pasar los pálidos caracteres por la pantalla del ordenador! Siempre podía estar con él, por más ocupado que estuviera. Me pasaba el brazo por encima y seguía escribiendo, mientras yo me metía el dedo pulgar en la boca y me quedaba dormida con el sonido del teclado.

Volví a tomar aire y abrí el cajón superior del lado izquierdo. Ahí estaban los cuadernos apilados, como yo esperaba. Junto a ellos había un montón de sobres A5 y unas hojas con sellos, tanto comunes como de Navidad. Encima había una de las listas de compra que mi padre solía escribir a mano, con las palabras «Grapas, Cinta Adhesiva, Típex, Ojo: Patatas para sembrar», escritas rápidamente a lápiz. Al parecer, mi madre no había revisado aún esos cajones.

El cajón siguiente contenía cosas todavía más antiguas: viejos impresos de giros postales, algunos sellos con el nombre de la primera empresa privada de mi padre y un montón de recibos debajo de un pisapapeles. También había un nido de pájaros de arcilla hecho a mano que le había regalado cuando iba al jardín de infancia, pintado de azul y amarillo, y una decena de huevos diminutos y deformes, de los mismos colores que el nido. Los ojos se me llenaron de lágrimas y me empezó a doler el pecho, así que volví a cerrar el cajón y seguí buscando cinta adhesiva y cuerda.

Las lágrimas resbalaban por mis mejillas mientras revisaba el segundo cajón. La cuerda y la cinta adhesiva estaban allí, y también la foto de graduación de mi padre cuando finalizó el bachillerato. Papá estaba muy joven, de pie, muy estirado con su traje en medio de una larga fila de chicos que también vestían igual. Las chicas, con vestidos blancos, estaban sentadas delante de ellos y tenían las piernas púdicamente juntas, formando un ángulo hacia la derecha o hacia la izquierda. La foto había sido tomada en el Karolinska, mi antiguo instituto, que anteriormente se llamaba Karolinska Läroverket, y daba la sensación de que había transcurrido mucho tiempo desde entonces.

Debajo de la foto de graduación había otras dos fotografías. En una aparecían mi padre y Torsten, nuestro vecino de huerto, que era, además de agricultor, el propietario de todo el terreno y el bosque de alrededor. Torsten fue el que descubrió el incendio en nuestra casa de veraneo, y

también estaba presente cuando se encontraron los restos de papá. En la foto estaban uno al lado del otro delante del tractor rojo de Torsten, con grandes sonrisas dibujadas en el rostro, como si acabaran de comentar algo gracioso.

La otra fotografía era de una chica rubia de alrededor de treinta años, con el flequillo desordenado y una sonrisa en los labios. Llevaba pendientes y vestía un suéter grueso de cuello vuelto; no tenía ni idea de quién era.

Y mi padre tampoco podía aclarármelo ya.

Debajo de las fotos había un montón de archivadores de plástico vacíos de distintos colores, de los que se utilizan para guardar documentos y que mi padre solía almacenar, igual que las carpetas vacías. Sonreí entre lágrimas al recordarlo. Si necesitabas un archivador o una carpeta, solo había que pedirselo a papá.

Volví a cerrar el cajón con las fotos empujándolo con el pie, me eché hacia atrás y apoyé la espalda en la silla giratoria, mientras suspiraba y me secaba las lágrimas. Mi maravilloso padre. ¿Por qué tuvo que ponerse enfermo? Tenía solo sesenta y dos años cuando murió. Las imágenes de la investigación policial pasaron como revoloteando por delante de mí: «Hemos encontrado algunos restos, pero no hay ningún cuerpo que enterrar...».

Gracias a la ayuda de Björn no tuvimos que identificar nosotras los restos del cuerpo. Y luego vino el funeral. Mi madre estaba más desesperada de lo que la había visto nunca. Lina estaba hundida en el banco de la iglesia, temblando mientras lloraba en silencio. Yo, vacía y rígida, miraba con los ojos secos la hoja del programa, que saltaba y se movía delante de mí. Era todo tan incomprensible que no me cabía en la cabeza: papá estaba muerto.

Cogí un pañuelo de papel de una vieja caja de cartón que había sobre el escritorio y me soné ruidosamente. Después permanecí sentada. Toda la casa estaba en silencio, solo se oía el tictac del viejo reloj de pared del abuelo que seguía en un rincón. El polvo bailaba en un rayo de sol que cruzaba la alfombra, y me sentí como cuando de pequeña me quedaba sola en casa en leotardos y zapatillas, acurrucada debajo de alguna mesa desde donde miraba las briznas de polvo al sol mientras escuchaba el tictac del reloj en el rincón.

El reloj del abuelo dio una campanada de repente y me estremecí. En ese instante me fijé en el panel de madera que tenía delante de mí, entre los dos cajones decorativos que había en los dos extremos de la parte superior de la cajonera. Detrás del panel había unos compartimentos en los que mi padre guardaba sus nóminas. Uno de mis pasatiempos favoritos era abrirlos mientras estaba sentada en las rodillas de papá, siempre con mucho sigilo y mirando hacia la cocina, como si mi madre y Lina, que por entonces gorjeaba en su hamaquita, fueran agentes de la KGB o de la Stasi.

Por una vieja costumbre, mis dedos se movieron buscando en los sitios correctos del panel, empujé la pequeña puerta de madera y se abrió. Mi padre guardaba en su interior un anillo que le

había dado mi abuelo, un libro pequeño que le hice antes de aprender a escribir, una medalla, una barra de lacre y algunas cosas pequeñas más. Me acerqué para ver qué tesoros quedaban, pero vi con decepción que no contenía nada, solo una nota. La saqué y la miré. No había nada escrito, solo la imagen de un sello parecido a un escudo de armas, que tenía en su interior tres letras en un estilo muy barroco: FLA. Cada una de ellas estaba adornada con una corona.

¿Dónde estaban las demás cosas de papá? ¿Y qué significaban el sello y las letras FLA?

Volví a meter la nota en el pequeño compartimento, lo cerré y luego me recosté en la silla. Mi mirada se deslizó por el escritorio y me di cuenta de que no había inspeccionado aún el cajón inferior del lado izquierdo. Me agaché e intenté abrirlo, pero era más grande que los otros tres, y además muy pesado. Tuve que levantarme de la silla, sentarme en el suelo y usar ambas manos para conseguirlo. Entonces me di cuenta de por qué pesaba tanto.

Estaba lleno de carpetas de plástico de distintos colores que, a su vez, contenían artículos de prensa y otras publicaciones que mi padre había bajado de internet. En la parte superior de cada carpeta había escrito con marcador negro el nombre del contenido.

Levanté un montón de carpetas de unos diez centímetros de grosor y empecé a revisarlas. No era posible sacar ninguna conclusión de lo que hacía mi padre basándose en el contenido de las carpetas, pero parecía ser una mezcla de políticos y otras personas conocidas, empresas suecas importantes y sucesos nacionales o internacionales que yo conocía en parte a través de los periódicos.

Me volví a sentar en la silla y puse el montón de carpetas sobre el escritorio. Después cogí una de ellas al azar, en la que ponía «Algernon», la abrí y empecé a leer.

El inspector de material de guerra Carl Algernon fue asesinado porque sabía demasiado, relata Björn Molin, ministro de Comercio cuando se llevaron a cabo los negocios ilegales de armamento. Según él, la policía era de la misma opinión. [...]

Carl Algernon era inspector de material de guerra cuando se reveló la venta ilegal de armas de la empresa Bofors a la India. A lo largo de los años, muchas empresas han especulado acerca del motivo por el cual Algernon murió al «caer» delante de un metro en la Estación Central de Estocolmo en 1987.

La explicación oficial es que Algernon estaba tan abrumado por la venta de armamento que se suicidó. Pero según Molin es inverosímil tanto que él colaborara en secreto con Bofors para ocultar las exportaciones ilegales como que se suicidara.

«La explicación más creíble es que fue asesinado. Durante el interrogatorio llevado a cabo por la policía judicial acerca de mi conocimiento del contrabando de armas de Bofors, también me preguntaron por Algernon —relata Molin—. Cuando, después del interrogatorio, fui conducido a Arlanda por los inspectores de policía Bengtsson y Pettersson, y estos me preguntaron cuál había sido, en mi opinión, la causa de su muerte, respondí: “Fue asesinado porque sabía cosas”. Bengtsson y Pettersson, por lo visto, tenían la misma opinión», concluye Molin.

«¿Algernon?» ¿Por qué habría guardado mi padre eso?

En ese instante oí que se cerraba la puerta de la calle y la voz de mi madre:

—¿Hay alguien en casa?

Entró en la habitación mientras se quitaba la chaqueta. Tenía las mejillas sonrosadas y parecía estar contenta, pero cuando me vio en el escritorio de papá y que había sacado las carpetas, se le borró la sonrisa.

—¿Cómo va todo? —preguntó en tono amable—. ¡He comprado bollos!

—Genial —contesté—. Estoy revisando el escritorio de papá. ¿Sabes qué es todo esto? Estaba en el cajón inferior de la izquierda y, por lo que veo, son un montón de recortes de periódico de distintos temas que sacó de internet. Acabo de leer lo de Algernon y Bofors.

—Si yo fuera tú no le haría caso a todo eso —dijo mi madre en un tono seco poco habitual en ella.

—A mí me parece interesante. ¿Te importa que lo lea?

—En absoluto —respondió—. No creo que haya ningún secreto, solo son cosas que a tu padre le gustaba amontonar. Mientras tanto, voy a preparar café. ¿Me acompañarás?

—Por supuesto —acepté.

Las carpetas de plástico de distintos colores me llamaban la atención, tanto las que estaban sobre el escritorio como las que aún seguían en el fondo del cajón. No acababa de entender por qué razón me atraían tanto, pero habían despertado mi curiosidad y quería seguir leyéndolas. Saqué una carpeta del montón, esta vez también al azar, de un color distinto a la primera. Mi padre la había denominado «Corrupción de la justicia». Procedí a leerla.

Jan Mosander y Björn Kumm, ambos jubilados en la actualidad, han sido dos de los periodistas de investigación más efectivos de Suecia. A través de la lectura de sus memorias se desvanecen muchas ilusiones sobre el paraíso sueco, y aparece en su lugar un escenario terrible lleno de abusos de poder, vigilancia secreta, sobornos y chanchullos por parte de los principales líderes del país durante un largo período de tiempo desde los años sesenta. [...]

Los dos escándalos, tanto el del Servicio de Seguridad Sueco como el de Bofors, se produjeron durante el gobierno socialdemócrata, igual que los casos de corrupción de la justicia de la década de los cincuenta, los de la agencia de inteligencia sueca IB y del Servicio de Seguridad sueco de los setenta y el escándalo Ebbe en los años ochenta. Solo puedo recordar a una ministra, Anna-Greta Leijon, que tuviera que dimitir después de uno de esos escándalos, debido a una carta de recomendación dirigida al investigador privado Ebbe Carlsson. Sin embargo, los principales responsables masculinos se mantuvieron impasibles.

Hay quienes afirman que la imperturbabilidad de la élite política masculina en Suecia, a pesar de su

responsabilidad en ciertos escándalos, que en otros países democráticos les habría obligado a dimitir, es una muestra de la verdadera socialdemocracia monopartidista dominante en el país desde 1932 hasta 2006, pese a ciertos intervalos conservadores en las décadas de los setenta y noventa. Otra explicación es que los grupos conservadores siempre se posicionaban del lado del abuso de poder en este tipo de asuntos. [...]

PER GAHRTON,

Fria.Nu., 12 de diciembre de 2013

—¡El café está listo! —gritó mi madre desde la cocina y levanté la vista de los artículos.

—¡Ya voy! —grité.

Me quedé pensando. «¿Algernon?» «¿Corrupción de la justicia?» ¿Había alguna conexión entre ambos?

—¿Quieres leche caliente en el café? —añadió.

Volví a meter las carpetas en el cajón y, cuando estaba a punto de cerrarlo, algo me lo impidió. Sin duda, mi padre había dedicado mucho tiempo a todo aquello. Debía considerarlo importante por algún motivo, y yo tenía la sensación de que el contenido de las carpetas era interesante, aunque no entendía bien qué conexión había entre ellas. ¿Por qué iban a quedarse ahí esperando a que yo regresara? Podían transcurrir varias semanas antes de que pudiera volver a casa para seguir leyendo.

Abrí del todo el cajón, saqué las carpetas y las puse encima del escritorio. El resultado fue una pila considerable de por lo menos un centenar de carpetas de distinto contenido. En total debían pesar alrededor de diez kilos, pero todo el material cabía perfectamente en un par de bolsas de papel del supermercado ICA.

—Sara, ¿vienes? —gritó mamá de nuevo.

Fui a la cocina y me senté a la mesa. Mi madre había puesto el juego de porcelana azul y blanco y había encendido unas velas. Vi bollos de canela recién horneados en una fuente.

—¡Qué bien lo has preparado todo! —dije.

—Te vas esta tarde y te echaré de menos.

Pensativa, di un mordisco a uno de los bollos y luego miré a mamá.

—¿Sabes una cosa? Quisiera llevarme los archivos a Estocolmo para seguir leyéndolos. ¿Te parece bien?

Vi un brillo extraño en sus ojos, pero lo ocultó rápidamente y me sonrió.

—No creo que encuentres nada interesante, pero puedes llevártelos, por supuesto, aunque no creo que a Lina le haga mucha gracia. ¿Podrías traerlos de nuevo cuando los leas?

—Claro que sí —dije—. Así lo haré.

Logré meter las dos bolsas de papel con las carpetas en mi gran bolsa de viaje, pero durante el trayecto a Estocolmo tuve que trabajar en el proyecto para Perfect Match, así que me olvidé por completo de que existían. Al llegar a la Estación Central cogí el metro que iba a Östermalmstorg y luego fui a pie a Storgatan con la pesada bolsa al hombro.

Cuando llegué al apartamento Bella no estaba, lo que me produjo una repentina sensación de disgusto y soledad. Entré en mi cuarto y saqué las cosas, dejando las bolsas de los archivos en un rincón. Pensé que podía preparar algo de pasta, pero no tenía mucha hambre. Había estado muy a gusto en casa con mi madre y con Lina, y ahora volvía a estar sola, lo que no llevaba nada bien. Sin pensarlo, volví al recibidor y me puse la chaqueta. Lo que necesitaba era un buen paseo, y Bella seguramente ya estaría en casa cuando yo volviera.

Fui por Jungfrugatan hasta Karlavägen, doblé a la derecha y al llegar a la alameda me detuve. La noche era oscura y el cielo, completamente estrellado, todo lo claro que podía estar a mediados de octubre. La luna llena colgaba por encima de Karlaplan como un limón reluciente, olía a gasolina y a humo y, con cierta irritación, noté que los ojos se me llenaban de lágrimas.

¿Iba a ponerme a llorar por cualquier olor que me recordara a papá?

¿Por qué no podía dejar las cosas atrás y seguir adelante?

—Hola, Sara —oí decir a mis espaldas y me di la vuelta.

Era Micke, el amigo de Bella; el guapo, el de los hoyuelos al sonreír.

Me quedé cortada, Micke me miró y luego se acercó y me dio un abrazo de oso. Eso era exactamente lo que necesitaba para que mis lágrimas corrieran y, al parecer, él lo entendió. Me mantuvo entre sus brazos en una especie de saludo cálido y reconfortante, y fui calmándome poco a poco hasta que pude secarme las lágrimas. Cuando dejé de llorar él me miró con una sonrisa amistosa, como si no hubiera ocurrido nada.

—Me alegro de verte —dijo—. ¿Adónde vas?

—Bella no está en casa, así que he salido —balbuceé—. He pasado el fin de semana en casa de mi madre en Örebro, lo que me pone sentimental. Mi padre murió a finales de primavera.

Micke asintió con la cabeza.

—Ven, demos una vuelta por Djurgården —propuso.

Micke y yo bajamos caminando por Narvavägen y luego giramos a la izquierda y fuimos por el sendero que bordea los grandes chalets de «la ciudad diplomática». Cuando salíamos a correr, Bella me daba lecciones de lo que ella denominaba en broma «conocimiento de la ciudad», de modo que después de unas cuantas vueltas, ya podía reconocer varias embajadas sin tener que fijarme en los letreros. Micke y yo dimos un paseo por la zona residencial, pasamos por Källhagen y seguimos hasta Djurgårdskanalen, mientras nuestra conversación fluía ligera y elegante como el agua de un riachuelo en primavera, sin ser por ello superficial. Micke me contó que vivió en Lidingö durante su infancia y que luego empezó a estudiar ingeniería, pero cuando iba

por la mitad de la carrera pensó que no era lo suyo, por lo que se puso a trabajar en tecnología de la información en el sector financiero y, a partir de entonces, su carrera laboral se disparó como una flecha. Vivía solo pero pensaba tener un perro. Le encantaba navegar y viajar. Le gustaba la comida, el vino y los libros, y soñaba con poder pasar algunas temporadas en Mallorca o en la Costa Azul cuando fuera viejo, simplemente para disfrutar de la vida.

Micke me hizo reír y me preguntó cosas cuya respuesta también le produjo risa a él; consiguió que me abriera y que hablara de mí como nunca lo había hecho. Le conté cosas de mi época en el ejército y de lo mucho que me gustó vivir en comunidad y el esfuerzo físico. Le hablé de mis estudios de Ciencias Políticas y Económicas y le dije que en Uppsala lo pasábamos muy bien, pero que todos los compañeros de entonces, igual que los del ejército, se fueron con el viento. Y también le hablé de mi padre. Micke era el oyente perfecto. Me dejaba hablar largo y tendido sin dejar de prestarme atención. Cuando me quedaba en silencio, él formulaba las preguntas precisas que hacían que yo empezara a hablar otra vez.

—Entonces ¿qué quieres hacer con tu vida? —dijo, logrando que la pregunta sonara totalmente natural, a pesar de que solamente habíamos pasado juntos unas horas.

—Eso mismo me pregunto todo el tiempo. —Las palabras fluían de mi boca—. Quiero ser diferente —empecé—. Hacerme famosa y salir en la tele no me interesa lo más mínimo; lo que quiero es que mi trabajo signifique algo, que le importe a otras personas. ¿Entiendes a lo que me refiero?

Micke asintió con la cabeza y guardó silencio unos segundos.

—Perfect Match solo es un sitio de paso para ti —concluyó después de reflexionar—. Me refiero a que yo quiero a Bella y a Pelle, son dos personas divertidas y supercapaces. Pero tú vas encaminada hacia algún sitio.

—Es la misma sensación que tengo yo —admití—. Simplemente no sé cuál es mi meta.

—No necesitas saberlo aún —dijo Micke—. Ve paso a paso. En la agencia puedes aprender un montón de cosas que te serán de utilidad en el sitio siguiente. Tal vez suene a que te aproveches de ellos, pero no es lo que quiero decir. Estás haciendo un trabajo excelente, sé que todos piensan eso.

Le miré y sonreí.

—Suenas igual que mi padre.

A él le habría gustado mucho ese chico.

—Lo tomaré como un cumplido —replicó, sonriendo.

—Debes hacerlo. Es lo mejor que le puedo decir a alguien que no conozco.

Nos reímos.

—¿Y tú? —pregunté—. ¿Qué quieres hacer con tu vida?

Micke suspiró.

—Me gustaría saberlo —dijo—. Pienso más o menos lo mismo que tú: quiero ser diferente, y al mismo tiempo me va bien actualmente, me siento valorado, gano dinero. Y también quiero todo eso, aunque sea egoísta. Viajar, saborear un buen vino, vivir en el Mediterráneo una parte del año.

—¿Tiene que ser incompatible hacer el bien y disfrutar la vida? —pregunté—. ¿No consiste el futuro en encontrar el modo de trabajar para la humanidad con soluciones sostenibles, y vivir a la vez una vida rica y estimulante? Ese antiguo tipo de contradicción huele a década de los setenta, a cosas de las que hablaban mis padres. En aquella época había que ser o azul oscuro o rojo intenso, es decir, o capitalista hasta las trancas o comunista convencido.

—¡Uf, qué complicado! —exclamó Micke de forma espontánea y nos volvimos a reír.

Paseamos todo el tiempo a lo largo de Djurgårdskanalen y el regreso lo hicimos por el lado opuesto del canal. Cuando llegamos al Museo Nordiska era más de la una de la madrugada.

—¡Oh, dios! —dije, sacando el teléfono móvil.

Tenía cuatro llamadas perdidas de Bella. La llamé inmediatamente.

—¿Dónde estás? —preguntó ella—. Solo he visto tu bolsa vacía.

—He salido a tomar un poco de aire y me he encontrado con tu amigo Micke. Hemos ido a dar un paseo alrededor del Djurgårdskanalen y hemos charlado tanto que he perdido la noción de la hora.

Percibí algo raro: un instante de silencio que se prolongaba demasiado o una inspiración que debía ser una exhalación. ¿Sería un error que yo, Sara, la boba de Örebro, diera un paseo con Micke? ¿Estaría ella interesada en Micke? ¿O era yo la que me imaginaba cosas, como de costumbre?

—¡Ah, vale! —respondió Bella con amabilidad—. Entonces no tengo por qué preocuparme. ¡Dale un abrazo de mi parte!

Sonó tan amable que me avergoncé de mis pensamientos: lo mío era pura histeria, como de costumbre. Mi mente estaba hirviendo después del emotivo fin de semana en Örebro, a lo que se había añadido el largo paseo y la conversación con Micke.

—Mañana a las seis y media te sacaré de la cama —dijo Bella, y noté que sonreía—, sin que importe a qué hora te hayas acostado. Va a ser un gran día, y no se aceptan excusas. ¡Dormilona!

Cortamos la comunicación y Micke me acompañó hasta la puerta de casa en Storgatan. Nos dimos un abrazo rápido, como dos conocidos, y luego él me miró sonriendo.

—Es increíble —dijo—. Hacía mucho tiempo que no hablaba tanto de mí mismo. Haces que me abra.

—Pues anda que tú... —respondí, riéndome—. Creo que no he hablado tan abiertamente con ningún chico... con el que solo había pasado unas horas.

Añadí lo último para no sonar como una estúpida. La verdad era que no había hablado nunca con tanta franqueza con un chico. Punto.

Nos sonreímos el uno al otro, nos dijimos adiós con la mano y finalmente entré al portal. Mientras subía las pocas escaleras que llevaban al ascensor, me di cuenta de que me estaba enamorando.

Los documentos más antiguos fueron los primeros que me abrieron los ojos. Al verlos me di cuenta del alcance real del trabajo que habían llevado a cabo.

Tage Erlander, por entonces primer ministro, escribió en sus diarios: «Esto es un lío de narices. Esta investigación habría que guardarla bajo llave en la caja fuerte secreta».

Lo mismo podría decir de todo el material recopilado.

Eso fue exactamente lo que Palme, discípulo de Erlander, hizo después: guardar bajo llave aquel incómodo informe.

¿Y Björn Kumm, quien ya en 1966 reveló registros secretos del SÄPO, el servicio de inteligencia sueco?

Kumm tenía una fuente de información en el interior; una mujer, una auxiliar administrativa que sabía cómo se había estructurado todo y a quien todo esto no le parecía nada bien, por lo que le facilitó la información a Kumm, que escribió en Aftonbladet varios artículos sobre la encuesta de opinión.

El gobierno se enfureció, pero ¿qué iban a hacer? ¿Sobornarla? ¿Darle una paliza a ese Kumm?

Pero teníamos la maldita «ley sobre la libertad de prensa».

Que el Estado de derecho se ve afectado periódicamente por la corrupción no es ninguna novedad. Pero que la hayan quitado de en medio, la hayan ocultado deliberadamente y la hayan ido amontonando durante muchos años sin que la gente lo sepa, sí que es una novedad, al menos para mí.

Fue entonces cuando empecé a ver la importancia de los documentos ocultos y comprendí que ya no hablábamos de corrupción.

Hablábamos de una inflamación tan grave y profunda que el paciente probablemente no sobreviviera.

¿A quién recurre entonces?

¿A tu dios, si es que lo tienes?

¿O tal vez al diablo?

Oigo el eco de sus voces.

Suena raro, y probablemente se deba a que estoy exhausto. Pero son muchos y muy

obstinados. ¿Puede significar que me estoy volviendo un psicótico, o es solo que el terror masivo al que estoy expuesto es real, lo que hace que fallen mis sentidos?

Un médico me dijo hace muchos años que yo era «fuerte pero delicado», y que tenía que «cuidar de mí mismo». ¿Qué significa cuidar de uno mismo? ¿Qué sería lo contrario? ¿Cuidar a los demás? ¿O deteriorarse conscientemente, como resultado de una especie de deseo de morir?

Si ni siquiera puedo cuidar a los que están más cerca de mí, ¿cómo me pueden pedir que, además, me cuide a mí mismo?

En medio de esa mezcla de insomnio y somnolencia, oigo que me llaman. Quieren que empiece a hablar y que me atreva a contarlo todo. Quieren que se sepa lo que les ocurrió.

Y cómo ocurrió.

Ha empezado a tomar forma un plan en mi cabeza, pero no sé si es posible llevarlo a cabo.

La semana siguiente pasó sin darme cuenta. El ritmo de trabajo era muy elevado, trabajábamos hasta las diez de la noche un día sí y otro también, y volvíamos a la oficina a las ocho de la mañana siguiente. Los planes para el fin de semana de *Wild Kids* fueron avanzando rápidamente y parecía que iba a ser una experiencia fantástica para los participantes. Bella y yo teníamos intención de asistir a la conferencia y entrenar a los distintos equipos *in situ*, y sentía cierta expectación ante ese día.

Ya durante el desayuno, el día después de mi paseo con Micke, Bella empezó a pincharme, pero fingí que no me afectaba demasiado.

—Un paseo romántico —dijo mientras se servía el zumo—. ¡Sin ninguna duda!

—Fue muy agradable salir y moverse un poco después del viaje en tren —respondí en tono neutro.

Bella me miró por encima del vaso de zumo. Los ojos le brillaban.

—Y voy yo y me lo creo —dijo—. Durante dos horas y media.

En el trabajo me centré todo lo que pude en lo que había que hacer, pero mi mente volvía todo el tiempo a la conversación con Micke. Traté de entender por qué había tanta conexión entre nosotros y por qué me abrió tanto a él. Veía todo el tiempo su rostro delante de mí, sus ojos sonrientes de color castaño y su cabello oscuro y rizado. Era un chico inteligente y tenía sentido del humor, pero también era una persona cálida y empática. La combinación era impactante. Además tenía un buen físico: alto y delgado, a la vez que fuerte y atlético. La ropa le sentaba bien. ¿Por qué demonios iba a tener interés en hablar un tipo tan maravilloso como él con Sara, la de Örebro, la camarera de Sumpan, la pueblerina? ¿Sería por un estudio de mercado? ¿Estaría haciendo una investigación para su empresa y quería ponerse en contacto con «la gente real»?

Aunque no me lo hubiera reconocido ni a mí misma, esperaba que me llamara, pero pasaban los días y no lo hacía. Por otro lado, yo solía estar tan cansada después del trabajo que no tenía fuerzas para nada más, como mucho para entrenar, y después de una sesión y cenar un poco, me quedaba frita.

El viernes por la tarde, cuando estaba recostada en la cama esperando que Bella volviera a casa del gimnasio y saliéramos a cenar algo, vi de repente las bolsas de papel con los recortes de periódico de mi padre. Estaban tiradas en un rincón, debajo de un montón de ropa, pero las vi y les presté atención.

Consulté la hora. Bella tardaría cerca de media hora en llegar, así que me daría tiempo a leer un par de páginas.

Cogí algunas carpetas y volví a la cama. Bostecé. ¿Cómo iba a mantenerme despierta durante la cena si lo único que quería hacer era acostarme? Me senté en la cama y me puse las carpetas sobre las rodillas. Empecé a hojear páginas y a leer los títulos, y seguí sin entender nada del sistema de mi padre ni cuál sería la intención de todo eso. Pero pensé que tal vez se aclarara cuando leyera un poco más.

Empecé con una carpeta amarilla que llevaba como título ROSENGREN.

Tuvo que dimitir después de una visita muy cara a un club de striptease.

Visitas a clubes nocturnos, viajes caros en limusina y declaraciones torpes.

La carrera profesional de Björn Rosengren se ha visto afectada por varios casos que han llamado la atención.

27 de junio de 1994: Se desvela la visita de Rosengren al club de striptease Tabu de Estocolmo. En 1991, cuando era presidente de la confederación sindical TCO, permitió que los sindicalistas pagaran una factura de 55.600 coronas del club de striptease.

14 de julio de 1994: Se descubre que Rosengren, durante el mes de septiembre de 1991, realizó viajes en limusina por un importe de 18.208 coronas a cuenta de la TCO. Él afirma que desde 1991 ha realizado viajes en limusina a cuenta del sindicato por un importe total de algo más de medio millón de coronas.

19 de julio de 1994: Rosengren es obligado a dimitir como presidente de la TCO y logra mantener su sueldo de 81.000 coronas mensuales.

23 de septiembre de 1999: Rosengren exaspera a Noruega durante las negociaciones Telia-Telenor. «Los noruegos son en realidad el último Estado de la Unión Soviética. Es algo tan sumamente nacionalista... todo es política», dice el ministro de Industria e Innovación a un reportero de televisión, y luego tiene que disculparse ante todos los noruegos.

16 de diciembre de 1999: Fracasa la fusión entre Telia y Telenor.

Aftonbladet, 14 de enero de 2000

[...] Rosengren, el gerente actual, recibe en su nueva oficina de Skeppsbron. Su empresa consultora se llama Priority y está al lado de otra denominada Goda Livet AB.

Le pregunto si cree que los simpatizantes de la socialdemocracia se identifican con la nueva clase de obreros millonarios que han cogido el «ascensor de los jefes», como dicen en Finlandia, para llegar a la cima. El ex

responsable técnico de Vägverket responde honestamente que no, aunque entre las filas se extiende la sensación de que muchos políticos están llenándose los bolsillos.

Pero Björn Rosengren no pide disculpas ni necesita hacerlo; su camino hacia la izquierda acomodada pasaba por trabajar en el grupo de empresas Kinnevik y por rentables negocios propios aparte de la política. Muestra su orgullo y señala que con el dinero que pagó con sus impuestos a través de los años, retribuyó a muchos del sector público.

[...]

MATS JOHANSSON,

Svenska Dagbladet, 28 de mayo de 2016

El agente inmobiliario describe la nueva y lujosa mansión de Björn Rosengren, ex ministro socialdemócrata de Industria e Innovación, como una «casa de ensueño» para los interesados en arquitectura. Pero todo lo bueno tiene un precio.

El precio del chalet, ubicado en Saltsjöbaden, a las afueras de Estocolmo, en un estado excelente según dicen, con embarcadero propio y vistas a la bahía de Baggensfjärden, ascendía a 31 millones de coronas, según escribe el *Dagens Industri*.

«Es lo que vale», confirma Björn Rosengren al periódico. [...]

Además del chalet en Saltsjöbaden, Rosengren ha comprado una casa en Strängnäs, donde lleva una tienda de pinturas junto con su esposa. Previamente vendió su casa de campo en Arnö por 11 millones y también su apartamento en Gamla Stan. [...]

Rosenberg es en la actualidad vicepresidente de la cámara de comercio noruego-sueca, cuya misión es atraer inversores noruegos a Suecia. [...]

SEBASTIAN PARKKILA,

Expressen, 11 de agosto de 2015

—¿Hola...? ¿Hay alguien en casa?

Me senté en la cama medio dormida y, en ese momento, noté que las carpetas de plástico se habían deslizado y esparcido por debajo de la cama como un abanico de vistosos colores.

Bella estaba de pie en la puerta.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó—. Vamos a ir a cenar, ¿no?

—Por supuesto —dije, bostezando—. ¡Estoy muerta de hambre!

—Y de sueño. —Se rio Bella.

Me bajé de la cama y empecé a recoger las carpetas.

—¿Qué es todo eso? —preguntó Bella.

—Las he traído de casa —dije—. Un montón de carpetas que mi padre fue acumulando. Estoy intentando entender de qué va todo esto.

Bella se inclinó y recogió algunas carpetas. Después leyó en voz alta los títulos escritos a

mano.

—Sigvard Marjasin... Percy Barnevik... Mona Sahlin... Carema... El escándalo del soborno de Ericsson... Laila Freivalds... —Me miró—. No tengo ni idea de política —confesó—. Pero ¿no fue Freivalds la ministra de Asuntos Exteriores que metió la pata cuando lo del tsunami y todo lo demás?

—Sí, claro —respondí distraída mientras miraba los textos que había leído antes de dormirme—. Hizo algunas tonterías más. Por no hablar de Mona Sahlin...

En el margen de uno de los artículos sobre Björn Rosengren, mi padre había garabateado algo a bolígrafo. Leí: «Doble moral que repugna. Actúa, Pulgarcita».

Bella amontonó las carpetas que había recogido y las puso encima de la cama.

—¿Qué vas a hacer con eso? —dijo—. ¿Lo vas a utilizar para algo?

Negué con la cabeza, sin saber si se lo podía decir.

—No tengo ni idea —dije finalmente—. En este momento solo trato de entender qué hacía mi padre. Casi me da la impresión de que se trata de un mensaje suyo. En el margen, por ejemplo, escribió... —Se me quebró la voz. Bella se acercó y me abrazó. Después me miró.

—Me parece genial que lo leas —dijo—. ¡Avísame si encuentras algo emocionante! Pero ahora vámonos a cenar o nos pondremos a llorar las dos.

Volví a meter las publicaciones en las carpetas, las dejé encima de la cama y nos fuimos.

Cuando volví a la noche después de cenar con Bella, tenía tres llamadas perdidas de Jalil. Intenté telefonarle una y otra vez, pero no contestó.

Le di las buenas noches a Bella y me fui a la cama sin bajar la persiana. Me quedé tumbada contemplando el cielo nocturno, donde una luna pálida colgaba por encima de los tejados.

«Doble moral que repugna. Actúa, Pulgarcita.»

¿Qué quería decir él con eso?

¿De qué modo debía «actuar»?

El martes siguiente Bella pasó sonriendo por delante de mi escritorio con el teléfono en la mano.

—Un mensaje de Micke —dijo—. Dice que si puedo enviarle el número de Sara. ¿Qué dices? ¿Puedo?

Pelle también se detuvo, abrió los brazos y fingió que se había quedado anonadado.

—¡Es fantástico! —exclamó, mirando a Bella—. ¡Fíjate cómo se pueden ruborizar aún las chicas de Örebro!

—Y no poco —respondió Bella con ironía—. ¡Mira esas llamas que le llegan hasta la garganta!

Me subí el cuello del polo hasta las cejas.

—Sois unos asquerosos —me quejé agobiada—. ¡Basta!

Una hora después llegó el mensaje de Micke.

Gracias por el paseo. ¿Cenamos juntos mañana?

En la vida hay noches tan maravillosas que es difícil describirlas. Una de esas noches fue mi primera cena con Micke. Había llovido y el asfalto de las calles estaba negro y brillante. Habíamos quedado en Östermalmstorg para cenar en el Lisa Elmqvist, en el mercado temporal de Östermalm.

Pasé todo el día hecha un manojo de nervios y tenía la sensación de que iba perdiendo peso según pasaban las horas. Por la tarde, Bella y yo nos sentamos a tomar café en la cocina de la oficina mientras revisábamos unas hojas de Excel y, cuando íbamos por la mitad, ella dejó los papeles sobre la mesa y me miró.

—¿Te encuentras bien? —dijo con amabilidad—. Estás muy pálida.

Me limité a negar con la cabeza.

—Escúchame —empezó Bella, poniendo su mano sobre la mía—. Conozco a Micke. Tiene facilidad para ligar, es una persona encantadora y las chicas suelen caer como moscas. Pero esto es distinto. Me ha enviado varios mensajes preguntándome cosas de ti, pero me pidió que no dijera nada. Ni siquiera os conocéis, aunque puedo revelarte algo: está loco por ti. Esta vez ha caído él. Por ti.

—No sé por qué me importa tanto —dije incómoda al notar otra vez el llanto en mi garganta—. No conozco a Micke, pero él ha logrado poner en marcha algo en mi interior que... nadie más ha hecho. Y en este momento no puedo permitirme un engaño.

Bella parecía decidida.

—¿Qué vas a ponerte?

Como no respondía, recogió los papeles.

—Vamos a dejar esto por ahora —dijo—. Ven.

Fuimos a casa y Bella me metió en la bañera. Mientras yo me preparaba, ella vino al cuarto de baño con distintas sugerencias de ropa que podía ponerme, y al final acordamos que lo mejor era algo bonito y cómodo a la vez, elegante sin que pareciera demasiado rígido. Me maquillé, y Bella me dio los toques finales, y después me secó el pelo. Nunca me habían secado el pelo con secador excepto en la peluquería, y me sorprendió lo agradable que era. Al terminar me miré en el espejo.

Estaba guapísima.

—*Et voilà!* —dijo Bella—. Si ahora no se enamora de ti es que le falta un tornillo.

La miré.

—Eres sumamente amable conmigo. ¡Mil gracias!

Bella se hundió en la cama y me miró. Me pasó un mechón de pelo por detrás de la oreja y luego sonrió.

—El amor ya es suficientemente difícil para que, además, tengas que preocuparte por tu aspecto. Si ahora no salta la chispa entre vosotros, al menos no será por tu aspecto.

—Sino por mi personalidad —concluí.

Los dientes me castañeteaban de miedo.

—No entiendo por qué estás tan preocupada. Mejor dicho: por un lado eres una de las personas más fantásticas que he conocido. Eres inteligente, guapa, divertida. Aceptas casi cualquier desafío y lo solucionas. Por otro lado te preocupas por tonterías que otras personas ignorarían por completo. Eres muy fuerte y supersensible a la vez. ¿A qué se debe?

Me quedé en silencio.

—No lo sé —admití—. Creo que he sido así toda la vida.

Bella sonrió.

—Me identifico mucho contigo —dijo—. Yo también soy fuerte y supersensible. ¿Habrá un tipo determinado de mujer que se vuelve como nosotras? La mayor parte de las demás parece estar a medio camino: ni demasiado fuertes ni excesivamente sensibles.

—Me alegro de haberte conocido —confesé—. Me siento mucho menos sola ahora que nos hemos hecho amigas.

—Yo también —convino Bella—. ¡De verdad!

Eché un vistazo a su móvil.

—Tengo que irme —dijo.

Yo miré el reloj y salí volando. Ya tendría que estar allí.

—¡Mantén la calma! —me aconsejó—. No corras si no quieres cargarte el peinado y empezar a sudar. ¡Tranquila y bonita! Él podrá esperarte unos minutos.

Sonrió y me besó en la mejilla.

—Que lo pases de maravilla. Pareces un sueño —dijo al despedirse.

Distinguí a Mícke a lo lejos mientras yo caminaba por Storgatan. Estaba esperándome en la esquina de Sibyllegatan con una rosa roja en la mano y, al verme, su rostro adoptó una expresión difícil de describir. Parecía una persona que acababa de sufrir una derrota personal y que, a la vez, esta le llenara de felicidad. Me acerqué a él y nos miramos sin decir nada. Después, como si oyéramos una señal, nos dimos un ligero abrazo, moviéndonos lentamente en círculo, mientras las luces de la torre de la iglesia y los edificios más cercanos giraban alrededor de nosotros a cámara lenta. Solo había un modo de describir la sensación que impregnaba todo mi ser: por fin había

encontrado lo que buscaba. Al segundo siguiente, nuestros labios se encontraron en un beso suave, después del cual Micke se echó hacia atrás para mirarme:

—Es increíble lo bonita que eres —susurró.

Luego me ofreció la rosa. Era de un rojo tan intenso que parecía casi negra en la penumbra; la cogí con ambas manos.

—Ven —dijo Micke—. Ahora quiero sentarme frente a ti y beber vino. Porque no tenemos prisa.

—No, no tenemos prisa. Estamos empezando y nos lo podemos tomar con calma. Tenemos todo el tiempo del mundo.

Nos sentamos uno frente al otro en un rincón del restaurante y bebimos vino, nos miramos a los ojos y charlamos. Continuamos donde lo habíamos dejado la vez anterior, discutiendo acerca de lo que queríamos de nuestras vidas, y tuve la sensación de que no nos habíamos separado desde nuestro último encuentro. Mis sentimientos eran tan fuertes que estaba convencida de que podían palpase: emoción y atracción, además de seguridad y confianza. Todo era fácil a su lado. Cuando una idea sobrevolaba la cabeza de alguno de nosotros, la conversación transcurría en esa dirección y luego volvía otra vez a su curso. Todo era natural, sencillo y obvio.

—¿Te interesa la política? —pregunté después de un rato—. A mí sí.

Micke se echó a reír.

—Ya me he dado cuenta —dijo—. Tu interés por la política impregna casi todo lo que dices.

—¿De verdad? —me sorprendí—. Vaya, ¿resulta pesado?

—Todo lo contrario —respondió—. No conozco a muchas mujeres tan fantásticas y maravillosas...

Sonreí y miré hacia abajo, avergonzada y contenta a la vez.

—... a las que les guste hablar de política. Es divertido. No sé tanto como tú, pero indudablemente me interesa. Mi mayor problema con la política, o uno de ellos, es que no hay ningún partido con el que me sienta identificado —añadió.

—A mí me pasa lo mismo —dije—. En todos los partidos hay idiotas y estrellas, aunque también hay algo nuevo en la sociedad: «no tenemos que» conformarnos con el pasado; «no tenemos que» votar al mismo partido al que lo hacían nuestros padres. Si creemos que en otra formación política hay un representante mejor, podemos seguir en el debate y votar de forma diferente en distintas elecciones.

Micke sonrió y su sonrisa hizo que mi cuerpo entero flojeara.

—Quizá deberías meterte en política —dijo—. Me encanta escucharte cuando hablas. Te apasiona todo eso.

—En realidad no sé lo que me entusiasma.

Micke puso su mano sobre la mía.

—Pues yo sí sé lo que me apasiona —dijo él.

Después de cenar fuimos abrazados a casa de Micke, que vivía a pocas manzanas de allí, e hicimos el amor. Yo no había estado con ningún chico desde lo que me ocurrió en el túnel, y me aterraba solo pensarlo. Pero no había motivo, ya que con Micke fue como si el túnel nunca hubiera existido.

Cuando desperté a la mañana siguiente, al principio pensé que solo había sido un sueño, uno de los más bonitos y agradables que había tenido. Pero enseguida me di cuenta de que ni estaba en mi cama ni estaba sola. Al volver la cabeza vi los bellos ojos de Micke. Él no dijo nada, simplemente sonrió y me pasó un mechón de mi cabello por detrás de la oreja, como había hecho Bella la tarde anterior. Entonces sentí que sí, que al fin había encontrado lo que buscaba.

Cuando llegué al trabajo eran ya las diez de la mañana y tenía miedo de que Bella estuviera enfadada conmigo. Sin embargo, al verme, simplemente sonrió y sacudió la cabeza.

—Para tener una definición completa de la palabra «feliz», solo hay que mirarte en este momento —dijo—. ¡Enhorabuena, preciosa! ¿Lo has pasado bien?

—Pasarlo bien no es la palabra adecuada —dije.

Pelle se acercó con su polo negro. Al verme, se puso a cantar *I feel love*, el viejo éxito de Donna Summer.

—Ooooooh... *it's so good, it's so good, it's so good, it's so good, it's soooooo gooooood...*

—Cállate —dije riendo.

Bella señaló con la cabeza la sala de juntas.

—Vamos —dijo—. Nos espera un montón de trabajo.

En la puerta de la sala estaba Roger, tan amargado como de costumbre.

—*Hello, Sunshine* —le saludé sin poder evitarlo, y todos los que estaban alrededor se echaron a reír.

Roger me miró muy serio.

—Me alegro de que al fin os hayáis acostado —dijo—. ¿Podríamos empezar de una vez?

Nos sentamos en torno a la mesa, y mi paranoia habitual se desató.

¿Qué habría querido decir Roger? ¿Cómo podía saber que yo había estado con Micke? ¿Y por qué demonios me había metido con él? No tendría que haberlo hecho.

Intenté tranquilizarme y olvidar el incidente.

La organización general de *Wild Kids* consistía en que los cincuenta participantes de la empresa se iban a desplazar hasta el espacio destinado a eventos de un castillo ubicado en Mälardalen, donde pasarían el fin de semana. Irían el viernes en autobús y, al llegar, Bella, otros colaboradores y yo estaríamos allí para recibirlos. Los participantes tendrían que registrarse a la entrada y cambiarse de ropa, luego se les ofrecería un aperitivo y finalmente la cena. Después de cenar los dividíamos en cinco equipos distintos y al final había una especie de concurso de karaoke a capela.

—Tal vez te parezca un poco tonto —empezó Bella—, pero hace falta ese punto de desenfado para que los empleados disfruten el fin de semana. Hemos probado distintas variantes, desde las bolas de pintura con ropa de látex hasta cursos avanzados de buceo, pero lo que mejor funciona siempre es el hacer tonterías. Imagínate comparar la revista *Amelia* con *Elle* y que te pregunten cuál de las dos lees más cuando estás en tu casa de veraneo. La gente compra *Elle* y la deja en la mesa del sofá, pero la que leen más a fondo es *Amelia* porque tiene artículos más interesantes. Creo que si el viernes por la noche nos quitamos de encima lo peor, el resto del fin de semana podemos centrarnos en lo importante.

La gracia consistía en que los participantes tenían que cantar karaoke sin acompañamiento ante los miembros de su equipo, quienes tendrían que reconocer la canción antes de que se agotara el tiempo. Pensé que ese tipo de actividad le habría parecido muy divertido a mi madre. Y a mi padre también. Y a Lina. Y a Sally, por supuesto.

Empecé a escribir una lista de sugerencias de canciones mientras oía las explicaciones de Pelle.

Durante el día trabajaba con la mayor concentración posible, pero mis pensamientos siempre volvían a Micke. Sus manos, sus labios, su olor... Él llenaba tanto mis sentidos como mis pensamientos. Me dejó una camiseta suya cuando me fui por la mañana y, cada vez que la olía, me parecía sentir sus brazos alrededor de mi cuerpo. Esa tarde él tenía que viajar dos días a Copenhague para una reunión de la junta directiva, así que no nos íbamos a ver hasta el fin de semana. Pero de algún modo era mejor así, yo necesitaba concentrarme en el trabajo y me resultaba más fácil si él no estaba en la ciudad.

Por la tarde intenté de nuevo llamar a Jalil, pero solo pude oír un tono, tras la cual un mensaje me comunicaba que no existía ningún abonado con ese número de teléfono. Volví a marcar el número de forma manual, convencida de que había algún error, pero volví a oír el mensaje una y otra vez: «El número al que llama no existe». Al final desistí. Al parecer, la única posibilidad de ponernos en contacto era que Jalil tratara de devolverme la llamada.

Desde que vivíamos juntas había intentado en varias ocasiones que Bella me dijera si tenía algún nuevo amor, pero siempre me respondía con evasivas. No me parecía bien presionarla mientras yo estaba en pleno momento de felicidad, así que decidí dejar las cosas como estaban. Pero esa misma noche trabajábamos en el cuarto de estar cuando ella levantó la mirada de los papeles que tenía delante.

—¿Hacemos una pausa? —preguntó—. Me da vueltas la cabeza.

—A mí también —dije, echándome hacia atrás.

Bella cogió dos mandarinas del cuenco que había encima de la mesa y me lanzó otra.

—No creas que soy envidiosa —dijo—. Pero, obviamente, ver lo feliz que eres con Micke despierta en mí un montón de ideas y sentimientos.

—Cuéntame.

Bella peló la mandarina en silencio y se metió un gajo en la boca. Después de masticarlo y tragárselo, me miró.

—Me preguntaste si había algún chico nuevo, pero la verdad es que estoy haciendo un descanso en el amor —aseguró—. En todos los aspectos. Como te dije, tuve un novio varios años al que amé, pero resultó ser un verdadero hijo de puta.

Para mi sorpresa, Bella empezó a llorar. Todo sucedió de un modo tan inesperado que me quedé perpleja.

—¡Mierda! —gritó—. Me pongo a llorar como una Magdalena en cuanto hablo de esto.

—Cuéntame —insistí—. No importa que llores.

Me senté a su lado en el sofá y le pasé el brazo por los hombros. Lloró en silencio un momento y después se limpió la nariz y me miró con los bordes de los párpados enrojecidos.

—Me maltrataba. Tengo fracturas soldadas por todo el cuerpo: aquí y aquí y aquí —dijo señalándose brazos, dedos y costillas.

Me quedé helada.

—¡Cielo santo, Bella! ¿Por qué no me lo dijiste?

Ella negó con la cabeza.

—No es algo para ir contando a alguien que acabas de conocer —dijo.

—Pero ¿cuándo ocurrió? ¿Recientemente?

—No —dijo Bella—. No quiero entrar en detalles, pero yo era bastante joven.

—¡Oh, pobrecita!

—¡Basta! —exclamó con determinación—. Detesto que la gente intente convertirme en una especie de víctima.

«Víctima», un término que sonaba demasiado familiar en mis oídos.

—Entiendo perfectamente lo que quieres decir —susurré.

Bella me miró con un gesto sombrío que no había visto nunca en ella.

—No, no lo entiendes —dijo—. No puede entenderlo nadie que no haya pasado por esa situación.

Abrí la boca para decir algo y volví a cerrarla. Bella dejó la taza y se puso de pie.

—Voy a poner más agua para el té —dijo antes de ir a la cocina.

Me quedé mirando hacia delante. Una estufa de azulejos muy bonita. Tres velas encendidas sobre la mesa. Un montón de revistas de moda, algunas abiertas con fotos, y una chica atractiva de largas piernas con gesto malhumorado.

¿Cómo se empezaban a contar las cosas?

Directamente, como Bella lo hacía.

Fui a la cocina. Bella estaba de pie, inmóvil, abrazándose a sí misma y mirando hacia la oscuridad del jardín. Me acerqué y me puse a su lado.

—Yo también he pasado por esa situación —dije—. Pero tampoco hablo de ello.

—¿Cómo? —se sorprendió Bella—. ¿A ti también te maltrataron?

La densa oscuridad del Túnel de los Asesinatos, los brazos que me inmovilizaban, el ruido del aliento en mi oído como un silbido repugnante y agudo, las manos que recorrían todo mi cuerpo. La impotencia. La ira que no pude desahogar en su momento, que se quedó para siempre en mi interior.

Se me nubló la vista y me dejé caer en una silla de la cocina. Bella se sentó lentamente frente a mí sin decir nada, aunque tampoco dejaba de mirarme.

Traté de respirar como había aprendido en la terapia, tomando aire por la nariz y expulsándolo por la boca. Luego la miré.

—¿Cómo conseguiste separarte de aquel chico? ¿Te ayudó la policía? —pregunté.

Bella se rio levemente, con cierta amargura.

—La policía no sirve de nada, solo empeora la situación —aseveró—. Me ofrecieron alojamiento protegido y una nueva identidad, pero ¿qué vida es esa? ¿Iba a esconderme el resto de mi vida y perder el contacto con mi mundo de siempre?

—Entonces ¿qué hiciste?

Bella me miró fijamente con oscuridad en sus ojos.

—Lo maté —soltó.

Me quedé inmóvil en la silla. Ella estalló en carcajadas y me dio un golpecito en el brazo.

—No, ¡por supuesto que no lo hice, boba! Disculpa que te haya mentado, pero me deprime tanto que tengo que bromear cuando hablo de ello. Pasó un tiempo en la cárcel y después se fue a vivir a Malmö. Hace años que no lo veo. Pero lo de la policía, el alojamiento protegido y el cambio de identidad es cierto. Es absurdo que sea yo la que tiene que esconderse porque él sea un cerdo.

—Encierra al monstruo y trágate la llave —murmuré.

—Y he tenido que ir a terapia —añadió—. Creo que nunca volvería a pasar por esa situación.

Ahora tengo otra imagen de mí misma. De él también, por supuesto.

Nos quedamos un rato sentadas en silencio. Luego me miró.

—Tu turno —dijo.

Me daba vueltas la cabeza y empecé a sentirme mal. Bella no apartaba la mirada de mí.

—Me... atacaron —dije.

—¿Te asaltaron? —preguntó con curiosidad—. ¿De qué modo?

El ruido de las sirenas, las luces azules y rojas que parpadeaban mientras se hacía un silencio absoluto en mi cabeza. Distintos rostros que pasaban por delante del mío en la penumbra, la sensación de que me levantarán en camilla. El dolor por todos lados, por todo el cuerpo, y la imposibilidad de determinar dónde acababa el dolor físico y empezaba el interior. Y saber después que el que lo había hecho no estaba allí y que la policía no lo encontraría nunca. Y que yo no podría liberarme del ruido asqueroso y sibilante de su respiración. Ni tampoco sabría quién me había penetrado.

—Me violaron —dije.

«No vales nada —me decía con voz sibilante y con la boca pegada a mi oído—. Solo eres una putita, un coñito, eres una inútil. Todo lo que te hago te lo mereces.»

¿O simplemente fueron imaginaciones mías? ¿Tal vez nunca pronunció esas palabras?

«Loca, loca, loca.»

Vi delante de mis ojos la jarapa de rayas y luego todo se oscureció. Poco después estaba tumbada en el sofá del cuarto de estar y Bella me acariciaba la frente y me miraba con preocupación.

—Perdóname —susurró—. No podía imaginarme algo así.

Miré al techo. Anillos y pétalos de flor formaban un relieve de yeso a modo de corona alrededor del soporte de la pequeña araña de cristal. Se llamaba «estucado», según me había comentado Bella en una ocasión, y era algo habitual en los apartamentos antiguos de la zona de Östermalm. La araña de cristal era herencia de su abuela, que vivía a solo un par de manzanas de aquí. También me comentó que, después de hacer el inventario de su abuela, una mañana a comienzos de junio tuvo que llevarse ella misma a su apartamento la lámpara de cristal, que pesaba bastante. La gente la miraba como si fuera una ladrona que se llevaba el tintineante objeto robado a plena luz del día. Los rayos de sol, al filtrarse por el cristal, proyectaban reflejos con los colores del arcoíris sobre las fachadas de los edificios y llamaban la atención de los niños, que se detenían e intentaban atraparlos. En conclusión, aquella mañana Bella se sintió como una especie de atracción ambulante.

Imaginé el momento y sonreí.

—¿Quieres hablar? —dijo, peinándose con los dedos—. ¿O prefieres dormir?

—Prefiero dormir —contesté cerrando los ojos.

Al día siguiente recibí un mensaje de Sally.

Iré a Estocolmo el fin de semana. ¿Puedo quedarme en tu casa?

Gruñí al leerlo. Como de costumbre, Sally organizaba las cosas en el momento más inoportuno. Tenía la esperanza de pasar todo el fin de semana con Micke, pero cuando le llamé y le hablé de la posible llegada de Sally no pareció decepcionado en absoluto, más bien inesperadamente interesado.

—No importa —dijo—. Tú y yo tenemos todo el tiempo del mundo, la próxima semana podremos dormir juntos cuando queramos. Me parece importante conocer a tus viejos amigos de Örebro, así no me limito a los de aquí. Mi avión llega de Copenhague alrededor de las nueve de la noche, así que podremos llevarla a cenar sobre las diez. Será fantástico.

—No adelantes acontecimientos —dije malhumorada—. Todavía no la conoces.

El viernes a las siete de la tarde, Sally estaba esperando en Stureplan debajo de la Seta, como habíamos acordado. Fui directamente desde el trabajo, por lo que me notaba cansada y sudorosa. En cambio, Sally había descansado y su aspecto era muy saludable. Se había pintado los ojos de color azul verdoso con demasiado lápiz negro, y estaba de un humor excelente.

—¡Qué divertido! —dijo, abrazándome—. Por fin es posible visitarte y ver cómo es tu vida en Estocolmo. ¿Podemos empezar con una copa de vino en el Sturehof?

—¿No es mejor que vayamos primero a casa a ducharnos? —propuse con poca convicción—. A las diez nos encontraremos con los demás en la Brillo para cenar.

La Taverna Brillo se había convertido en una especie de sitio de encuentro para Bella y para mí. Cuando recordaba lo nerviosa que estaba la primera vez que me senté a tomar café en su terraza, me parecía que formaba parte de otra vida.

—Nada de eso —rehusó Sally, mirando alrededor con interés—. Estoy hambrienta de gente de la capital, así que prefiero tomar una copa de vino y mirar a la gente. ¿Crees que habrá famosos?

Sinceramente, yo esperaba que no los hubiera.

—Nunca se sabe —dije siguiendo a Sally, que se iba abriendo camino con la maleta entre la multitud de Stureplan, como si fuera ella la que vivía en Estocolmo y yo la que había venido de visita a la capital.

Al llegar al Sturehof, la barra del bar estaba llena de gente y las mesas de la parte del restaurante parecían estar ocupadas. Pero a Sally no le importó. Fue directamente hacia la jefa de comedor y le dijo:

—Una mesa para dos, por favor. Pero solo vamos a beber, así que no necesitamos el menú.

La jefa de comedor miró a Sally con arrogancia.

—Las mesas están reservadas para los comensales —dijo—. Si solo quieres beber puedes ir al bar. Si quieres comer puedo ponerte en la lista, que es bastante larga: tendrás que esperar.

—¿Cuánto tiempo? —respondió Sally en tono adusto.

—De dos a tres horas —dijo la jefa—. Con un poco de suerte, antes de las diez.

—¡Me estás tomando el pelo! —exclamó Sally, abriendo unos ojos como platos.

La jefa de comedor la miró con un indescriptible gesto de cansancio. Luego me vio a mí detrás de Sally y el rostro se le iluminó.

—Disculpa —dijo, mirando a mi amiga—. ¿Puedes apartarte un poco?

Después me sonrió con amabilidad.

—¡Hola, Sara! ¿En qué puedo ayudarte?

Empecé a notar el sudor debajo de mi chaqueta de punto. Le hice un gesto a Sally.

—Estamos juntas —dije.

—¡Ni lo sueñes! —cortó Sally con una mirada retadora.

—Vamos juntas —corregí, y pude ver que la jefa de comedor alzaba las cejas, asombrada al ver la acompañante que llevaba.

—No vamos a comer, solo tomaremos una copa de vino —expliqué—. Vamos al bar.

—Un momento —dijo la jefa, mirando la lista y luego a mí—. ¿Habréis terminado en una hora?

—Claro que sí —dije. En una hora yo estaría a punto de dormirme.

La jefa de comedor se acercó a un camarero que estaba libre y le dio dos menús.

—Mesa dos, una hora. La mesa está reservada para cenar a las ocho —dijo.

El camarero nos indicó que le siguiéramos.

—Bienvenidas —saludó, dirigiéndose a una de las mesas que había al lado de las ventanas.

Sally se giró y miró a la jefa.

—Ya te dije que había mesas —dijo.

Sin que Sally se percatara, miré a la jefa de comedor con una sonrisa de agradecimiento, y luego seguí la amplia figura de mi amiga hasta la mesa en la que el camarero ya había sacado una silla para ella.

El fin de semana iba a ser muy largo.

Nos sirvieron las copas de vino blanco. Sally se bebió un buen trago y luego miró alrededor.

—Ningún famoso a la vista —concluyó decepcionada—. ¿A qué se debe?

—Es viernes por la tarde —expliqué—. La mayoría de las figuras públicas prefieren salir entre semana, cuando no corren el riesgo de ser víctimas de televidentes ávidos de famosos.

—¿Figuras públicas? —dijo Sally divertida—. ¿Qué pasa contigo, ya no puedes hablar como la

gente normal?

Suspiré profundamente.

—Sally, ¿no podrías ser un poco más discreta? Son mis nuevas amistades y no son de Örebro.

—Sí, claro —dijo Sally, bebiendo un gran trago de vino—. No voy a avergonzarte, confía en tu vieja amiga Sally.

Eso era lo último que podía hacer.

—Vamos —dijo poco después sosteniendo el móvil con una mano y la copa de vino con la otra—. La subiré a mi historia.

Sonreí con valor mirando la pantalla del móvil e hice una V con los dedos mientras Sally hacía una foto. Luego ella escribió el texto.

—«En... el Sturehof... con Sara... la Superestrella» —leyó después con satisfacción—. ¡Ya está!

Después dejó el móvil encima de la mesa y se bebió un sorbo de vino.

—¿Qué novedades hay por casa? —pregunté, intentando iniciar una conversación—. Cuéntame algún chisme.

Sally obedeció. Me hizo una relación de quiénes se habían separado y quiénes se habían ido a vivir juntos, de las chicas que estaban embarazadas, de quiénes habían sido despedidos del trabajo y de otras personas conocidas cuyos padres se iban a separar. Cuando pasó el camarero, ella pidió otra copa de vino. Yo apenas había tocado la mía.

De repente se me ocurrió que Sally podía estar un poco nerviosa.

—¿Sabes una cosa? —dije amablemente cuando por una vez se quedó en silencio unos segundos—. Me alegro de que hayas venido. Será divertido que conozcas a mis nuevos amigos.

«Y a mi chico», pensé, pero no lo dije. No mencioné a Micke ni una sola vez, aunque ni yo misma sabía por qué. Tenía la impresión de que no se llevarían bien, aunque Micke pensara lo contrario.

—¿Con quién vamos a cenar a este sitio tan importante? —preguntó Sally.

—Si te comportas como una más del grupo y no como una pueblerina que acaba de llegar de Örebro, tal vez no haga falta que estés a la defensiva.

Por una vez conseguí que Sally guardara silencio. Me miró sin decir nada con una expresión que no sabría definir. En ese momento llegó el camarero con otra copa de vino.

—Un momento —le dijo Sally—. Antes me beberé esta.

Apuró la copa de vino a grandes tragos, se la devolvió y cogió la otra.

Para mi sorpresa, Sally y Bella enseguida se entendieron a la perfección. Cuando llegamos al apartamento, cerca de las ocho y media, Bella estaba sentada en el sofá mirando la tele mientras tomaba algo, e inmediatamente se levantó para saludar a Sally.

—¡Hola, Sally! ¡Bienvenida! Me llamo Bella.

—Hola.

—¿Quieres un Skinny Bitch? Para celebrar que es viernes, ya sabes.

—Sí, gracias —dijo Sally, riéndose—. Puede que lo necesite.

Bella le sirvió vodka con soda y hielo, mientras señalaba con la cabeza el televisor, indicándole que *Idol* acababa de empezar.

Por lo que yo sabía, Bella no veía nunca *Idol*, ya que lo que solía hacer los viernes por la tarde era darse un baño caliente, beber champán y maquillarse con todo esmero hasta la hora de salir, entre las diez y las once de la noche. Pero ahora cualquiera diría que lo único que hacía era ver ese programa.

—Creo que Kishti Tomita ha empezado a relajarse. ¿Qué demonios se ha puesto esa mujer? —comentó Bella, ofreciéndole el cóctel a Sally.

Esta fijó la vista en la pantalla mientras bebía un sorbo.

—¿Se lo habrá hecho en casa? —dijo—. Tal vez le haya pedido ayuda a Lena Philipsson.

Tras el comentario, ambas ahogaron unas risas similares a un cacareo que pasó por encima de mi cabeza. Luego brindaron chocando los vasos y seguidamente se pusieron a ver otra vez la tele.

—Aros de crema de cacahuete —dijo Bella, alargándole un bol a Sally sin quitar la vista de la pantalla.

—Mis favoritos —exclamó Sally, cogiendo un puñado.

—Voy a ducharme —anuncié.

Me quedé media hora debajo de la ducha, dejando que el agua caliente corriera por mi cuerpo agotado. Después me arreglé, y cuando entré en el cuarto de estar, Sally parecía otra persona. El televisor estaba apagado y Sally se había instalado en una cama supletoria que ya estaba arreglada en una esquina. Se había duchado y cambiado de ropa, parecía haber suavizado la sombra de ojos y estaba decidiendo qué botas de Bella combinaban mejor con el poncho, también de Bella, que ya llevaba puesto.

—Usamos el mismo número —dijo Sally, mirándome contenta con una bota de cuero de Gucci en la mano—. Qué suerte, ¿verdad?

—Sí, cierto.

A las diez bajamos y nos dirigimos a la Brillo. Bella se detuvo un momento para comprar cigarrillos en el 7-Eleven de Humlegårdsgatan, y entonces Sally se volvió hacia mí.

—¡Es absolutamente maravillosa! ¿Cómo no me habías dicho que es la bomba? —dijo sorprendida.

—Lo intenté, pero no quisiste escuchar.

—Asumo la culpa, en tal caso —dijo alegre—. ¡Es increíble!

En la Brillo nos esperaban Micke y toda su pandilla, y yo empecé a sentir calor por todo el

cuerpo. Nos dimos un beso rápido, pero no tanto como para que Sally no se diera cuenta. Sin embargo, no le dio tiempo a decir nada, ya que Bella aprovechó para presentarla al resto del grupo.

Cuando nos sentamos, Micke se sentó entre Sally y yo. Bella se sentó delante de nosotros, junto a dos chicos, y me di cuenta de que se iba a quedar fuera de la conversación entre Micke y Sally.

Micke me acarició la nuca y me miró de arriba abajo.

—Estás preciosa —susurró.

Luego se echó hacia atrás y miró a Sally.

—Sally —la llamó, sonriendo con amabilidad—. ¡Bienvenida a Estocolmo! Estoy encantado de conocerte.

Vi un destello peligroso en la mirada de Sally. Un segundo después empezó a hablar muy deprisa.

—¡Gracias, Micke! Tienes una ciudad maravillosa. Es fantástico poder estar aquí con vosotros.

Micke ignoró sus comentarios.

—Háblame de ti —prosiguió—. Sara dice que eres una de sus mejores amigas.

—Pues... no sé por dónde empezar. ¿Por mí? —dijo Sally con gesto soñador—. Soy una chica soltera de Örebro que trabaja en un banco, tiene sobrepeso, el cabello grasiento y verrugas en los pies. A veces tengo además muchos gases. Mi sueño es conocer a un chico de Estocolmo que sea tan guapo como tú y quiera ser mi novio. Aunque acabo de saber que ya estás ocupado.

Luego me lanzó una mirada rápida y yo me maldije a mí misma por sonrojarme y porque no le había dicho nada de Micke.

—¿En un banco? —preguntó Micke sonriendo—. ¡Qué emocionante! ¿Qué haces allí?

—Es realmente apasionante —dijo Sally—. Cuento dinero en nuestra máquina de billetes, y te puedo asegurar que es muy rápida. También atiendo a clientes que tienen problemas con sus pagos por internet, y les ayudo a obtener una identificación bancaria. Y entre una cosa y otra miro hacia la calle y espero que llegue un asaltante de bancos atractivo y peligroso que anime un poco la fiesta. ¿Y tú a qué te dedicas?

—Trabajo en el sector financiero de una empresa de TI —dijo Micke con poco entusiasmo.

—Ajá —respondió Sally—. ¿Tienes paracaídas? El mío es tan pequeño que no podría salvar al osito de una Barbie, y mucho menos a este cuerpazo de ochenta y cuatro kilos. Pero supongo que tú irás equipado como corresponde.

Me dio la impresión de que Sally tenía una vena cómica. Probablemente fueran los nervios otra vez, pero estaba quedando bastante mal.

—¡Salud a los de por allí! —brindó Bella desde el otro lado de la mesa mientras levantaba la copa mirando a Sally.

—¡Lo mismo digo! —gritó Sally, levantando la suya.

Después se volvió de nuevo hacia Micke y hacia mí.

—Entonces, cuéntame —preguntó—. Sara no me ha dicho ni una palabra de ti en todo el tiempo. ¿Cómo se interpreta eso? ¿Estáis juntos de verdad o solo sois follamigos?

Me levanté inmediatamente.

—Disculpadme. Voy a empolverarme la nariz.

—Sí, ve —dijo Sally con indiferencia—. Acabo de darme cuenta de que te brilla un poco.

Me metí en el aseo y me quedé allí de pie mientras maldecía mi propia estupidez. Estuviera o no nerviosa, ¿por qué se la había presentado a Micke? Ahora Sally aprovecharía la oportunidad para sabotear la única relación importante que había conseguido tener con un chico en muchos años. Hice de tripas corazón y volví a la mesa. Sorprendida, vi que Micke y Sally hablaban y reían muy animados. No entendí nada, pero me senté en mi sitio.

Micke se giró y me miró en medio de las risas.

—Tu encantadora amiga y yo acabamos de planear un atraco —explicó—. Vamos a hacer lo más inteligente que se ha hecho nunca con los fondos de ahorro en Suecia, una especie de mensajes en cadena con la que vamos a desplumar a toda la gente adinerada. Algo parecido a la estafa de Allra, aquella financiera sueca que fue denunciada en 2017 por enriquecimiento ilícito con dinero procedente de fondos de inversión de jubilados, pero mucho más ingenioso.

—Y lo mejor de todo —siguió Sally con un brillo peligroso en la mirada—: en caso de que falles, siempre queda el recurso de que te nombren gobernador civil, como a Thomas Bodström.

—No le salió bien —replicó Micke—. A pesar de ser un socialista de pura cepa.

—No, por eso ahora se dedicará a «buscar otra cosa», como él mismo dijo —añadió Sally.

—El gato con siete vidas —remató Micke, sacudiendo la cabeza.

—Más bien *El retrato de Dorian Gray*, ¿no? —intervine.

—De todos modos, este plan es sumamente audaz —dijo Micke, dirigiéndose a mí—. Escucha lo que se le ha ocurrido a Sally...

Hablaba y se reía al mismo tiempo, y Peter, el chico que estaba al otro lado de Sally, se inclinó divertido y se mezcló también en la conversación. Había subestimado a Micke, él sabía perfectamente cómo desarmar a Sally y hacerla participar en vez de que se pusiera a la defensiva. La locuacidad de ella también parecía que se había calmado, y en su modo de mirar a Micke pude percibir algo parecido a la calidez.

¿Tal vez también había subestimado a Sally?

Por el momento, prefería no pronunciarme.

Después de la Brillo fuimos a Spy Bar, y luego al Café Opera, y no volvimos a casa hasta las cuatro de la mañana, cuando Bella ya se había ido a dormir. Nos sentamos en el cuarto de estar

para hacer un breve balance. Sally tenía aspecto de estar agotada y yo podía quedarme dormida en cualquier momento.

—Tu gran amor esnifa cocaína —dijo Sally en cuanto se sentó en el sofá—. Chico guapo, malas costumbres.

Gruñí.

—Apenas lo conoces —dije—. No vi el menor rastro de ninguna droga en toda la noche. ¿Cómo diablos te has dado cuenta?

—¿Qué sabes de él en realidad? —preguntó Sally, mirándome a los ojos—. ¿Cuánto tiempo hace que lo conoces? ¿Un mes, como mucho?

Sentí que me cabreaba al máximo en cuestión de un segundo, algo que solo me ocurría normalmente en casa, con Lina y mi madre.

—¿Qué coño estás haciendo? —grité poniéndome de pie—. ¡Estoy intentando crearme una vida aquí en Estocolmo! Tú llegas y preguntas si puedes quedarte aquí, de acuerdo. Pero lo que no está nada bien es que te comportes como una payasa bajo los efectos del éxtasis. ¡Y que después te quejes de mi chico y critiques todo lo que hace, sin conocerlo siquiera!

Sally no respondió.

—Te presento a un montón de personas, te llevo a cenar y a sitios divertidos, y ¡tú te quejas todo el tiempo! ¿Tienes envidia o qué te pasa? —terminé.

Sally suspiró.

—Perdona —dijo—. Entiendo que pueda parecerlo. Lo que pasa es que cuando empiezo no me puedo controlar. Es una especie de secuela de cuando descubrí que era graciosa en el instituto.

Me miró rápidamente y luego apartó los ojos. Yo no dije nada.

—Y es evidente que cuando estoy en Estocolmo tengo una especie de complejo de Örebro —añadió—. Temo que tus nuevas amistades sean mejores que nosotros, tus viejos amigos de toda la vida. Y no gustarles y que me vean como una provinciana.

Por primera vez me di cuenta de que Sally era precisamente eso: una provinciana. Pero yo no, yo había dejado de serlo. Me había integrado en mi nuevo círculo de Estocolmo de un modo casi mágico.

En gran medida era mérito de Bella, y era consciente de ello. Pero también había tenido una actitud distinta a la de Sally, más alegre y optimista ante la vida.

—¿No podrías tratar de ser un poco positiva? —dije cansada—. A nadie le gusta la gente negativa. Pero ahora tengo que acostarme.

Fui a mi habitación dando traspiés. En la puerta me volví involuntariamente y miré a Sally.

—¿Por qué crees que toma cocaína? —dije.

Sally se encogió de hombros.

—Salió del aseo con Peter, ese chico que estaba sentado a mi otro lado, y se limpiaron la nariz

los dos al mismo tiempo. Solo eso. Luego me pareció que estaba algo nervioso. Pero como ya he dicho... ¿qué puedo saber? Solo soy una cateta.

—Claro, y Lena Dunham toma speed —dije—. Vete a dormir.

El sábado, Bella y yo estuvimos trabajando unas horas mientras Sally iba de compras. Quedamos con ella en un bar, fuimos al cine a ver una película y cenamos las tres en casa. Micke se fue a una cena de chicos con sus amigos, así que no le iba a ver de todos modos. Me seguía sintiendo cansada todo el tiempo, de un modo extraño, y casi me dormí en el sofá después de la cena, así que a eso de las doce les di las buenas noches. Bella y Sally se quedaron hablando sentadas en el sofá. Me dio la impresión de que Bella intentaba que Sally le contara todo lo que recordaba de nuestra infancia en común, de la escuela y los amigos de Örebro. A Sally se le daba muy bien imitar a la gente y lograba que Bella se partiera de la risa.

Sally era a veces un poco torpe, pero también muy divertida. Y Bella, al no conocerla, era más indulgente que yo. Por otro lado, si Bella quería descansar podía meterse en su habitación y cerrar la puerta. En cambio, yo no.

Oí las fuertes risas de ellas mientras me cepillaba los dientes y tuve que volver al cuarto de estar.

—¿De qué demonios os reís? —dije con el cepillo en la boca.

Bella se secó las lágrimas.

—Sally me está contando algo muy gracioso que le hicisteis a un profesor del instituto —dijo—. El que hacía esos comentarios tan asquerosos y siempre quería estar a solas con chicas en el cuarto de los mapas.

—Se llamaba Urban —dije mientras me cepillaba los dientes—. ¡Ese cerdo asqueroso! Casi se me había olvidado.

Yo también me reí al recordarlo. Engañamos a Urban, una mezcla de pedófilo y viejo verde, metiéndolo en el cuarto haciéndole creer que allí, en la oscuridad, estaría una de nuestras compañeras. Pero la que estaba allí era la directora, que se dio cuenta de la situación en pocos segundos. Urban fue suspendido de servicio durante el resto del curso y luego tuvo que cambiar de profesión. Sally le estaba contando la escena en la que la directora y Urban, muy incómodos a juzgar por sus gestos, salían del cuarto hablando los dos a la vez, mientras que los alumnos, de pie en el pasillo, presenciábamos el momento.

La verdad es que lo pasamos bastante bien en el instituto.

—... había un montón de chicos interesados en ella, pero no se daba cuenta —dijo Sally y las dos me miraron.

—¿Por qué? —dijo Bella—. ¿Por qué no te dabas cuenta de que le gustabas a los chicos, Sara?

Señalé el cepillo de dientes que tenía en la boca, intentando explicar por qué no podía responder.

—Así que las chicas le tenían envidia y se vengaban —añadió Sally—. Y los chicos se enfadaban mucho al sentirse rechazados.

Bella frunció el entrecejo.

—¡Eso no está bien, Sara! ¿Cómo podías ser tan torpe?

Hice un gesto de rechazo con la mano y volví a mi cuarto.

—¡Buenas noches y que shhoñéis con los angelitos! —grité con la boca llena de espuma de pasta de dientes.

El domingo, después de tomar un brunch, Sally y yo fuimos al Fotografiska. Había varias exposiciones interesantes y, después de verlas, fuimos a la cafetería.

—Es una locura pagar tanto por un ridículo bocadillo —dijo Sally, resoplando mientras hurgaba con el tenedor el minúsculo sándwich de pan de centeno con pollo y pesto que había pedido—. ¡Por no hablar del café! ¿Con qué lo habrán hecho? ¿Con hojas de oro?

—Vuelves a estar negativa —dije, a pesar de que en el fondo estaba de acuerdo con ella.

—No, no lo estoy. Constató simplemente que en este maldito restaurante cobran unos precios abusivos por el mero hecho de tener una vista maravillosa de Estocolmo. ¡Me parece una estafa! —se quejó muy enfadada—. Y solo por vivir aquí, no tienes que tomártelo todo como una ofensa personal —añadió.

—Y solo por vivir en Örebro, tampoco tienes que criticar todo cuando vienes aquí —repliqué.

Nos miramos la una a la otra y, de repente, algo que estaba adherido a mí se soltó, igual que se desprende una vieja costra. Las palabras comenzaron a brotar por la boca.

—En la escuela te portabas conmigo como una cerda —dije con determinación—. Te burlabas de mí sin ninguna consideración, igual que Flisan y los demás.

Sally me miró.

—Cuando vuelvo a Örebro me siento fatal —seguí—. En casa de Flisan, la noche de su cumpleaños, Kevin y Liam, que estaban sentados en el sofá, dijeron de mí que era un «muermo» y cuchichearon sobre lo que me había ocurrido el invierno pasado. ¿Te imaginas cómo me sentí?

Sally seguía sin decir nada.

—Te comportaste como una auténtica mierda cuando estábamos en secundaria —añadí—. ¿Lo has olvidado?

En ese momento vi que a Sally se le había encendido el rostro.

—No, ¡no lo he olvidado! —contestó con obstinación—. ¡Lo recuerdo todo perfectamente, pero creía que tal vez había pasado suficiente tiempo desde entonces!

—¿Quieres decir que esperabas que lo hubiera olvidado? —dije.

Sally negó con la cabeza.

—Nunca te entendí. Eras inteligente, bonita y bastante divertida, pero no le sacabas provecho. Durante toda la secundaria... era como si quisieras que nos metiéramos contigo. Lo provocabas. Y nunca hacías nada para defenderte.

—¿Lo provocaba? —dije casi gritando—. ¿Eres completamente imbécil? ¿Cómo iba a provocar que os burlarais de mí? ¿Quieres decir que fue por mi culpa, que deseaba que os metierais conmigo hasta que casi me hicisteis pedazos?

Sally se levantó con vehemencia de la silla y salió del café. Fui tras ella. Todas nuestras cosas, bolsos, ropa de abrigo, se quedaron sobre la mesa. En ese momento no pensábamos en ello.

Afuera, en el hueco de la escalera, la alcancé y le obligué a que se diera la vuelta. Nos miramos frente a frente, yo con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¡Quiero que me pidas disculpas! —grité—. ¡Quiero que me pidas perdón por todas las veces que me acosaste delante de los demás! ¡Quiero que entiendas que me hiciste daño!

Sally no dijo nada, pero respiraba con dificultad, como si hubiera estado corriendo. De repente se cubrió la cara con las manos y gimió. Después me miró con brillo en los ojos.

—Perdón —dijo casi susurrando—. ¡Perdón! No sabes la vergüenza que he sentido durante todos estos años. Quería afirmarme, descubrí que era graciosa y que cuando mejor me iba era cuando te acosaba a ti. Seguramente te tenía envidia porque eras guapa e inteligente. Yo estaba más gorda que las demás y temía quedarme afuera, y tú... bueno, tú eras simplemente la víctima perfecta. Por no hablar de Veronika...

—¿Te has puesto en contacto con ella? ¿Le has pedido disculpas? —dije enseguida.

Sally sacudió la cabeza.

—La he buscado a través de Google, en Facebook y en Instagram, pero no está en ningún sitio —dijo—. Me siento muy mal cuando me acuerdo de ella.

—¿Y si piensas en mí? —pregunté—. ¿Por qué no lo habías mencionado nunca? ¿Por qué no me has pedido perdón ni has intentado al menos hablar del asunto?

Sally negó con la cabeza.

—No lo sé —confesó—. En este momento te miro y no pareces para nada una víctima. Tenía la esperanza de que se hubiera pasado todo y hubiera quedado el olvido.

—Esas cosas no se pasan —murmuré—. Estamos hablando de cicatrices que permanecen toda la vida.

Después de dar unos pasos, Sally se volvió y miró hacia la mesa donde estábamos sentadas.

—No creo que debamos dejar nuestras cosas de cualquier manera —dijo.

Entramos de nuevo.

Unos minutos después estábamos sentadas una frente a otra con sendas tazas de café. El

ambiente había mejorado un poco.

—En secundaria tenía la impresión de que eras bastante blandengue —dijo Sally—. Nunca hubiera creído que llegaríamos a ser amigas, ya que por entonces yo también era bastante insegura y Flisan me parecía la chica más genial de la ciudad. Pero ya en el instituto empecé a cambiar de opinión. Tú y yo currábamos de verdad, a diferencia de muchos otros. Y trabajábamos bastante bien juntas, ¿no te acuerdas? Cuando le contamos a Bella lo de Urban, ¿no recordaste que a veces también nos divertíamos? Las cenas de chicas con todas las de la clase, aquella excursión con el barco de mi abuelo, cuando íbamos a acampar en alguna isla todas juntas...

Me reí al recordarlo: la acampada se me había olvidado por completo.

—Sí, claro. También nos lo pasábamos bien —admití—. Pero las cosas del principio se quedaron atrapadas, ¿no lo entiendes? No se deben dejar las cosas atrás, siempre hay que darse la vuelta y enfrentarse a ellas.

Sally me miró con gesto de satisfacción.

—A eso me refiero exactamente —dijo—. ¡Tú no eres una víctima! «Darse la vuelta y enfrentarse a ellas...»

Negó con la cabeza y bebió un sorbo de café.

—Luego, cuando terminaste el servicio militar y estudiabas en Uppsala, mientras yo estudiaba Economía en Linköping y Flisan trabajaba en esa boutique que estaba en la plaza, ¿cómo se llamaba...?

—Sheherazade —dije—. Íbamos allí a comprar ropa de vestir, ¿te acuerdas?

Sally se rio.

—Por entonces Flisan y yo cenábamos juntas a veces —dijo Sally—. Hace un año y medio de eso, más o menos. Y me llama la atención lo poco que tenemos en común actualmente. Ella no dejaba de hablar de Kevin y de que quería operarse los pechos porque él creía que debía hacerlo. Yo intentaba hablar de todo lo posible: de política, de Linköping y de lo que queríamos hacer en el futuro. Pero ella no mostraba ningún interés, ¿entiendes? —Me miró con cierta timidez—. Después viniste de Uppsala a pasar las Navidades en casa, ibas a terminar la tesis y nos pasamos una tarde entera en Naturens Hus comiendo las galletas de Camilla. ¿La recuerdas?

Sally y yo en la cafetería de Naturens Hus, adonde solíamos ir en su moto. La mayor parte de la gente que conocíamos iba a la confitería Hälls de Olaigatan, ese viejo café de estudiantes que existía desde que mi padre era pequeño. Pero era agradable cambiar de aires de vez en cuando. Aquella tarde no pudimos dejar de hablar: de Linköping y de Uppsala, de la gente que habíamos conocido últimamente, de lo que queríamos hacer en el futuro. Sally se iba a licenciar en Ciencias Económicas en verano, y a mí solo me quedaba la tesis para mi licenciatura y había ido a casa para terminarla. Lo pasamos muy bien.

Luego llegó la Navidad y poco después me ocurrió lo del túnel. El resto de ese invierno había

sido borrado y era tan tenebroso que apenas podía pensar en ello.

—Sí, la recuerdo —dije—. Camilla nos tuvo que echar.

Sally me miró.

—Fue entonces cuando comprendí con quién tenía realmente más en común. Y no era Flisan —concluyó.

Guardé silencio un momento.

—Me parece bien que hayas decidido pedir disculpas por lo de entonces —dije al fin—. Flisan y los chicos me importan un bledo, aunque a partir de ahora no tendré demasiadas ganas de salir con ellos. Pero es bueno que tú y yo podamos hablar de ello. Si no lo hiciéramos, no podría seguir siendo tu amiga.

Sally no contestó, solo asintió lentamente con la cabeza, reflexiva.

Por la noche acompañé a Sally a la Estación Central. Subió la maleta al tren y luego bajó al andén a despedirse de mí. El tren estaba a punto de salir y nos abrazamos.

—Gracias por un fin de semana maravilloso —dijo—. Bella es genial y Micke..., bueno, tal vez tampoco esté tan mal.

—Ha sido muy agradable que vinieras —reconocí, y me di cuenta de que se lo decía de verdad.

—Ha sido bueno que habláramos —añadió—. Y que te atrevieras a sacarlo todo y no lo escondieras debajo de la alfombra, como haría la mayoría.

—Era lo único que podíamos hacer si queríamos seguir siendo amigas. —Sonreí.

Sally también lo hizo.

—Se me olvidó decirte que tu madre jugó un papel muy importante para que nos hiciéramos amigas. Me solía llamar por teléfono a tus espaldas.

—¿Qué? —me sorprendí—. ¡Nunca me habló de eso! Ni tú tampoco.

—A veces hay que saber guardar un secreto, ¿no crees? —dijo con gesto inocente.

En ese momento pensé que sería agradable contarle a Sally todas las cosas raras que me habían sucedido. Pero el sonido de los altavoces interrumpió mis pensamientos: «Última llamada a los pasajeros», resonó con fuerza por todo el andén.

Sally subió al tren y se quedó en el hueco de la puerta. Noté algo de timidez en su mirada.

—No he sido siempre legal, pero, como los buenos quesos, mejoro con el tiempo.

Un guardia de seguridad se acercó dando grandes zancadas por el andén. Me miró furioso.

—¿Vas a subir? —dijo contrariado—. De lo contrario tenemos que cerrar en este momento.

Se cerraron las puertas y el tren se puso en marcha. Vislumbré el rostro de Sally a través del cristal, levanté la mano y le dije adiós. Ella sonrió y me devolvió el saludo.

El tren siguió su camino y yo bajé al metro para ir a casa de Micke.

Todo lo que había ocurrido, tanto en el trabajo como con Mícke y Sally, hizo que me olvidara por completo de Jalil. Como no pude hablar con él por teléfono se me había ido de la cabeza, y no intenté llamarlo ni el lunes ni el martes. Pero el miércoles después del almuerzo, Pelle me estaba esperando en la recepción con un montón de originales, y entonces me acordé.

—Tienes que ir a Sundbyberg para dejar esto, y también recoger un paquete de dibujos y fotos de una empresa con la que ha trabajado Bella. El taxi viene para acá, así que muévete. Sé que tanto ella como tú tenéis muchas cosas más que arreglar de cara al fin de semana.

Cinco minutos después iba metida en un taxi en dirección a la empresa, que suponía era en la misma donde Bella tenía una reunión cuando fue por primera vez a la cafetería donde yo trabajaba. El taxi atravesó el centro de la ciudad y me dio tiempo a leer un montón de mensajes de correo electrónico y consultar la prensa en el móvil antes de llegar. Luego, el taxista se quedó esperando mientras yo me encargaba de hacer el trámite y, una vez solucionado, volvimos en dirección al centro.

En ese momento se me ocurrió una idea: «Jalil».

—Perdone —me dirigí al conductor—. ¿Podría ir hacia Vällingby y pasar por una dirección de allí?

—Tú pagas, tú decides —respondió el conductor encogiéndose de hombros.

Me sumergí en las noticias mientras avanzábamos y, de repente, el coche se detuvo.

—Es aquí —dijo el taxista.

Dejé la lectura y miré. Se había detenido delante de una parcela donde solo se veían restos demolidos. Se había equivocado.

—No, no es aquí —dije.

—Es la dirección que me has dado —aseguró el conductor con indiferencia.

Miré alrededor y luego salí del taxi despacio, incapaz de reconocer el entorno.

La casa de Siv había desaparecido y el terreno se había allanado. Solo los cimientos demostraban que allí se había erigido un edificio; el resto del espacio era irreconocible. A la derecha del solar había un remolque y un par de contenedores. También vi a un hombre, sentado en las escaleras del remolque, que vestía un mono azul de trabajo y sostenía un cigarrillo en una mano y una taza de café en la otra. Fui hacia él.

—Disculpe —dije—. ¿Sabe qué ha pasado? Aquí había un gran edificio hace un par de

semanas.

—¿Cómo? —dijo el hombre vestido de azul mientras tomaba un sorbo de café—. ¿Quién lo pregunta?

—¡Lo pregunto yo! —exclamé—. Vivía aquí, y un amigo se quedó cuando me fui.

—Es imposible —dijo—. Esta casa estaba deshabitada; llevaba varios años pendiente de su demolición. No vivía nadie en su interior.

—Discúlpeme otra vez —seguí con amabilidad—, pero está totalmente equivocado. Viví varias semanas aquí, la propietaria se llama Siv. Creo que éramos cinco o seis inquilinos en total.

El hombre se encogió de hombros.

—De todos modos, afortunadamente estaba vacía cuando llegamos. No podría decirse que fuera de alto standing, la verdad.

Apagó el cigarrillo en el suelo. Después se sorbió los mocos, escupió en la gravilla y me miró.

—¿Sabe lo que pienso? Creo que debe referirse a esa casa, o a aquella—dijo, señalando con la cabeza los edificios más cercanos, que no se parecían en nada a la casa de Siv—. Debe andar algo despistada, porque esta era una casa que estaba pendiente de demolición, como ya le he dicho.

Ni siquiera me molesté en contestar, me limité a darme la vuelta y entrar de nuevo en el taxi.

Pensaba llamar a Sally por la tarde para hablarle de todas las cosas raras que estaban sucediendo a mi alrededor, pero en cuanto entré en la oficina no pude parar ni un momento. Bella se había ido a buscar los complementos para el evento del fin de semana, pero luego seguiríamos trabajando en casa todo el tiempo que pudiéramos.

Cuando llegué a casa Bella no estaba. Intenté localizar a Sally en el móvil y siempre saltaba el contestador. Como no quería elucubrar más acerca de lo que le podía haber ocurrido a Jalil, saqué una de las carpetas de mi padre con recortes de prensa, ya que hacía días que quería verla y me interesaba mucho. En la carpeta ponía «El escándalo del burdel», y los recortes trataban de un escándalo sexual ocurrido en la década de los setenta, en el cual el ministro de Justicia Lennart Geijer y otros hombres de las altas esferas del poder fueron señalados como clientes de la madame de un burdel que desarrollaba su actividad en Estocolmo. Yo había visto la película sueca *Call Girl* y me pareció muy desconcertante: trata de que el ministro de Justicia quiere modificar la legislación de lo relativo al sexo y algunas de las chicas de la película solo tienen catorce años. ¿Habría sido así en la realidad? Pero cuando me puse a leer lo que verdaderamente ocurrió, mi asombro y mi indignación fueron en aumento.

Políticos y fiscales encubrieron «el escándalo del burdel», según afirman los policías que se encargaron de la investigación.

«Fue como si bajaran una persiana», asegura Karl-Hugo Jansson, comisario del SÄPO.

El caso Geijer explotó en noviembre de 1977. El *Dagens Nyheter* reveló entonces que Carl Persson, jefe de la policía nacional, en un memorando secreto dirigido al primer ministro Olof Palme, señaló al ministro de Justicia Lennart Geijer como un riesgo para la seguridad, ya que se le relacionaba con una prostituta.

Pero el *DN* estaba equivocado en algunos puntos menores. El periódico afirmaba, por ejemplo, que el jefe de la policía nacional había escrito el memorando en 1969, lo que no era correcto.

Ello fue suficiente para que Palme pudiera desmentir toda la historia de un modo concluyente. Al día siguiente el periódico *DN* rectificó, pidió disculpas a Geijer y pagó una indemnización.

Un año después, el programa de televisión *Studio S* reveló la existencia de dicho memorando.

El nuevo primer ministro, Thorbjörn Fälldin, en un principio prometió hacer públicos qué políticos se mencionaban en el escrito. Pero Fälldin cambió repentinamente de opinión y amenazó con dejar la política. Cuando finalmente se colocó en la tribuna, reveló un solo nombre: el suyo.

Los policías que se encargaron de la investigación del «escándalo» dicen ahora que tenían la sensación de que se estaba obstaculizando su labor durante el desarrollo de la misma. [...]

«Lo que agravó la situación fue la conexión entre espías polacos, militares suecos importantes y políticos», afirma Olof Frånstedt, que en aquella época era director de departamento del SÄPO. «Trabajamos conjuntamente con la policía judicial, pero no había ninguna voluntad de desenmarañar el “enredo”».

Karl-Hugo Jansson, cuya información fue la base del memorando del jefe de la policía nacional, dice hoy: «Fue como si bajaran una persiana, un oscurecimiento total».

Ove Sjöstrand, el inspector de la policía judicial que investigó las sospechas, dice que el fiscal no tenía interés en ir al fondo de la historia. «Le presentamos la investigación preliminar, en la que figuraba el nombre de los clientes. Entonces me informaron de que iban a quedar fuera de la investigación.» «¿Qué te pareció?» «No me gustó nada. En mi opinión, si no hay puteros no hay putas. Sacaron a las chicas con su fecha de nacimiento y domicilio, pero a ellos se les tenía que llamar cliente 1, cliente 2 y así sucesivamente. Tardé muchos años en poder ver a los políticos en la televisión sin que se me revoliera el estómago.»

Eric Östberg, el fiscal jefe que llevó la causa, dice que lo del oscurecimiento es una gilipollez.

—La investigación fue sobre la madame del burdel, y ella fue condenada.

—¿Por qué no se puso nombre a los clientes en el juicio?

—Ellos no eran testigos. No había ninguna razón.

—¿No tendrían que haber sido llamados como testigos?

—No, había suficientes pruebas. Teníamos los informes de la madame y los testimonios de las prostitutas.

—Los investigadores policiales dicen que faltó voluntad para ir al fondo de la investigación.

—Eso es una gilipollez.

OISIN CANTWELL,

Aftonbladet, 18 de septiembre de 2004

¿Por qué no se atrevió nadie a profundizar más en el caso Geijer después de que Palme lo desmintiera? «Fue imposible interrogar a Palme. Su postura era firme», dijo Erik Eriksson, reportero de investigación de televisión en la década de los setenta, en el debate del lunes en el *Publicistklubben*.

[...]

Peter Bratt fue el periodista del *DN* que reveló que se sospechaba que el ministro de Justicia tenía relaciones con prostitutas. A través de una fuente fiable, Bratt supo que Carl Persson, por entonces jefe de la policía nacional, informó a Olof Palme de las sospechas en un memorando secreto.

El artículo produjo fuertes reacciones. Olof Palme desmintió toda la información, centrándose sobre todo en una serie de errores. El *DN* le pidió disculpas y pagó una indemnización. Catorce años después, en 1991, *Svenska Dagbladet* reveló que Palme mintió respecto al caso Geijer.

Per Gahrton, que a finales de los setenta era diputado del partido liberal Folkpartiet, recuerda «los intentos de ocultamiento» que se llevaron a cabo en el Parlamento. El propio Gahrton fue reprendido por Olla Ullsten, líder de su partido, por haber formulado una pregunta sobre el caso. Todos los partidos apoyaron el desmentido de Palme. «Fue una de las cosas más desagradables que he presenciado», dijo Per Gahrton.

YLVA CARLSSON,

Medievärlden, 14 de diciembre de 2004

—¿Ya estás otra vez con las carpetas?

Bella estaba de pie en la puerta de mi cuarto. La miré por encima del borde del papel.

—¿Conoces el «escándalo del burdel» de los años setenta? ¡Es increíble lo mal que se gestionó por parte de las autoridades! —dije.

—En la cocina hay pizza caliente —respondió Bella—. Lo siento, pero tendrás que dejar eso a un lado para que nos dé tiempo a terminar lo que nos queda esta noche.

Dejé las carpetas de mala gana y la acompañé a la cocina, sin dejar de pensar en lo que acababa de leer. ¿No parecía una insensatez que Olof Palme, primer ministro de Suecia, mintiera deliberadamente en el Parlamento para proteger a su ministro de Justicia, en vez de intentar llegar al fondo de aquel asunto para investigar las actividades que se llevaban a cabo en el burdel y ayudar a unas pobres chicas de catorce años?

Bella había traído pizzas del Ciao Ciao y nos las comimos en la mesa de la cocina mientras revisábamos la planificación del próximo fin de semana. La mayor parte de las cosas ya estaban: organización, división de los equipos, alojamiento, comida y bebida y contenido de los juegos. Cuando llegamos a la cuestión de los accesorios, Bella levantó la vista de los papeles.

—Ya lo tengo casi todo —dijo—. ¿Has bajado esa caja con cosas del ejército que dejaste en el trastero?

Como me había pedido Bella, había traído de Örebro parte de mi antiguo equipamiento militar y, mientras esperábamos las instrucciones de Pelle, lo metimos todo en una caja de cartón y lo subimos al trastero.

—No, quería estar segura de que lo necesitábamos.

—Es verdad, ¡maldita sea! —dijo, levantándose rápidamente para llamar a Pelle por teléfono. Volvió unos minutos después.

—Sí, quiere tenerlo allí. Dice que irá genial para las bolas de pintura.

—Subiré a buscarlo cuando friegue los platos.

—Perfecto —dijo Bella—. Yo seguiré mientras con el Excel.

Terminamos de cenar, después fregué y seguí trabajando en el sofá al lado de Bella. A eso de las diez miré el reloj y me di cuenta de que era mejor hacerlo ya. En realidad no tenía ningunas ganas de subir sola al trastero, pero recordé que Bella tenía miedo a la oscuridad y no quise obligarla a que me acompañara. Intenté armarme de valor: tenía formación militar, estaba entrenada, podía luchar.

Aunque no pudiera hacerlo contra los fantasmas de mi propia mente.

—Voy al trastero a buscar las cosas —anuncié con una sonrisa triunfante.

—¿Quieres que te acompañe?

—¿Tú, que te mueres de miedo en cuanto se apaga la luz? —Sonreí—. No, gracias, ¡quédate ahí! Me agrada que incluso tú tengas debilidades.

Bella me devolvió la sonrisa.

—Me siento una mala amiga —dijo—. ¡Pero te lo agradezco!

—No hay ningún problema —contesté—. Y menos tratándose de una ex militar como yo.

Fui en el ascensor hasta el último piso. Era un miércoles por la noche normal, aunque parecía que el edificio estuviera vacío, y luego subí los últimos escalones que llevaban a la puerta del trastero con un malestar que iba en aumento. Estaba agotada, sin ninguna duda, cansada por el fin de semana y el ritmo de trabajo que llevaba. No me daba miedo la oscuridad ni era miedosa en general. ¿Tal vez lo que me molestaba era la desaparición de la casa de Siv y la desconexión del teléfono de Jalil? No había podido encontrar aún una explicación lógica a lo que había visto en Vällingby. ¿O era por lo que había leído acerca del «escándalo del burdel»? Había algo en esa historia que me desagradaba mucho y me preocupaba a la vez. ¿Tal vez era la conexión que había entre los abusos sexuales y los abusos de poder?

Respiré profundamente, abrí la pesada puerta del trastero y entré.

El cuarto de los trasteros estaba a oscuras, pero se iluminó en cuanto pulsé el botón que brillaba. No había absolutamente nada a lo que tener miedo y la única persona que había allí era yo. El espacio estaba limpio y sus largas hileras bien organizadas. De todos modos para mayor seguridad llevaba una linterna a la que le había cambiado las pilas solo unos días antes. Fui a lo largo del pasillo hacia nuestro trastero mientras silbaba en voz baja, como para mí.

De pronto oí un ruido que hizo que me detuviera en seco. No parecía nada por lo que preocuparse, más bien sonaba como si hubiera algo rozando la parte posterior de una de las

hileras. De haber estado en una zona más baja del edificio, habría pensado que era la rama de un árbol que arañaba la ventana, pero allí arriba no había árboles ni tampoco ventanas.

—¿Hola? —grité—. ¿Hay alguien ahí?

No hubo respuesta.

¿Serían imaginaciones mías?

Me quedé inmóvil escuchando y, en ese momento, se apagó la luz. Noté que el corazón me latía con fuerza mientras intentaba localizar el punto de luz más cercano. Diez metros delante de mí, al fondo del pasillo en el que estaba nuestro trastero, lo vi. Miré el punto que brillaba y fui hacia allí con paso seguro, tan concentrada que olvidé que llevaba la linterna en la mano. Cuando iba a mitad de camino, vi que el punto de luz se apagaba un segundo y luego volvía a encenderse, como si alguien hubiera pasado en silencio por delante. Me detuve bruscamente, pero el botón seguía brillando sin interrupción. Con sumo cuidado, di los últimos pasos hasta él y lo pulsé todo lo fuerte que pude.

El cuarto volvió a llenarse de luz. Mi corazón latía más deprisa y tenía la boca seca como el papel de lija. No había ni rastro de ninguna otra persona aparte de mí y, como de costumbre, volví a decirme a mí misma que simplemente tenía una imaginación muy activa. Abrí rápidamente la puerta del trastero, entré y miré entre las cajas.

Mientras me dedicaba a ello, volví a oír otro ruido de repente, esta vez de forma totalmente inconfundible. Eran pasos, lentos y suaves, pero sin duda pasos. Cogí la caja y salí del trastero sin volver a poner en orden las cosas, ya lo haríamos en otro momento. Sí me tomé el tiempo para recordar lo que debía hacer si alguien me atacaba, como aprendí en el ejército. «Golpear en los ojos, garganta, entrepierna y rodillas. Utilizar mi cuerpo: dedos, codos, rodillas y pies. Recurrir a mi propia fuerza a través de la ira y la determinación.»

—¿Quién hay ahí? —grité en dirección a la puerta de entrada.

El ruido de pasos cesó. En ese mismo instante se volvieron a apagar las luces y todo quedó a oscuras.

Cerré la puerta de mi trastero y fui hacia el punto de luz con la caja debajo de un brazo y la linterna en la otra mano. Afortunadamente, el botón estaba cerca, a solo un par de metros, y lo pulsé una y otra vez.

No pasó nada. No se encendió ninguna luz, pero volví a oír los pasos lentos arrastrándose.

Intenté apartar de mi mente todos los pensamientos perturbadores, como había aprendido en la formación militar, y pulsé el interruptor de la linterna. Se encendió tras varios intentos, pero la luz no era tan clara e intensa como unos días atrás, sino débil e irregular, como si se estuvieran acabando las pilas.

De pronto noté que no podía controlarme. Me puse a agitar la linterna y a alumbrar en distintas direcciones, y después me dirigí rápidamente a la salida. No veía a nadie, solo la luz irregular de

la linterna que subía y bajaba de las mallas de los trasteros a las viejas vigas de madera del techo, y mi respiración se agitó de tal modo que no habría sido capaz de oír unos pasos ni siquiera justo detrás de mí. De repente, cuando solo estaba a unos diez metros de la puerta, la linterna se apagó y todo se quedó a oscuras.

Permanecí de pie mientras el ruido de mi respiración parecía llenar todo el trastero. No se oía nada. Luego fui lentamente y con mucha cautela hacia la puerta en medio de la oscuridad, intentando no tropezar ni que se me cayera la caja. Paso a paso, con una mano estirada delante de mí.

De repente alguien me sujetó por detrás, me puso la mano en el hombro y acercó su cara a la mía. Y ahí estaba otra vez ese sonido, el mismo ruido repugnante que había oído una vez y ya no podría olvidar, aunque tampoco creía que tendría que volverlo a oír jamás. El ruido agudo y sibilante de la respiración de alguien que estaba muy excitado. Ese ruido espantoso que producía una persona que no estaba sana mentalmente, como el hombre que me violó. Y luego esa voz susurrando entre silbidos:

—No vales nada... Solo eres una putita, un coñito. Todo lo que te hago te lo mereces...

Perdí el control y me puse a gritar y a dar fuertes golpes a mi alrededor. Al principio me pareció notar un cuerpo, y después nada. Logré llegar hasta la puerta y la abrí de un empujón. Bajé corriendo las escaleras, doblé en la esquina donde estaban los ascensores, seguí corriendo y tropecé con un hombre muy robusto que me sujetó y tuve que levantar la vista. En ese preciso momento llegó el ascensor, se abrió la puerta y salió Bella.

—¡Cielo santo! —dijo, acercándose a mí y abrazándome—. ¿Qué ha ocurrido?

Oculté la cara en su pecho mientras respiraba con tal vehemencia que no podía articular palabra.

—No lo sé —dijo el hombre robusto—. Ha bajado las escaleras del cuarto trastero corriendo a toda velocidad y gritando como una loca. Yo acababa de salir de mi apartamento, vivo en ese de ahí, porque había un jaleo tremendo arriba. Y entonces me he chocado con ella.

En ese momento se abrió la puerta del apartamento de enfrente y un chico joven salió a mirar.

—¡Hola! —saludó—. ¿Qué sucede?

—Sara —dijo Bella, sujetando mi cara—. ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué gritabas?

—Él... yo... hay alguien allí arriba —logré decir—. Se apagaron las luces y no se podían encender. Y entonces... él me atacó.

Me derrumbé en los brazos de Bella. Los dos hombres se miraron.

—Voy arriba a mirar —dijo el hombre mayor—. No me da miedo encontrar algún drogata allí. ¿Me acompañas?

—Por supuesto —respondió el chico joven—, espera, voy a buscar una linterna.

—¿No es mejor llamar a la policía? —dijo Bella.

—No —dijo el mayor—. Entonces huiría por la azotea. Hay un agujero en la pared que comunica con la casa de al lado y puede salir por ahí y bajar al patio interior. Tenemos que arreglar ese maldito agujero. Se lo dije al administrador el verano pasado, pero aún no han hecho nada. No me siento muy seguro viviendo justo debajo. Nunca sabes quién puede estar escondido detrás de la esquina cuando llegas a casa por la noche.

Bella me pasó el brazo por encima.

—¿Quieres acompañarles?

Negué rotundamente con la cabeza.

—Nos vamos a casa por el momento si os parece bien —dijo Bella—. Vivimos en el tercero.

Bella y yo entramos en el ascensor, pero no dejé de temblar hasta que entramos en el apartamento y me tumbé en el sofá con una manta por encima.

—¿Qué ha ocurrido? —repitió ella.

Respiré profundamente.

—Había una persona allí arriba cuando llegué. Oí ruidos. Y las luces no funcionaban, todo se quedó a oscuras. Entonces oí pasos en la oscuridad. Y la linterna... le había puesto pilas, pero se agotaron, así que también se apagó.

—Es culpa mía —se lamentó Bella—. ¡Lo siento mucho! Me llevé la linterna la otra noche cuando fui a sacar la basura, y al volver la dejé sobre la encimera de la cocina y se me olvidó apagarla. Cuando la vi por la mañana la luz parpadeaba. Se me olvidó decírtelo. No pensé que te la ibas a llevar cuando subieras al trastero. Como no volvías me preocupé y subí a ver si estabas bien.

Bella puso su mano sobre la mía.

—Cuando todo estaba a oscuras y yo iba hacia la puerta para salir, se lanzó sobre mí. Y era él. ¡Otra vez! —exclamé.

Bella levantó las cejas.

—¿Quién? —dijo.

—El que me atacó en Örebro.

Bella me miró con incredulidad y yo misma me di cuenta de lo estúpido que sonaba, a la vez que estaba totalmente segura de lo que decía. ¿O no era así?

—Ahora no te entiendo. ¿Quieres decir que crees que el que se abalanzó sobre ti en el cuarto trastero y el que te atacó en Örebro es el mismo hombre?

Asentí con la cabeza.

—¿Por qué lo piensas?

—Por su manera de gemir —dije casi en un susurro—. Le pasa algo cuando se excita, le silba el pecho al respirar y le salen una especie de pitidos.

«Nada. ¡No vales nada!»

¿Lo había vuelto a oír realmente o solo me lo había imaginado?

Llamaron a la puerta. Bella se levantó, la abrió y los dos hombres entraron. Uno llevaba la caja en una mano y el otro, mi linterna.

—Lo hemos revisado todo —dijo el más robusto, sosteniendo la caja—. No hay nadie. ¿Son tuyas estas cosas? Es posible que te las hayas dejado allí.

—Y la linterna. —El otro chico me la tendió.

—Sí, gracias, son nuestras —respondió Bella—. Entonces se habrá escapado por el agujero que has mencionado.

—Ese es el asunto —dijo el hombre mayor, rascándose la nuca—. Lo hemos comprobado y resulta que estaba equivocado. El administrador debió de hacerme caso, porque el agujero estaba tapado por la parte de dentro. No es posible que entrara por ahí.

—Entonces debe de seguir arriba —intervine.

Mi voz sonó áspera e irreconocible. Me había quedado ronca de tanto gritar.

—A menos que se haya encerrado dentro de algún trastero —dijo el hombre robusto—. ¿Y cómo iba a hacerlo si no tiene llaves?

—Las luces están bien —confirmó el chico joven—. Pudimos encenderlas y apagarlas sin ningún problema. Tal vez duren poco, pero eso es porque la administración quiere ahorrar dinero.

Los dos me miraron con gesto de preocupación.

—¿Tienes alguna idea de quién era? —preguntó el más joven—. Nadie grita de ese modo sin motivo.

—Siempre que no tengas miedo a la oscuridad, por supuesto —dijo el otro con una risotada—. Y mucha imaginación —añadió.

¿Se podía confiar en ellos? De pronto se me ocurrió que tal vez estuvieran involucrados en el asunto. ¿O era yo la que me estaba volviendo completamente paranoica?

Bella me miró y enseguida se volvió hacia ellos.

—No, Sara no sabe quién era —dijo—. Pero quiero agradecerlos lo que habéis hecho.

Los acompañó hasta la puerta, le dio una botella de vino a cada uno a modo de agradecimiento y finalmente se marcharon. Luego volvió y se sentó a mi lado.

—No me crees, ¿verdad? Piensas que me lo he imaginado todo. Soy consciente de que suena demencial, ¡pero no eran imaginaciones mías!

—¡Por supuesto que te creo! —dijo Bella indignada—. Es decir, lo del ataque. Pero no estoy tan segura cuando dices que era el mismo hombre que te atacó en Örebro. ¿Cómo iba a encontrarte aquí? ¿Y cómo podía saber que ibas a subir al trastero precisamente esta noche? No andas por allí todos los días.

—No lo sé —contesté—. No entiendo nada.

—Cuéntame lo que ocurrió aquella vez —dijo Bella—. Creo que eso podría ayudarte.

—He ido a terapia, igual que tú. Y lo he dejado atrás.

—¿Estás segura? —preguntó.

Respiré profundamente y empecé a contárselo.

Guardamos silencio durante unos minutos y después tomé una decisión. Era algo que tenía que ver con Bella y su miedo a la oscuridad, con las vivencias de la infancia, con que su ex novio la maltratara y con lo bien que se había portado con Sally durante su reciente estancia en Estocolmo. Todo ello relacionado a su vez con esta nueva vida que yo acababa de empezar, la cual me gustaba y quería seguir llevando. No tenía ningunas ganas de permitir que los viejos fantasmas formaran parte de mi nueva vida en Estocolmo y la envenenaran. Fue más que suficiente con los seis meses que me arrebataron y con que, además, hicieran que me alejara de Örebro. Si lo que me acababa de ocurrir era una combinación de cosas, un nuevo ataque mezclado con un recuerdo sin procesar, estaba dispuesta a dejarlo atrás de una vez por todas.

Respiré profundamente y le empecé a contar cuando me violaron en Örebro.

—Entonces ¿dices que un desconocido te atacó y te violó en ese túnel? ¿Y que luego desapareció, sin que tengas la menor idea de quién era? —preguntó Bella cuando terminé.

Asentí. Me pesaba el cuerpo como si fuera de plomo y los párpados se me cerraban. Hablar de aquello tan repugnante era agotador.

—¿Recuerdas algo de él? Algún detalle, lo que sea.

Cerré los ojos y noté que se me escapaba una lágrima y se deslizaba por mi mejilla.

—Su respiración —dije—. Era igual que la que oí arriba en el cuarto de trasteros.

Y además las frases denigrantes: «No vales nada, solo eres una putita, un coñito, eres una inútil. Todo lo que te hago te lo mereces». Pero a Bella no le conté esos detalles. Me sentía demasiado avergonzada.

—¿Parecía asma o algo así? —dijo Bella con el ceño fruncido—. No es inusual, aunque sería una maldita casualidad que te hubieran atacado dos hombres distintos y que los dos fueran asmáticos.

Negué con la cabeza. Tal vez me había imaginado todo lo que ocurrió en el trastero.

—Una cosa más sobre el de Örebro: ¡sus manos! —exclamé.

—¿Qué quieres decir? —Bella me miró.

—Al principio no lo recordaba, pero tras varias semanas de terapia las vi de repente delante de mí. Sus manos. Imágenes breves, rápidas. Él estaba detrás de mí y no se quedó quieto ni un segundo. Después me tapó la cabeza con una bolsa, pero me dio tiempo a verle las manos. Al principio llevaba guantes, pero luego se los quitó. Le vi las manos.

—¿Algo peculiar en ellas?

Negué con la cabeza.

—No lo sé.

—¿Cómo reaccionaron tus padres? —dijo ella.

—En mi mente está todo tan confuso —respondí—. No sé ni siquiera en qué orden sucedieron las cosas. Mis padres estaban conmigo en el hospital, Lina también. Lloraban los tres. Papá estaba completamente pálido. A veces era de día y ellos estaban allí y luego de repente era de noche y había una enfermera. No sé nada.

Titubeé.

—Cuando volví a casa noté algo raro —continué—. Fui a terapia, a controles médicos. Mamá y Lina intentaban fingir que todo era como de costumbre, pero mi padre...

—¿Sí? —dijo Bella.

—Se quedó como mudo. Se encerró en sí mismo.

—¿No te dijo si creía saber quién podía haber sido?

Miré a Bella.

—¿Por qué iba a tener una teoría? Nadie podía saberlo.

—Pero vosotros teníais mucha confianza. ¿No hablabais de ello?

Su pregunta removi6 algo en mí. Tenía que decirlo.

—He pensado mucho en eso después —expliqué—. Y creo que mi padre ya estaba enfermo entonces. Cambió mucho. Como dices, siempre hablábamos de todo, pero de pronto se vino abajo, como si algo se hubiera roto en su interior, algo que no encajaba. Y luego, cuando ocurrió el accidente en la casa de veraneo...

—¿Cómo fue?

—La policía pensó que se trataba de un derrame cerebral o de un infarto. Estaba manipulando el gas y pasó algo. La cocina explotó y ardió la casa sin que le diera tiempo a salir.

El agujero negro que crecía en mi interior tiraba de mí como si me succionara para llevarme al fondo. Me resistí con todas mis fuerzas. Mi querido padre. Tendría que haberlo acompañado y haberlo sacado de allí.

Bella siguió pensando.

—¿Por qué estaba solo en la casa? —preguntó—. ¿Solía estarlo?

—Eso también era nuevo —dije—. Durante el último medio año siempre iba solo, lo que no hacía nunca cuando mi hermana y yo éramos pequeñas. Pero en esa última época de su vida parecía que quería alejarse de nosotras y estar tranquilo.

Bella me miró.

—¿No hablaba nunca de eso?

—¿A qué te refieres? —dije.

—Al motivo por el cual quería estar solo.

Negué con la cabeza, pero la pregunta quedó en el aire. ¿Por qué no me contó nada?

Bella me dio unas palmaditas en la mano y luego se puso de pie.

—Ahora descansa —dijo—. Creo que debes acostarte. Tenemos mucho que hacer estos días y también el fin de semana.

—Bella —la llamé—. Están pasando cosas raras a mi alrededor.

—¿Qué quieres decir? —contestó, mirándome con interés.

—¿Recuerdas la casa de Vällingby? Ahora no hay nada. ¡Ha desaparecido como por arte de magia! —exclamé.

—¿Cómo? Habrá sido demolida. En Estocolmo se demuelen casas continuamente.

—Sí, pero esto... me da la sensación de que tiene que ver conmigo.

Bella se quedó mirándome y luego se echó a reír.

—Perdona que me ría —dijo—, pero ¿no estarás diciendo en serio que se ha derribado una casa en Vällingby por tu culpa?

La cabeza empezó a darme vueltas.

—No sé bien lo que digo —admití—. Pero tampoco entiendo lo que ocurre.

—Estás rendida de cansancio, eso es lo que ocurre —dijo Bella acariciándome la mejilla—. ¡Vete a dormir! Necesitas descansar, confía en mí.

Hice lo que me decía y, para mi sorpresa, los párpados se me cerraron inmediatamente, a pesar de que tenía la sensación de que no podría volver a dormir después de lo que había sucedido. Un pensamiento volvió a mi mente: ¿por qué no habló mi padre conmigo? Y luego otro pensamiento, más importante aún: ¿sobre qué tendría que haber hablado conmigo? Las preguntas me daban vueltas en la cabeza, a pesar de que no encontraba respuesta y de lo cansada que estaba.

Había algo que no encajaba.

Cuando me desperté al día siguiente me asombró notar lo bien que había descansado. Estuvimos todo el día trabajando sin parar, y sobre las siete de la tarde Bella sugirió que me fuera a casa.

—¿No has quedado con Micke esta noche? —preguntó.

—Claro que sí —respondí.

Tenía unas ganas enormes de verlo.

—Vete ya —dijo—. Yo arreglaré los últimos detalles y me quedaré el tiempo que sea necesario. Tienes que relajarte un poco después de lo que ocurrió anoche.

La abracé y le di las gracias; después cogí el bolso y me marché.

Micke me estaba esperando en la entrada y, al vernos, nos fundimos en un abrazo, como de costumbre. Después de darnos un largo beso, me miró.

—Sushi en la cocina —dijo—. Luego tengo otros planes para ti.

Micke sabía a través de un mensaje que le envié que la noche anterior me había ocurrido algo desagradable. Mientras cenábamos le hablé detalladamente del ataque, y me agradó verlo enfadado y preocupado a la vez.

—¡Qué barbaridad! —exclamó—. ¿Es que esos trasteros son una especie de guarida de drogadictos o qué? No debes subir allí sin mí, ¡promételo!

Sonreí.

—¿Eres tú o yo quien tiene formación de oficial? —bromeé.

Micke sacudió la cabeza.

—De todos modos no quiero que subas allí —dijo.

Después de cenar fuimos al dormitorio y durante varias horas no pensé en lo ocurrido. Poco después de medianoche, la luz de dos velas revoloteaba sobre la mesita que había al lado de la cama, y Micke, tumbado a mi lado, me miró profundamente a los ojos; noté dolor en su mirada.

—Nadie puede tocarte si tú no quieres que lo haga —dijo—. Si supiera quién era ese canalla, lo mataría.

No respondí. Mis pensamientos vagaban de un lado a otro. Aunque Micke y yo nos habíamos vuelto muy íntimos en poco tiempo, no le había contado lo de la violación en el túnel. Eso iba en contra de todo lo que había aprendido en la terapia, acerca de la importancia de abrirse y contar lo ocurrido una y otra vez, pero me resistía a contárselo a Micke. Después de la violación, me preguntaba con frecuencia si podría volver a acostarme con alguien y me preocupaba que no pudiera volver a disfrutar. Pero cuando conocí a Micke todo sucedió de manera natural y no sentí nada raro. Si le contaba lo de la violación, corría el riesgo de estropear lo que había entre nosotros. No quería tener al violador en la cama, sino seguir adelante, pero solo con Micke, y fingir, al menos de momento, que lo del túnel no había ocurrido.

Micke estaba somnoliento. Me deslicé hasta sus brazos y me quedé allí escuchando su respiración. Después de unos pocos minutos se quedó dormido.

Seguí tumbada en la cama, desvelada y pensando, hasta que al fin me incorporé con cuidado y fui a la cocina. Mi bolso estaba en el suelo y vi asomar la carpeta etiquetada como «El escándalo del burdel». Me senté a la mesa de la cocina y saqué los papeles. Sabía que no debía hacerlo, pues si seguía leyendo tal vez no volvería a conciliar el sueño aquella noche, pero no pude evitarlo. La lámpara de la cocina alumbraba la mesa con un halo de luz y el resto del apartamento estaba a oscuras y en silencio.

Micke seguía durmiendo profundamente en el dormitorio.

Y seguí leyendo.

Hoy publicamos una entrevista con Eva Bengtsson, en cuyo relato se basa, a grandes rasgos, la película *Call Girl*. Es la misma historia que Bengtsson contó a la policía en 1976, ante la prensa en 2007 y posteriormente en

las noticias de TV4. La misma historia en la que está basado el libro de Deanne Rauscher y Janne Mattsson *El poder, los hombres y el encubrimiento*, publicado en 2004. Del testimonio de Eva Bengtsson proviene la alusión a Olof Palme como cliente de servicios sexuales. Una alusión que contradicen, entre otros, el criminólogo Leif GW Persson y la familia Palme, lo que también se muestra en el número de esta semana.

Los abusos a los que Eva Bengtsson fue sometida a los catorce años de edad no fueron probados legalmente, lo que resulta problemático. Sin embargo, es evidente que Bengtsson facilitó sus datos a la policía en 1976. [...]

Nos ha sorprendido el modo en que se ha desarrollado la conversación acerca de la película *Call Girl*. En vez de producir indignación por la manipulación y la explotación en hogares juveniles de niñas menores de edad que después acaban en la prostitución; en vez de una discusión del caso bien documentado de la tapadera política del entonces primer ministro Olof Palme, y más tarde de Thorbjörn Fälldin, lo que se trató en el debate de forma unilateral, y además se afirmó, fue que Olof Palme había sido señalado injustamente como cliente de servicios sexuales.

Nos preguntamos cómo puede haber tantas personas que estén tan seguras de lo sucedido sin que se haya llegado a comprobar legalmente. [...]

Las normas jurídicas y periodísticas de que nadie debe ser juzgado hasta que su caso haya sido probado parece que no son válidas en el caso de Eva Bengtsson, a pesar de ser ella la víctima. En el debate posterior a la película *Call Girl*, los medios de comunicación actuaron como un coro unánime y se las arreglaron para conseguir que Eva Bengtsson fuera invisible mientras al mismo tiempo la retrataban como una mentirosa. Una discusión con más matices habría sido de desear, y era totalmente factible. [...]

Pero el acuerdo, que fue el motivo principal de que la película *Call Girl* se retirara rápidamente de las salas de cine y volviera a montarse, incluía que la película se cortara si suscitaba nuevas preguntas. En dicho acuerdo entre la familia Palme y Garagefilm, la productora explica que «no hay ninguna base para afirmar o insinuar que el primer ministro Olof Palme tuviera alguna relación sexual con referencia al denominado escándalo del burdel». Es un testimonio con demasiado peso para dejarlo en manos de una productora cinematográfica. Con ello, la cuestión de quién dice la verdad se convierte en un asunto económico.

Eva Bengtsson se queda de ese modo en una situación vulnerable. Sigue siendo su palabra contra la de otra persona, pero ahora hay un acuerdo legalmente vinculante que establece que Eva Bengtsson está equivocada. Solo podemos constatar que Eva Bengtsson todavía no ha logrado demostrar la acusación. [...]

Queremos decir que el acuerdo entre la familia Palme y la productora Garagefilm pone en el foco la necesidad de una comisión de control independiente. Los errores cometidos por el poder judicial no se pueden compensar con acuerdos de ese tipo, que parece que hubieran sido adoptados por una patrulla ciudadana despótica. [...]

Aparte de que la sociedad necesita romper con la cultura del silencio y de que cualquier persona que haya sido objeto de abusos tiene que poder atreverse a hablar, no se debe permitir, por el propio interés de la mayoría, que un escándalo tan infecto como el caso Geijer quede sin resolver. Una comisión de control independiente pondría fin a las especulaciones y generaría escarmientos importantes para el futuro.

ANNA-KLARA BRATT, JENNY RÖNNINGREN,

Feministiskt perspektiv, 10 de mayo de 2013

Feministiskt perspektiv habló con Eva Bengtsson para escuchar su relato y cómo cree que fue recibida la película. [...]

Según el libro de Deanne Rauscher, Gösta Elmquist y Janne Mattsson *El escándalo del burdel. El poder, los hombres, el encubrimiento* (cuya primera edición salió en 2004), entre los clientes de Doris Hopp había varios ministros, un gerente del Riksbank, varios gobernadores civiles, una persona de la jefatura de la policía nacional, un alto directivo de la Administración de Material de Defensa y algunos de los líderes empresariales más influyentes de Suecia. [...]

En el internado de Eknäs, Eva Bengtsson relató a la policía lo que le había ocurrido. Se lo cuenta a los policías Ove Sjöstrand y Morgan Svensson, que han sido informados de que Doris Hopp ha utilizado menores en su actividad. Por aquel entonces, Eva Bengtsson ya conocía los nombres de algunos de los hombres que compraron sus servicios sexuales cuando ella tenía catorce años. Uno de los nombres que facilita a la policía es el de Olof Palme, un testimonio que ha mantenido después. Se dio cuenta de que Ove Sjöstrand la escuchaba y tenía mucho interés en saber la verdad. «El otro policía se portó muy mal. Cuando mencioné el nombre de Olof Palme, dio un puñetazo en la mesa y gritó: “Maldita mocosa, estás mintiendo”.» Pero entonces Eva Bengtsson se enfadó. «No miento», le dijo. [...]

Después de que Eva Bengtsson testificara, se producen una serie de errores legales cuyo resultado es que ella y su prima no consiguen demostrar su caso ante la ley. El fiscal jefe actual, Eric Östberg, se toma vacaciones o se da de baja por enfermedad cuando hay un juicio oral, a la vez que desempeña un papel activo en el modo en que se maneja la investigación. Finalmente, Torsten Wolff, un fiscal del Estado que reemplaza a Östberg en su ausencia, afirma que no se puede probar que los clientes supieran la edad de las chicas. [...]

El entonces fiscal general del Estado, Göran Lambertz, decidió investigar si había alguna razón para ceder a la demanda de ellas. En ningún momento dudó de los testimonios de Eva Bengtsson y de su prima, sino todo lo contrario, pero rechazó la demanda teniendo en cuenta el plazo de prescripción.

—Me agradó que Lambertz me creyera, pero que después no actuara fue como que me pisotearan otra vez. Una investigación independiente habría sido lo mejor que podría haber salido de esto. Entonces me habría quedado satisfecha. [...]

—¿Qué hace que conserves el ánimo?

—La rabia. Sé que aquellos hombres se aprovecharon de mí. Sabían que era menor de edad. Doris Hopp a veces quería que le enseñara a los hombres mi identificación de la escuela. Además, tenía el cuerpo de una niña de doce años. Esto saldrá a la luz. No me rendiré hasta que se sepa que debido al poder de aquellos hombres se abusó sexualmente de mí cuando tenía catorce años. Voy a luchar hasta la muerte. La verdad tiene que salir a la luz.

»¿Por qué los hombres que están en el poder no tienen que responder de lo que hacen?

—Todas las personas tienen que hacerlo. Lo dice la ley. [...]

—¿Qué diferencia a los hombres que están en el poder de los demás?

—Precisamente que se trata de una élite de poder y les resulta muy fácil hacer callar a los demás. Se protegen entre ellos.

Eva Bengtsson describe el escándalo y sus consecuencias como una sarta de atropellos mentales. El hecho de que no se haya procesado a los hombres que se aprovecharon de ella le ha dejado secuelas para el resto de su vida. [...]

—Siempre se trataba de la vida de esos viejos inmundos. De que no quedaran manchados. De que sus vidas quedarían arruinadas si salía a la luz que abusaban de menores. ¿Y mi vida qué? ¿Y la de las demás? Se nos ha silenciado —dice Eva Bengtsson. [...]

Cuando las jóvenes de catorce años querían retirarse y dejar de prostituirse, Doris Hopp las abofeteaba. «Y amenazaba con contárselo a nuestros padres.»

El policía que investigó el escándalo se llama Ove Sjöstrand y vive en la actualidad una vida tranquila como jubilado en Gustavsberg, en las afueras de Estocolmo.

Se puso en contacto con Eva Bengtsson a finales del verano de 1976. Entonces ya suponía que la madame de burdel Doris Hopp proporcionaba chicas menores de edad a sus clientes.

—Me enteré mediante una escucha telefónica de que Doris recibía una llamada pidiéndole alguna chica «que no tuviera vello ni pechos». Entonces ella respondió: «Veré lo que puedo hacer» —cuenta Ove Sjöstrand—. Pensé que si ella proporcionaba chicas que eran prácticamente unas niñas a aquellos hombres, debía ser castigada por ello como corresponde.

Cuando conoció a Eva se quedó sorprendido.

—Era una chica insegura, no tenía pecho, nada, era una niña. Pensé que el hombre que se aprovechaba sexualmente de ella no podía estar del todo bien de la cabeza —dice Ove Sjöstrand.

Él tenía una hija de la misma edad y se tomó muy en serio el trabajo de investigación. Fue especialmente duro repasar todas las cintas de las escuchas telefónicas de Doris Hopp.

—Lo que mi colega no quería de ningún modo era que yo contara lo que había en las cintas. Le puse los auriculares un momento para que pudiera escucharlas, y le pareció tan asqueroso que se salió de allí. [...]

Esta es una imagen completamente extraña para las dos hermanastras menores de Doris, Marianne y Margareta Lidner. Ellas eran conscientes de que su hermana llevaba un estilo de vida diferente y que se relacionaba con muchas personas famosas.

—Me acuerdo de todos esos teléfonos sonando y que ella respondía aquí y allá. Sus teléfonos sonaban sin cesar. Era algo muy raro —dice Marianne Lidner. [...]

En la película se da a entender en un momento que Iris, la joven de catorce años cuyo personaje está basado en Eva, tiene relaciones sexuales con el primer ministro, acusaciones que se presentaron anteriormente pero nunca se pudieron probar. Eva Bengtsson dice que se mantiene firme en sus informes de que algunos de los políticos más poderosos de esa época estaban entre sus clientes.

Doris Hopp ya ha fallecido, pero sus hermanastras sostienen que pueden confirmar que varios de los políticos más destacados de la época visitaban a menudo la casa de Doris.

—Yo los vi a todos. Estaba impresionada, pregunté a Doris: «¿Qué hacen estos aquí?» —afirma Margareta Lidner. [...]

En la actualidad, las personas involucradas han intentado dejar atrás los recuerdos del escándalo del burdel.

Ove Sjöstrand siguió en la policía hasta la jubilación, pero no volvió a trabajar en ninguna investigación que fuera tan llamativa como esa.

—Me encontraba desencantado después de aquella historia. Me sentía tan triste que me bajé al servicio de emergencias de la policía judicial y, en el último período, fui vigilante.

»Me habría gustado que la verdad saliera a la luz. Ahora ya no me importa tanto —dice Ove Sjöstrand. [...]

—¿Cómo ha influido en su vida?

—Me la ha destrozado. Completamente. Ha destrozado mi autoestima y me he sentido mal toda la vida — asegura Eva Bengtsson.

ÅSA ASPLID,
Expressen, 6 de diciembre de 2012

A las dos de la mañana terminé de leer los recortes de la carpeta de mi padre acerca del «escándalo del burdel». Estaba profundamente afectada por la historia, además de furiosa por el modo en que trataban las autoridades la vida de las personas implicadas en el caso. Micke dormía, así que no podía hablarlo con él. Me bebí un vaso de agua junto a la mesa de la cocina e intenté tranquilizarme para poder dormir un poco.

Pasé un dedo por el papel en el que estaba impreso el texto. Una vez más, mi padre había escrito a bolígrafo una nota en el margen, y rocé la tinta con la yema de los dedos como si de ese modo pudiera ponerme en contacto con él.

«Skarabé», había escrito él con tinta azul oscura y una letra casi ilegible.

Skarabé. Solo esa palabra.

No tenía la menor idea de qué significaba.

El fin de semana de *Wild Kids* fue un gran éxito para la empresa, al menos al principio. El viernes por la mañana ya estábamos Bella y yo en el exterior del castillo preparando la llegada de los participantes. Llegaron por la tarde, se registraron, después fue la cena a base de arenques y chupitos y, finalmente, la velada de karaoke por equipos.

Casi todas las canciones que había propuesto estaban incluidas en la lista. Cuando llegó el momento, Bella y yo nos quedamos de pie animando a los equipos mientras que los participantes hacían todo lo que podían para cantar sin acompañamiento canciones como *Only you* de Zara Larsson, *Hallelujah* de Jeff Buckley y *I will always love you* de Whitney Houston, ante un público algo achispado y con muchas ganas de reír. No faltaba de nada. Había tanto banderas, confeti y ropa de gala para los intérpretes como chalecos coloridos, botas de plataforma y minifaldas; el ambiente se calentó enseguida.

En el escenario había una consultora de unos treinta años, que estaba como un tren y llevaba unas botas de plataforma de color azul eléctrico similares a las de ABBA, a juego con un vestido corto y elegante. Era probable que fuera una ejecutiva muy eficiente los días laborables, pero no tenía ni idea de cantar a capela.

—*If I should sta-a-ay-y-y-y... I would only be in your wa-yy-y* —intentó cantar en un tono

bastante áspero y una melodía que me sonó tan rara e irregular como al resto de los que estaban allí, aunque yo sí sabía de qué canción se trataba.

—ABBA —gritó su jefe desde la primera fila—. *Mamma mia!*

—No, no —dijo enfadada la chica que estaba sentada al lado de él—. ¡Lo único de ABBA son las botas!

—Rod Stewart —vociferó un hombre algo mayor que estaba más atrás—. *The first cut is the deepest!*

Los miembros del equipo contrario, que sabían de qué canción se trataba, aullaban de risa y chocaban los vasos de chupito brindando entre ellos.

—*So I'll g-o-o-o... but I kno-o-o-w, I'll think of you every step of the wa-a-a-y-y-y...* —gritó la consultora desde el escenario con voz profunda. Ahora la voz ya no solo sonaba rota, sino también amenazante.

—Billie Holiday —gritó alguien del público.

—Aretha Franklin —probó a voces otro y se puso a bailar—. *Respect! R-E-S-P-E-C-T!*

—¿Eres tonto de remate? —gritó una rubia muy indignada, haciendo un corte de mangas.

El equipo contrario aulló de alegría chocando las manos. El sonido del gong marcó que habían ganado.

La consultora se inclinó hacia delante todo lo que le permitía el escote y la plataforma de las botas que llevaba y se cayó de rodillas.

—*And I-I-I-I-I-I-ah-I-aaah-I-I-I-I-a-a-a-ah... Will always loooooo-o-o-ove you-u-u-uuu...* —susurró en falsete mientras se ponía de pie y se echaba hacia atrás.

A través del sistema de megafonía sonó un rotundo gong, la gente que estaba sentada se llevó las manos a los oídos y agachó la cabeza.

Bella estaba en el escenario con el micrófono en la mano.

—¡Otro punto para el equipo negro! —anunció, y todo el equipo empezó a dar saltos de alegría—. ¡Ahora quisiéramos ver a Jerker en el escenario!

La alegría parecía no tener límites cuando Jerker, un hombre de unos cuarenta años que llevaba en la cabeza una enorme peluca afro de color rojo, empezó a saltar en el escenario haciendo el signo de la victoria. Yo retrocedí satisfecha, ya que sabía que enseguida se pondría a cantar *Young and Beautiful*, de Lana del Rey, sin acompañamiento musical. Era difícil imaginar que lo hiciera especialmente bien.

Después del karaoke fui al bar a tomar una cerveza mientras esperaba a Bella, que estaba en los servicios. Los juegos de la noche habían terminado y enseguida se iba a servir algo de comer, cerveza y chupitos debajo de la bóveda que había en el sótano. En ese momento se acercó a mí

uno de los participantes, un hombre de cabello oscuro rizado y ojos verdes que tendría cerca de cuarenta años.

—Hola —dijo—. ¿Molesto?

—En absoluto —contesté.

Él sonrió.

—Me llamo Jonathan —se presentó— y trabajo en otra consultora. Pero a veces nos invitamos entre nosotros para ver qué hacen los demás y sacar ideas. Todos tenemos muchos clientes e intentamos ayudarnos mutuamente en lo posible.

—Genial.

No entendí a dónde quería llegar.

—La agencia para la que trabajo se llama McKinsey —dijo—. ¿Has oído hablar de nosotros?

—Por supuesto. Sois los líderes del sector.

Jonathan asintió con la cabeza.

—Te he estado observando desde que llegué —explicó—. A través de los juegos y todo lo que habéis hecho. Tienes dotes de liderazgo. Creo que deberías conocer a mi equipo de McKinsey. Seguramente les interesarías.

Sacó una tarjeta de su bolsillo interior y me la dio.

—Piénsatelo. Llámame si lo consideras conveniente.

—Venga ya —me reí—. No creo que McKinsey seleccione el personal de este modo.

Jonathan sonrió.

—No te he ofrecido ningún trabajo —dijo—. Solo la posibilidad de que vayas a una entrevista. ¿De qué modo crees que innovan las empresas, se convierten en líderes mundiales y seleccionan a los mejores? ¿Siguiendo los procesos ordinarios de contratación habitual?

Tenía razón. En ese momento se acercó un tipo delgado con gafas.

—Hola, chicos —saludó mientras se rascaba—. Me llamo Eskil. Tú eres Sara, ¿verdad?

—Así es —dije—. Y él es Jonathan.

Jonathan inclinó la cabeza mirando a Eskil, que le ignoró y me miró a mí.

—Bueno, quiero comentarte que tengo un miedo a las alturas horrible —empezó, y juraría que ceceaba aunque no tuviera que usar la s—. Y mañana está el circuito de cuerdas ese.

—No hay ningún problema —dije sonriendo—. ¡No es necesario que subas si no quieres! Puedes quedarte abajo tomando un café y mirar desde allí.

—No, no —dijo Eskil—. ¡Quiero subir! Estoy cansado de mirar siempre desde el suelo. Pero quisiera que tú lo hicieras conmigo.

—Ah, ya entiendo. —Noté que mi sonrisa se apagaba por algún motivo—. Bueno... supongo que podré hacerlo. Me pondré de acuerdo con mis compañeros para que no haya ningún problema.

—Bien —dijo Eskil—. Entonces cuento contigo.

Levantó el pulgar y después se marchó.

Jonathan también había desaparecido. Mientras lo buscaba, Bella volvió de los servicios.

—Bien —empezó, tomando un sorbo de cerveza—. ¿Ha pasado algo emocionante mientras yo no estaba?

—Nada en absoluto —contesté, guardándome discretamente la tarjeta de McKinsey en mi bolso—. Nada de nada.

El sábado amaneció soleado y una suave neblina cubría el campo, por lo que iniciamos las competiciones directamente después del desayuno. Los participantes tenían que escalar, disparar, correr y solucionar problemas de distinto tipo, además de subir con arneses de seguridad hasta un circuito de cuerdas bastante desagradable.

Eskil se me acercó durante el desayuno sujetando la bandeja, en la que pude ver un huevo cocido, un sándwich de pan crujiente con caviar, un cuenco con leche fermentada, café y un vaso de zumo de fruta.

«No está mal como última cena», pensé enseguida.

«Santo cielo, qué disparate; tengo que aprender a controlar mis pensamientos.»

—Tengo vértigo, pero quiero intentar superar ese dichoso circuito de cuerdas —dijo Eskil—. ¿En qué momento viene según el programa?

—Después del almuerzo —contesté con amabilidad—. Lo conseguiremos entre los dos, ya verás.

Eskil se quedó pensativo y luego miró el huevo cocido.

—Se va a enfriar —dijo muy serio—. Nos veremos allí.

Siguió su camino y se sentó al fondo de la sala de desayuno, completamente solo.

A posteriori, uno puede pensar que tendría que haber imaginado que iba a pasar algo malo, pero no lo hice. Además, ¿por qué iba a hacerlo? Todo iba bien, el cliente estaba muy contento y los participantes se lo estaban pasando de maravilla.

—¿Ha habido algún escándalo esta noche? —preguntó Bella cuando nos preparábamos para los juegos de ese día.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

—Vamos —dijo Bella poniéndose unos guantes—. Alguien que se metió en una habitación equivocada, como suele ocurrir en este tipo de eventos.

—Ah, ya entiendo. No que yo sepa. O tal vez... cuando iba a acostarme, vi a esa consultora tan

atractiva que cantó *I will always love you*. Bajaba del tercer piso y no tengo ni idea de qué podía hacer ella allí, pues habíamos dejado a todos los consultores en el edificio contiguo.

—Exactamente —dijo Bella con una gran sonrisa—. ¿Y a quiénes alojamos en el tercer piso, donde estábamos nosotros?

—A los jefes —dije.

Bella sonrió y levantó las cejas.

—¿Llevaba las botas de ABBA de color azul eléctrico? —preguntó—. ¿Sin nada más?

Sonreí y negué con cabeza sin decir nada.

—*And I-I-I-I... will always love you-u-u-u...* —cantó Bella y después nos fuimos cada una por su lado al encuentro de nuestros respectivos equipos.

Todo fue sobre ruedas. Competimos hasta la hora del almuerzo, que se sirvió al aire libre alrededor de unas hogueras, y luego llegó el momento del circuito de cuerdas.

Justo cuando me iba a tomar la taza de café con leche que tanto deseaba, llegó Eskil.

—¿Estás preparada? —preguntó—. Yo sí.

—Por supuesto —dije intentando tomarme el café sin quemarme—, enseguida estoy.

Eskil me miró impaciente hasta que vacié la taza y luego fuimos al circuito.

—Me han hecho una advertencia —dijo directamente mientras íbamos caminando por el césped.

—¿Qué quieres decir? ¿Estabas soñando, o qué?

Eskil me miró.

—No, fue en el cuarto de baño. Al salir de la ducha, una voz me dijo: «Cuidado con el barranco, es muy escarpado».

Durante unos segundos me pregunté si Eskil estaría chiflado, pero luego pensé que yo también solía oír cosas raras aunque no viera a nadie, así que tal vez no era tan fácil separar lo real de lo imaginario.

—Todo irá bien —tranquilité a Eskil poco antes de llegar.

Había que escalar un poste de diez metros de altura trepando por unos peldaños de palos y, una vez arriba, había una plataforma donde empezaba el circuito de cuerdas.

—Vamos —le dije—. Ve tú primero, yo voy detrás de ti.

Eskil subió el primer peldaño, dio un salto y empezó a trepar. Llegamos a la plataforma sin ningún problema.

—¡Lo haces genial! —dije a Eskil cuando estábamos arriba de pie—. ¡Esto va de maravilla!

—Gracias.

Nos pusimos los arneses de seguridad y yo di un tirón para probar el alambre de acero. No era demasiado fuerte, pero aguantaría bien a una persona de unos setenta kilos. Ninguno de los dos pesábamos más de eso.

Eskil me miró.

—¿Puedo hacer una foto de los dos? Me gustaría subirla a Facebook.

—Por supuesto —acepté, y Eskil hizo una foto con el móvil mientras levantábamos el pulgar.

—La pondré directamente —dijo mientras manipulaba el teléfono—. Te estoy etiquetando.
¿Cómo te llamas?

Le dije mi nombre. Eskil me etiquetó y le elogíé por lo bien que había quedado la foto.

—Vamos —le animé con una sonrisa—. ¡Empecemos!

Eskil se guardó el móvil en el bolsillo y vi que le temblaban los dedos. Lentos pero seguros, fuimos pisando la estrecha cuerda por la que teníamos que atravesar el barranco para llegar a la segunda plataforma, que estaba a unos cincuenta metros. Los compañeros de equipo de Eskil nos estaban esperando y, al vernos, se pusieron a aplaudir y a dar gritos de ánimo. Teníamos una cuerda estrecha por la que íbamos desplazando los pies para avanzar y otra muy inestable para agarrarnos. La verdad es que todo parecía bastante inseguro.

Debíamos estar a unos diez o quince metros del suelo, donde había un enorme barranco con rocas puntiagudas. En caso de que alguien se cayera, se haría bastante daño.

Eskil empezó a sudar copiosamente antes de comenzar y, cuando estábamos pasando por encima del barranco, le temblaba todo el cuerpo. Sin embargo, conservaba el buen humor. Yo utilicé mis viejas artimañas de la época militar y los métodos que pude recordar de la terapia.

—Esto va estupendamente, Eskil —dije—. Parece que hubieras pasado toda la vida trepando en circuitos de cuerdas. Y qué foto más bonita has puesto en Facebook. ¡Vas a tener un montón de «me gusta»!

—Pues a mí esto me parece espantoso —se quejó Eskil, mirando hacia abajo.

—No mires abajo —dije en un tono natural—, sino hacia delante. Llevas arnés de seguridad, así que aunque te cayeras no te pasaría nada.

Fuimos avanzando lentamente por las cuerdas. Los compañeros y amigos de Eskil sabían que tenía vértigo, así que todos estaban en la plataforma animándole. Los gritos retumbaban por encima del barranco:

—¡Eskil! ¡Eskil! ¡Eskil!

Él tenía tanto miedo que le castañeteaban los dientes, pero seguía sonriendo.

A mitad del circuito, en la parte más alta y donde las rocas que había a nuestros pies parecían más puntiagudas, Eskil tropezó. Noté que le resbalaban los pies en la cuerda y que lo sujetaba el cable de seguridad y, en ese mismo instante, se agarró fuertemente a mí con ambas manos. El móvil se le salió del bolsillo formando un arco brillante en el aire y luego cayó al barranco, golpeando una roca y estallando en pequeños trozos de cristal, similares a gotas de lluvia, para desaparecer finalmente más abajo en la oscuridad. En ese mismo instante oí un chasquido a mis

espaldas y vi de reojo que un objeto saltaba por el aire. Eskil no apartaba su mirada de la mía mientras el sudor le resbalaba por las mejillas. Era presa del pánico.

—Tranquilízate, Eskil —dije mirándole fijamente a los ojos, aunque yo también estaba empezando a sudar.

Eskil se aferró a mí con toda su fuerza, con desesperación.

—¡Tu... tu... cable de seguridad se ha soltado...! —logró decir sin dejar de mirarme.

Sabía que tenía razón y también que el suyo no iba a soportar el peso de los dos.

—No importa —dije mirándole fijamente a los ojos—. ¡Sigamos adelante! Eres capaz de hacerlo y yo también.

Seguimos avanzando por la cuerda, paso a paso. Los amigos de Eskil que estaban en la plataforma se dieron cuenta de lo que ocurría y se quedaron en el más absoluto silencio. Eskil sudaba tanto que el sudor le corría por la cara y yo apenas podía respirar. Unos pasos más y estaríamos a salvo en la plataforma.

Eskil llegó a su límite: gritó descontrolado, me dio un fuerte empujón y se lanzó a la plataforma. Yo sentí que todo daba vueltas y caí de cabeza. Las imágenes se sucedieron como relámpagos en mi mente: mi padre en la pista de esquí; el rostro sonriente de mi madre; el brillo de los ojos de Micke en la penumbra de su habitación; Lina montando a caballo. Y de repente sentí un fuerte tirón en todo el cuerpo. Estaba colgando boca abajo mientras me balanceaba en el aire hacia delante y hacia atrás.

Jonathan, que también estaba en la plataforma, se había lanzado con la ayuda de su cable de seguridad y me había cogido por la pernera del pantalón. En ese momento me sujetaba con todas sus fuerzas, mientras los otros lo agarraban a él y al cable que lo sostenía. Poco a poco fueron tirando también de mí hasta que pude sentarme en la plataforma. Noté que aplaudían a mi alrededor, oí voces que me preguntaban cómo estaba y también distinguí la voz de Bella que, enfurecida, pedía responsabilidades a los organizadores. Eskil lloraba sin reparos en los brazos de su jefe y alguien le puso una manta sobre los hombros. A mí me dolía mucho un hombro y una rodilla y, además, no me encontraba bien, aunque no estaba mareada.

Al cabo de un rato volvimos a bajar al suelo. En cuanto llegamos abajo me pusieron una manta alrededor y Bella me pasó un brazo por encima de los hombros. Entonces me di cuenta de que había estado a punto, si no de morir, al menos de haber resultado herida de gravedad.

Jonathan se acercó. Sus ojos verdes brillaban a la luz del sol y parecía estar muy enfadado.

—Lo has manejado de maravilla —me felicitó escuetamente.

—Y tú me has salvado la vida —dije con cierta amargura—. No sé cómo agradecértelo.

—Alguien tiene que hablar con el jefe de seguridad del lugar —sentenció Jonathan, negando con la cabeza.

Luego siguió su camino.

—¿Quieres dejarlo? —me susurró Bella en el oído—. Puedo pedir un taxi para que te lleve a casa.

Algo se fortaleció dentro de mí, sin que supiera bien lo que era.

—No, ¿por qué? —dije, mirándola a los ojos—. Ha sido un accidente, ¿no?

Bella parecía echar chispas cuando miró a los hombres que trabajaban en el circuito.

—Mataré con mis propias manos a quienquiera que sea el maldito responsable de la seguridad. Es fantástico que quieras seguir aquí, Sara. Avisa en caso de que cambies de opinión.

Pero no solo no me arrepentí, sino que seguimos bailando y jugando hasta altas horas de la noche. Bella me miraba de vez en cuando con gesto de preocupación, pero yo sonreía animándola. Alguna vez, después de medianoche, cuando el baile estaba animado, iba a escondidas a los servicios con mi móvil y entraba en la página de Facebook de Eskil. Ahí estábamos los dos, sonrientes y felices en la plataforma con los pulgares levantados justo antes de empezar a andar en la cuerda floja. Alguien, un remitente cuyo nombre no sabía a quién correspondía, había comentado la foto: «Cuidado con el barranco, es muy escarpado», lo mismo que Eskil había oído en la ducha. Nada más. Ni nada menos.

Ni Jonathan ni Eskil volvieron a aparecer el resto del fin de semana, por lo que supuse que se habrían ido a casa. Tal vez yo también tendría que haberlo hecho, pero algo en mi interior me lo impidió. Mis pensamientos, tan difusos desde el ataque en el cuarto de los trasteros, se empezaron a despejar y a tomar forma. No podía describirlos con palabras aún, pero notaba que crecía algo dentro de mí, una fuerza que no sentía desde mi época militar, mucho antes de la violación del túnel y de la muerte de papá. Era una especie de fuerza natural a la que no me podía resistir, que me sorprendía y aliviaba a la vez.

No, no quería volver a casa. Era militar, jefa de grupo; la hija de mi padre.

Quería averiguar lo que estaba ocurriendo a mi alrededor.

El domingo por la tarde, después del evento de *Wild Kids*, estaba sentada enfrente de Fabian en el restaurante Tranan en Odenplan. Lo llamé para decirle que quería hablar con él y enseguida me invitó a cenar.

A eso de las diez, cuando ya nos habíamos comido los Biff Rydberg y nos habíamos bebido las cervezas sin alcohol, Fabian apartó el plato.

—¿Qué te hace creer que no fue un accidente? —dijo—. ¿Tienes alguna prueba concreta?

Negué con la cabeza.

—Es por eso por lo que solo quiero decírtelo a ti —confesé—. No tengo ninguna base de nada, es más bien una percepción. Está ocurriendo algo a mi alrededor que no puedo señalar con el dedo, pero creo que tiene algún tipo de conexión con mi padre.

—¿Con Lennart? —preguntó Fabian sorprendido—. ¿De qué modo? ¿Qué podría tener que ver él con el evento o con tu agencia de relaciones públicas? Empezaste allí después de su muerte.

Guardé silencio un instante.

—¿Sabías que mi padre guardaba un montón de recortes en distintas carpetas? —dije después.

—Lennart siempre tenía muchos proyectos distintos —explicó Fabian—. ¿Qué tipo de recortes?

—Por ejemplo del escándalo Geijer de la década de los setenta —dije—. ¿Lo recuerdas? He leído un montón de artículos sobre ello, tanto en los recortes como en material que he encontrado en la red, y siempre me dan ganas de vomitar. ¡Menuda guarrada tenían montada los tipos esos!

—Por usar un nombre suave —dijo Fabian—. Era repugnante de principio a fin. Y las chicas no fueron desagraviadas.

—Dime: ¿recuerdas algo? ¿Viste a Geijer alguna vez?

—Varias veces, pero solo de pasada; yo era muy joven cuando ocurrió —respondió y luego se quedó pensativo.

—¿Qué? —me impacienté—. Parece que tienes algo que decir.

—Sí —dijo Fabian—. No sé..., creo que tendrías que hablar de ello con Björn.

—¿Con Björn? —pregunté, frunciendo el ceño—. ¿Por qué?

Fabian hizo un gesto raro.

—Porque el padre de Björn trabajó varios años para Lennart Geijer, precisamente en ese período. Eran muy amigos, y también sus familias.

Lo realmente desagradable de la película Call Girl no es el tema del que trata, sino que cuando la familia Palme levanta la voz, el director y la productora se echan atrás.

Por miedo a que se los denuncie por calumnias.

Pero el hecho es que Palme defendió a su ministro Geijer.

En la película, el primer ministro cometía abusos, y también lo hizo en la realidad al no ponerse del lado de las chicas en vez del de Geijer.

Ellas fueron víctimas de abuso por partida doble, por un lado físicamente por medio de «los clientes», y por el otro cuando el primer ministro no luchó por ellas, sino que hizo lo contrario y encubrió los hechos a sabiendas de su error.

El padre de Eva Bengtsson era policía. ¿Cómo se sentía?

Quedé destruido.

No volveré a ser el de antes.

Tengo mis propias suposiciones acerca de quién atacó a mi hija, pero no me lo van a confirmar.

Utilizar a mi hija, aunque ya no sea menor de edad, y traumatizarla para ir contra mí: ¿cómo

se puede hacer algo así?

Veo a las otras niñas de pie en una larga fila delante de mí. Están en silencio, mudas, con los brazos extendidos. Todas señalan en una dirección determinada.

Cuando miro hacia donde ellas señalan, veo a los hombres reunidos en torno a una mesa. Comen y beben, gritan, disfrutan. Son los hombres con poder, de distintos sectores de la sociedad. Se aprovechan de todo y de todos porque creen que tienen derecho a hacerlo.

Las niñas se quedan traumatizadas. Sus vidas destruidas.

A los hombres eso no les importa.

Se protegen unos a otros, como siempre.

¿Y los padres destrozados?

Tendríamos que haber actuado a tiempo. Deberíamos habernos tragado nuestro silencio y haber dejado paso a nuestros gritos.

Ahora es demasiado tarde.

¿Y yo, que he prestado mis servicios, he sido cuidadoso y he hecho el ridículo adulando a los hombres con poder en sus propios despachos? ¿Y yo, que he facilitado sus actividades repugnantes, y he estado involucrado en las mismas aunque no lo supiera mientras ocurría?

Nunca volveré a ser el de antes.

Ahora, por fin, les sigo la pista y ellos lo saben.

¡Corred, hombres con poder, corred todo lo rápido que os permitan vuestras sebosas barrigas! ¡Corred si queréis salvar la vida!

Skarabé.

La nueva semana laboral se inició el lunes a las ocho de la mañana con una asamblea general y Bella y yo tuvimos que asistir, aunque no íbamos a trabajar en el evento del fin de semana siguiente. Había que preparar lo del gigante de la alimentación, y la gala benéfica que habría después y teníamos que dedicarles toda nuestra energía. Además, teníamos que estar disponibles en lo que era más urgente para la agencia, por si había que atar algún cabo suelto y los responsables directos no tenían tiempo de hacerlo.

—Aprieta los dientes —dijo Bella cuando entramos por la puerta de Kommendörsgatan—. Estamos agotadas después del fin de semana, pero tenemos que seguir. Yo me iré después del almuerzo, ¿te encargas tú de la situación?

—Por supuesto. —Levanté una ceja—. En estas situaciones es cuando se separa el trigo de la paja. *When the going gets tough, the tough go shopping.*

Bella se rio. Íbamos subiendo a la oficina en el ascensor y de repente se puso seria.

—Relaciones públicas y medios de comunicación —dijo—. ¿Qué es eso en realidad? Solo son fantasías.

—No digas eso —repliqué—. Trabajamos con los sueños de la gente y eso es muy importante en esta sociedad, ¿no?

Bella no respondió, se quedó mirando fijamente al frente hasta que llegamos a nuestro piso.

La reunión de la mañana fue bien y cuando concluyó Roger vino hacia mí.

—He oído que ocurrió algo el fin de semana con tu cable de seguridad —dijo.

No respondí, sino que esperé a que continuara.

—Deberás tener cuidado de ahora en adelante —dijo sin más, y luego se fue.

Me quedé mirándolo. Era imposible saber si lo que acababa de decir era una muestra de consideración o simplemente una torpe advertencia.

Durante el almuerzo, cuando yo estaba sentada delante del ordenador con un sándwich del 7-Eleven, Pelle se acercó muy apresurado. No iba tan arreglado como de costumbre, llevaba el cabello recogido y la camisa le colgaba por fuera.

—¿Dónde está Bella? —preguntó—. No contesta el móvil.

—Tenía una cita para almorzar —respondí—. Pero no sé con quién ni adónde iba.

Pelle me miró y frunció el ceño.

—¿No será con ese maldito Dragan? —dijo—. Es un maníaco que la persigue a muerte.

«¿La persigue? ¿Dragan?»

—No sé nada —dije—. No me ha hablado de ello.

—A mí tampoco me atañe —repuso Pelle—. Pero me está poniendo en un compromiso, la verdad —dijo, rascándose la cabeza casi con desesperación.

—Yo te ayudo —repliqué, tragándome el resto del sándwich—. ¿Qué hay que hacer?

Pelle me miró como si fuera una aparición.

—¿Quieres hacerlo? —preguntó—. Tienes que trabajar con hojas de Excel y esas cosas, ¿hay algún problema?

—Vamos —respondí poniéndome de pie—. Tú dime simplemente lo que tengo que hacer.

Pelle me lo explicó todo minuciosamente y después me puse delante del ordenador para comenzar. Justo en ese momento sonó el teléfono. Era un mensaje de Bella.

Hoy pasaré un rato fuera, lo necesito después del fin de semana. No dormiré en casa. ¡Hasta mañana!

Sonreí y respondí.

¿Un lígúe? ¿Qué pasó con esa pausa en tu vida amorosa? ¿Es guapo?

Bella envió el emoji de la sonrisa saltando con corazones en los ojos:

¡De repente sucede! Micke y tú tenéis el apartamento para vosotros sol@s esta noche. Hay un buen chabís en el frigorífico, ¡disfrutadlo!

Le envié un mensaje a Micke:

Follow Friday en casa esta noche. Tengo buen vino. ¿Vienes?

Después me puse a trabajar, totalmente convencida de que Micke me enviaría enseguida una confirmación. Pero, para mi decepción, mi teléfono sonó al instante y pude leer:

Acabo de aterrizar en Helsinki, reunión importante de la empresa. Vuelvo a casa mañana. ¡Vaya mierda de organización!

Pelle estaba inclinado sobre mí.

—Tienes que empezar —dijo—. Lamento tener que estresarte cuando me estás haciendo un favor, pero hay un montón de cosas que se tienen que arreglar. ¿Cuándo viene Bella?

—Mañana —dije—. Está cansada después del trabajo del fin de semana.

Pelle no respondió, solo miró hacia el techo un momento. Después me sonrió con amabilidad.

—Valoro mucho esto, Sara —dijo—. Te debo una, no me olvidaré de ello.

—No hay problema —contesté, empezando a teclear—. Prepara café bien cargado, es lo único que te pido.

A las ocho de la noche solo quedábamos Pelle y yo en la oficina. Él tenía los ojos hundidos.

—Puedes irte a casa —le dije—. Yo terminaré lo que queda; mañana nos vemos.

—¿Estás segura? Estoy tan cansado que apenas veo.

—Lárgate —dije con amabilidad—. Necesitas un poco de sueño reparador.

Pelle se fue. Me puse unos pantalones viejos cómodos y una camiseta vieja que tenía en una caja y me acomodé delante del ordenador. Quedarse sola en la oficina era algo sorprendentemente agradable. A través de los altavoces se oía una discreta música de jazz, el olor a café recién hecho llegaba de la cocina y la iluminación del cuarto era muy agradable. Me podría quedar allí toda la noche sin ningún problema y, si notaba cansancio, solo tenía que coger una de las mantas de viaje que había por allí y tumbarme en un sofá. El trabajo fluía y, aunque había mucho por hacer, no me parecía difícil.

De repente sonó mi móvil. En la pantalla ponía que era un número privado.

—¿Quién llama? Soy Sara —dije con el teléfono entre la oreja y el hombro, sin dejar de teclear.

—Hola, cariño —dijo una voz muy familiar—. Soy papá.

Me quedé paralizada, a la vez que sentía una agradable sensación de calor que se expandía por todo el cuerpo. ¡Papá! ¡Mi padre! ¡Estaba vivo!

—¡Papá! —logré decir en un tono que estaba a medio camino entre la risa y el sollozo.

—Escucha, Pulgarcita —dijo papá, utilizando su apelativo cariñoso preferido para llamarme—. No tenemos mucho tiempo. Te espero en Birger Jarlsgatan, a la entrada del túnel que lleva a Sveavägen. ¡Date prisa!

—Pero, papá... —contesté sin estar segura de lo que intentaba decir.

—Es urgente —aseguró mi padre y luego colgó.

Miré el teléfono, luego me levanté rápidamente, lancé mis cosas en el bolso, cogí la chaqueta y corrí. No me molesté ni en cerrar el ordenador ni en apagar las luces ni tampoco en quitar la música. Solo tenía una cosa en la cabeza: mi padre vivía y me estaba esperando. No teníamos mucho tiempo, según dijo. Había que darse prisa.

Cuando llegara me lo explicaría todo para que yo supiera que su muerte solo había sido un malentendido terrible de principio a fin. Nos sentaríamos a conversar de todo como hacíamos siempre, y yo le hablaría de mi vida en Estocolmo y de mis nuevas amistades, de Micke y de mi trabajo. Mi padre me hablaría de su vida y me explicaría por qué juntaba recortes de periódico, y también me ayudaría a entender todo lo que me había ocurrido y que parecía inexplicable.

Papá no estaba muerto. Vivía. Cuando viviera en pareja y más tarde tuviera hijos, mi padre estaría allí. Conocería a mi marido y a nuestra familia. Él tendría nietos y mis hijos, un abuelo. Y mis padres envejecerían juntos en nuestra casa en Örebro. Era fantástico y maravilloso.

Los pensamientos se cruzaban en mi mente mientras no paraba de correr, bajé las escaleras y salí a la calle, entré en los jardines de Humlegården y seguí por uno de sus paseos en dirección a la esquina de Birger Jarlsgatan. Cuando llegué al lateral de la Biblioteca Nacional estaba muy cansada y tuve que detenerme para recuperar el aliento, pues parecía que los pulmones me iban a estallar. El sudor me corría por la espalda, unas figuras oscuras bailaban delante de mis ojos y notaba sabor a sangre en la boca. La gente pasaba por delante de mí, pero yo solo buscaba a una persona.

¿Dónde está mi padre?

Cuando recuperé un poco el aliento seguí corriendo por la calle. Y allí, a lo lejos, lo vi. Papá. Estaba de pie en la esquina de la calle David Bagare, vestido con su vieja chaqueta de invierno y llevaba en la cabeza el gorro celeste que solía usar cuando esquiábamos. Me vio al mismo tiempo que yo a él, los ojos le brillaron detrás de las gafas y levantó la mano. El corazón me latió con fuerza, esta vez de alegría y no por la carrera, y no podía dejar de sonreír. Percibía ya el olor de su loción de afeitar y casi sentía el abrazo que me iba a dar, levantándome unos centímetros del suelo, como nos hacía a Lina y a mí desde que éramos pequeñas.

Pero en ese momento hizo algo incomprensible: en vez de ir a mi encuentro, señaló el interior del túnel, se dirigió hacia allí y desapareció. No pude evitar un grito mientras corría tras él: «¡Papá! ¡Espera!».

Pero mi padre había desaparecido. Llegué al túnel iluminado y allí, muy al fondo, casi a la mitad del mismo, lo vi alejarse muy deprisa. Volvió la cabeza, me miró sin detenerse y me indicó con el brazo que corriera más deprisa y lo alcanzara. Después siguió. Fui tras él lo más rápido que pude, pero salió por Sveavägen antes de que lo alcanzara. Corrí por la acera de la calle mirando a todos lados y no vi el menor rastro de mi padre. El corazón me latía con fuerza. ¿Dónde estaba? ¿Por qué no me había esperado? ¿Volvería a perderlo otra vez?

Tuve que elegir hacia qué lado ir y, después de unos segundos, me puse a correr hacia la derecha por Sveavägen. Pero cuando solo había dado unos pasos me torcí un pie —¿o alguien me puso la zancadilla?— y me caí en la acera. En ese momento me vino a la mente algo que tendría que haber tenido claro desde el principio: mi padre estaba muerto, el hombre que vi solo me estaba gastando una broma de mal gusto haciéndome creer que vivía. Los sollozos sacudieron mi cuerpo mientras yo seguía sentada en el suelo, me dolía todo el cuerpo y tenía la sensación de que el pecho me iba a estallar. De repente, alguien me susurró al oído: «¿Supongo que sabrás que aquí es donde fue asesinado Olof Palme?». Miré hacia arriba pero no había nadie cerca de mí. Una

mujer de mediana edad iba caminando hacia un lado, un hombre moreno que vestía pantalón vaquero hacia otro. Dos jóvenes se metieron en el túnel cogidos de la mano.

Me invadió una desesperación que nunca había sentido antes. Lo único que quería hacer en ese momento era tumbarme junto a la pequeña placa de bronce, apoyar en ella la mejilla y morir.

El diario de Palme es un misterio para la investigación.

Parece que Olof Palme tenía un diario secreto, donde puede haber piezas concluyentes del puzle que lleven a la solución del misterio de su muerte.

Expressen ha examinado lo ocurrido en torno al misterioso diario, que sigue sin aparecer casi treinta años después del asesinato.

Diez días después del asesinato se abre la caja de seguridad de Olof Palme en el despacho del SÄPO. Un cerrajero tiene que abrirla, ya que nadie excepto Palme conoce el código. En la caja se encuentran documentos referentes a la misión mediadora de Palme en la guerra Irán-Irak, correspondencia mantenida con la autoridad fiscal acerca del denominado «caso Harvard» y algunos documentos económicos privados. [...]

El diario, que también debería estar en la caja de seguridad, habría podido dar respuestas a las sospechas de posibles amenazas o reuniones delicadas los días previos al asesinato de Palme.

Pero el diario desaparece de forma misteriosa y nunca llega al investigador policial que llevaba el caso de Palme.

Anders Helin, ex fiscal de Palme, fallecido en la actualidad, dijo acerca del diario en una entrevista con Lars Borgnäs, de la *SVT*:

—Evidentemente, eso no está bien. No lo está.

—¿Cómo desapareció?

—Según me han dicho, se lo entregaron a alguien pocos días después del asesinato. Lo tenía en su despacho. No sé a quién se lo dieron, pero he oído que había un diario o un cuaderno en su despacho.

—¿Significa eso que la información que contenía no está disponible para la investigación del homicidio de Palme?

—Tenemos que llegar a esa conclusión.

En sucesivas preguntas acerca de si la familia Palme tiene el diario, responde una y otra vez: «No pienso contestar a eso».

Cuando *Expressen* habla hoy con el hijo, Mårten Palme, este dice que su padre nunca tuvo un diario.

—Él no escribía diarios, no sé nada de eso. [...]

Olof Palme, sin embargo, dijo en distintas entrevistas a principios de los ochenta que tenía un cuaderno amarillo donde anotaba «llamadas telefónicas que había que hacer, comida que había que comprar y llevar a casa, ideas y caprichos diversos». [...]

La comisión de control que se encargó de la investigación de Palme escribió también en su informe en 1999 que hay importantes deficiencias en esta parte de las pesquisas.

«La investigación en torno a la persona de Olof Palme comenzó tarde y no se llevó a cabo según la rutina normal... No se inició de inmediato una investigación de las circunstancias personales de Olof Palme y de sus contactos durante la semana previa al asesinato. [...] Tendría que haberse puesto en marcha y sin dilación una investigación de la persona de Palme. Nos resulta difícil encontrar alguna explicación para que no se hiciera.» [...]

CLAES PETERSSON,
Expressen, 4 de octubre de 2015

Los cordones policiales que se establecieron después del asesinato eran demasiado reducidos y no se realizó ninguna búsqueda en la escena del crimen. Además, no se protegieron distintos tipos de pruebas y pistas que se podían haber salvaguardado. [...]

Por ejemplo, las dos balas que se encontraron en el lugar del asesinato no fueron halladas por la policía, sino por ciudadanos de a pie. Y cuando la policía envió las balas para su análisis, no se informó correctamente sobre el asunto al Laboratorio Forense Estatal, SKL, lo que hizo que en el laboratorio se lavaran las balas, al suponer que la policía ya había examinado el material orgánico, así que no quedó ningún resto de este para examinar. [...]

PER KUDO, RASMUS LUNDGREN, MAGNUS HELANDER,
Svenska Dagbladet, 25 de febrero de 2016

—¡Hola! ¿Necesitas ayuda?

Levanté la cabeza lentamente y vi un par de ojos grises y amables que me miraban. Un chico pelirrojo, con gafas redondas, pantalón vaquero y suéter, estaba inclinado con las manos en las rodillas, mirándome mientras yo estaba medio tumbada en la acera. Los transeúntes iban en distintas direcciones y algunos me miraban con cara de asombro. ¿Cuánto tiempo llevaba allí tumbada? No podía decirlo, pero tenía el cuerpo entumecido y cuando me restregué la mejilla noté que tenía un rasguño.

—¿Estás bien o quieres que llame a una ambulancia? —preguntó.

—No, no... —dije, incorporándome con dificultad.

El chico me miró con una mezcla de amabilidad y curiosidad.

—¿Eres una sin techo?

Me quedé mirándolo. «¿Una sin techo? ¿Yo?»

Se restregó la mano en el pantalón y luego me la tendió.

—Perdona —dijo—. Tendría que haberme presentado. Me llamo Andreas y soy periodista de *Expressen*. Estoy trabajando en una extensa serie de artículos sobre las personas sin techo que se publicarán en Navidad. Y entre aquellos con quienes hablo hay pocas chicas, así que me pregunto si podría entrevistarte.

Negué con la cabeza sin poder articular palabra.

—¿Eres de Rumanía? —preguntó.

Volví a negar con la cabeza.

—¿Tienes hambre? —añadió—. Porque en tal caso el periódico te invitará a comer si quieres.

—No soy una sin techo —logré pronunciar mientras oía mi propia voz ronca y chirriante—. Vivo en un apartamento en Storgatan, en Östermalm.

Andreas se fijó en mis viejos pantalones cómodos, en la camiseta vieja que llevaba y finalmente en la rara postura en la que me encontraba en medio de la acera. Esperaba que me pidiera disculpas, pero no lo hizo, aunque pude apreciar en sus ojos una duda tan fuerte que hasta yo empecé a no estar segura. Lo que sí era cierto era que no se había creído ni por un solo segundo que vivía en Östermalm.

La pregunta era si me lo creía yo.

«¿Qué acababa de ocurrir?»

Andreas hurgó en su bolsillo y sacó una tarjeta de visita.

—Toma —dijo—. ¿Me llamarás si te arrepientes? Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Sara —contesté—. Me llamo Sara.

Miré su tarjeta como hipnotizada, mientras tenía la sensación de que el mundo se balanceaba lentamente a mi alrededor en un movimiento casi imperceptible. Después levanté la vista hacia Andreas y me fijé en su rostro. Me pareció amable, un poco escéptico y divertido a la vez. Era un rostro bondadoso, aunque el cabello rojizo y las gafas redondas no le favorecían nada.

—Me voy a casa —susurré, y me levanté con dificultad.

—Sí, claro —dijo Andreas—. Lo que tú digas. Pero si te apetece llamarme, ¡hazlo!

Puso la mano en mi hombro, lo apretó levemente y después se marchó. Le seguí con la mirada. Tenía un modo de andar raro, oscilante, como si un pie apuntara más hacia dentro que el otro. Llevaba un bolso de lona al hombro, y supuse que en su interior habría una grabadora y un bloc de notas. Era la viva imagen de un periodista.

Más bien la caricatura. Nada parecido a Janne Josefsson, sino una especie de Tintín pelirrojo.

«Janne Josefsson.»

De repente recordé cuántas veces nos habíamos quedado papá y yo pegados frente al televisor mirando juntos programas de periodismo de investigación. A él a veces le exaltaba, le conmovía o se enfadaba, otras le producía ansiedad o alegría, y siempre me contagiaba los sentimientos.

Volví a mirar a ambos lados intentando ver un rastro de mi «padre». No estaba allí.

Me di la vuelta con pasos pesados y empecé a entrar en el túnel otra vez, en dirección a casa.

Pasé por la oficina, apagué todas las luces y cogí mis cosas. Luego fui andando hacia Östermalmstorg. Me sentía vacía por dentro; estaba destrozada por lo que me acababa de ocurrir. Mi padre, mi querido padre: por un momento lo había vuelto a sentir vivo, y era como si se hubiera muerto por segunda vez. No sabía si iba a tener fuerzas para soportarlo.

Al llegar al piso de Storgatan, me quedé un buen rato acariciando a Simon y le di algo de

comer. Luego preparé la bañera en el cuarto de baño de Bella y puse velas encendidas en los bordes, como ella solía hacer. Eché en el agua una buena cantidad de un aceite de baño delicioso que me habían regalado recientemente en el trabajo, y luego fui a la cocina y saqué la botella de vino que Bella mencionó. Intenté recordar si había bebido a solas alguna vez, pero no lo había hecho nunca. El corcho salió de la botella produciendo un ruido fuerte e incitante, y la copa se empañó mientras vertía el líquido dorado en su interior. Con ella en la mano volví al cuarto de baño, me quité la bata y me metí en la bañera.

El apartamento estaba en absoluto silencio, excepto un ligero goteo del grifo. Me incorporé, cerré el grifo todo lo que pude y luego volví a echarme hacia atrás. Era increíblemente agradable quedarse allí tumbada y relajar todo el cuerpo. Bebí unos sorbos de vino y cerré los ojos. Sin embargo, las imágenes de mi padre en el túnel me aparecían todo el tiempo en la retina. Era tan parecido a él: la misma ropa, los mismos movimientos. Las gafas. La voz en el teléfono. ¿Cómo era posible que no fuera él?

Pero mi padre nunca habría actuado de ese modo. Habría ido corriendo hacia mí, no en dirección contraria. Me habría levantado en el aire y después me habría abrazado, y cuando fuéramos juntos caminando me rodearía los hombros con el brazo y yo le pasaría el mío por la cintura.

Sentí un dolor profundo, como si me clavaran un cuchillo.

Bebí un gran sorbo de vino y volví a cerrar los ojos. En alguna parte del edificio estaban interpretando un concierto de piano. Sonaba distante y relajante, y yo sentí de un modo gradual cómo se me iban relajando los músculos a pesar del dolor. El vino ayudaba a ello, sin ninguna duda. Dejé volar los pensamientos.

La voz de mi padre. Sonaba exactamente igual que la suya. ¿Qué me dijo exactamente?

—Hola, cariño. Soy papá...

Me sonó como siempre.

—Escucha, Pulgarcita —dijo a continuación, utilizando su apelativo cariñoso preferido, que solo la familia y los amigos más cercanos conocían—. No tenemos mucho tiempo. Te espero en Birger Jarlsgatan, a la entrada del túnel que lleva a Sveavägen. ¡Date prisa!

Terminó diciendo que me apresurara.

¿Por qué tenía prisa?

¿Quién hablaba en realidad? ¿Quién podía imitarle con tal perfección?

Aparte de nuestro círculo más íntimo, ¿quién sabía que me llamaba Pulgarcita?

Sonaba exactamente igual que la voz de mi padre.

¿Y si fue mi padre el que llamó y al que seguí en el túnel? ¿Y si se encontraba en peligro o iban a matarlo y yo le traicioné perdiéndolo de vista? ¿No podía esperarme tal vez? ¿Estaría reaccionando en ese momento por mi modo de actuar ante gente extraña que no le quería bien?

Y si no era él, entonces había una o varias personas por ahí que querían hacerme mucho daño y habían organizado todo eso solamente para torturarme. ¿Qué estaban buscando?

¿O estaba completamente loca? ¿Me lo habría imaginado todo?

Se me revolvió el estómago. Por supuesto, llevaba muchas horas sin comer, había sufrido un shock y ahora estaba bebiendo vino con el estómago vacío. Se oyó un chasquido en el pasillo y por un momento pensé que Bella había vuelto a casa, que había cancelado su cita por algún motivo y que venía a pasar la noche conmigo. La idea de poder contarle lo que me había ocurrido me produjo un gran alivio. Salí rápidamente de la bañera, me envolví en mi toalla de baño amarilla y fui al pasillo.

—¿Bella? —grité.

No respondió nadie. El alivio se convirtió en decepción cuando me di cuenta de que Bella no había vuelto. En la alfombra de la entrada estaban mis botas forradas de piel, igual que las había dejado cuando me las quité al entrar, y la chaqueta seguía tirada encima de una silla. El dormitorio de Bella estaba tan vacío como el mío, lo mismo que el cuarto de estar. Envuelta en mi toalla húmeda y tibia, volví en dirección al cuarto de baño. Al pasar por el cuarto de estar vi mi teléfono móvil en el respaldo del sofá, en el mismo sitio que lo había dejado para ir a la cocina a abrir la botella de vino. Le eché un vistazo y vi que no había llamadas perdidas ni mensajes ni tampoco correos electrónicos. Lo cogí y luego seguí hasta el cuarto de baño para ir a buscar la copa y servirme más vino.

Con la copa en la mano fui a la cocina, saqué la botella del frigorífico y me serví un poco más. Pensé un momento en volver al cuarto de baño y tumbarme otra vez en la bañera, pero la idea no me resultó demasiado atractiva, así que me dejé caer en una silla al lado de la mesa de la cocina, dejé la copa y me dediqué a mirar en el teléfono las últimas fotos de Instagram.

Bella había subido una foto solo unos segundos antes y me había etiquetado en su comentario. Ella estaba sentada al lado de una mesa de cocina, llevaba un albornoz de hombre, parecía contenta y radiante a pesar de que iba sin maquillar, y sostenía una copa de champán en la mano. En el campo del comentario ponía: «¡Estamos casi tan a gusto como vosotros, @zaaaraz!».

No entendí lo que quería decir, ya que hacía varios días que no publicaba fotos en Instagram. Probablemente creía que Micke y yo nos estábamos besando en la cocina del apartamento en ese momento, pues ella no sabía que yo estaba sola y él en Helsinki.

Bebí un trago de vino y fui pasando fotos. Jessica Almenäs estaba en una cena de chicas con un montón de famosas. Mi hermana acababa de publicar una foto en la que iba a lomos de un caballo mientras saltaba un obstáculo en el hipódromo de Örebro y había escrito: «¡El MEJOR salto de Salome esta tarde!». Y Steffo Törnqvist acababa de encender un puro después de cenar, según comentaba en una foto que se había hecho mostrando su gran sonrisa con un habano entre los dientes.

Y abajo, en una foto que era tan cálida y bonita que la sangre se me heló en las venas, estaba yo en la bañera de Bella con el agua hasta el cuello, los ojos cerrados y una copa de vino en la mano. Había velas encendidas alrededor de la bañera y, colgada en la pared, se veía mi toalla de baño amarilla, la misma que me envolvía en ese momento.

«Relajándome después de un ajetreado día de trabajo y reuniones en la ciudad», ponía seguido de dos emojis, uno era una cara sonriente con mejillas sonrosadas y el otro una copa de vino.

Me quedé mirando la foto de mí misma, al parecer publicada por mí en mi cuenta de Instagram solo quince minutos antes.

Alguien me había hecho una foto en silencio desde la puerta del cuarto de baño mientras yo estaba en la bañera con los ojos cerrados. Y esa misma persona la subió después en mi propia cuenta de Instagram.

El ruido que oí en el pasillo debió de ser cuando salió del apartamento.

Me levanté con tal vehemencia que la copa cayó al suelo y se hizo añicos. No me detuve a limpiar los fragmentos, ni siquiera cuando noté dolor y me vi una herida. Solo entré corriendo en mi habitación, me vestí rápidamente, cogí el bolso y dejé el apartamento lo más deprisa que pude.

Al salir a la calle me detuve delante de la puerta. No había gente por ningún lado.

«¿Adónde iba?»

No tenía ningún sitio adonde ir.

En los servicios de la pizzería Ciao Ciao saqué el móvil. Me temblaban las manos y me castañeteaban los dientes. No dejaban de llegar «me gusta» y comentarios que aparecían en la pantalla: «¡Uau! ¡Disfruta y pásatelo bien!», «¿Quién es el fotógrafo?» y «¡Looove!». Sally había escrito: «¡No más desnudos! Saludos a Micke».

Las lágrimas acudían a mis ojos mientras marcaba el número de teléfono de Micke. Saltó el contestador; debía de estar en ese momento cenando con un montón de finlandeses. «Hola, soy Micke, no puedo atenderte en este momento. Deja tu nombre y número de teléfono y te llamaré lo antes posible.» El tono cálido de su voz hizo que se me saltaran las lágrimas y que no pudiera decir ni una sola palabra después del pitido, así que colgué.

¿A quién iba a llamar?

Mamá y Lina estaban descartadas, no podía decirles lo que había ocurrido...

¿A Sally? ¿A Björn? ¿A Fabian?

Björn tenía puesto el contestador, pero Fabian contestó enseguida.

—Hola, soy Fabian.

Su voz hizo que me brotaran las lágrimas y que no pudiera articular palabra al principio.

—¿Hola? ¿Quién llama?

—Fabian, soy yo... Sara.

—Pero, pequeña... ¿estás llorando? ¿Qué ha ocurrido?

El rostro amable de Fabian. Tal vez una taza de té...

—¿Puedo... ir a tu casa?

—Por supuesto —respondió Fabian—. Sabes que siempre eres bienvenida.

Después de veinte minutos de viaje en taxi, estaba sentada en el sofá en la casa de Fabian en Olovslund, mientras él preparaba dos tazas de té en la cocina. Fabian vivía solo en un chalet tan pequeño que casi parecía una casa de muñecas, situado en las afueras de la ciudad, entre Äppelviken y Nockeby. Era una zona tranquila cuyos residentes eran en su mayoría jubilados y familias con niños. Mientras estaba allí sentada, me parecía increíble que fuera a contarle todo lo que me había ocurrido esa tarde.

«Papá.» Aún no me había recuperado de la impresión que me había producido verlo y hablar con él, y el vacío interior que me había quedado después era como un pozo abierto y doloroso. «¿Qué haría ahora?»

Fabian se acercó con dos tazas humeantes de té en las manos. Llevaba un suéter viejo, unos pantalones anchos y unas zapatillas de estar por casa. Toda su persona irradiaba sosiego y normalidad.

—Con miel y sin leche —dijo, poniendo una taza delante de mí—. Como antes.

Esbocé una sonrisa forzada.

—Tienes buena memoria.

La bebida dulce y caliente descendió por mi garganta. Fabian se sentó en el sofá enfrente de mí y me miró mientras se bebía el té en silencio.

—Y ahora cuéntame —dijo al fin—. ¿Qué te ha ocurrido?

Respiré profundamente pero, en vez de contarle lo ocurrido, brotaron de mi boca unas palabras totalmente distintas.

—Háblame de mi padre —dije—. ¿A qué se dedicaba realmente?

Fabian frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir? —preguntó—. Sabes a lo que se dedicaba, ¿no?

—En realidad, no. Tengo alguna idea, como suele pasar con lo que hacen tus padres. Fuisteis amigos muchos años. ¿Cómo os conocisteis?

Fabian sonrió.

—Nos conocimos cuando estudiábamos Ciencias Políticas en la universidad —contó—. Y todo empezó con una discusión. Lennart y yo teníamos que hacer un trabajo de grupo, y en nuestro grupo había una chica muy atractiva que se llamaba Sofia. No sé si fue porque ambos le habíamos echado el ojo, pero empezamos a discutir por la tarea y a «bravuconear» entre nosotros, por así decirlo.

Los podía ver delante de mí: mi padre y Fabian mantuvieron intensas discusiones políticas a lo largo de los años y no era raro que se enfadaran en serio. En una ocasión, mientras cenábamos en casa, Fabian se levantó de la mesa en un arrebato de cólera, dio un portazo y se marchó. Al día siguiente envió flores a mi madre pidiendo disculpas por su comportamiento y, desde entonces, solíamos bromear con él y mi padre diciéndoles que los que parecían llevar muchos años casados eran ellos dos. Pero siempre hacían las paces.

¿O no?

—¿En qué consistía la tarea? —pregunté—. ¿Lo recuerdas?

—Consistía en determinar qué medidas debía adoptar el gobierno sueco respecto a las ayudas al desarrollo. Ya sabes, eran los años setenta y Suecia tenía una economía excelente. Queríamos salir a salvar el mundo.

—Entonces ¿por qué reñisteis? —pregunté—. ¿Por qué no salvasteis juntos el mundo?

Fabian hizo un gesto.

—Empezamos a pelearnos desde frentes distintos —dijo—. En realidad pensábamos más o menos igual, pero cuando apareció Sofia fue como si eligiéramos cada una posición distinta. Según lo recuerdo, Lennart defendía, contradiciendo en parte su propia convicción, que había que quitar los controles de fronteras y crear un comercio libre y global, y entonces yo me fui en la otra dirección. Defendí que había que crear la mayor prosperidad interna posible en Suecia y en otros países europeos para poder formar a personas, y luego enviar a estas y a sus empresas a países necesitados del mundo y ayudarles a crear una infraestructura en sus países.

—¿Y quién ganó? —pregunté.

—Lennart ganó la discusión y el grupo se unió a su argumento —reconoció Fabian—. Todos hicimos un trabajo brillante y recibimos recomendaciones de nuestros profesores y buenas calificaciones en el curso. —Sonrió con picardía—. Pero Sofia se quedó conmigo.

Me reí. De repente, todo lo que había pasado esa tarde parecía lejano y extraño, casi como un sueño. ¿Habría trabajado demasiado últimamente? ¿Estaría imaginándome cosas? ¿Tal vez solo fuera el estrés del trabajo?

Como si imaginara mis pensamientos, Fabian se puso serio de repente.

—Entonces ¿qué hizo que te alteraras tanto esta tarde?

—Espera —dije—. No has respondido a mi pregunta. ¿A qué se dedicaba mi padre cuando murió? ¿Y cómo fue su carrera después de finalizar el bachillerato?

Fabian reflexionó.

—Hizo la mili justo después de los estudios, como todos los demás en aquella época —dijo—. Después empezó a estudiar en la universidad, donde nos conocimos, y consiguió trabajo, no recuerdo dónde. Pero poco a poco empezamos los dos en la Agencia de Cooperación para el Desarrollo. Lennart primero y luego yo. Pasamos varios años juntos en Estocolmo, pero después

yo estuve trabajando en el extranjero bastante tiempo mientras que él siguió aquí ocupando su puesto. Y hace unos diez años lo dejó. No sé bien qué pasó, pero montó una asesoría. Creo que tenía muchos encargos. Yo me fui al Ministerio de Asuntos Exteriores cuando volví, hará cinco años de eso. Así que no estábamos en el mismo sitio, aunque teníamos mucho contacto.

—Y os podíais seguir peleando —dije.

Fabian se rio.

—No, los últimos años no nos peleábamos mucho. Lo hacíamos más cuando éramos jóvenes e impetuosos. Después nos hicimos muy buenos amigos.

Miró hacia un rincón y señaló con la cabeza un sacabotas que había allí.

—Eso me lo regaló al principio como muestra de amistad —dijo—. «Al entrar en tu casa, no olvides quitarte la porquería que traes del trabajo y que también llevas en los pies.» Nunca se me olvida. Me encanta ese sacabotas.

Asentí con la cabeza, pues ya conocía esa historia. Así era mi padre: mantenía separado el trabajo y los estudios de la familia; no dejaba que el estrés laboral y escolar estropearan la tranquilidad y la seguridad del hogar. Por eso su comportamiento final era más inexplicable aún.

Nos quedamos en silencio un momento.

—¿Estaba alguien enfadado con mi padre? —pregunté después.

Fabian me miró sorprendido.

—¿Enfadado? ¿Además de mí, quieres decir? —Soltó una carcajada—. Bromas aparte, no lo creo en absoluto. Tu padre era muy apreciado por todos los que trabajaban con él. Era experto y astuto, a la vez que tranquilo y competente. Era genial, simplemente. Fue por lo que...

Fabian se quedó en silencio mirando su taza de té.

—Por eso nos dimos cuenta de que estaba enfermo —dijo—. No era el de siempre.

—¿En qué sentido?

—Se volvió agresivo. Se enfadaba con todo el mundo, empezó a acusarles de cosas...

—¿Qué tipo de acusaciones?

Fabian negó con la cabeza.

—No lo sé muy bien —dijo—. Pero cuando ocurrió el accidente y la policía dijo que había tenido un derrame cerebral, no me sorprendió demasiado. Me quedé profundamente abatido, por supuesto, pero fue como si me confirmaran algo. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Asentí lentamente. Volvimos a quedarnos en silencio.

—Ahora te toca a ti —dijo Fabian—. ¿Por qué has venido? ¿Qué ha ocurrido?

En ese momento sucedió algo en mi interior que no podía entender, algo que hizo que el cuarto de estar de Fabian se tambaleara, junto con el sacabotas y las estanterías fijadas a la pared, las máscaras africanas y las estatuas de bronce. Algo dio un giro, y esa necesidad tan grande que tenía

de mostrar mi fragilidad y buscar protección, se convirtió en un enorme deseo de guardar silencio y defenderme por mí misma. Ya lo había sentido antes, pero nunca con tanta claridad.

Acababa de abrir la boca para empezar a hablar, pero volví a cerrarla. Nos miramos el uno al otro.

—Antes quiero preguntarte otra cosa. Acerca de esos recortes de periódico, ya sabes.

Fabian se echó hacia atrás y me miró estrechando los ojos.

—Dispara —dijo—. Responderé a cuanto pueda.

Metí la mano en mi bolso, saqué la carpeta del asesinato de Olof Palme y la tiré delante de Fabian.

—¡Ah, sí! —exclamó—. El asesinato de Palme.

Hojeó el montón de artículos.

—Es mucho material —dijo—. ¿Quieres que lo lea?

—No. Yo lo he leído todo y también un montón de cosas en internet. Cuanto más lees, más raro te parece, ¿verdad?

—Ya lo creo —convino Fabian—. Es uno de los grandes misterios sin resolver de Suecia.

Lo miré fijamente.

—¿Crees que fue Christer Pettersson?

Fabian esbozó una leve y sarcástica sonrisa.

—No —dijo—. Probablemente es lo único que no creo.

Saqué algunos artículos de la carpeta y los puse delante de él. —¿Y qué opinas de esto? —dije.

Policía: Un comando de asesinos pudo haber asesinado a Olof Palme.

El grupo Palme sospecha que un comando pudo haber seguido a Olof Palme con walkie-talkies. [...]

Del sumario se deduce que el grupo Palme se centra principalmente en investigar si había una conspiración detrás del asesinato del primer ministro.

Dan Andersson, jefe de la investigación, dice acerca de las numerosas personas con walkie-talkies que se observaron allí, que se lo están tomando con «la mayor seriedad» y que, en su momento, se llevaron a cabo investigaciones técnicas, incautaciones e interrogatorios a las personas que vieron con walkietalkies en la escena del crimen.

«Si se tienen en cuenta a los testigos que había en la escena del crimen y en los alrededores, actualmente hay alrededor de ochenta testigos oculares. En mi opinión, son demasiados para no tomárselo con la mayor seriedad», asegura Dan Andersson. [...]

JOHN GRANLUND,

Aftonbladet, 25 de febrero de 2016

Miré a Fabian mientras leía sentado en el sofá, y mis pensamientos vagaron en torno a los textos

de Palme. ¿Habría sido asesinado por un comando de asesinos? Era difícil suponerlo, pero más difícil ignorarlo. Pero que la casualidad pusiera a un gran número de personas con walkie-talkies justo alrededor de ese sitio, en el preciso momento en que dispararon al primer ministro de Suecia, era todavía más inverosímil. Debía haber varias personas de nuestro entorno que conocían la verdad. Pero ¿quiénes eran? ¿Por qué no había aparecido ninguna?

Fabian terminó de leer y dejó a un lado los artículos.

—Pues sí —dijo—. Da miedo leer esas cosas.

—¿Crees que mi padre podía haber descubierto algo peligroso?

Fabian se encogió de hombros.

—Realmente no lo creo —dijo—. Todo esto se publicó en los periódicos. Aquí no hay nada nuevo, nada que tu padre descubriera por su cuenta.

Me recosté en el sofá y me restregué los ojos.

—Lo sé —me resigné con cierta frustración—. Pero entonces ¿qué estaba haciendo?

—¿No os dijo nada a la familia? —preguntó pensativo—. ¿Es posible que se te haya olvidado algo porque no te pareció importante en aquel momento?

Negué con la cabeza.

—Al menos nada que recuerde ahora mismo.

—Pero una cosa... —dijo Fabian, mirando los papeles—. Aquí. —Puso el dedo sobre el texto que mencionaba el comando de asesinos—. Lennart escribió algo en el margen, ¿lo has visto? —Levantó el artículo y lo giró un poco para que yo lo viera—. «Sin huellas y de forma elegante como de costumbre» —leyó en voz alta—. ¿Qué crees que quería decir con eso?

—No tengo la menor idea —respondí.

Fabian me miró. Después dejó los papeles sobre la mesa y se recostó en el sofá.

—¿Por qué has venido en realidad? —preguntó—. No ha sido para enseñarme los artículos, ¿verdad? Hay algo que no me quieres contar.

Volví a sentir lo de antes: que tenía que protegerme y guardarme para mí lo que pensaba, igual que habría hecho mi padre. A pesar de que Fabian y él eran buenos amigos.

Respiré profundamente.

—He reñido con mi novio —mentí—. Pero no quiero hablar de eso.

Fabian me miró directamente a los ojos y percibí que no se creía ni una palabra de lo que le acababa de decir.

—Puedes hablar de lo que quieras —dijo—. A tu ritmo. ¿Quieres quedarte a dormir esta noche? Puedo preparar la habitación de invitados.

—Con mucho gusto —dije—. Si no es molestia.

Fabian sonrió.

—Tú no molestas nunca, Pulgarcita.

A la mañana siguiente tomamos un desayuno rápido en la cocina, ya que los dos nos teníamos que ir a trabajar. Me puse a fregar las tazas y cuando me di la vuelta él me estaba observando. Al ver su mirada, volvieron los sentimientos encontrados que solía tener: con respecto a él: agradecimiento por su amistad y amabilidad y un recelo oculto al mismo tiempo, igual que me pasaba con Björn.

¿Tal vez era yo la que no estaba bien de la cabeza, la que no podía confiar en nadie?

—Solo quiero decir una cosa —empezó Fabian, apoyando una mano en mi hombro—. Sé que el año pasado fue duro para ti, sobre todo teniendo en cuenta lo que le ocurrió a Lennart. Si quieres hablar de él... Si tienes alguna idea más que quieras comentar, aparte de las que planteaste ayer, ya sea de Lennart, de Palme o de cualquier otra cosa relacionada con los recortes que guardaba tu padre, no dudes en acudir a mí. ¿De acuerdo?

Asentí con la cabeza.

—Hay algo que quisiera saber —dije—. ¿Se le hizo la autopsia a mi padre? ¿Cómo se sabe de qué murió? Teniendo en cuenta que la casa ardió por completo hasta los cimientos, no debió de quedar mucho de él. No puedo hablar de eso con mi madre, pero obviamente me gustaría saber cómo se hizo. ¿Sabes a quién puedo recurrir?

Fabian me miró con gesto de preocupación.

—¿Estás segura de que es conveniente que lo hagas? ¿De verdad quieres removerlo todo?

—Tengo que saberlo —dije—. En el momento que ocurrió todos estábamos en shock, pero ahora quiero descubrirlo. Necesito saber que lo que enterramos eran los restos de mi padre.

Fabian asintió con la cabeza.

—Entiendo cómo te sientes —dijo escuetamente—. Haré todo lo que pueda para ayudarte.

Se dirigió al recibidor, se puso el abrigo y luego volvió a entrar en la cocina.

—Puedo hacerlo a través de Björn —añadió sonriendo—. Él fue quien se encargó de todo eso. Sé que tiene muy buenos contactos.

Bella estaba en la oficina cuando llegué y parecía estar contenta pero un poco cansada. Intercambiamos algunas palabras sobre la noche anterior y llegué a la conclusión de que había dormido en la casa de su chico nuevo, que al parecer se llamaba Felipe. Su madre era sueca y su padre español, y Bella resplandecía como un sol al hablar de él. Pero cuando le dije que Micke había pasado la noche anterior en Helsinki y no en casa, se quedó perpleja.

—Entonces ¿quién hizo la foto de Instagram?

—Mi otro novio —dije, guiñando un ojo.

Las cejas de Bella se dispararon hacia arriba.

—Luego te lo explico.

Trabajamos duro todo el día con el programa y las reservas para la gala benéfica y después comimos sushi en la oficina antes de irnos a casa. Bella no dejó de hablar de Felipe mientras nos dirigíamos a Storgatan, y yo la escuché. Pero cuando subimos al apartamento eché la cadena de seguridad por la parte de dentro y me volví hacia ella.

—¿Qué haces? —se extrañó—. ¿Por qué echas la cadena?

—¿Quién tiene llaves de aquí, aparte de tú y yo? —pregunté.

Bella parecía no entender nada.

—¡Nadie, por supuesto! —aseguró—. Solo hay tres juegos: el tuyo, el mío y el de reserva.

Fue al estante donde solíamos dejar las llaves, las cogió y las sacudió para que las viera.

—Están aquí, donde tienen que estar. Ahora explícate, por favor.

Nos sentamos en el sofá y le conté todo lo que había ocurrido: desde la llamada telefónica en la que hablé con mi padre hasta la extraña persecución en el túnel y mi baño caliente con la foto que fue a parar a Instagram. Aún me dolía hablar de mi padre, y lo que me había ocurrido resultaba totalmente incomprensible.

Bella me miró fijamente.

—No entiendo nada —dijo—. ¿Quieres decir que fue tu padre quien llamó? ¿Que está vivo? ¡Dijiste que se había quemado en vuestra casa de vacaciones!

—Eso creía yo. Pero si realmente fue así, hay alguien por ahí que puede imitar su voz a la perfección. Esa persona me llamó por teléfono y se dirigió a mí utilizando un apelativo cariñoso que solo conoce mi familia y nuestros amigos más íntimos, se vistió con la ropa de mi padre, me engañó para que lo siguiera en el túnel y finalmente desapareció.

Bella sacudió la cabeza con el ceño fruncido.

—¿Y la foto de Instagram? ¿Quién la tomó? —dijo escéptica.

—No lo sé. Yo estaba sola aquí.

—A Micke no le gustará —dijo—. Sabe que yo no estaba en casa por la noche. ¿No ha visto que la subiste? Se va a dar cuenta de que había alguien más aquí.

La miré y Bella lo hizo también con sus ojos grandes e inocentes: uno azul y el otro de color avellana. Era muy bonita.

—No me crees, ¿verdad?

Bella se encogió de hombros.

—La verdad es que ya no sé bien qué creer —dijo—. Hay demasiado misterio a tu alrededor. En los trasteros... Que te vuelva a atacar el mismo hombre... Que te llame por teléfono tu padre, ya fallecido... Que una persona desconocida suba una foto tuya en tu cuenta de Instagram mientras tú estás en la bañera... Sara, me tienes preocupada, creo que deberías hablar con alguien.

Y de repente, del mismo modo que en casa de Fabian, noté que la habitación se movía y las paredes, con los bonitos cuadros de arte moderno que colgaban de las mismas, se acercaban a mí.

¿Estaría perdiendo la cabeza?

«Loca, loca, loca.»

Me pasé la mano por la frente y noté que estaba húmeda. En ese mismo instante volví a sentir que tenía que guardarme para mí lo que pensaba.

«No revelar. Proteger.»

—Tienes razón. Estoy agotada después de todo lo que ocurrió la primavera pasada. Me iría bien hablar con alguien.

Bella se acercó y me abrazó.

—Conozco un terapeuta buenísimo —comentó—. Ya le he hablado de ti, después del asunto de los trasteros. Normalmente tiene una lista de espera de varios meses, pero está dispuesto a concertarte una cita en cuanto te decidas.

Contemplé a Bella, su hermoso perfil y su cuerpo en buena forma física. Era el ideal de amiga, de esa compañera con la que soñaban todas las chicas de mi edad, pero que nunca se encontraba en la vida real.

—Eres genial —dije—. Muchísimas gracias. Iré a verlo cuando quieras.

Al día siguiente por la tarde, Micke, Bella y yo, junto con Fred, Danne y otros dos amigos de Micke, nos reunimos en torno a una de las mesas altas del Broms, bebiendo vino y riendo mientras charlábamos un poco de todo, excepto de lo que me abrumaba. Hablamos de nuestros trabajos, de las fiestas a las que estábamos invitadas el fin de semana y de los gimnasios a los que íbamos cada uno a entrenar. Me emborraché un poco y olvidé mis preocupaciones. Micke no preguntó nada sobre la foto de Instagram y yo tampoco saqué el tema. Él estaba pendiente de mí y solo me veía a mí, me acariciaba continuamente, se reía de todo lo que decía y conseguía que los demás escucharan cada palabra que salía de mis labios.

Poco a poco la conversación fue entrando en temas políticos y agucé el oído. Fortalecida por la atención que Micke me prestaba y el brazo que mantenía alrededor de mi cintura, dije de repente en voz alta:

—Escuchad una cosa: ¿qué sabéis del caso Palme?

Danne y Fred se encogieron de hombros.

—Le disparó aquel viejo borrachín —dijo Danne—. ¿Cómo se llamaba? Hace un montón de tiempo de eso.

—Christer Pettersson —contestó Fred—. Pero fue absuelto, ¿no?

—¿De verdad? —se extrañó Danne, frunciendo el ceño—. ¿A pesar de haber matado al primer

ministro?

—Y luego murió, creo —dijo Fred—. Me refiero a Pettersson. Resbaló en la acera o algo así. ¡Qué cosa más rara!

Bella sonrió y me señaló con la cucharilla de café. Se volvió hacia Danne y Fred con ojos brillantes.

—¡Cuidado, chicos! —soltó—. ¡Sara es la mejor detective del mundo! Y le está siguiendo la pista a algo, ¿no es verdad, Sara?

Todos me miraron y Micke me dio un beso en la mejilla.

—Si esta chica resolviera el caso del asesinato de Palme, yo sería el menos sorprendido —dijo, mirándome a los ojos—. Puedes hacer cualquier cosa.

—¿Cómo? —preguntó Fred—. ¡Ahora sí que no entiendo nada! Tú trabajas con Bella en Perfect Match, ¿no?

Me eché a reír y asentí con la cabeza mirando a Bella y a Micke.

—No escuches a esos dos —me quejé—. Solo dicen un montón de tonterías.

—No, es muy interesante, de verdad —dijo Bella a Fred—. Antes de morir, el padre de Sara recopiló una gran cantidad de material sobre casos suecos no resueltos, y cuando hablas de ello, Sara, se me pone la piel de gallina.

—¿Cómo? —se interesó Danne—. ¿De qué se trata?

Negué con la cabeza.

—Hechos curiosos de Suecia —contesté—. Cosas raras que han ocurrido en este país, algunas importantes, y otras no tanto, cuyos indicios han desaparecido misteriosamente.

—¿Aquí? ¡No puede ser! —dijo Danne con ironía—. ¡Esas cosas solo pasan en Italia o en Sudamérica!

—¿Verdad que no? —Sonreí—. Aquí en Suecia, no.

Micke levantó su copa.

—Brindemos por Sara, nuestra detective privada particular —dijo—. Promete que si descubres algo, nosotros seremos los primeros en saberlo.

—Lo prometo —repuse—. Algo raro está pasando, eso es evidente.

—¡Genial! —exclamó Danne con admiración—. ¡Me encantan los enigmas sin resolver!

—Yo solo quiero resolverlos —dije—. Detesto no saber lo que ocurre.

Después me bebí un gran trago de vino y dejé a un lado todos los pensamientos, tanto del asesinato de Palme como de mi padre. Micke me amaba y yo era feliz; no necesitaba más.

Siempre me ha fascinado la historia de Ícaro y, a veces, la recuerdo en relación con la muerte

de Palme. Dédalo, que era inventor, le hizo unas alas a su hijo Ícaro y se las pegó a los hombros con cera de abeja para que pudiera volar.

—No vuelas demasiado cerca del sol —dijo Dédalo—. La cera se derretirá y caerás a la tierra.

Pero Ícaro se acercó demasiado al sol y, naturalmente, la cera se derritió, él cayó al mar y se ahogó. Esta historia tan clara sobre el orgullo me cala hasta el fondo del corazón.

La muerte de Palme recuerda la huida de Ícaro. Cuanto más tiempo estaba en el poder, mayor era el riesgo que corría y más cerca volaba del sol. Muchos creían que apuntaba a una carrera fuera de Suecia, tal vez como secretario general de la ONU. Hizo amigos en todas partes, pero también muchos enemigos, sobre todo por su modo de utilizar la verdad y la mentira.

En el famoso cuadro de Brueghel sobre la caída de Ícaro, probablemente de mediados del siglo XVI, vemos a Ícaro caer al mar. Solo se ven sus piernas por encima de la superficie del agua en el paisaje que, por lo demás, está tranquilo, ya que la caída de Ícaro solo es un detalle del vasto cuadro. Justo al lado hay un pastor con sus ovejas, un pescador con su caña de pescar y un agricultor arando su campo con la ayuda de un caballo. Ninguno de ellos parece darse cuenta de lo que está ocurriéndole al pobre Ícaro.

Entierro de Estado o no, el agricultor tiene que seguir arando y el pastor cuidar su rebaño.

Otras veces, cuando pienso en el asesinato de Palme, me viene a la mente la obra de Shakespeare Julio César. César es rodeado en el Senado por sus amigos y enemigos, incluso por Bruto, su mano derecha, y luego lo matan entre todos.

Dante Alighieri, a su vez, puso a Bruto y a Casio junto a Judas en el fondo del infierno. En el noveno círculo, en las aguas heladas del lago Cocito, el diablo se los come a los tres. Lo hace porque han cometido los mayores crímenes: traición contra uno mismo, contra la familia y contra la nación.

Ahora que tengo delante los informes de los hechos y del desarrollo de los mismos, me doy cuenta de que mis asociaciones y conexiones entre la obra de Shakespeare, Dante y el asesinato de Palme son acertadas. Dan la vuelta al círculo y luego vuelven a mí.

A los más allegados a mí.

El beso en mi mejilla en las escaleras del palacio de Arvsfursten, ante las miradas incesantes de los servicios de seguridad extranjeros. Entonces no lo comprendí, pero luego cayó la moneda de plata.

—Al que bese, ese es. A él tenéis que seguirle. A él tenéis que apresar.

Los documentos queman en mis manos. Ahí está la respuesta a todas nuestras preguntas.

«Et tu, Brute.»

Tú también, Bruto.

Tú también, querido amigo en quien confiaba. Eso era lo que menos me esperaba de ti.

Bella mantuvo la promesa de pedirme una cita con su terapeuta lo antes posible. El jueves por la tarde ya estaba sentada en un cómodo sillón en un consultorio muy bien decorado situado en la calle Engelbrektsgatan con vistas a los árboles de Humlegården. En el sillón que había frente a mí estaba sentado Tobias, un hombre que parecía más un profesor de educación física que un psicoterapeuta. Tenía los ojos de un color azul intenso y el cabello oscuro; vestía camiseta y pantalón de deporte, a pesar de que estábamos a finales de octubre y las noches empezaban a ser frías. Tenía los brazos bronceados y musculosos, un apretón de manos seco y firme y calzaba unas deportivas tan blancas como la nieve. Lo único que revelaba que Tobias era psicoterapeuta era el bloc de notas con bolígrafo que apoyaba en sus rodillas.

En Östermalm todo era posible.

—Bueno, Sara —dijo, sonriendo con amabilidad—. Dime por qué estás aquí.

«Por qué estaba allí.»

—Mi amiga cree que me estoy volviendo loca.

—¿Te refieres a Bella? —dijo Tobias, anotando algo en su bloc—. Sí, ambos sabemos que fue ella la que se puso en contacto conmigo.

—Sí —respondí, suspirando profundamente.

Sonó como cuando un neumático viejo pierde aire. Tobias levantó la vista.

—Pareces preocupada —observó.

—No lo sé, la verdad —dije—. No sé nada.

—Empieza por el principio —propuso Tobias—. Escucharé todo lo que tengas que decir hasta que termines.

Cautelosamente, empecé a hablarle en primer lugar de mi traslado a Estocolmo y después de los hechos ocurridos recientemente. Al principio vacilaba en mis descripciones y esperaba que la alarma del reloj me avisara de que tenía que terminar para quedarme callada. No la oí. Sin embargo, cada vez me resultaba más fácil hablar y, después de un rato, cogí tal velocidad que casi no podía contener las palabras. Le hablé de la agresión en los trasteros, del evento de *Wild Kids*, de la llamada telefónica de papá y de su persecución en el túnel. Cuando le conté lo de la foto de Instagram me pareció a mí misma que era demasiado, y poco después fue como si mis palabras se agotaran. Tobias me miró y dejó el bloc.

—Tú tampoco me crees, ¿verdad? —pregunté—. Piensas que estoy loca, igual que Bella.

Tobias negó con la cabeza.

—No, no lo creo —respondió—. Eso es lo último que pienso de ti. Creo que está sucediendo algo en tu vida que tú misma no entiendes. Te conozco muy poco para decir qué es exactamente,

pero hay varias pistas posibles. Es posible que te esté persiguiendo alguien que quiere hacerte daño.

—¿Por qué? —dije, frunciendo el ceño.

—No lo sé. Solo te doy distintas explicaciones. Otra posibilidad es que se trate de una reacción por un duelo retardado, producida por el estrés que sufres en tu nuevo trabajo, y que esa reacción te esté haciendo ver y oír cosas que no existen.

—Es decir, que estoy loca.

—No, en absoluto —dijo Tobias—. La gente que padece estrés postraumático puede experimentar todo tipo de cosas raras. Eso pasa, pero hay que procesar cuál es el origen. Has sufrido dos traumas muy fuertes a lo largo de un año: una violación brutal y la muerte impactante y prematura de tu padre. Lo raro sería que todo ello no te hubiera dejado profundas secuelas.

—Entonces ¿qué tengo que hacer? —pregunté.

Tobias se inclinó hacia delante y me dio unas palmaditas en la rodilla.

—Para empezar quiero que te sientas segura en este consultorio —dijo—. Tienes todo mi apoyo y no creo que estés loca. Lo que creo es que necesitas ayuda.

—De acuerdo —convine con cautela.

Tobias se echó hacia atrás y me miró fijamente.

—¿Qué es lo que no recuerdas? —dijo pensativo—. ¿Qué reprimes constantemente?

Empecé a sentir escalofríos en la espalda.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Hay algo detrás de todo esto —comentó Tobias—. Un incidente, un recuerdo, algo que te dijo tu padre, una misión que te encomendó. Algún tipo de promesa, junto con un sentimiento de culpa. ¿Qué puede ser? Piénsalo de forma detenida.

Lo miré fijamente. De repente sonó una especie de alarma en mi interior.

—No tengo la menor idea de a dónde quieres llegar.

Tobias agitó la mano.

—Estírate en el sillón y cierra los ojos —dijo—. Ponte cómoda y relájate.

Hice lo que me pedía.

—Imagina que tienes a tu padre delante de ti —dijo Tobias—. Evoca la imagen de él tal como era en sus mejores años.

«Papá.»

Sonriéndome, vestido con su anorak, siempre dispuesto a ir a esquiar o a dar un paseo. Mi padre frente a la chimenea de casa, cuando nos sentábamos a hablar y él estiraba las piernas mientras yo me acurrucaba hecha una bola en mi sillón. Noté que una lágrima se escapaba bajo mis párpados cerrados y se deslizaba por la mejilla.

—¿Te pidió algo especial antes de morir? —preguntó Tobias en voz baja.

—Me dijo que si le pasara algo —susurré—, me hiciera cargo de mamá y de Lina.

Soles y estrellas bailaban en la oscuridad detrás de mis párpados.

—¿Qué más dijo? —preguntó—. ¿Te pidió algo más?

—Quería que fuera feliz —contesté en voz baja—. Y que siguiera a mi corazón y me atreviera a cambiar el mundo.

Por mis mejillas rodaron varias lágrimas.

—Como había hecho él —concluyó Tobias.

Asentí sin abrir los ojos. Tenía la sensación de que me encontraba en una oscuridad ingravida, rodeada de cuerpos celestes, y me parecía que no iba a querer volver a abrir los ojos después.

—¿Y qué es lo que se te ha olvidado? —susurró Tobias—. ¿Qué es ese peso que sientes que te oprime, pero no se lo puedes decir a nadie más que a tu padre?

La flor de sangre.

Y allí estaba, alta y aterradora, guardando su secreto. El entorno la temía, pero seguían respetándola. Era poderosa a pesar de lo terriblemente sola que estaba.

«¿Qué quería decir la flor de sangre?»

Los soles se convirtieron en un destello detrás de los párpados, y yo me levanté rápidamente y miré a Tobias. Vi que estaba tranquilo.

—¿Se te ha ocurrido algo? —preguntó—. Te has levantado muy deprisa.

—No —mentí—. Simplemente tengo la sensación de que llevo mucho tiempo aquí. ¿Qué hora es?

Tobias miró el reloj de hacer deporte que llevaba alrededor de la muñeca.

—Las cuatro y diez —dijo—. Llevas aquí una hora y diez minutos, un poco más de lo que habíamos acordado, pero no he querido interrumpir por tratarse de la primera vez. Parecía que ocurrían muchas cosas en tu interior.

Recogí mis cosas.

—Debo irme —me excusé—. Tengo un montón de trabajo por hacer.

Tobias asintió.

—Nos vemos el martes —dijo—. Tengo la sensación de que hoy has hecho muchos progresos. ¿Tú qué opinas?

—Sin ninguna duda —dije—. Hasta la vista.

Tobias me tendió una tarjeta de visita.

—Aquí tienes mi tarjeta. Llámame si te sientes mal o quieres hablar de algo si de repente recuperas la memoria.

Miré la tarjeta. Un bonito diseño, las letras de color azul claro resaltaban ligeramente sobre el fondo blanco.

Luego salí en dirección a la escalera y Tobias cerró la puerta detrás de mí. TOBIAS HALLGREN,

PSICOTERAPEUTA, ponía en un letrero de cobre reluciente que había en la puerta.

Bajé los escalones de dos en dos. Después de unos minutos ya estaba otra vez al aire libre a punto de llegar a Humlegården y, cuando me vi debajo de los árboles, me detuve y respiré profundamente.

Quería que me ayudaran, quería salir de dondequiera que estuviera ahora.

¿Sería tal vez, como había dicho Tobias, un gran estrés postraumático?

Fuera lo que fuese, necesitaba la ayuda de Tobias y de Bella, de Micke, de Sally, de mi madre y de Lina, incluso la de Fabian y Björn. Gente que me quería, que eran amigos míos, mi familia. Ya no se burlaba nadie de mí, tenía personas a mi alrededor que se preocupaban de verdad y que harían cualquier cosa para apoyarme. Había sido violada, pero lo superaría y seguiría con mi vida. No estaba sola ni desprotegida.

Reconocer mis necesidades y la situación en la que me encontraba hizo que empezara a avanzar por el camino de guijarros con renovada esperanza.

No era una víctima.

Pero tampoco tenía que estar siempre dispuesta a atacar.

Era capaz de superarlo y lo iba a hacer: *with a little help from my friends*.

Pero previamente se lo tenía que pedir. Debía descubrirme ante ellos y pedir ayuda. Era absolutamente necesario dejar el miedo y atreverme a sentir confianza.

No tenía que vivir mi vida como la flor de sangre.

El viernes llegué a Örebro cerca de la hora del almuerzo, ya que tenía cita en el dentista. A Pelle no le importó que me cogiera unas horas libres, pues llevaba varias semanas haciendo horas extras casi todas las tardes.

—Por lo que Bella me contó, entiendo que debiste de pasarlo mal después de la muerte de tu padre —dijo—. Recuerda que toda la empresa te apoya. Ve a casa, disfruta de la rica comida de tu madre y vuelve descansada el lunes.

—Gracias, Pelle.

Me senté y me puse a mirar por la ventanilla mientras el tren se deslizaba por el paisaje otoñal. Había descargado *Orgullo y prejuicio* para leer en mi tableta; un viejo clásico de Jane Austen que también era uno de los favoritos de mi madre. Sin embargo, mis pensamientos se pusieron a vagar y al final dejé la tableta a un lado y me puse a pensar en el tema de la confianza. Sonaba bien en teoría, atreverse a creer en la buena voluntad de otras personas, pero en la práctica era bastante más difícil. ¿En quién se podía confiar? Al parecer solo había un modo de averiguarlo: probarla.

Cuando estábamos llegando a la estación de Eskilstuna, Fabian llamó por teléfono.

—Tengo el nombre de la persona que le hizo la autopsia a Lennart —dijo—. Björn ha tenido la amabilidad de encargarse de ello.

—Qué bien —dije, sacando un bolígrafo—. ¿Cómo se llama? Me gustaría llamarlo por teléfono.

Fabian vaciló.

—De acuerdo —respondió—. Se llama Bogdan Havic y trabaja en el Hospital Universitario de Örebro. Pero... tal vez te impresione hablar con él.

—¿Por qué?

—Sara, no es sencillo identificar a una persona que se ha quemado.

Transcurrieron unos segundos en silencio.

—¿La historia clínica dental? —pregunté.

Fabian suspiró profundamente.

—Efectivamente —dijo.

El tren reanudó la marcha en dirección a Örebro mientras empezaba a oscurecer sobre campos y bosques, a pesar de que era mediodía. El cielo estaba gris y una llovizna salpicaba el cristal de la ventanilla.

«La historia clínica dental.»

Así que mi padre se convirtió en cenizas, fue incinerado en el mismo lugar que murió. Lo único que se pudo rescatar de él fueron los dientes, por lo que su dentista tuvo que colaborar en la identificación; probablemente la misma dentista a la que yo iba a ver esa misma tarde.

¿Cómo se llevaba a cabo ese tipo de identificación?

Me di cuenta de que temblaba ligeramente, como si tuviera frío, a pesar de que en el compartimento hacía calor. Volví a ponerme la chaqueta e intenté dejar de pensar y probar a concentrarme en la relación entre Elizabeth Bennet y el señor Darcy.

Dos horas después estaba sentada en el sillón de Ann-Britt, la dentista que durante muchos años tuvo a toda nuestra familia de paciente y tenía el consultorio justo en Stortorget. Ann-Britt era una pariente lejana de mi padre, prima segunda, y la conocía de toda la vida. Era morena y tenía la nariz respingona, y yo siempre me sentía relajada allí, pesar de que odiaba ir al dentista. No teníamos mucho trato personal, pero a toda la familia nos caían muy bien tanto ella como su marido. Tenían dos hijas, Carina y Maria, quien iba a la clase de Lina.

Pia, la enfermera, me hizo unas radiografías y luego Ann-Britt me revisó todos los dientes y finalmente me hizo una limpieza.

—Bastante bien —comentó después de que me enjuagara la boca con un vaso de agua.

—¿No tengo caries? —pregunté.

Ann-Britt sonrió y negó con la cabeza.

—No, ninguna. ¿Quieres pagar directamente o te enviamos una factura?

—Prefiero pagar directamente.

Nos despedimos con un abrazo y luego salí y pagué en la caja. Había estado dudando todo el tiempo, pero cuando vi por la rendija de la puerta que Ann-Britt se quitaba la bata blanca, lo que significaba que yo era su última paciente, me decidí.

—Ann-Britt —la llamé, elevando la voz—. ¿Puedo hablar contigo un momento?

—Por supuesto —dijo ella—, ven a mi despacho.

Se sentó detrás de su escritorio y yo en la silla que había enfrente.

—¿Cómo te encuentras, Sara? —preguntó—. Me refiero a cómo llevas las cosas después de lo de tu padre. Lo siento mucho, para mí era un pariente y un amigo excepcional, por quien sentía un gran respeto.

—Gracias —dije—. Precisamente de eso quiero hablar contigo. Yo... me gustaría saber un poco más acerca de la identificación.

Ann-Britt me miró sin entender nada.

—¿Qué quieres decir?

—Supongo que te llamarían, ¿no? Mi padre vino aquí durante muchos años, así que debieron de ponerse en contacto contigo para pedirte su historia clínica dental.

Ann-Britt negó con la cabeza.

—No —respondió—. Nadie se puso en contacto conmigo.

Las ideas empezaron a dar vueltas en mi cabeza.

—Acabo de saber que solo pudieron identificarlo a través de la historia clínica dental —expuse—, así que se pondrían en contacto contigo, ¿no?

—No me llamó nadie solicitando la historia clínica de tu padre y tampoco se me pidió que ayudara en su identificación —explicó—. Os lo habría dicho de haber sido así, naturalmente. Pero, Sara... —Puso su mano sobre la mía—. ¿Estás segura de que es bueno que rebusques en todo esto? Tal vez os haga más daño que beneficio, tanto a ti como a tu familia. Creo que tu madre está muy sensible en este momento, y Lina también. Ella y Maria van a la misma clase y montan a caballo juntas. Mi hija me ha contado que este verano ha sido muy difícil para tu hermana.

La miré. Ann-Britt solo quería lo mejor para mí, estaba convencida de ello.

—No voy a hablar de esto ni con mi madre ni con Lina —dije—. Pero necesito saber lo que pasó. ¿Entiendes cómo me siento?

—Sí, claro que sí —respondió—. Y lo único que te puedo decir es que a lo mejor tu padre solía acudir a otro dentista, además de a mí, aunque lo considero poco probable. Ningún colega me pidió información durante todos estos años, lo que es habitual cuando vas a otro especialista, por ejemplo. Estamos en contacto unos con otros y nos ayudamos con radiografías previas y cosas así. Y tampoco me ha solicitado nadie que le enviemos una historia clínica dental después de su muerte, de eso estoy completamente segura. Debe tratarse de un malentendido.

Bogdan Havic.

Björn.

—Seguramente —dije, poniéndome en pie—. Te agradezco el tiempo que me has dedicado para hablar de esto.

El viernes por la tarde mi madre y Lina fueron a cenar a casa de una compañera de clase de Lina e invité a Sally a nuestro hogar. No había tenido tiempo de llamarla desde el fin de semana que pasamos juntas en Estocolmo, pero nos habíamos enviado mensajes. En uno de ellos, Sally me daba las gracias por la invitación, «sobre todo por haberte atrevido a ser sincera», a lo que le respondí que me había gustado mucho que, al fin, hubiéramos podido hablar abiertamente de toda esa mierda del pasado.

Sally no llegaría hasta las ocho, así que lo dejé todo listo y luego me senté a la mesa de la cocina. Me había metido en el bolso algunos documentos de papá, como de costumbre, así que

saqué una carpeta de color verde en la que ponía «Auditoría General de Cuentas del Estado / Tribunal Constitucional» y empecé a leer.

[...] no se trata de directores generales incompetentes de una obra pública difusa. Ni tampoco de políticos chapuceros.

Son nuestros tres auditores generales de cuentas del Estado, de los que hemos podido saber más gracias al *Dagens Nyheter*. Son tres de los dignatarios más cualificados de Suecia: un eminente abogado, un doctor en Economía y un experto en Ciencias Políticas. Tres de los que tienen el control de lo que hay que hacer en el país, a los que se les ha confiado el dominio de todos los demás. Los que tienen el poder de destruir a las autoridades que descuiden nuestros impuestos. Los guardianes de la ética y de la moral. [...]

¿Ya no significa nada? La Auditoría General de Cuentas era el último bastión de la honestidad. ¿O era tal vez una de nuestras últimas y más tenaces ilusiones sobre los «valores suecos» que aún se mantenía ligeramente por encima de todas las demás? [...]

Pero ¿qué son en realidad las formas actuales respecto a la moral y la ética en los dignatarios suecos? ¿Cuáles son exactamente los valores suecos que son válidos para ellos? Si esto muestra cómo se comportan con la mayor fuerza y credibilidad, ¿cómo estará el resto de la administración sueca?

JENNY NORDBERG,
Svenska Dagbladet, 12 de julio de 2016

En el margen de uno de los artículos, mi padre había escrito una sola palabra: «Inútil». ¿Qué quiso decir?

El mero cuestionamiento de quién cuida del poder me pareció sumamente interesante y me puse a darle vueltas al argumento mientras preparaba la ensalada, a la espera de la llegada de Sally. A las ocho en punto entró por la puerta, con las mejillas sonrosadas y el casco de la moto en la mano, y aún no se había quitado la chaqueta cuando clavó los ojos en mí con su habitual mirada crítica.

—Pálida y demacrada —comentó mientras me abrazaba—. Parece que hubieras pasado una época difícil, y no creo que solamente se deba al miedo al dentista, ¿verdad? ¿Cuántas caries tenías?

—Ninguna —dije—. Entra y sírvete una copa de vino.

Sally se sentó de un salto en la encimera con su copa de vino mientras yo me disponía a freír la carne. Estaba a punto de preguntarle cómo se encontraban nuestros viejos amigos, pero nada escapaba a la mirada de halcón de Sally. Vio las carpetas verdes que había sobre la mesa.

—¿Qué es eso? —preguntó—. ¿Qué estás leyendo?

—Nada especial —dije—. Solo estoy revisando algunas cosas de los viejos archivos de papá.

—Déjame ver —ordenó Sally en tono autoritario, tendiendo la mano.

Le di la carpeta y después me concentré en la carne.

—«Auditoría General de Cuentas» —leyó Sally después de unos segundos—. «Tribunal Constitucional.» ¿Qué estaba haciendo tu padre?

Había decidido hablar con Sally y ser capaz de demostrarle que confiaba en ella. Pero me resultaba muy difícil empezar.

—No lo sé —intenté evadir la respuesta—. Encontré cientos de carpetas de ese tipo cuando vine a casa la vez anterior y las estoy leyendo. No es periodismo de investigación, todo esto ya está publicado y fue sacado de la prensa o de internet.

—¿Y cuál es el tema? —preguntó Sally—. ¿Irregularidades suecas?

—Más o menos.

—Qué interesante —dijo Sally, bebiendo un sorbo de vino—. Tu padre no era nada tonto.

—No —convine—. Pero quizá era un poco inquisitivo a veces. Y obstinado.

Sally dejó la carpeta a un lado y luego me miró.

—Ahora quiero saber por qué estás tan alicaída. ¿Se trata de Mícke? La foto de Instagram era muy guay y ya sabes que me cae bien. Pero se rumorea que los chicos de la capital son muy volubles.

—No hay ningún problema con Mícke. Estamos de maravilla.

—¿Me vas a tener en ascuas? —preguntó Sally—. Sé cuándo te pasa algo.

Se me escapó una risotada.

—¿Cómo puedes saberlo? —dije—. He pasado media hora maquillándome por ti.

Sally sonrió satisfecha.

—En parte porque tú no tienes precisamente «cara de póquer», y en parte porque te conozco desde que teníamos seis años, ¿te acuerdas? Gracias una vez más por todo lo del viaje. Fue muy divertido.

Evité el tema y serví la cena, y mientras comíamos volvimos a hablar de cosas banales. Pero cuando terminamos, Sally sirvió más vino en las copas, retiró los platos y me miró.

—Ahora tendrás que rendirte —dijo—. ¿No íbamos a ser sinceras entre nosotras a partir de ahora? ¿Qué ha ocurrido?

—No sé por dónde empezar. Pero está pasando algo raro a mi alrededor.

—Te lo he dicho todo el tiempo —dijo Sally—. Botas de Prada, abrigos de piel sintética. Es probable que se trate de blanqueo de dinero del narcotráfico y que te estén utilizando como una especie de fachada.

Me eché a reír.

—No, no tiene nada que ver con mi trabajo. Se trata de la muerte de mi padre.

Sally se puso seria.

—¿Cómo? —se extrañó—. ¿Tiene que ver con esos recortes de periódico?

—No lo sé —dije—. La verdad es que en este momento no sé mucho.

—Suenas sensato dentro de lo que cabe —dijo Sally—. ¡Continúa!

Intenté resumir rápidamente mis impresiones para describirle todas las cosas extrañas que me habían pasado sin entrar en detalles. No fue nada fácil.

—Fabian me dijo que el médico del Hospital Universitario que le hizo la autopsia a mi padre se llamaba Bogdan Havic —expliqué con mucha cautela.

—Bueno —dijo Sally—. ¿Y bien?

—Cuando llamé esta tarde allí, nadie había oído hablar nunca de ningún Bogdan Havic.

Sally frunció el ceño.

—No tiene sentido —comentó ella—. Búscalo en la guía telefónica; habría algún loco atendiendo la centralita del hospital.

—Lo busqué allí y también en el directorio de Hitta.se —dije—. No hay nadie con ese nombre en toda Suecia.

—¿Tal vez lo deletreaste mal?

—Fabian me lo deletreó. Björn le facilitó el nombre.

Sally se quedó mirándome.

—¿Por qué vuelves a hacerlo? —preguntó—. ¡Creía que habíamos acordado que ibas a dejar de mirar hacia atrás y seguir adelante! Aunque bromeo todo el tiempo sobre tu trabajo, sobre Micke y sobre la gente de Estocolmo, estoy muy contenta de que te hayas alejado de todo. Es importante que lo dejes, ¿no te das cuenta? ¡Deja de leer viejos artículos y mira hacia delante!

—Crees que estoy loca —dije.

Sally arqueó las cejas sin decir nada. Sus ojos de color azul verdoso brillaron intensamente.

—¿Estoy loca? —pregunté.

—No —contestó Sally—. Deja ya de dar la tabarra, ¡estás obsesionada con eso desde que ibas al instituto!

Tenía razón.

—Fabian dijo que tuvieron que identificar a papá con la ayuda de su historia clínica dental —dije.

—No es nada inusual después de un incendio.

—Pero Ann-Britt afirma que nadie ha solicitado la historia dental de mi padre después de su muerte.

—¿Estará sujeto al secreto profesional?

—¡Vamos!

—De acuerdo —dijo Sally—. De todos modos, se puede tratar de un malentendido.

Era inevitable, tenía que contárselo todo. La cuestión era cómo reaccionaría ella.

«Confía en ella.»

—Sally —empecé—. No se lo he dicho a mi madre ni a Lina, así que debes mantener la boca cerrada.

—Me conocen como «la muda».

—Alguien me agredió en los trasteros de mi edificio y fue el mismo tipo otra vez. El mismo que me violó.

Sally me miró fijamente.

—Alguien manipuló mi cable de seguridad en la pista de *Wild Kids* y estuve a punto de caer por un barranco de diez metros. Mi padre me llamó por teléfono para que nos viéramos y lo vi, te juro que lo vi. Pero luego se metió en el túnel y desapareció. Y la foto en Instagram.. Yo estaba sola en casa, alguien entró mientras me bañaba, me hizo una foto con mi móvil y luego la subió a mi cuenta de Instagram. ¿Lo entiendes?

Sally cogió su copa de vino.

—Ven, sentémonos en el sofá.

Seguíamos allí cuando, tres horas después, mi madre y Lina volvieron. Le conté todo lo que había ocurrido y Sally me preguntó exhaustivamente sobre algunos detalles. Dejó a un lado su habitual tono bromista y se concentró en lo que tenía que decirle. Cuando oímos la llave de mi madre en la cerradura, la avisé rápidamente:

—No les cuentes ni una palabra, ¿de acuerdo?

Sally asintió. Mi madre y Lina se acercaron, nos abrazaron y nos contaron detalles de la cena en la que habían estado. Después, mamá preparó café para todas y nos sentamos a charlar. Sobre la una de la madrugada, Sally se levantó bostezando.

—Ahora tengo que irme a dormir —dijo—. Gracias por la cena, Sara, estaba buenísima. Ha llegado la hora de mi sueño reparador, pero nos vemos el domingo.

—Qué bien —dijo mamá—. ¿Qué vais a hacer?

—Tengo unos días libres del trabajo y Sara, que es genial, me ha sugerido que la acompañe a Estocolmo —mintió Sally con total naturalidad—. ¿A qué hora salía el tren, Sara?

—A las seis menos cuarto —dije aturdida.

No le había sugerido a Sally en ningún momento que me acompañara a Estocolmo. Pero después de lavar los platos, quitarme la ropa y meterme en la cama, me produjo un gran alivio la idea de tener compañía a mi vuelta. Micke estaba de viaje otra vez y Bella pasaba la mayor parte del tiempo en casa de Felipe. Cuando le dije que me gustaría que me lo presentara, ella dijo que prefería que esperáramos un poco, pues acababan de conocerse. Me angustiaba la soledad, pero ahora al menos no tendría que lidiar con todo yo sola. A fin de cuentas, iba a tener a una amiga al lado, aunque solo fuera por unos días, y pese a que se tratara de Sally, mi antigua acosadora.

Björn llamó el sábado y respondí a la primera.

—Hola, Sara —saludó amablemente—. Me alegro de que hayas contestado.

—Hola —respondí.

Yo estaba en la puerta de la tienda de ICA, mirando hacia delante mientras hablábamos.

—He estado pensando mucho —empezó Björn— y realmente me gustaría verte. ¿Podríamos quedar esta semana? Si quieres paso a recogerte con la moto o puedo invitarte a almorzar en el centro.

Pensé a toda velocidad. Es probable que Björn le diera a Fabian un nombre equivocado deliberadamente cuando mencionó a Bogdan Havic o tal vez se produjo algún tipo de malentendido. Simplemente había llegado el momento de que me enfrentara a Björn. Aunque solo fuera para averiguar si podía confiar en él.

—Tengo muchísimo trabajo —dije—. Pero puedo verte el miércoles a la hora del almuerzo. En un restaurante no, no dispongo de tanto tiempo. Podemos vernos en Humlegården y hablar un rato.

—Perfecto —contestó Björn—. ¿Dónde quedamos?

—En la colina de Flora a la una —dije para finalizar la conversación.

El domingo por la tarde estaba en el andén con mi maleta, pensando que Sally se había echado atrás. No había sabido nada de ella durante el resto del fin de semana, y era muy probable que se le hubieran quitado las ganas, o que se hubiera dado cuenta de que tenía mucho que hacer en el trabajo como para tomarse varios días libres. Solo faltaban dos minutos para la salida y yo, cargada con mi maleta, me esforzaba por asimilar una fuerte decepción cuando, de repente, oí que alguien gritaba mi nombre.

—¡Sara!

Era Sally, que llegaba a toda velocidad con una bolsa de viaje en la mano. Sonreí casi sin darme cuenta. Subimos al tren y encontramos dos sitios vacíos.

—Maldita moto —murmuró Sally, limpiándose el sudor de la frente—. Me ha dejado tirada, así que tuve que abandonarla y venir corriendo el último tramo.

Me reí.

—Es de locos —dije—. ¿Por qué estás aquí?

—Lo comenté la otra noche —dijo con gesto inocente—. He acumulado un montón de horas extra y tuviste la amabilidad de preguntarme si quería acompañarte a Estocolmo. No dices que no a algo así cuando vives en Örebro.

Solo había una persona cerca de nosotras y, cuando se levantó y se marchó, Sally se apoyó en

mí.

—¿Has hablado de todo esto con Bella? —preguntó en voz baja.

—Sí —dije—. Fue ella la que hizo que fuera al psiquiatra. Cree que estoy al borde de un ataque de nervios.

—Y tal vez sea así —dijo Sally—. Pero antes quisiera despejar algunas dudas. ¿Podrías no decirle a Micke y a Bella que me lo has contado todo?

Las señales de alarma volvieron a sonar por dentro.

—Por supuesto —dije—, pero ¿por qué?

—Solo voy a pasar unos días de vacaciones en Estocolmo. Creo que será mucho mejor así. Menos palabrería.

En ese momento entró un grupo de jóvenes y se sentaron en el compartimento. Sally me ofreció el periódico vespertino.

—Tienes que ponerte al día con las noticias importantes —dijo—. Por ejemplo, el embarazo de la princesa Victoria.

—No es ella la que está embarazada, sino la princesa Magdalena.

—¿Lo ves? —dijo Sally, arqueando las cejas—. Al fin y al cabo sabes de qué va.

Luego se inclinó, miró mi maleta y vio que sobresalían varias carpetas de colores de su interior.

—Voy a echarle un vistazo a esto. Si te parece bien, por supuesto.

—Naturalmente.

Abrí el periódico, completamente incapaz de concentrarme. ¿Qué quería Sally realmente?

No sé cómo lo descubrí, pero esa misma noche, mientras sacaba las cosas de la maleta, me di cuenta de algo que me dejó helada.

En mi ausencia, alguien había estado revisando mis cosas.

A primera vista todo parecía normal; sin embargo, las fotos que tenía encima del escritorio habían cambiado ligeramente de sitio y la ropa en los cajones no estaba como la dejé: alguien había estado revisando mi ropa y luego hizo todo lo posible por dejarla otra vez como estaba, sin lograrlo del todo.

Oí las risas de Sally y de Bella en la cocina y el sonido de sus voces mientras fregaban los platos. Bella se alegró mucho al ver a Sally, quien, a su vez, se puso de un humor excelente al encontrarse con ella, igual que la vez anterior. Durante la cena que compartimos, casi logré convencerme de que todas las cosas raras que habían ocurrido eran simples imaginaciones mías, que estaba agotada por el trabajo y que lo había soñado todo. Que en ese momento estaba cenando

con dos amigas que vivían en mundos diferentes, pero que nos entendíamos. Todo iba como debía, no había ocurrido nada raro.

—Ve a deshacer la maleta, Sara —dijo Sally cuando terminamos de cenar—. Así podré quedarme con Bella un rato y hablar tranquilamente. Quiero saberlo todo acerca de ese Felipe.

—¡Hay que ver cuánto sabes! —exclamé sorprendida—. ¿Cómo puedes conocer el nombre del chico de Bella?

—Ya que voy a pasar unos días con vosotras, mi trabajo consiste en estar informada —dijo Sally—. Podéis verme como una especie de terapeuta ambulante del amor.

—¿Una especie de qué? —Bella sonrió.

—Buena suerte —le deseé a Sally, haciendo un gesto de complicidad—. Bella no cuenta absolutamente nada de Felipe. Ni siquiera quiere presentármelo.

—El que algo bueno espera... —empezó Bella con una sonrisa de felicidad.

—Voy a la habitación a sacar las cosas —dije—. Pero vosotras tendréis que fregar los platos.

Me quedé de pie en medio de la habitación con mi ropa interior en las manos, mientras iba desapareciendo la sensación de seguridad. Alguien había entrado y rebuscado entre mis sujetadores y mis bragas, y esa misma persona había hojeado también mis papeles y había visto mi viejo álbum de fotos. Lo único intacto era la bolsa de papel que contenía las carpetas de papá. Estaba en el mismo rincón, con la carpeta azul encima, como recordaba haberla dejado.

¿Quién había estado en mi habitación?

Descarté la posibilidad de que hubiera sido Bella, pues respetaba al máximo mi independencia personal y ni siquiera entraría en mi habitación sin pedir permiso.

¿Habría sido la misma persona que publicó la foto en Instagram?

¿Tendría intención de volver? ¿Cuándo?

Sally me miraba desde el pasillo. En ese momento oí que se cerraba la puerta de la casa.

—Bella ha ido a sacar la basura —explicó—. ¿Qué pasa?

Le dije que había tenido visita. Sally entró en la habitación y miró alrededor.

—No se lo digas a Bella —dijo enseguida—. Mañana me voy a quedar aquí, en el apartamento. ¿De acuerdo?

La puerta de la calle se volvió a abrir y entró Bella.

—¿Tienes todo lo que necesitas? —preguntó a Sally—. Hay sábanas y toallas encima de la cama supletoria. ¿He olvidado algo?

—Vamos juntas a comprobarlo —dijo Sally, saliendo de mi habitación.

¿Por qué era tan importante para Sally que no le dijera nada a Bella? ¿Estaría Sally implicada en lo que había ocurrido?

Al día siguiente tuve dificultades para concentrarme en el trabajo. Miraba el reloj todo el tiempo, preguntándome cuándo volvería a casa. Normalmente no tenía problemas por hacer horas extra, pero justo ese día sentía como si tuviera hormigas corriendo por mis brazos y mis piernas y no podía quedarme quieta.

Justo antes del almuerzo, Pelle me pidió que fuera a recoger unos originales muy importantes a una agencia de relaciones públicas que estaba en Birger Jarlsgatan, ya que no quería encargárselo a ninguna empresa de mensajería. Agradecida, me puse la chaqueta y salí al aire libre. Me pareció agradable alejarme de la oficina y de mi escritorio, y después de un rato de paseo mis ideas se aclararon un poco.

A partir de ahora tenía que establecer un plan de acción, de común acuerdo con Sally, con Bella o con las dos. O con ninguna de ellas. Había varias vías alternativas, pero ninguna me parecía especialmente buena por el momento. Podía dejar el trabajo e irme a vivir otra vez a Örebro, pero eso estaba casi descartado. Podía cambiar de piso y buscar otra vivienda, pero iba a ser muy triste porque me encontraba muy bien en casa de Bella. Podía convencerla de que teníamos que cambiar la cerradura. Podía acudir a la policía, pero ¿con qué argumento? ¿Por qué motivo iba a presentar una denuncia? Todo indicaba que yo tenía la mente confusa y estaba atravesando una crisis personal, o que había sufrido un síndrome de estrés postraumático. ¿Y tal vez lo tenía aún?

Cuando llegué a Engelbrektskatan se me ocurrió que Tobias, mi terapeuta, tal vez estaba en su consultorio y tenía un rato libre. En realidad no tenía que ir hasta el día siguiente, el martes, pero me dijo que podía llamarle en cualquier momento si lo necesitaba. Saqué el móvil y marqué su número de teléfono. Después de varios tonos de llamada, saltó el contestador.

—Hola, Tobias —contesté después—. Soy Sara. Dijiste que podía llamar si necesitaba algo, así que... por eso lo hago. ¿Puedes telefonarme?

Colgué. Después entré en la agenda y verifiqué la dirección y el código de la puerta.

¿Debería subir a ver si estaba trabajando con el teléfono apagado y podía atenderme? Las probabilidades eran mínimas, pero ¿qué podía perder?

Marqué el código de entrada y empujé la pesada puerta. La misma entrada elegante, la misma alfombra suave en las escaleras. Subí dos pisos y después me detuve. Subí otro más y luego un cuarto hasta que llegué al piso superior y entonces empecé a bajar. Al pasar otra vez por el segundo piso se me ocurrió mirar la puerta de enfrente. La vez anterior, mientras esperaba que Tobias me abriera, leí ANDERBERG en una placa de bronce que permanecía en el mismo sitio. Pero en la puerta de Tobias ya no ponía PSICOTERAPEUTA sino LILLIECRANTZ, en una tipografía rebuscada sobre la vieja placa de bronce que parecía haber estado allí desde que se construyó la casa.

Pulsé el timbre.

Pasaron unos segundos. Luego se abrió la puerta y vi a una anciana menuda de cabello blanco

que llevaba un elegante vestido floreado. Me miró con curiosidad.

—Disculpe —dije—. Busco al psicoterapeuta Tobias Hallgren. Tiene aquí su despacho.

La señora me miró sorprendida.

—¿Aquí? —dijo—. No, te habrás equivocado. Aquí solo vivimos mi marido y yo desde hace treinta y cuatro años.

—Pero estuve aquí la semana pasada —dije—. En su consultorio.

La señora sonrió.

—No hay ningún psicólogo o como se diga en este edificio —contestó amablemente y con mucho cuidado de pronunciar la «p» de psicólogo con toda nitidez—. En tal caso yo lo sabría, pues conozco a todos los vecinos.

La miré fijamente. Se me quedó la mente en blanco.

—¿Podría entrar al cuarto de baño? —dije sin pensar—. Necesito hacer pis.

La anciana vaciló un momento. Después me miró.

—Está bien —dijo—. La verdad es que no tienes aspecto de ladrona, así que puedes pasar. Está ahí, a la derecha.

Al entrar vi que todo había cambiado desde mi visita de la semana anterior. Donde estaba el despacho de Tobias con su escritorio pude ver, a través de la puerta abierta, un pequeño salón con un sofá de estilo gustaviano y varios retratos antiguos en las paredes. En el recibidor, antes decorado con cuadros modernos y sillas de madera, ahora había un reloj de pared y dos retratos encima de un diván pequeño y desgastado.

Entré en el cuarto de baño. La vez anterior también había estado allí, y podría jurar que la decoración era exactamente la misma, el mismo lavabo pequeño de porcelana y el mismo inodoro con una cadena de las antiguas para tirar.

Me lavé las manos y salí. La señora me estaba esperando en el recibidor y me sonrió con amabilidad.

—¿Ha ido bien? —preguntó.

—Perfectamente.

—Es fácil equivocarse en Engelbrektskatan —dijo—. Todas las puertas son parecidas.

Justo en ese momento las vi, debajo de varios abrigos pasados de moda que estaban colgados en unas perchas de terciopelo en el reducido espacio que hacía las veces de ropero.

Un par de zapatillas deportivas blancas como la nieve de un modelo muy actual, que serían más o menos del número 44.

Las zapatillas de Tobias, las mismas que llevaba cuando nos vimos.

—Bonitas zapatillas —dije, señalándolas con la cabeza—. ¿Son de su marido?

Por una fracción de segundo la noté insegura y que esquivaba mi mirada. Luego me miró y volvió a ver su sonrisa amable.

—No, no son tuyas —dijo mientras abría la puerta—. Bueno, adiós.

Salí a la calle y me quedé inmóvil en medio de la acera, tapándome la cara con las manos. Parecía estar a años luz de la última vez que, totalmente confiada, entré buscando ayuda y amistad.

¿Me había imaginado la existencia de Tobias?

«Loca, loca, loca.»

¿O había transformado alguien su consultorio conscientemente, solo para provocarme esto: una fuerte reacción de estrés?

¿Podía ser eso?

Y, de serlo, ¿cuál era la finalidad?

No pude contener un grito de frustración. Luego me quité las manos de la cara y volví en dirección a Humlegården.

Una niña de unos diez años se quedó inmóvil en la acera, mirándome mientras cruzaba la calle. Parecía aterrorizada.

Bella iba a cenar con Felipe, así que a las cinco salí de la oficina y fui al apartamento de Storgatan para encontrarme con Sally. En cuanto abrí la puerta, percibí el olor a salchicha frita y me di cuenta de lo hambrienta que estaba.

Me había olvidado de almorzar.

Sally vino al recibidor con una espumadera en la mano.

—¿Cómo va todo? —saludó—. ¿Más cosas raras?

—Podría decirse así —respondí—. Un momento, voy a lavarme las manos.

—En cuanto vuelvas a la cocina, empezamos a comer. Yo también tengo mucho que contar.

Nos sentamos a la mesa de la cocina con nuestros platos.

—Tú primero —dijo Sally.

Miré a mi amiga furtivamente. ¿Podía confiar en ella? Por otro lado, si estaba implicada era mejor que se supiera la verdad.

Le hablé de mi visita a la consulta de Tobias. Sally me escuchaba mientras comía y luego se echó hacia atrás.

—Aquí falta algo. Hay algo que nos estamos perdiendo.

—Sí —dije—, pero no sé qué puede ser.

Nos quedamos en silencio un momento.

—Está bien —dijo Sally—. ¿Quieres saber lo que he estado haciendo la mayor parte del día?

—Por supuesto.

Sally sonrió satisfecha.

—He estado figoneando —dijo—. He revisado hasta el último recoveco de este apartamento. El corazón me dio un vuelco.

—Vamos, anda —dije, dejando los cubiertos—. ¿No habrás entrado a la habitación de Bella?

—No hay ni un centímetro de la habitación de Bella que no haya visto —explicó Sally—. Tiene debilidad por los tangas de hilo, ¿lo sabías?

Me llevé las manos a las orejas.

—¡Basta! —dije—. ¿Cómo diablos puedes saberlo?

—Pero la primera gran sorpresa no me la llevé en la habitación de Bella —dijo Sally—, sino en la tuya.

En ese instante sonó el timbre de la puerta con insistencia. Sally y yo nos miramos.

—Vaya —dijo ella—. Debe de ser alguien que tiene muchas ganas de entrar.

Dejamos las servilletas sobre la mesa y fuimos al recibidor. Abrí la puerta y, en ese momento, varios policías con sus respectivas credenciales en la mano entraron en el apartamento abriéndose paso entre nosotras dos.

—¿Qué estáis haciendo? Quedaos ahí.

Uno de los policías sacó un papel.

—Vamos a hacer un registro domiciliario —dijo—. Hemos sido informados de que hay grandes cantidades de droga en este apartamento.

—¿Qué? —dije yo—. ¡Aquí no hay drogas!

—Esto ya lo veremos —respondió el policía—. Ahora podéis iros al cuarto de estar para que mi compañera se encargue de vosotras.

Sally y yo tuvimos que sentarnos en el sofá mientras que una agente de policía tomaba nota de nuestros datos personales. Después sacó dos recipientes para las muestras de orina.

—Necesitamos una muestra de orina de cada una —dijo—. ¿Dónde está la persona que figura como propietaria del apartamento?

—Es Bella —dije—. Está con su chico.

La policía tomó nota de los datos de Bella también. Sally estaba indignada.

—No tenéis derecho a exigirnos análisis de orina.

La oficial de policía le sonrió con amabilidad.

—Podéis negaros, por supuesto —dijo—. Pero, si lo hacéis, vuestra negativa será parte de la investigación preliminar y entonces tendremos que obligaros a que entreguéis muestras de sangre.

—Vamos, Sally —dije—. Vamos a orinar en ese bote.

Le dimos nuestras muestras de orina y después tuvimos que sentarnos mientras los policías revisaban todo el apartamento. Buscaron en nuestros cajones y armarios, y por todos lados.

—Espero que lo ordenen todo después —murmuró Sally.

La miré. Parecía estresada y en su frente brillaban unas pequeñas gotas de sudor.

¿Me estaría ocultando algo?

Yo estaba totalmente desconcertada. ¿Por qué había venido la policía? No teníamos drogas. Bella me había contado que hacía unos años probó la cocaína, pero que no le gustaron sus efectos y que desde entonces se había limitado al vino y al champán. Estaba claro que yo ya había visto a Micke y a otras personas tomar distintas clases de drogas, tanto en sus casas como en lugares públicos, pero nunca en el apartamento que compartía con Bella.

¿Qué sentido tenía aquel registro?

Después de alrededor de una hora, los policías terminaron y vinieron todos juntos a hablar con nosotras.

—Hemos terminado —anunció el mando responsable—. No hemos encontrado nada, así que tengáis una agradable velada.

Sally y yo los seguimos hasta el recibidor.

—¿Y la prueba de orina? —logró decir Sally.

—También negativa —contestó el mando responsable—. Parece que alguien os ha querido pillar. Disculpad las molestias, pero cuando recibimos este tipo de soplos tenemos que cumplir con nuestro deber.

Los policías se marcharon y Sally y yo volvimos a la cocina, donde la comida se había enfriado en los platos.

—¡Cielo santo! —exclamé—. ¿No están empezando a ser demasiadas cosas?

Sally negó con la cabeza.

—Qué absurdo —dijo—. ¿Quieres que te diga lo que he encontrado hoy?

Asentí con la cabeza.

—Dos grandes bolsas de plástico con un polvo blanco, una en tu habitación y luego otra en la de Bella —dijo—. Creo que era cocaína. Medio kilo en cada una con toda seguridad.

—¿Qué? —dije—. ¿Dónde?

—Una pegada con cinta adhesiva debajo de tu cama —dijo Sally—. La otra en el estante superior del armario de Bella, detrás de las camisetas. Ahora dime que no sabías absolutamente nada de esto.

Me miró con sus ojos de color azul verdoso, intensamente delineados de negro.

—¿Qué quieres decir? —pregunté incrédula.

Sally sonrió con desconfianza.

—Estamos hablando de penas de cárcel de varios años —dijo—. Y de que yo también sería sospechosa y estaría tan implicada en ello como tú y como Bella. Lo entiendes perfectamente: trabajo, futuro, todo. No puedo llamar al banco SEB y decir: «¡Hola! Tengo que tomarme unos días más de vacaciones porque me han arrestado por tráfico de drogas».

La miré fijamente.

—¿Cómo? ¿Crees que yo sabía que estaba ahí?

En ese momento me di cuenta de que las sospechas que ella tenía sobre mí no eran más graves que las que yo tenía acerca de ella. O de Bella.

Sally suspiró.

—No, no lo creo —dijo—. Pero no tengo más remedio que preguntar. Explicaría de algún modo todo lo que ya has contado. La llamada telefónica de tu padre, el hecho de que lo vieras, el tema del consultorio de Tobias... Alucinaciones, por supuesto. Los efectos de un abuso de drogas.

—Yo no consumo drogas —me defendí—. Sé de gente de mi entorno que lo hace, pero yo no.

Sally se quedó pensativa.

—¿Crees que alguien te puede haber puesto droga en la comida o en la bebida? —dijo—. ¿Has sentido algo raro últimamente?

—¿Quieres decir que tal vez todo lo que me ha ocurrido sean simples alucinaciones? —pregunté—. No, es imposible. Mi mente es tan clara como el cristal y cada vez que pasan estas cosas es como si me la atravesara un rayo.

—¿Y Bella? ¿Sabía ella lo de las drogas?

Reflexioné un momento.

—No, no lo creo.

—¿Estás segura? —dijo Sally.

El rostro candoroso de Bella. ¿Qué se escondía tras esa expresión inocente?

—¿Sabes? Ya no estoy segura de nada, ni siquiera de ti —dije.

Sally se quedó pensando en silencio mientras picoteaba del plato. De pronto se me ocurrió una idea.

—¿Qué has hecho con las drogas? —pregunté—. Por lo que se ve, ya no están aquí.

Sally me miró y sonrió.

—Metí las dos bolsas en el bolso —dijo—. Y cogí el autobús 69 que va de Strandvägen a Blockhusudden. Ya sabes, al final de Djurgården. Me aseguré de que no me siguiera nadie. Vi una papelería, las metí allí, las tapé con periódicos y luego cogí el siguiente autobús de regreso. Y sí, limpié bien el plástico para que no quedaran huellas dactilares. Al final me puse guantes. He visto alguna que otra serie de televisión a lo largo de los años.

Me recosté en la silla, agotada de repente. La cabeza me daba vueltas.

—En el camino de regreso entré en la tienda ICA a comprar comida —dijo Sally—, y eso fue todo. Ahora ya sabes todo lo que he hecho durante el día.

—¿Estás loca? —dije lentamente—. ¿Quieres decir que cogiste un kilo de cocaína, o lo que fuera, y te recorriste media ciudad en autobús para tirarlo en una papelería?

—Pues sí, así fue —respondió Sally—. ¿Qué otra cosa iba a hacer? No me atreví a tirarlo por

el inodoro por miedo a que se atascara.

Observé a Sally mientras se comía los restos de salchicha que tenía delante. Estaba rechoncha y feliz, con sus ojos intensamente pintados de negro.

—¿Por qué haces esto por mí? —dije—. Hoy te has arriesgado mucho. ¿Por qué eres tan honesta? No creo que me lo merezca.

Sally pensó unos segundos y después abrió unos ojos como platos.

—¿Antiguas deudas? —dijo con gesto inocente.

—Vamos, hablo en serio.

—Bromas aparte, se trata de quién quieres ser en la vida —añadió—. Y empieza a ser hora de decidirse. No había planeado jugar a la heroína y correr el riesgo, pero cuando encontré las bolsas no tuve tiempo de hacer tonterías ni de pensar. Tenía que quitármelas de encima cuanto antes, lo más lejos posible. Por ello actué de forma casi automática.

Nos quedamos un momento en silencio. Consideré sus palabras.

—Me caía muy bien tu padre —dijo Sally—. Tenía una dignidad que admiraba. Cuando tenía una idea de algo, la defendía aunque le resultara incómodo. Yo también quiero vivir así. Y esos recortes de periódico... No entiendo bien qué hacía, pero creo que ha reunido cosas interesantes.

—Gracias, Sally —dije, poniendo mi mano sobre la suya—. Me has ayudado a salir de una situación sumamente difícil. Si no me hubieras acompañado a Estocolmo...

Negué con la cabeza. No podía expresar con palabras lo que sentía.

—De todos modos, es obvio que hay alguien que te persigue. No sé muy bien qué debes hacer, pero es importante que reflexionemos acerca de todo lo sucedido. Creo que dispones de poco tiempo, por lo que deberías actuar rápidamente. ¿Estamos de acuerdo?

—Completamente —convine.

Traté de pensar con claridad, pero tenía la mente completamente bloqueada.

—¿Por dónde debo empezar? No puedo ordenar las ideas.

—Termínate las salchichas —dijo Sally—. Luego nos sentaremos en el sofá y prepararemos un plan.

¿Cómo se vigila al poder?

¿Cómo se evita que el poder, con los resultados que ya conoce, se regule por su cuenta?

El ejemplo más claro para mí es, por supuesto, mi propia experiencia. La sensación de que te encuentras en una posición desde la cual tienes la posibilidad de decidir el destino de los demás.

Ese deseo indomable de tomar tus propias decisiones llega de un modo engañoso, poco a poco. El impulso de eludir las formalidades, uno mismo sabe mejor que nadie cómo conseguir

sus objetivos con malas artes. Las reglas fueron escritas, hace mucho tiempo, por personas que tenían una forma anticuada de ver las cosas, así que es mejor saltárselas.

El camino más corto entre dos puntos siempre es una línea recta, ¿no es así?

El poder corrompe.

No juzgo a los demás, prefiero analizarme detenidamente a mí mismo, y tal vez también a mis amigos más íntimos.

Me avergüenza lo que veo.

Si hubiera un tribunal constitucional al que uno pudiera recurrir con sus propios defectos, yo habría acudido hace tiempo. Habría mostrado mis debilidades y las de mis amigos, nuestros impulsos de control y manipulación, nuestro deseo de pasar de puntillas por encima de la verdad y eludir las reglas, para controlar de ese modo a nuestros semejantes y gobernar su existencia como mejor nos pareciera.

¿Habría sido inútil?

Probablemente.

El juicio contra nosotros habría sido duro, con toda seguridad, aunque no por ello cambiara necesariamente nuestro comportamiento.

El poder tiene que ser controlado por alguien ajeno al propio círculo, al propio yo.

¿Por qué he sido tan condescendiente conmigo mismo?

El martes me tomé una baja por enfermedad, cancelé la cita que tenía con Tobias y fui a dar una vuelta con Sally por Hagaparken mientras hablábamos de la situación sin encontrar una solución. El miércoles ya estaba otra vez en el trabajo y Sally fue al centro a hacer unas gestiones. A la una me encontré con Björn en la colina de Flora.

Fui antes para elegir un buen banco donde sentarnos debajo de la colina y me quedé allí esperándole. A la una en punto vi que Björn venía caminando por Humlegården, tan bien vestido como siempre. Me levanté y nos dimos un abrazo.

—¿Quieres que demos un paseo mientras hablamos? —propuso.

Lo miré.

—No, me gustaría quedarme aquí —dije.

Prefería observarlo mientras hablábamos que ir caminando a su lado.

Nos sentamos en el banco. Björn se quitó los guantes de piel y los dobló. Parecía que tenía dificultades para iniciar la conversación.

—Me has estado persiguiendo —dije al fin del modo más amable que pude—. ¿Qué quieres de mí?

Björn me miró con un gesto de dolor.

—No sé cómo empezar —dijo—. Pero tengo que hablar contigo de tu padre. Sé que lo adorabas y que estabas muy cerca de él. Pero él también tenía defectos que tú desconocías.

Había considerado con sumo cuidado qué actitud adoptaría ante ese tipo de afirmaciones y, afortunadamente, logré mantener la calma.

—¿Te refieres a alguna actividad criminal? —pregunté—. ¿Estás diciendo que mi padre era un delincuente?

—No —contestó Björn—. Pero estaba involucrado en cosas que al menos yo no podía aceptar.

—¿Como qué?

Björn negó con la cabeza.

—Sé que no suena sensato —dijo—. Abusos de poder, chantajes, irregularidades. Y hay rastros que conducen a alguna forma de tráfico ilegal de personas.

¿Trata de personas? ¿Mi padre? Jamás en la vida.

—Está bien —dije con tranquilidad después de respirar profundamente—. ¿Tienes alguna prueba de ello?

—No, ya no —dijo Björn—. Las tenía, pero alguien ha estado en mi casa y se ha llevado todo el material.

—Entonces ¿estás diciendo que tengo que confiar en tu palabra? —pregunté.

—Entiendo que puede sonar muy raro —dijo Björn—. Pero tú y tu familia tenéis que saberlo.

Empecé a notar que se me aceleraba el pulso, pero seguí diciéndome que para obtener respuestas a mis preguntas era mejor escuchar lo que él tenía que decir, sin interrumpirle.

—¿Puedes aclararme algunas cosas? —pregunté—. ¿Trabajaba tu padre con Lennart Geijer cuando se descubrió el escándalo del burdel, a mediados de los setenta?

—Sí, así es. He tenido muchos problemas por todo ese tema.

—¿De qué tipo?

Björn negó con la cabeza y no respondió.

—¿Quieres decir que Geijer no era cliente de Doris Hopp? —añadí—. ¿A pesar de todas las pruebas que demuestran que sí lo era? Y no solo él, por cierto.

Björn hizo un esfuerzo para respirar.

—La verdad es que no sé qué creer —dijo—. La policía estaba totalmente corrompida. En nuestra sociedad hay un montón de cosas que no van como deberían ir. —Björn se golpeó la pierna con los guantes—. Había una gran amistad entre la familia de Geijer y nosotros —siguió contando—. Mi padre era una de las personas de su mayor confianza en el departamento. Cuando ocurrió parecía increíble, como es natural.

—¿Y luego?

Björn hizo un movimiento nervioso, pero cerró los labios y no dijo nada.

—¿Qué edad tenías? —me interesé.

—¿En 1977, cuando estalló la noticia? —preguntó—. Acababa de cumplir veintidós.

—Otra pregunta —dije después de unos segundos—. ¿Por qué le dijiste a Fabian que a mi padre le hizo la autopsia un tal Bogdan Havic? No existe esa persona.

Björn me miró asombrado.

—¡Yo nunca he dicho eso! —exclamó con vehemencia.

La cabeza me empezó a dar vueltas.

—Eso fue lo que me contó Fabian. Y me aseguró que te lo había preguntado a ti.

—Entonces miente —dijo Björn. Guardé silencio—. No recuerdo quién le hizo la autopsia a tu padre —siguió—. Tal vez fue ese hombre que has dicho, no lo sé. De cualquier modo, no he hablado con Fabian de ello.

Lo miré.

—¿De qué va todo esto? —pregunté—. ¿Qué ocurre?

Björn parecía concentrado.

—No puedo entrar en todos los detalles —dijo—. Te pondría en una situación de riesgo.

De repente, Björn apareció delante de mí con toda claridad. En torno a él, no había lugar para la confianza: Björn no se fiaba de nadie, eso era evidente. Y fabricaba mentiras y verdades en función de sus propias necesidades.

—No tienes pruebas —afirmé—. Ni material, ni nada, ¿verdad? Sabes tan poco como yo.

Björn no respondió, se limitó a cerrar la boca otra vez.

—Está bien —dije—. Si eso era todo, volveré a la oficina.

Me levanté. Inmediatamente, Björn se puso de pie delante de mí y me cogió el cuello de la chaqueta con ambas manos. Respiraba con vehemencia y le brillaban los ojos.

—¡No me crees! —dijo en voz alta—. Crees que estoy mintiendo, ¿verdad? Pero ¡confías en Fabian!

Una señora mayor que pasaba detrás de él, se detuvo y nos miró con gesto de preocupación.

—¡Eres igual que tu padre! —gritó Björn—. ¡Buena, pero completamente loca!

Estaba fuera de sí. Y de repente oí su respiración: un ruido agudo y sibilante. Me solté de su presa y me fui corriendo por el camino de grava en dirección a Stureplan, mientras oía los gritos de Björn a mis espaldas.

—¡Sara! —gritaba—. ¡Vuelve!

Sin volver la cabeza, seguí corriendo.

El jueves por la tarde Sally volvió a Örebro. Aunque no habíamos podido diseñar un plan definitivo, habíamos esbozado distintas alternativas y, lamentablemente, una de las posibles piezas del puzle era irme del apartamento que compartía con Bella. Al mismo tiempo sabía lo difícil que sería encontrar un sitio donde vivir en Estocolmo y que algo así no se resolvía en una tarde. Y, sobre todo, me encantaba compartir apartamento con Bella y la simple idea de separarnos me entristecía.

—¡Bah! —dijo Sally—. ¡Podéis seguir saliendo juntas y, además, os vais a ver todos los días en el trabajo!

Se me pasó por la cabeza la idea de que Sally podía estar celosa de la amistad que manteníamos Bella y yo, pero esperaba que no permitiera que ese tipo de sentimiento afectara a su juicio sobre mi situación.

A Bella también la había llamado la policía en relación con el registro domiciliario, y cuando volvió a casa después de estar con Felipe la vi muy sorprendida.

—¡Pobrecillas! —dijo—. No niego que me alegra no haber estado aquí, pero también lo siento mucho por vosotras y creo que tendría que haberme quedado en casa para apoyaros. ¿Le pedisteis a los policías que se identificaran y os mostraran los papeles necesarios para entrar?

—Lo tenían todo —respondió Sally—. Nada raro.

—He estado pensando en ello —explicó Bella—. Y creo que sé quién llamó a la policía. —Se volvió hacia mí—. ¿Te acuerdas de Dragan, ese chico que estaba tan entusiasmado conmigo cuando salimos aquella vez?

«Dragan.»

El frágil tintineo de ocho vasos de chupito al encontrarse en el aire y un sonido grave de fondo.

El chico que sujetaba con tal fuerza la cintura de Bella que por un momento me planteé intervenir para ayudarla. Después él desapareció de mi mente junto al resto de acompañantes, como envueltos en la niebla. Hasta que Pelle lo mencionó de repente: «¿No será con ese maldito Dragan? Es un maníaco que la persigue a muerte...».

—Fue aquella noche que bebiste un poco de más —dijo Bella sonriendo—. De todos modos, ha estado cerca de medio año detrás de mí, y este otoño yo no podía más, así que hablé con él hace unas semanas. Le dije que dejara de acosarme y que además había conocido a otro chico.

—Como si fuera necesario tener que echarle la culpa a tu nuevo novio para deshacerse de un

pesado así —se indignó Sally con gesto duro.

—Lo sé —contestó Bella, haciendo una mueca—. No fue precisamente lo correcto desde el punto de vista feminista, pero solo quería quitármelo de encima. De todos modos me amenazó y dijo que iría a por mí. No me lo tomé del todo en serio, pero es uno de esos tipos que son capaces de llamar a la policía y darle una pista falsa, a pesar de que sepa muy bien que aquí no hay drogas.

Sally y yo nos miramos. No le habíamos dicho a Bella lo de las dos bolsas de polvo blanco. Fue Sally la que insistió en ello, pero yo tenía cada vez más dudas.

¿Estarían esas bolsas allí realmente?

¿Las había tirado Sally a una papelera?

Me parecía todo tan inverosímil.

—Qué tipo más deleznable —dijo Sally, mirando a Bella—. Hiciste bien librándote de él.

Las observé allí sentadas: mi vieja amiga y ex acosadora en la escuela, y mi nueva amiga y colega genial de Estocolmo.

¿Podía confiar en alguna de las dos?

El jueves por la tarde, cuando Sally ya se había marchado, Bella se fue otra vez con Felipe, y Micke, que al fin había vuelto de su viaje de negocios, se vino a casa conmigo. Encendimos la chimenea del cuarto de estar y nos tumbamos en el suelo sobre la gran alfombra de piel. Micke me pasó un dedo por la mejilla y dijo:

—Cuéntame lo que te pasa. Estás preocupada por algo, o al menos te noto pensativa.

Sonreí.

—¿Recuerdas cuando hablamos de lo que nos gustaría hacer en la vida?

—Por supuesto —dijo Micke—, fue esa conversación la que hizo que me enamorara de ti.

Apoyé la cabeza en su brazo.

—¿Por qué no dice nadie lo difícil que es ser una persona? —me quejé y Micke me acarició el cabello.

—A ti te ocurre algo —expuso él—. Cuéntamelo y veré si puedo ayudarte.

Le hablé de la visita de Sally y del registro que hizo la policía en nuestro domicilio, y también le dije que Bella creía que pudo haber sido Dragan el que facilitó información falsa para vengarse de ella. Micke me miró con atención mientras hablaba. Cuando terminé, se levantó, puso más leña en la chimenea y luego dio unas vueltas por la habitación.

—¿Qué te pasa? —pregunté, dando unas palmaditas a mi lado en la alfombra—. Ven y tumbate aquí.

Micke se sentó delante de mí y entonces me di cuenta de que estaba furioso. Hasta me asusté un poco.

—Ese maldito Dragan —dijo en voz baja—. Me encargaré de que ese canalla reciba su merecido.

—¡Tranquilízate, por Dios! ¡Ni siquiera sabes si es él!

Micke, muy enfadado, se quedó en silencio un momento.

—Haberlos expuesto a eso —dijo en voz baja—. A dos mujeres. Si hay algo que no soporto es que los chicos se metan con las chicas y traten de obligarlas a hacer cosas.

No pude evitar sonreír.

—¿Qué? ¿Tan indefensas nos ves? No me obligues a que te tumbe de lado con el brazo retorcido detrás de la espalda, solo para mostrar mi fuerza.

Micke me miró y sonrió ligeramente. Luego se puso serio.

—Pero Bella no sabe pelear —dijo Micke—. Ella no ha hecho el servicio militar. ¿Y Sally?

—Tampoco —respondí—. Entiendo lo que quieres decir. Pero, ya sabes, las chicas estamos acostumbradas a que los chicos nos hagan la vida imposible. Tenemos que lidiar con ello todos los días. Desde que empezamos a jugar en el parque infantil y los chicos nos quitan los mejores columpios, hasta en el patio de recreo, donde nos ponen la zancadilla, nos levantan la falda y nos quitan la mochila. Y más tarde en el instituto y en la universidad, donde ellos son los que se anotan los puntos y se llevan los elogios por la tarea realizada conjuntamente, aunque todo el mundo sabe que el trabajo lo hemos hecho nosotras.

Hice una pausa, pero Micke no parecía tener nada que añadir.

—Y en los lugares de trabajo —proseguí—, donde los chicos reciben mejores salarios, ascienden más rápido en el escalafón, y se convierten en jefes aunque sean menos competentes que sus colegas femeninas. Fíjate, por ejemplo, en los políticos. Anna Kinberg Batra, a la que los medios de comunicación llamaban todo el tiempo «arrogante», «testaruda», «fría». ¿Qué tonterías son esas? Si hubiera sido hombre, habrían dicho que tenía «porte de estadista». Y a la hora de dimitir fue criticada por su atuendo. La emisora de radio Ekot estaba informando de ello en directo y, de repente, nadie sabía bien si se trataba de una conferencia de prensa o de la ceremonia de entrega de los Premios Nobel. «En este momento hace su entrada AKB, con un vestido gris oscuro...»

—Tienes razón —convino Micke.

—Puedes compararla con Anders Borg —dije—. Exhibe el sexo, les mete mano a los hombres y llama «putas» y «zorras» a las mujeres. ¡Y las redes sociales explotan llenas de simpatía por él! ¿Qué diablos es eso? ¡Lo único que muestra es la maldita opresión machista de siempre contra las mujeres! O mira el ejemplo del asqueroso Harvey Weinstein, que además de producir algunas de las películas más vistas del mundo, solía violar a las actrices o someterlas a vejaciones sexuales.

Micke guardaba silencio.

—Los hombres son los responsables, con una diferencia abismal, de los enormes gastos que

acarrea toda la mierda que tenemos en la sociedad —seguí argumentando—. Maltratos físicos, violaciones y hooligans futbolísticos. Para limpiarlo todo, la sociedad se ve obligada a pagar a la policía, a la administración de justicia y a los servicios jurídicos y sociales. Y ello a su vez se financiará con los impuestos. ¡Las mujeres solo tendríamos que pagar una ínfima parte de los que pagáis vosotros!

Micke seguía sin decir nada, solo me miraba.

—Mira los consejos de administración del país —continué—. ¿Por qué hay tantos hombres y tan pocas mujeres en los mismos si somos una sociedad igualitaria en cuanto al género? ¿Y por qué a la vez nos negamos a establecer cuotas obligatorias de mujeres? Es una mierda de principio a fin, pero las mujeres estamos tan acostumbradas a ese tipo de situaciones que ya lo damos por descontado. Violaciones, abusos, mujeres asesinadas por maridos delante de sus propios hijos... Y eso solo aquí, en Suecia. ¡Mira a tu alrededor en el resto del mundo!

Micke me seguía mirando en silencio.

—Ese Dragan... —dije—. Se comportaba con Bella como si fuera de su propiedad. Así son ellos. ¡Hombres! Mira en el resto del planeta: la ablación femenina, los denominados «crímenes de honor», la trata y las mujeres que se encargan de hacer el trabajo mientras que los hombres se gastan el dinero bebiendo todo el día. ¡Es un escándalo mundial permitir que los hombres se comporten así!

Miré a Micke.

—¿Por qué no hacéis nada los hombres sensatos como tú para poner fin a toda la basura que originan vuestros congéneres? ¿Por qué se espera que nosotras, las mujeres, las vulnerables, las que estamos oprimidas y sufrimos violaciones y abusos de todo tipo, seamos también las que le paremos los pies a todos esos imbéciles? ¿Por qué no lo hacéis vosotros?

Miré a Micke y vi firmeza en su mirada.

—Tienes razón —respondió—. Simplemente no había pensado antes en ello.

Noté que la furia burbujeaba en mi interior y fui al cuarto de baño para tranquilizarme.

«¿De dónde venía toda esa ira?» Micke no se merecía que estallara delante de él.

¿Estaría relacionado con la violación?

¿Serían cosas pasadas que aparecían de repente?

¿O era simplemente que yo, como muchas otras chicas de mi edad, me estaba planteando que ya había tenido suficiente?

Volví al cuarto de estar y me tumbé al lado de Micke.

—Dices que no es nada fácil ser una persona —dijo Micke—. Estoy de acuerdo en ello. Creemos que resultará más fácil cuando seamos adultos, pero ocurre justo lo contrario. Los hombres seguimos en muchos aspectos en el Paleolítico en comparación con las mujeres. Y no es

porque no entendamos, sino porque no queremos hacerlo. Lo que, a su vez, se debe simplemente a que no tenemos intención de cambiar nuestro comportamiento.

Cogí su cabeza entre mis manos y le besé en los labios.

—Eres maravilloso —dije—. Gracias de todos modos por querer entenderme a mí.

Micke me miró a los ojos profundamente.

—Te amo, Sara.

Era la primera vez que me decía esas palabras y fue un momento maravilloso, como si un rayo de luz y de esperanza en el futuro iluminara mi oscuridad interior y ahuyentara el miedo y las dudas.

El viernes por la mañana temprano fui a la Estación Central y tomé un tren a Örebro para ir al Hospital Universitario, donde se llevó a cabo la autopsia a mi padre. Solo se lo dije a Sally, pues tenía intención de regresar a Estocolmo esa misma tarde. En realidad no sabía lo que esperaba lograr con mi visita, pero quería tener un contacto directo en vez de tantas conversaciones telefónicas y correos electrónicos que solo producían más incertidumbre.

Cuando acababa de bajar del tren e iba a salir de la estación, sonó mi móvil.

Era Micke.

—Le he dado tal repaso a ese imbécil —empezó— que, por la cuenta que le trae, tardará bastante tiempo en meterse otra vez con una chica. O perseguir a las que le hayan rechazado.

El corazón me latió con fuerza.

—¿Qué has hecho? —pregunté—. ¿No le habrás pegado?

—Hemos mantenido una breve conversación, por decirlo así —dijo Micke—. No volverá a molestaros. —Guardó silencio un momento antes de continuar—: Sara. Haría cualquier cosa por ti. ¿No lo entiendes?

—Sí, claro —dije—. Gracias.

Pero me quedé pensando que debía tener más cuidado en lo sucesivo antes de pedirle a Micke que se encargara de mis cosas.

—Dragan me juró que él no tenía nada que ver con la llamada a la policía —continuó Micke—. Y entonces me acordé de alguien más que podría estar involucrado. Sé que os guarda rencor a Bella y a ti.

—Eso suena horrible —dije—. ¿Quién es?

—Roger —respondió Micke—. Vuestro compañero de trabajo. Tengo que colgar ahora, pero piénsalo. Me gustaría charlar con él también.

Concluimos la llamada y me quedé pensativa mirando al frente con la mirada perdida.

¿Roger?

¿Por qué nos iba a guardar rencor?

Se tardaba cerca de un cuarto de hora en llegar de la estación de Örebro al Hospital Universitario, así que fui hacia allí caminando directamente por Järnvägsatan. Era una mañana clara y fría, y me crucé en el camino con personas que habían empezado ya a abrigarse con guantes y bufandas de invierno. Al llegar al edificio crucé la entrada principal y luego me detuve a leer el complicado directorio con todos los departamentos del hospital. Para llegar adonde quería tuve que encaminarme hacia la entrada M3 y luego seguir una serie de pasillos en distintas direcciones, pero al final llegué al departamento de patología.

Ya en la entrada tuve problemas. La puerta estaba cerrada y no había timbre. Vi que el personal iba de un lado para otro en el interior, pero cuando golpeé ligeramente el vidrio con los nudillos nadie reaccionó. POR FAVOR, CIERRE BIEN LA PUERTA, leí en una nota que estaba escrita en letras mayúsculas.

«¿Estarán ahí dentro los cadáveres?», pensé. En tal caso, ello explicaría las considerables medidas de seguridad.

¿Y si no quisieran dejarme entrar?

¿Y si hubiera viajado desde Estocolmo para nada?

De repente, vi a una enfermera vestida con un uniforme verde que venía por el pasillo. Era evidente que iba a entrar en el departamento.

—Hola —dije—. Creo que podré entrar contigo.

Ella me echó una rápida ojeada.

—Lamentablemente, no puedo dejar entrar a nadie que no lo haya solicitado previamente. Es un departamento de patología.

—Ya lo sé —contesté—. ¡Por eso he venido! Aquí fue donde se le practicó la autopsia a mi padre.

Ella me miró con gesto de preocupación.

—Si tienes alguna pregunta, puedes ponerte en contacto con nuestra jefa de departamento —dijo a su vez—. Su dirección de correo electrónico está disponible en la página web y su horario de atención telefónica es de ocho a nueve de la mañana los martes y los miércoles.

Sentí que un pánico enorme y difícil de contener hervía en mi interior. Ahí se habían hecho cargo de los restos de mi padre y ahí estaban también las posibles respuestas que podía obtener a mis preguntas. ¿Por qué no podía ayudarme?

—¡Déjame entrar! —dije en voz alta, sujetando la puerta abierta—. ¡No puedes hacer esto, he venido desde Estocolmo!

—¡Suelta la puerta o tendré que llamar a seguridad! —gritó la enfermera en el mismo tono de

voz.

Puse el pie para obstaculizar el cierre de la puerta y la enfermera gritó mirando hacia el interior.

—¡Ninni!, tenemos problemas aquí.

Desde el interior del departamento vinieron varias personas, y me di cuenta de que tendría que rendirme y regresar a Estocolmo sin obtener respuesta. Percibí un gemido y tardé varios segundos en advertir que salía de mí. La enfermera me miró asombrada, pero en ese momento oí una voz a mis espaldas.

—¿Qué ocurre?

—Hola, Katarina —dijo la enfermera—. Esta señorita está muy enfadada y quiere entrar a toda costa en el departamento, aunque ya le he explicado que no es posible. Nosotros hicimos la autopsia a su padre. Ya he dicho que envíe un mensaje a tu correo electrónico o te llame por teléfono en tu horario de consulta.

Me volví y vi los ojos azules y avispados de una mujer alta y rubia de alrededor de sesenta años.

—Hola —saludó, tendiéndome la mano—. Me llamo Katarina y soy la jefa de este departamento. ¿En qué puedo ayudarte?

Sin yo misma esperararlo, me puse a llorar.

—Le hicisteis la autopsia a mi padre —logré decir—. Y no tengo respuestas. Entiendo que no se me permita entrar ahí si hay cadáveres, pero no tengo ningún interés en ver a nadie. ¡Lo único que quiero es hablar de mi padre!

—Aquí no hay ningún cuerpo —dijo ella—. Las autopsias se realizan en otra zona del hospital.

—Entonces ¿por qué no puedo entrar? —balbuceé.

Katarina miró al resto del personal.

—Está bien —dijo—. Ya me ocupo yo de ella.

Después se volvió hacia mí.

—Ven —dijo—. Entremos en mi despacho.

La oficina de Katarina estaba a la derecha. Nos sentamos en un sofá pequeño mientras le explicaba la situación.

—A modo de resumen —dijo ella después—. Tu padre murió quemado en un incendio que se produjo a finales de mayo en vuestra casa de veraneo. No habéis podido ver el informe de la autopsia o no lo habéis solicitado. Un amigo de tu padre te ha remitido a un patólogo llamado Bogdan Havic y te ha dicho que hubo que recurrir a la historia clínica dental para llevar a cabo una identificación definitiva. Ahora te gustaría saber un poco más del resultado de la autopsia. ¿Correcto?

—Sí —contesté.

—Para empezar —dijo Katarina—, aquí no hay ningún patólogo con ese nombre. Si a tu padre se le practicó la autopsia en este hospital, debió de hacerlo otro patólogo. Pero es fácil controlar eso. ¿Puedes darme el número de documento de identidad de tu padre?

Se lo di. Katarina se sentó detrás de su escritorio y tecleó las cifras en el ordenador.

—Aquí tenemos a tu padre —dijo—. Lennart. La autopsia fue realizada por un patólogo muy competente, cuyo nombre es Rajiv Ghatan. El informe está informatizado, por lo que se puede acceder al mismo con bastante facilidad. Ahora vamos a mirar otra cosa... —Siguió tecleando hasta que encontró lo que buscaba y luego me miró—. Rajiv está hoy aquí —dijo—. Los despachos de los patólogos están en el pasillo de al lado. ¿Te gustaría conocerle?

El corazón me dio un vuelco sin que ni yo misma entendiera el motivo. Tal vez porque de repente tenía la oportunidad de conocer al hombre que había estado con los restos de mi padre.

—Con mucho gusto.

Katarina marcó un número en su teléfono móvil.

—Rajiv —dijo—. Soy Katarina. Veo que tienes una autopsia dentro de media hora. Tengo aquí a la hija de un hombre de cuyos restos te encargaste tú. ¿Puedes recibirla? Estará ahí en cinco minutos. Gracias.

Finalizó la llamada y me miró sonriendo con amabilidad.

—Acompáñame a su despacho —me pidió—. Te sacaré una copia del informe de la autopsia mientras habláis. Solo dispone de unos minutos, pero tal vez sea suficiente.

—Seguro que sí —dije—. ¡Mil gracias!

Seguí a Katarina por un pasillo hasta un pequeño despacho, en el que un hombre de rasgos indios estaba sentado trabajando en su ordenador. Nos estrechamos las manos y me agradó la calidez de la mirada de sus ojos marrones.

—Vuelve a mi despacho cuando terminéis —dijo Katarina—. Quiero que te lleves una copia del informe.

Rajiv me invitó a sentarme enfrente de él y le expliqué la situación. Tecleó el número de documento de identidad de mi padre en su ordenador y después se dirigió a mí.

—Recuerdo este caso —dijo—. La explosión produjo un calor abrasador, la casa estaba completamente en llamas y no quedaron muchos restos de tu padre para la autopsia.

Levantó las cejas.

—Honestamente, considero que hubo una serie de cosas extrañas —dijo.

—¿Como qué? —pregunté.

—Tu padre se transformó básicamente en ceniza de un modo poco frecuente en los incendios. Lo normal es que los cuerpos presenten daños graves, pero no que queden totalmente calcinados como pasó con el suyo. Eso solo ocurre con la incineración, es decir, cuando uno quiere hacer desaparecer el cuerpo intencionadamente.

Lo miré perpleja.

—¿Qué significa eso?

Rajiv interpretó mal mi pregunta.

—Sé que se habló de que había explotado una cocina de gas —respondió—, pero es muy poco probable que esta y los muebles pudieran ocasionar un incendio de tales dimensiones. Si te interesa mi opinión, yo supongo que más bien se trató de un cóctel molotov, junto con grandes cantidades de gasolina que se había esparcido por el lugar.

—Imposible —exclamé—. La policía dijo que se trataba de un accidente. En la casa no teníamos gasolina.

Rajiv se encogió de hombros.

—Yo solo digo las conclusiones que saqué en relación con mi trabajo —dijo—. Soy patólogo, mi tarea es afrontar la realidad y no cerrar los ojos para evitar verla.

No cerrar los ojos para evitar ver la realidad.

—Entonces ¿cómo lo identificaste? —dije—. Me han dicho que tuvisteis que usar su historia clínica dental, pero nuestra dentista dice que nunca recibió tal solicitud.

Rajiv me miró.

—No tenía sentido consultarla en el caso de tu padre —explicó—, porque le faltaban todos los dientes.

La sonrisa de papá. Sus dientes fuertes y sanos que tanto cuidaba. Su reflejo en el espejo del cuarto de baño, de pie detrás de mí, yo subida en una banqueta con el cepillo en la mano.

«¡Lo haces muy bien, Pulgarcita! Pásate el cepillo por todos los dientes hasta el fondo de la boca. ¡Afuera todos los bichitos! Así, ¡perfecto!»

—No puede ser —afirmé con determinación—. ¡Tenía muy buena dentadura!

—No cuando murió —dijo Rajiv—. Tenía las mandíbulas intactas, eso era lo único que se podía ver. Pero los dientes habían sido arrancados. Estaban alrededor del cuerpo, pero no tenía ninguno en la boca.

Pareció dudar.

—Quise llamar a la policía —dijo—. Pero a la persona de contacto de vuestra familia, cuyo nombre no recuerdo, le pareció mejor que esperara. Dijo que volvería cuando hablara con vosotros, pero nunca lo hizo.

—No entiendo. Entonces ¿cómo pudiste identificar a mi padre?

—Con la ayuda de los dientes —dijo Rajiv—. En los dientes también hay ADN. Pero era evidente que algo no iba bien.

Katarina estaba de pie en la puerta. Había desaparecido su sonrisa y nos miraba con gesto serio.

—Lamento tener que interrumpiros —dijo y luego me miró—. Tengo que pedirte que me

acompañes.

Me puse de pie, la seguí y me fui sin despedirme siquiera de Rajiv. Estaba aturdida. Katarina fue delante de mí por el pasillo hasta la puerta de acceso al departamento. Entonces se volvió y me miró con el mismo gesto serio de antes.

—He cometido un error dejándote entrar —se lamentó—. Lo siento, pero tengo que pedirte que te marches.

—No lo entiendo —contesté.

Katarina miró a su alrededor como si quisiera asegurarse de que no había nadie escuchando.

—El informe de la autopsia de tu padre está clasificado como secreto —explicó—. A petición de una alta autoridad. Ni tú ni yo podemos conocer el contenido. Tengo que pedirte que no hables de tu visita al departamento con nadie ajeno a esto, ni de cualquier otra información que hayas podido obtener en la conversación que has mantenido con el doctor Ghatan. No sé por qué ni él ni yo hemos tenido conocimiento de esto desde el principio, pero es evidente que ha habido un fallo.

Me quedé sin poder articular palabra.

—Y ahora tengo que pedirte que te marches —se despidió Katarina, tendiendo la mano.

Oí que la puerta del departamento se cerraba detrás de mí y luego el clic de la cerradura. Volví a atravesar los largos pasillos como una zombi, sin poder pensar ni sacar conclusiones; salí por la puerta principal y seguí caminando por el estacionamiento hasta que llegué a un banco en el que daba el sol. Me dejé caer y me quedé sentada allí.

No sé cuánto tiempo estuve en el estacionamiento, pero noté que estaba helada y me di cuenta de que los rayos del sol venían desde un lado totalmente distinto al de antes, cuando llegué al hospital.

Los pensamientos daban vueltas en mi cabeza, pero de repente empecé a comprenderlos y se detuvieron en uno de los muchos textos que había leído en las carpetas de mi padre. Era una moción al Parlamento, redactada por Birger Schlaug en el año 2000, en la cual su autor consideraba que era un error que el informe de la autopsia de Olof Palme se siguiera considerando información secreta.

«¿Por qué se clasificó como información secreta el informe de la autopsia del primer ministro?»

¿Habría alguna duda de que había sido asesinado a tiros?

¿Había algo más que no querían que se supiera?

¿Por qué se clasificó el informe de la autopsia en un momento dado como alto secreto?

Rebusqué en mi bolsa y en el fondo encontré un montón de carpetas de plástico de colores

colores, pero ninguna contenía lo relativo al caso Olof Palme. Me lo había dejado en casa porque ya lo había leído.

Busqué en Google en mi móvil y enseguida encontré lo que buscaba.

[...] Como jefe de Estado o primer ministro, uno no es solo un ciudadano sino, en un sentido especial, una persona pública que, por encima de todo, representa la Constitución. Las amenazas contra un jefe de Estado o primer ministro no solo son una amenaza contra un particular, sino que también pueden serlo contra lo que esa persona representa. La muerte de un jefe de Estado o primer ministro no son solo una cuestión de familia, sino también de Estado. El asesinato de un jefe de Estado o primer ministro es, en un grado aún más elevado, algo que concierne a todo un país, a las personas que viven y trabajan en él. El asesinato de un primer ministro no se debe ver como una simple cuestión de familia sino, todo lo contrario, como algo público que afecta en sumo grado al respeto por la democracia.

El asesinato de Olof Palme sigue sin resolverse. Muchas preguntas en relación con el asesinato han quedado sin respuesta, a pesar de los grupos de trabajo, las comisiones de expertos y las grandes aportaciones económicas. Rumores que se extienden, teorías que surgen, declaraciones por lo general graves, ilegalidades de distinto tipo por parte del «Estado» se quedan con frecuencia sin responder, al igual que otras preguntas y acusaciones formuladas públicamente. Según muchos, parece que el silencio se haya convertido en un principio, lo cual genera desconfianza. Además, el secreto se utiliza en muchos casos por distintas razones. El informe de la autopsia de Olof Palme, por ejemplo, se ha clasificado como secreto, a excepción de algunas partes seleccionadas.

El motivo de tal clasificación se puede basar en el deseo de la familia o en motivos legales. Pero el asesinato de un primer ministro no debe ni puede ser considerado como un asunto de familia, por lo que no es razonable que se impida la divulgación del informe de la autopsia debido a que la familia, en este caso la familia Palme, así lo desee.

Tampoco es razonable que, por motivos supuestamente justificados legalmente, se permita durante décadas que la clasificación de una información como secreta esté por encima de la transparencia que exige la democracia. Por el contrario, en una democracia abierta debería ser obvio que el informe de la autopsia posterior al asesinato de un jefe de Estado o primer ministro tiene que hacerse público en todas sus partes lo antes posible.

Es evidente que el asesinato de un primer ministro en nuestros días apenas se contempló cuando se establecieron las regulaciones y la praxis respecto a, por ejemplo, la clasificación como secreta de un informe de autopsia. Por lo tanto, el gobierno debe encargarse de revisar las regulaciones y proporcionar al Parlamento propuestas que impliquen el incremento de las exigencias de transparencia.

Moción al Parlamento 2000/01:K216 de Schlaug, Birger (mp)

Me metí el móvil en el bolsillo, me puse de pie y empecé a volver hacia la estación.

«¿Qué era realmente lo que acababa de leer?»

Al parecer, una familia podía solicitar que el informe de la autopsia de un familiar se

clasificara como secreto. Pero ese no era el caso de mi padre: ninguno de nosotros pedimos tal cosa.

¿Quién clasificó su autopsia como información secreta?

¿Y por qué?

Fui caminando como una autómatas por Järnvägsgatan de regreso a la estación. Al llegar compré un billete a Estocolmo y luego salí y me senté en un banco. El tren llegaría en quince minutos.

No podía pensar en otra cosa que no fuera el informe de la autopsia de mi padre. Los pensamientos me daban vueltas en la cabeza sin que obtuviera de ello nada constructivo, por lo que abrí la bolsa y saqué una de las carpetas que no había leído.

Era de color rosa y gruesa, y me tendría ocupada un buen rato durante el viaje. Mi padre le había puesto de nombre de «Las bases de datos del tsunami».

Las bases de datos del tsunami tienen que ser reveladas.

En el sótano del edificio Rosenbad, guardadas bajo llave en un armario, estaban las bases de datos. Tendrían que transcurrir casi dos años para que las encontraran.

En dichas bases de datos había copias de seguridad del tráfico de datos del gobierno durante las fiestas de Navidad y Año Nuevo del 2004 al 2005, cuando murieron 543 suecos en el tsunami. Las bases de datos revelaban lo que hizo, en realidad, el gobierno para socorrer a las víctimas.

Pero el gobierno socialdemócrata que había por entonces no quería que saliera a la luz toda esa información y propuso que las bases de datos del tsunami fueran clasificadas como información secreta durante setenta años.

El partido de la oposición protestó estrepitosamente, el Consejo Legislativo sostuvo el principio de transparencia y, al final, el gobierno tuvo que conformarse con mantener dicha clasificación durante tres años y llevar a cabo una investigación.

La investigación ya se ha realizado, la oposición está actualmente en el gobierno y ahora les toca a ellos proponer que las bases de datos sean clasificadas como secretas durante setenta años. Quieren modificar la Constitución para que las copias de seguridad no estén protegidas por esa clasificación.

En el caso del tsunami, los documentos originales han desaparecido, las copias de seguridad revelarían que el Ministerio de Asuntos Exteriores no supo manejar la crisis, lo que, por otro lado, tampoco debió de ser ninguna sorpresa.

Entregad las bases de datos para que la gente se pueda quedar tranquila.

LEDARE,

Aftonbladet, 5 de octubre de 2009

Leí dos veces la carpeta completa, una vez en el andén y otra en el tren. Después levanté la vista y miré el paisaje que pasaba al otro lado de la ventanilla.

Mi padre había escrito otra nota en el margen, en la parte del texto que trataba del trabajo de la comisión de catástrofes: «Engaño y deslealtad a todos los niveles».

¿Clasificado como secreto?

Pero ¿por qué?

¿«Engaño y deslealtad»?

Tobias me había llamado varias veces por teléfono al ver mi mensaje, pero no me molesté en contestarle. El martes le envié un mensaje diciéndole que estaba enferma y que no iría a la cita. Cuando llegué a Estocolmo y bajé del tren vi que me había vuelto a llamar y había dejado otro mensaje.

Hola, Sara, soy Tobias —decía—. Te perdiste nuestra cita del martes porque estabas enferma, y creo que no es bueno que pase demasiado tiempo sin que vengas por aquí. Me pregunto si podrías venir mañana sábado a las doce. Puedes enviarme un mensaje con tu respuesta si yo no contestara el teléfono. Un abrazo y hasta pronto.

Miré por encima del andén. Sobre Estocolmo había una luz crepuscular en tonos violeta y, a lo lejos, se veía acercarse otro tren con su blanca luz brillando a través de la penumbra púrpura de la tarde.

Volví a mirar el móvil.

Sí, gracias —respondí a Tobias con un mensaje—. Estaré allí mañana sábado a las doce. Sara

Cogí el metro hasta Östermalmstorg y desde allí fui a Storgatan. Sabía que Bella no estaría en casa y tampoco tenía ganas de ver a nadie, ni siquiera a Micke.

Poco a poco fue cediendo la sensación de aturdimiento que mantenía paralizada mi mente desde que salí del despacho del patólogo.

¿Por qué se clasificó como secreto el informe de la autopsia de mi padre?

¿Qué significaba todo lo que tenía en la carpeta sobre las bases de datos del tsunami?

Una vez más: ¿por qué no dejaban que lo supiera la gente de este país?

¿Sería ese el verdadero «modelo sueco»: clasificar la información como secreta?

¿Era eso lo que había pasado también con mi padre?

En tal caso, mi «modelo» era intentar descubrir la verdad a toda costa.

El sábado volví a hacer el mismo recorrido, entré por la puerta de Engelbrektsgatan y subí al segundo piso. El corazón me latía con fuerza cuando salí del ascensor y me dirigí al rellano, y ahí vi de nuevo el letrero en el que pude leer TOBIAS HALLGREN, PSICOTERAPEUTA. Todo estaba como la primera vez que fui, y no había el menor rastro de la señora ni del letrero con el apellido

LILLIECRANTZ grabado en el bronce. Me acerqué a la puerta y me fijé bien para ver si había algún rastro del otro letrero. No era así. La puerta estaba intacta.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó Tobias cuando me senté frente a él en la sala de consulta.

Estaba un poco mareada. El mobiliario de mi última visita parecía haber desaparecido, ahora volvía a ver los dos sillones y el pequeño escritorio. Tobias llevaba en los pies las mismas deportivas blancas que la vez anterior. Eran exactamente iguales a las que vi en el recibidor de la señora de cabello blanco.

«Loca, loca, loca.»

Pero no se lo dije a Tobias.

—Estoy algo aturdida —dije.

—¿De verdad? —preguntó—. ¿De qué modo?

Pensé una y otra vez qué hacer. Si el apartamento había sido transformado porque Tobias y yo íbamos a vernos, lo que parecía una locura a pesar de que lo hubiera visto con mis propios ojos, él debía saberlo y ser partícipe del extraño complot que había contra mí. Si él, por otro lado, no sabía nada y yo mencionaba a la anciana, pensaría de inmediato que estaba completamente loca. Si, por el contrario, no mencionaba el hecho de que había estado en casa de la anciana y él lo sabía, seguramente sacaría el tema. Así que decidí retener la información y esperar su decisión.

—Pienso en mi futuro —dije—. Si mi sitio está aquí o debería volver a Örebro y buscar otro trabajo. Al fin y al cabo es donde están mi madre y Lina.

—Has conseguido un trabajo fantástico aquí —dijo Tobias—. No hay muchos que logren entrar en ese sector con tanta rapidez y facilidad como tú. Y además con los mejores.

—Me da la impresión de que sabes mucho de empresas de comunicación y relaciones públicas —comenté—. ¿A qué se debe?

Percibí una leve vacilación en la mirada de Tobias, que no tardó en desaparecer.

—No, en absoluto —dijo sonriendo—. ¿Te lo ha parecido? Todo lo que sé es lo que Bella me ha contado.

Asentí con la cabeza lentamente.

—Además tienes aquí a tu novio —dijo Tobias—. Se llama Micke, ¿verdad? Sería complicado para ti tener que venir a Estocolmo cada vez que os quisierais ver.

—Sin duda —respondí.

Tobias se inclinó y me observó.

—¿No estás contenta? —preguntó—. ¿Sientes algún tipo de presión? ¿Ha ocurrido algo?

—No —respondí—. ¿Qué podía ser? Aparte de todo lo que pasó, claro.

—Ya es suficiente con eso —dijo Tobias—. ¿Has pensado en lo que te dije, acerca de que puede haber recuerdos molestos dentro de ti que quieran salir?

—He estado pensando en ello —contesté—. Pero no sé bien a qué te referes. —Dudé un

momento—. A veces siento cosas muy raras por dentro —añadí—. Como si todo el mundo fuera... falso de algún modo.

—¿Falso? ¿En qué sentido? ¿A qué te refieres?

Negué con la cabeza. No sabía bien cómo explicarme.

—Como si el mundo estuviera boca abajo. ¿Te lo ha dicho algún otro paciente? No sé si la culpa es mía o si está ocurriendo algo raro a mi alrededor.

Tobias me miró con curiosidad.

—A veces, cuando tienes la sensación de que llevas un peso encima mucho tiempo, puede deberse a que estás soportando recuerdos o información de los que no eres totalmente consciente. Entonces te pueden pasar todo tipo de cosas raras, como si tu mente te estuviera haciendo una jugarreta —dijo.

—¿Crees que es lo que me ocurre a mí? —pregunté.

—Un modo de saberlo es mediante la hipnosis —dijo Tobias.

Me reí.

—¿Hipnosis? —dije sonriendo—. Eso suena al pato Donald. ¿Se trata de ruedas y cosas así que dan vueltas?

La sonrisa de papá. Sus palabras, que sonaban en mi memoria casi con la misma claridad que si estuviera allí. «Quisieron probar con la hipnosis, pero no funcionó. Yo era demasiado fuerte...»

Tobias sonrió.

—Se trata de introducirte en un estado de conciencia en el que te pones en contacto con conocimientos y sentimientos que, por lo general, ni uno mismo sabe que posee —dijo—. En tu caso podría abrir puertas a determinadas cosas que no eres consciente de que estás soportando.

—¿Como qué, por ejemplo? —pregunté.

Tobias se encogió de hombros.

—Tal vez puedas recordar quién fue el que te violó —dijo.

Me esperaba muchas cosas, pero no esa. Guardé silencio. Luego me sosegué.

—¿Lo dices en serio? ¿Podría acceder a imágenes y otras cosas que no recuerdo en este momento, y que pueden ayudarme a saber quién me violó?

Tobias asintió con la cabeza.

—Es una posibilidad —explicó—. Pero, por supuesto, no hay ninguna garantía. Sin embargo, la hipnosis suele utilizarse en relación con el estrés postraumático, que creo que es lo que tú sufres. Puede reducir tanto problemas específicos como una sensación de ansiedad generalizada que experimentan los pacientes.

Las señales de alarma sonaron en mi interior en un tono agudo y perceptible. Las voces interiores eran enormemente convincentes: «¡No lo hagas! ¡Es arriesgado! ¡¡¡No sabes lo que

busca!!!». Pero no sirvió de nada. Mis ansias de certeza eran tan fuertes que eclipsaban cualquier duda.

Mi padre se había sometido a hipnosis, aunque a él no le funcionó. ¿Por qué no iba a poder probarlo yo también? Tal vez esa fuera la única forma de obtener respuestas, tanto a la cuestión de la violación como al resto de cosas raras que sucedían.

—¿Sabes hipnotizar? —pregunté.

Tobias asintió con la cabeza. Su rostro reflejaba decisión y humildad.

—Sí, sé hacerlo —respondió—. He estudiado terapia de la hipnosis, tanto en el Instituto NPL, según el método de Milton Erickson, como con Susanna Carolusson en SFKH, la Asociación Sueca de Hipnosis Clínica.

Tenía la sensación de que estaba al borde de un precipicio, a punto de caer.

—De acuerdo —dije—. Dime cómo se hace. Quisiera probarlo ahora mismo.

Y me tiré de cabeza.

Tobias me convenció de que diera unas vueltas por la habitación y me estirara, bebiera un poco de agua y luego me tumbara en el sillón lo más cómoda posible. Él se sentó en una silla delante de mí mientras yo cerraba los ojos y escuchaba el sonido de su voz modulada.

—Estás en tu cuerpo, pero también estás fuera... Nota cómo se relajan tus brazos..., tus antebrazos y manos, hasta las yemas de tus dedos... Nota cómo se te relajan las piernas..., los muslos... las pantorrillas... los pies, hasta los dedos de los pies.

Floté dentro de mi cuerpo y a la vez fuera del mismo. Al sonido de la voz de Tobias parecía que me iba hundiendo cada vez más en mi conciencia, a la vez que seguía estando en la habitación. La sensación era agradable y muy alarmante a la vez, sin que entendiera el motivo.

—Abre los ojos —dijo Tobias—, sin abandonar tu estado de conciencia profunda. Está bien... mira el péndulo que sostengo delante de ti...

Abrí los ojos y vi el rostro de Tobias un poco borroso, como una sombra. Delante de él, un péndulo plateado oscilaba lentamente de un lado a otro. Lo seguí con la mirada.

—Ahora contaré hacia atrás y, cada número que oigas, te hundirá un poco más en tu conciencia —oí decir a Tobias—. Veinte... diecinueve... dieciocho...

Fue contando todo el tiempo hacia atrás y, por cada número, yo me iba hundiendo más y más profundamente en mi conciencia, sin perder por ello la imagen borrosa de Tobias ni la del péndulo nítido y brillante.

—... y cero —terminó Tobias—. En este momento estás en lo más profundo que puedes llegar. Ahora quiero que levantes la mano derecha..., la abras y la cierres..., y luego vuelvas a ponerla

sobre la rodilla. Ahora haz lo mismo con la mano izquierda..., ábrela y ciérrala..., y bájala otra vez a la rodilla. Está bien.

Era como nadar en las profundidades de unas aguas viscosas en medio de plantas verdes, aunque a la vez estaba en el sillón delante de Tobias con el péndulo brillante balanceándose entre nosotros.

—Ahora abres una puerta en tu mente —dijo Tobias—. Detrás está tu padre. ¿Lo ves?

—Sí —respondí sorprendida por el sonido de mi propia voz.

—¿Qué lleva puesto?

—Su gorro azul y su chaqueta —contesté.

—Tiene algo en la mano —dijo Tobias—. ¿Qué es?

Negué con la cabeza.

—No.

—Te está pidiendo algo —dijo Tobias—. Quiere que hagas algo por él, tal vez que te encargues de hacer algo.

Negué con la cabeza, moviéndola lentamente.

—No puedo.

—Puedes hacerlo aquí —dijo Tobias—. A mí puedes decírmelo.

Volví a negar con la cabeza. Me envolvió una sensación de angustia.

—No te preocupes —me tranquilizó Tobias—. No te obligaré a hacer nada que no quieras.

Empecé a respirar con más tranquilidad y me di cuenta de que había estado haciéndolo de forma agitada. El verdor viscoso que me rodeaba se aclaró y pude nadar con más facilidad.

—Ahora vamos a volver al túnel —dijo Tobias—. Estás otra vez en el túnel oscuro aquella tarde del invierno pasado. No oyes nada, solo ves. ¿Qué ves?

A través de la penumbra vi los grafitis que había en las paredes del túnel. Las letras grandes y coloridas y los símbolos brillaban y me hacían sentir un poco de esperanza en medio de la oscuridad.

Pero esto era engañoso: de repente tuve la sensación de que me encontraba en una película de terror. Estaba pasando otra vez por aquellos terribles momentos, tumbada boca abajo en la grava con las manos de ese desconocido sobre mí. Lo tenía encima y dentro de mí. Alrededor todo estaba en silencio, como en una película muda. Me había puesto un saco en la cabeza que me ponía y me quitaba una y otra vez.

Entonces le vi las manos.

Habían desaparecido sus guantes y se las pude ver, y al instante vi también algo más que no recordaba antes: un anillo de sello en uno de sus dedos meñiques mientras me sujetaba la muñeca. La imagen quedó grabada en mis ojos hasta llenar todo el campo de visión y, en ese momento, dudé si existía realmente o si mi memoria la puso allí después.

—Estás respirando deprisa —dijo Tobias—. Dime lo que ves.

—Sus manos —respondí—. El anillo. El sello.

—¿Qué tipo de anillo es? —dijo Tobias—. ¿Cómo es el sello?

Letras oscuras profundamente grabadas en el oro.

—F... L... A... —contesté—. Y una especie de corona encima.

«La nota que había en el cajón de mi padre.»

—Bien —oí decir a Tobias como desde muy lejos—. Y ahora vamos a poner el sonido.

Como si se tratara de una película en la que Tobias estaba sentado con el mando a distancia en la mano, el sonido del túnel volvió con tal fuerza que me impresionó. El crujido de la grava bajo mi cuerpo y el ruido del motor de los coches por la carretera que pasaba por encima de nosotros, todo era exactamente igual que aquella vez. Pero, sobre todo, oí el ruido agudo y sibilante de la respiración agitada del hombre que se movía encima de mí, dentro de mí. Oí su voz, tan desagradable y distorsionada como la recordaba.

—«No vales nada —decía—. Solo eres una putita, un coñito, eres una inútil. Todo lo que te hago te lo mereces...»

Después, la voz dijo de repente algo nuevo que no recordaba: «Me he estado follando a niñas toda mi vida».

Escuchar la voz fue como volver a revivirlo todo y empecé a gritar.

—Quitemos el sonido —repitió Tobias, y se quedó todo en silencio.

Aunque me temblaba todo el cuerpo, no podía apartar la mirada del péndulo que se balanceaba de un lado a otro delante de mí. El túnel se arqueaba a ambos lados de mí y el hombre me seguía sujetando, pero no era tan aterrador sin el ruido de su respiración.

—Date la vuelta y mírale —ordenó Tobias.

Volví la cabeza sin perder de vista el péndulo.

—No —dije.

—Mírale a los ojos —volvió a ordenarme Tobias—. Ahora no puede hacerte nada. Conmigo estás a salvo.

Volví más la cabeza. Una punta de cabello de color gris acero, eso era todo. Después, la náusea volvió a invadir todo mi cuerpo.

—Dejemos el túnel —dijo Tobias, casi como si pudiera saber lo que sentía—. En vez de eso, ahora estás de pie delante de Humlegården. ¿Qué piensas? ¿Qué sientes?

—¿Por qué finges que este es tu consultorio, aunque aquí vive una pareja de ancianos cuyo apellido es Lilliecrantz? —me oí decir.

—Aquí no vive ninguna pareja de ancianos —replicó Tobias—. ¿De dónde has sacado eso?

—No intentes engañarme —dijo mi voz desde muy lejos—. Todos intentáis engañarme.

—En absoluto —replicó Tobias—. Repite esto conmigo, Sara: Es un malentendido. Aquí no

vive ninguna pareja de ancianos. Este es el consultorio de Tobias.

—Es un malentendido —oí que decía, obediente, mi propia voz—. Aquí no vive ninguna pareja de ancianos. Este es el consultorio de Tobias.

—Sara —repitió Tobias, elevando un poco la voz—. Es hora de que salgas de la hipnosis. Ahora tienes que cerrar los ojos.

Cerré los ojos. Detrás de los párpados flotaban por todos lados las plantas verdes.

—Contaré hacia atrás a partir de veinte y, cuando llegue a cero, despertarás de la hipnosis —añadió—. No recordarás nada de esto, ¿entiendes, Sara?

Asentí, con los ojos aún cerrados.

—Veinte... diecinueve... dieciocho... —contó Tobias.

Cuando llegó al cero, fue como si se corriera una cortina en mi interior. Abrí los ojos y miré directamente a Tobias, que seguía sentado delante de mí. No había el menor rastro del péndulo plateado que se balanceaba de un lado a otro.

—Bienvenida tras la hipnosis, Sara —dijo Tobias.

—Uy —mascullé estirándome—. ¿Cuánto tiempo he estado hipnotizada?

Tobias miró su reloj.

—Más del que crees —contestó—. Has estado inmersa en tu subconsciente casi cuarenta y cinco minutos.

—¡Vaya! —exclamé—. ¿Sucedió algo? ¿Dije algo? Tengo la sensación de haber estado durmiendo.

Tobias sonrió.

—Nada especial —dijo—. La mayoría de las cosas suelen ocurrir después. Bueno, sí, hubo algo raro, la verdad. Dijiste que este no es mi consultorio y que aquí vive una pareja de ancianos.

Fruncí el ceño.

—Y no es así —respondí—. ¡Este es tu consultorio!

Tobias sonrió y me dio unas palmaditas en la rodilla.

—Está bien, Sara —dijo—. ¿Recuerdas algo de la hipnosis? ¿Cualquier cosa?

Miré delante de mí unos segundos con gesto inocente y la mirada perdida.

«Ojos, garganta, entrepierna y rodillas.» Los puntos débiles del oponente.

Resonó en mis oídos la voz de mi mando durante las sesiones de entrenamiento en defensa personal:

«¡Resístete! ¡¡Opón resistencia!!! ¡Esto es la guerra!»

Y, al igual que en el campo, no sabías quién era el enemigo, ni dónde se encontraba. Por eso tampoco podías correr ningún riesgo.

No hice el menor gesto que pudiera indicar a Tobias lo que estaba pensando. Levanté las cejas, lo miré fijamente a los ojos y negué con la cabeza.

—Tengo la sensación de haber dormido sin soñar —alegué con tono inocente.

—Las reacciones a veces vienen después —dijo Tobias—. Quisiera pedirte que anotes todos los pensamientos que te surjan de modo inesperado o que parezcan estar relacionados con recuerdos antiguos de tu padre. O con lo que te ocurrió en el túnel. Te daré un bloc de notas para que te lo lleves siempre contigo. ¿Te parece bien?

—Por supuesto. ¡Gracias! Una cosa...

—¿Sí? —dijo Tobias.

—¿No dije nada de lo del túnel? ¿De quién pudo ser?

Tobias negó con la cabeza.

—Nada —contestó—. Pero puede que venga después, así que estate preparada.

—Gracias, Tobias —me despedí—. ¡Hasta el martes!

Mientras bajaba las escaleras me di cuenta, asombrada, de dos cosas: por un lado, la facilidad con la que podía mentirle a Tobias, que se había esforzado tanto por ser amigo mío; y por el otro, que yo hubiera podido resistirme a sus instrucciones durante la sesión, a pesar de que aseguraba tener una excelente formación en técnicas de hipnosis, por lo que debía saber lo que estaba haciendo.

Recordaba todo lo que había ocurrido durante los cuarenta y cinco minutos que había pasado en estado subconsciente. Cada uno de los segundos, con todo detalle. Pero no pensaba decírselo.

La voz de mi padre resonó en mi mente: «Yo era demasiado fuerte».

La imagen de mi mando, que apareció con tanta claridad como si estuviera allí.

«Resístete.»

«Esto es la guerra.»

En el mismo instante que salí a la calle, me di cuenta de que era la primera vez en mucho tiempo que confiaba en mi propio sentido común.

El pálido sol de otoño y el vapor de la tierra húmeda del parque envolvían Humlegården en una tenue neblina que hacía que los contornos adquirieran un aspecto suave y agradable.

Tal vez no había motivo para que sintiera tanta confianza en lo que me rodeaba como creía.

«Pero no estaba loca.»

Ni por asomo.

Aunque había alguien que hacía todo lo posible por hacérmelo creer.

Una crisis nacional requiere un liderazgo fuerte.

Nadie puede decir que la catástrofe del tsunami no fue una crisis nacional, igual que el

asesinato de Palme, el accidente de Estonia y el incendio de Gotemburgo. Ni que tenga nada que ver con el liderazgo la terrible arrogancia que caracterizó, por ejemplo, el comportamiento de Lars Danielsson en aquella situación, sin mostrar la más mínima consideración hacia los afectados y sus familiares.

Más bien al contrario.

No revelar el contenido de las bases de datos y clasificar la información como secreta durante setenta años no es más que una extensión de esa misma arrogancia.

El liderazgo no es el punto fuerte de este país.

Aquí también se trata de una pirámide invertida. Quien creía uno que se mantendría fuerte y seguro, a partir de su estatus de confianza y de poder, se escabulle con el rabo entre las piernas.

En cambio, otros candidatos que eran absolutamente impensables pueden aparecer y brindar consuelo.

Después del tsunami no fueron el primer ministro Göran Persson y la ministra de Exteriores Laila Freivalds los que se mantuvieron fuertes. En cambio adoptaron, con mayor o menor éxito, comportamientos similares a los avestruces, protegerse a sí mismos en primer lugar y, también, mutuamente y a sus colegas.

Deslealtad y traición.

Sin embargo, el rey Carlos Gustavo de Suecia y Lottie Knutson, jefa de información de la agencia de viajes Fritidsresor, ocuparon su lugar, consiguieron poner palabras al dolor e hicieron todo lo posible para dar respuesta a la preocupación de la gente.

La pirámide está invertida.

Parece más bien un espejismo.

Habré caminado tanto tiempo en este desierto, que empiezo a ver espejismos.

Pero, al igual que un detective privado, yo también he ido recopilando información por el camino, algo más de la que hubiera deseado. Y entiendo que quieran barajar las cartas para que yo crea que la información y las ilusiones ópticas son la misma cosa.

No saldrá bien.

Lo único que sé perfectamente es dónde tienen su baluarte la deslealtad y la traición.

Y quienes están ahí.

Deambulé por Humlegården hacia Sturegallerian sin ningún plan; solo quería disfrutar de mi buen estado de ánimo, echar un vistazo en algunas tiendas y hacer una pausa en mis cavilaciones. A mi derecha apareció el amplio escaparate de Hedengrens, donde siempre era divertido ver las noticias tanto en sueco como en inglés.

Justo cuando iba a entrar en Sturegallerian me encontré a un chico que conocía. Nos detuvimos los dos e inmediatamente le sonreí. Él llevaba unas gafas oscuras, a pesar de la época del año que era, aunque también una chaqueta de color verde guisante y unos pantalones a rayas blancos y negros. No había duda de que era él: Jalil, el inquilino del apartamento de Vällingby.

—¡Jalil! —grité de forma espontánea—. ¡Cuánto me alegro de verte! ¡He estado muy preocupada por ti, te he intentado llamar un montón de veces y me han dicho que ese número ya no existe! Y qué raro fue que demolieran la casa; ¿qué ocurrió?

Di un paso hacia él para abrazarlo, pero no reaccionó como yo esperaba. En vez de ir a mi encuentro, retrocedió lentamente con los brazos levantados.

—¿Jalil? —dije observándolo—. Eres tú, ¿no?

Él no dejaba de mirarme.

—¡Mantente lejos de mí! —replicó con determinación.

—¿Qué? —dije desconcertada—. ¿Qué quieres decir? ¡Soy yo, Sara! ¿No me reconoces?

Jalil miró a su alrededor. Después dio un paso y se acercó a mí.

—No quiero tener nada que ver contigo —susurró—. He cambiado de número de teléfono, ¡así que no intentes llamarme! ¡No te acerques a mí! ¡Todo lo relacionado contigo es falso, solo teatro! ¡Tú no existes!

Me quedé mirándolo sin entender nada.

—¿Qué quieres decir? —pregunté—. ¿Qué ha ocurrido?

Jalil negó con la cabeza.

—Todo lo que tenía ha desaparecido —dijo con gesto de desesperación—. Si hablo contigo me enviarán de nuevo a Marruecos. Ellos me lo han asegurado. Así que no puedo contestar.

—¡Un momento! —grité—. ¡No entiendo nada! ¿Quiénes son «ellos»?

Jalil no respondió y se quitó las gafas de sol sin dejar de mirarme. Al verlo me quedé horrorizada. Apenas podía abrir los ojos de hinchados que los tenía, aunque se notaba que se le estaban empezando a curar. La zona que rodeaba los párpados seguía aún inflamada y estriada y había tonos lilas, verdes y amarillos en la piel.

Me llevé las manos a la boca.

—¡Oh, Dios! —exclamé—. ¿Quién te ha hecho eso?

Jalil me señaló con las gafas de sol, con tal firmeza que me quedé inmóvil. Al mismo tiempo fue retrocediendo hacia el interior de Sturegallerian, como si huyera.

—¡Aléjate! —dijo a media voz—. ¡No vuelvas a acercarte a mí!

Permanecí allí, inmóvil, varios minutos después de que se marchara. Era un lugar muy poco apropiado para quedarse quieta, ya que la gente que pasaba me empujaba desde distintos lados, pero seguí allí, helada.

Al cabo de un rato me di la vuelta y empecé a subir por Sturegatan. Mi buen humor se había

desvanecido y a mí se me habían quitado las ganas de ver más escaparates ese sábado.

Fuera lo que fuera lo que le hubiera pasado, Jalil pensaba que era culpa mía.

Le habían dado una buena paliza y tal vez le habían hecho cosas aún peores.

«Ellos» le amenazaron con la expulsión, quienesquiera que fueran.

Y él estaba totalmente convencido de que todo había sido por mi culpa.

Trabajé duro el resto de la semana y me quedé a dormir por lo general en casa de Micke para evitar la sensación de que alguien podía entrar en el apartamento mientras dormía. Por la tarde, si él estaba ocupado, acompañaba a Bella a casa para preparar la cena, y luego me iba a casa de Micke dando un paseo y esperaba su llegada. Bella también dormía mucho en casa de Felipe. A ninguna de las dos nos parecía demasiado agradable por el momento dormir solas en el misterioso apartamento que compartíamos.

Al sábado siguiente había otra fiesta, esta vez en Operaterrassen. Uno de los asesores financieros de Bella cumplía sesenta años y ella consiguió que me invitaran a mí también. Ni Micke ni Felipe iban a acompañarnos. Decidimos que estaríamos juntas toda la noche y luego volveríamos a casa en taxi, y de repente la idea nos pareció tan divertida y natural como al principio de nuestra relación, cuando nos arreglábamos en casa y salíamos juntas los fines de semana.

Con la ayuda de Bella me compré un vestido precioso de Dolce & Gabbana en las rebajas de Schuterman, con unos zapatos de tacón altísimo a juego, y Bella a su vez apostó por un vestido corto de Gucci de terciopelo negro con escote palabra de honor y unas botas por encima de la rodilla. El mismo procedimiento que de costumbre: ducha, secador de pelo, maquillaje y ropa, pero ya había aprendido a arreglarme sola. Las dos llevábamos pestañas postizas y no tenía ningún problema para colocarlas en su sitio.

Cuando me estaba poniendo las medias se me hizo una carrera. Blasfemé con rabia; era mi último par, pero Bella tal vez tenía más. Fui a su cuarto. Estaba inclinada de espaldas a la puerta poniéndose las medias y justo al final de la espalda tenía un pequeño tatuaje. Parecía un escarabajo.

—¡Uy, perdona! —me disculpé—. Solo quería saber si podías prestarme unas medias.

—Mira en ese cajón —dijo Bella, poniéndose el quimono.

Abrí el cajón de las medias.

—Creía que no te gustaban los tatuajes —bromeé.

—¡Bah!, déjalo —dijo divertida—. No tiene importancia, yo era muy joven.

Terminamos de vestirnos y luego nos pusimos una al lado de la otra delante de su espejo de cuerpo entero.

—Guapas, ¿eh? —dijo Bella mientras nos contemplaba.

Brindamos con las copas de champán.

—¿Instagram o mi historia? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—Después de lo de la bañera se me han quitado las ganas de Instagram y de todo —dije.

Cogimos un taxi hasta Operaterrassen y al llegar había cola para subir las escaleras. La pareja anfitriona estaba de pie en la puerta saludando y besando a los invitados y, al llegar nuestro turno, nos saludaron como si fuéramos muy amigas suyas.

—¡Bella! —exclamó el anfitrión con calidez—. ¡Y Sara! Me alegro de que hayáis venido.

—Encantada de veros —dijo su esposa—. He organizado especialmente la ubicación de los invitados en la mesa pensando en vosotras, ¡espero que lo paséis muy bien!

Entramos a la fiesta y le susurré a Bella al oído:

—¿Los he visto antes?

—Hemos estado en las mismas fiestas —respondió ella en el mismo tono—. Pero son unos profesionales de la simpatía.

La copa de bienvenida consistía en champán, o cerveza con un chupito. Bella y yo nos miramos sin decir nada y cogimos cada una un vaso de cerveza y un chupito de la bandeja.

—Va a ser una noche muy larga —dijo Bella—. Más vale que la empecemos bien.

—¡Por supuesto! —respondí—. ¡Salud!

Nos bebimos los chupitos de un trago seguidos de un poco de cerveza. En ese momento vi a un hombre delante de nosotras, al cual reconocí. Era el señor mayor del bastón con empuñadura de plata que conocimos en la fiesta en Djurgården a principios de otoño a la que asistieron los reyes. ¿Cómo se llamaba? ¿Magnus?

—Hola, chicas —saludó amablemente—. Sois deliciosamente hermosas las dos.

—Magnus, ¿verdad? —dije sonriéndole.

Me miró con gesto de sorpresa.

—¿Te refieres a mí? —dijo—. Me llamo Gustav.

Bella puso un brazo debajo del suyo.

—Le pusieron el nombre de un rey —explicó ella, abriendo unos ojos como platos mientras sonreía. Luego lo miró a él—. ¿De cuál de ellos?

Gustav se rio discretamente.

—Mis padres nunca me lo explicaron —dijo—. Ahora no sé si tengo que estar a la altura de Gustavo III, con todo eso de las academias, el teatro y lo demás, o si es suficiente con su hijo destronado, el coronel Gustavsson.

—¿Tal vez sea Gustavo V? —sugerí en voz baja—. ¿Cómo llevas los encajes y los juegos de cartas? ¿Y los chantajes?

Lo último, que se me había escapado, se debía a lo que había leído en las carpetas de mi padre

acerca de la extorsión de Kurt Haijby a la corona por la relación sexual que mantenía con el rey. Gustav me miró sin responder y después se dirigió a Bella.

—Que paséis una agradable velada —dijo y luego se alejó.

—¡Perdona! —susurré a Bella—. ¡No tendría que haberme bebido ese chupito!

—¡Bah!, no te preocupes —respondió—. Vamos a ver dónde nos han puesto.

En ese momento me quedé petrificada. Al otro lado del salón, con la mirada fija en mí, estaba Siv, mi casera de Vällingby. Pero no tenía el aspecto de antes, ni vestía la bata que solía llevar ni ese pelo rizado lleno de laca. Esta mujer era diez o quince años más joven, vestía un traje de noche que brillaba en tonos verde musgo y tenía una larga melena negra artísticamente peinada que le cubría uno de los hombros. Me miró a los ojos sin pestañear, curvando los labios pintados de rojo en una sonrisa de desprecio. A su lado, con una chaqueta de terciopelo verde, estaba Eskil, el hombre de *Wild Kids* que sufría de vértigo. Él también me estaba mirando fijamente, o al menos lo parecía, más concentrado que durante el evento.

«¿O era yo la que estaba loca?»

Cogí a Bella con fuerza del brazo sin dejar de mirarlos.

—¡Al otro lado del salón, con un vestido verde! —dije—. ¡Es Siv, la loca que me alquilaba la habitación! ¡Y Eskil, el chico que participó en *Wild Kids* y tenía vértigo! ¿Qué hacen aquí?

Bella miró hacia la dirección que le indicaba, pero justo en ese momento empezaron a caminar varias personas por delante de nosotras y, cuando pasaron, Siv y Eskil habían desaparecido.

—¿Dónde? —dijo Bella, fijándose bien—. ¿A quiénes te refieres?

—¡La de Vällingby! —exclamé—. ¡La vieja que era mi casera! ¡Y el hombre que intentó tirarme al barranco!

Bella frunció el ceño.

—¿Por qué iban a estar ellos aquí? ¡No tiene sentido!

No, así era, yo misma me daba cuenta. Bella me miró con curiosidad.

—¿Te encuentras bien? —dijo—. ¿No quieres volver a casa?

—Por supuesto que no. —Forcé una sonrisa—. ¡Esta es nuestra noche!

Seguí buscando a Siv y a Eskil durante un rato y fui incluso a los servicios por si estaban allí, pero habían desaparecido por completo. Al final desistí y acompañé a Bella al comedor.

Afortunadamente, Bella y yo compartimos mesa durante la cena y solo había una persona entre nosotras: un viejo amigo del anfitrión. Yo tenía a mi lado a uno de sus sobrinos, un chico engraido de unos treinta y cinco años que decía con acento afectado que vivía nada menos que en Djursholm, trabajaba en publicidad y se consideraba un regalo de Dios a la humanidad.

—... y no es por presumir si digo que fuimos los primeros en toda Suecia en... —repetía una y otra vez, y yo escuchaba con desgana sus largas explicaciones.

Mientras tanto sirvieron tres entrantes distintos: salmón asado a la parrilla con tubérculos

rallados y salsa de soja, rollitos de hojaldre rellenos de foie de pato y mini tostadas con caviar. Para acompañarlo podíamos elegir entre cerveza y chupito o dos tipos distintos de vino blanco. Yo pedí una copa de vino y Bella otro chupito.

Como si hubiera notado mi desinterés por el estúpido sobrino, el acompañante de Bella se volvió hacia mí y me incluyó en la conversación que mantenían. Se llamaba Svante, era de Gotemburgo y se dedicaba a los negocios inmobiliarios.

—Sara —dijo con el acento cantarín de Gotemburgo—. Bella y yo estamos aquí preguntándonos cómo sería la casa ideal. ¿Cuál sería el lugar de tus sueños si pudieras elegir?

Se me hizo un nudo en la garganta.

Me di cuenta de repente que mi casa ideal era la casa donde vivía en Rynninge. Con mi padre aún con vida en su interior y toda nuestra familia al completo.

No le dije eso a Svante.

—Pues no sé —mentí, mirando hacia delante para que no viera que me brillaban los ojos—. Tal vez un chalet en el archipiélago, con terraza cubierta y embarcadero.

—Precisamente me dedico a ese tipo de propiedades inmobiliarias —dijo Svante entusiasmado cogiendo su teléfono—. Mirad esto, chicas, aquí tengo unas fotos de casas de ensueño al borde del mar...

La cena fue interrumpida para dar paso al discurso, y el resto del tiempo comimos y bebimos mientras escuchábamos largas explicaciones, tanto del sector publicitario como del inmobiliario, por parte de nuestros acompañantes. Cuando al fin nos pudimos levantar de la mesa, Bella y yo bajamos a los servicios de señoras y luego, con todo sigilo para que aquellos dos no nos encontraran, fuimos a la sala donde se celebraba la fiesta. Había varios cientos de personas en la celebración, así que no iba a haber problema. Aunque seguí buscando a Siv y a Eskil, no los vi por ningún lado.

—Acompáñame —dijo Bella después de que tomáramos café y una copita de calvados en un rincón del bar—. ¡Vamos a bailar!

Y ya lo creo que bailamos. Bella y yo pasamos casi toda la noche en la pista, bailando una frente a la otra música pop, rock y disco, incluso algo de house. A veces tocaba un grupo y otras había un DJ, pero a nosotras nos daba igual. A las dos nos encantaba bailar y nunca había visto a Bella tan en forma como esa noche. Yo, por mi parte, podía pedirles cualquier cosa a cada uno de mis músculos, pues sabía que obedecerían. De vez en cuando se acercaba alguien, hombres sobre todo, para bailar con nosotras, y llegó un momento, a eso de la una y media de la noche, que estábamos completamente rodeadas de chicos. Pero no dejamos que nos afectara: Bella y yo seguimos bailando; era nuestra noche.

A las tres, los del grupo de música dijeron que tenían que dejar de tocar y Bella y yo nos miramos la una a la otra con los vestidos empapados de sudor. ¡Había sido una noche fantástica!

Nuestra noche.

Después, Bella hizo algo con lo que no contaba. Me atrajo hacia sí y me estampó un enorme beso en la boca.

Nunca me había besado una mujer y me quedé desconcertada. Al mismo tiempo no era un beso sexual, no era nada que pudiera interpretarse mal o que pudiera significar una proposición o cualquier complicación entre nosotras. Solo era un beso, y punto, y lo único que demostraba era una amistad sincera y amor.

Bella se rio y me miró con los ojos brillantes.

—¡Eres simplemente La mejor! —exclamó—. ¡Oh, Dios, qué divertido ha sido! Vamos a buscar un taxi para volver a casa.

Cuando nos dirigíamos en taxi a Östermalm, Bella iba medio dormida, apoyada en mi hombro, pero yo me espabilé de repente. Me acordé de Sally, que me había llamado por la mañana para decirme que se iba a España a ver a sus padres y me pareció raro que se fuera justo antes de las vacaciones de Navidad. Igual que me había pasado con ese Gustav después de beber, en ese momento tampoco podía evitar decir lo que pensaba.

—Bella —dije.

—Hmmm —respondió ella.

—Escúchame —seguí—. Quiero preguntarte algo. ¿Crees que puedo confiar en Sally?

Bella no contestó. Se incorporó lentamente, abrió los ojos y me miró.

—¿Confiar en Sally? —preguntó—. ¿A qué viene eso?

—Solo se me acaba de ocurrir —dije—. ¿Tú qué opinas?

Bella bostezó ruidosamente.

—A mí Sally me cae muy bien —dijo luego—. Pero si confiaría en ella... Depende de en qué aspecto. Creo que puede responder bien en un conflicto menor y limitado. Pero ¿en una situación grave? No lo sé. ¿O te refieres a nivel emocional?

—No sé a lo que me refiero —dije, y en ese momento me di cuenta de que era exactamente eso.

Nos quedamos un momento en silencio y luego vi que Bella había vuelto a cerrar los ojos y se había quedado dormida con la cabeza apoyada en el asiento.

El domingo por la tarde estaba muy cansada y tenía una resaca tremenda. Me senté delante de mi escritorio y ordené los papeles a la espera de recibir un mensaje de Micke comunicándome que había vuelto para ir a verle. También tenía algunas carpetas que quería leer. No iba tan rápido revisando los artículos de mi padre como creía que iría; eran bastante más numerosos de lo que

pensaba y casi todo el material despertaba tanto mi curiosidad que, después de leerlo, buscaba información en Google. Seguía sin entender qué era exactamente lo que había estado haciendo mi padre, pero el contenido de todas esas carpetas tenía que ver con «casos» o escándalos que habían sucedido en Suecia durante los últimos sesenta o setenta años, y con el encubrimiento de cosas cuya revelación era de interés público.

Seguí rebuscando entre los papeles del escritorio para intentar organizar el desorden general antes de empezar a leer y, de repente, entre los recibos de taxi y las servilletas de papel, encontré una tarjeta de visita. ANDREAS PETTERSON, PERIODISTA rezaba, seguido de sus datos de contacto. La avispa del logo del *Expressen* llenaba media tarjeta.

Volví a verlo delante de mí caminando por Sveavägen, a unos metros de donde ocurrió el asesinato de Palme. Pelirrojo, andares oscilantes, el bolso de lona al hombro.

El aprendiz de Janne Josefsson.

Sin pensarlo dos veces, me estiré para coger mi teléfono móvil. Bella no estaba en casa, me encontraba sola en el apartamento.

Que yo supiera, claro.

Sonaron tres tonos de llamada.

—¿Dígame? —respondió al otro lado una voz somnolienta, casi balbuceante—. Andreas al habla.

Eché una ojeada al reloj. Las ocho y media de la tarde: no era precisamente un trasnochador.

—Hola, Andreas —saludé—. Me llamo Sara. Nos conocimos en Sveavägen y me diste tu tarjeta de visita. ¿Te he despertado? Suenas como si estuvieras durmiendo.

—Qué va, qué va, para nada —dijo Andreas y noté en su voz que mentía.

Después de una serie de ruidos de fondo, oí que se aclaraba la voz.

—Repíteme quién eres.

Me eché a reír.

—Según tú soy una sin techo —le recordé—. Aunque te estoy llamando desde mi apartamento de Storgatan. Intenté explicártelo, pero no me quisiste creer.

—Ah, esa Sara —dijo Andreas y sonó complacido—. Ahora caigo. Te quería hacer una entrevista para mi artículo sobre los sin techo. El problema es que ya está en la imprenta.

—Aunque sin ser indigente, que me encontraras en aquellas circunstancias podría significar algo peor —dije.

Andreas se rio.

—Sí, entiendo lo que quieres decir —aseguró—. Pero me da la impresión de que tienes algo que contar. Puedo oler una historia a kilómetros de distancia.

—Por eso precisamente te llamo —dije—. Me gustaría hablar contigo y que me dieras tu opinión.

—¿De qué se trata? —preguntó Andreas.

—Lo sabrás cuando nos veamos —dije—. O estoy chiflada y deberían encerrarme en algún sitio o tengo algo que podía ser una historia. ¿Podemos tomar un café y hablar?

—Lo del café me parece bien —respondió Andreas—, pero no te prometo escribir nada antes de saber de qué se trata.

—Suena bien. ¿Dónde nos vemos?

—Café Ritorno, en Vasaparken, el sábado a la una —propuso Andreas—. Me pondré en una mesa al fondo en un rincón, para que podamos hablar con tranquilidad.

—Genial. —Colgué.

Después de hablar con Andreas, decidí que podía seguir ordenando en otro momento los montones de papeles que aún tenía encima del escritorio, y lo que hice fue coger al azar una de las carpetas de papá que estaban en el montón denominado «Registro de opiniones políticas del SÄPO» y me tumbé en la cama para leer.

Cuando Anita Klum iba a examinar para el gobierno el registro secreto de opiniones políticas del SÄPO, se encontró a ella misma y al menos a otras cien mil personas más.

Anita Klum fue presidenta de Amnistía Internacional y a finales de la década de los ochenta era considerada un riesgo para la seguridad nacional, debido a un informe de Amnistía, entre otras cosas. [...]

Según un estudio de la comisión de seguridad presentado ayer, se llegó a registrar la opinión política de más de cien mil personas. Dicho estudio muestra que en miles de casos los datos se recopilaban de forma ilegal.

Se trata sobre todo de escuchas telefónicas regulares de personas no sospechosas de ningún delito. Algunas se llevaron a cabo durante un período de tiempo de hasta diez años, sin que hubiera ningún enjuiciamiento.

El informe lanza duras críticas a la policía secreta, a fiscales, al defensor del pueblo y al fiscal general del Estado. El gobierno es criticado por haber dado instrucciones contradictorias a la policía. Cuando en 1969 se prohibió el registro central, la policía empezó a llevar un registro de personas que podían ser consideradas como una amenaza para el Estado.

«Hay leyes que están bastante bien, pero hay que seguirlas. El gobierno debe indicar la dirección y ser más realista respecto al modo de tratar las amenazas», asegura Anita Klum.

El registro de opiniones continúa en la actualidad, sobre todo de nazis y anarquistas. En las bases de datos de la policía hay entre cinco mil y diez mil personas registradas, la mayor parte de ellas sospechosas de delito de asociación ilícita.

La comisión no descarta que una parte del registro sea ilegal. El SÄPO revisará ahora sus rutinas de trabajo. [...]

JESSICA RITZÉN,

Aftonbladet, 18 de diciembre de 2002

Cuando acabé de leer, dejé la carpeta a un lado y miré al techo.

¿Registro de opiniones políticas? ¿Del SÄPO?

Sonaba como una versión temprana de la situación actual de la Agencia de Seguridad Nacional

de Estados Unidos. Había visto la película de Oliver Stone sobre Edward Snowden y pensaba, como la mayoría, que era indignante.

Pero ¿el SÄPO?

¿Registro de opiniones políticas aquí, en Suecia? Me daba náuseas.

Tenía que seguir rebuscando en eso, pero cuando no tuviera tanta resaca.

Durante el transcurso de la semana pensé en mi cita inminente con Andreas. No sabía bien por qué quería charlar con él: un periodista totalmente desconocido con el que solo había hablado un par de minutos en unas circunstancias muy raras. ¿Pensaba que él me aclararía la situación? ¿O en el fondo quería que él, que aparentemente estaba desconectado de todo, me dijera que necesitaba ingresar en algún sitio para que alguien diagnosticara qué me pasaba? No le conocía de nada, era imposible saber si se reiría de mí, me daría unas palmaditas en la cabeza y llamaría a una ambulancia, o si sacaría una grabadora. Hablando con él corría un riesgo: podía publicar partes del material desvirtuadas. Pero ¿por qué iba a hacerlo? ¿A quién le interesaría leer algo acerca de una tal Sara de Örebro?

El sábado paseé por Odengatsbaken, mientras me convencía de que solo iba a ser una conversación general sobre la posibilidad de que hubiera algo detrás de ciertos sucesos misteriosos que podían afectar a un ciudadano en particular.

Vasaparken estaba envuelto en una neblina y había niños jugando en las hojas amontonadas, mientras que sus padres, sentados en los bancos, hablaban entre ellos con un vaso de café con leche en la mano o simplemente los miraban. Acudieron a mi mente recuerdos de Örebro, de cómo mi padre nos había implicado a Lina y a mí en sus actividades en la parcela, enseñándonos a utilizar el rastrillo para juntar las hojas, a quemar el césped y a retirar la maleza de los matorrales. Vivir con papá siempre implicaba participar en las cosas que hacía, desde un simple ejercicio como esquiar, patinar o correr, hasta distintos trabajos que simplemente había que hacer. Mi padre llenaba su existencia de vida, y con ello también la nuestra.

Y le echaba muchísimo de menos.

El interior del café Ritorno era oscuro y kitsch. No era la primera vez que entraba, me encantaba el ambiente: las pequeñas gramolas de los años cincuenta, una en cada mesa, y el cuadro de grandes dimensiones en el que la puesta del sol estaba iluminada por una bombilla en la parte trasera.

En el extremo derecho estaba sentado Andreas delante de una taza de café semivacía y un plato de tarta de manzana con salsa de vainilla. Parecía tan abatido como la vez anterior, con su pelo rojo descuidado, su chaqueta raída y sus gafas sucias llenas de marcas de dedos. Nos saludamos, pedí un café y luego me senté.

—Bueno —dijo Andreas después de los saludos iniciales—. ¿En qué puedo ayudarte?

—No lo sé —respondí—. Quizá en que me ingresen en un sanatorio.

—Suenan interesantes —dijo Andreas—. ¿Por qué piensas eso?

—Porque no hay ninguna explicación razonable a lo que me sucede —dije.

Las ideas revoloteaban en mi cabeza.

—El hecho es —empecé— que eres la primera y única persona desconocida a la que le cuento todo esto. No sé por qué, pero me inspiras confianza. Y nunca se lo he explicado a nadie de principio a fin, aparte de a mi mejor amiga de la escuela.

Las palabras de Bella resonaron en mi interior: «Sally... Creo que puede responder bien en un conflicto menor y limitado... Pero ¿en una situación grave? No lo sé... ¿O te refieres a nivel emocional?».

—Ponme a prueba —dijo Andreas—. Estoy bastante habituado a los jubilados histéricos y a los activistas por los derechos civiles.

—Antes tienes que prometer no publicar nada de lo que diga sin mi aprobación —advertí—. Tienes que dejarlo por escrito en un papel o algo así.

Andreas sonrió pero, obediente, lo escribió en una hoja de su bloc, luego la arrancó y me la dio. «Yo, Andreas etc., prometo no publicar nada de la narración de Sara etc., sin su consentimiento explícito. Estocolmo, a...»

—¿Te parece bien? —dijo Andreas sonriendo.

Asentí y me guardé el papel en mi bolso.

—Disculpa —siguió Andreas—, pero lo habitual es que la gente que conozco me ruegue que se publique su historia. Por lo general no sirve de nada ya que, lamentablemente, lo que indigna a la mayoría de la gente no tiene cabida en los periódicos.

—Sí, lo entiendo.

—Empieza —dijo Andreas, dando un mordisco al pastel de manzana—. Te escucho.

Le conté todo empezando por mi formación militar y universitaria, pasando por la violación y la muerte de mi padre hasta llegar a todas las cosas raras que me habían pasado, incluida la sesión de hipnosis y cuando vi a Siv y a Eskil en Operaterrassen.

En algún momento de la conversación, Andreas dejó el plato a un lado y se puso a tomar notas en el bloc. Hablé y hablé, y yo misma me di cuenta de lo inverosímil y fantasiosa que era mi historia: solo un personaje de una película de espías de los años cincuenta podía haber experimentado lo mismo que yo. Y si no lo hacía era porque estaba bajo los efectos de una fuerte medicación.

—Pues sí —terminé, echándome hacia atrás—. Eso ha sido todo. Y ahora estamos aquí.

Andreas hojeó sus anotaciones y luego me miró.

—Uau —dijo, tomando un sorbo de café frío—. Lo que has contado es realmente una historia.

—Sí —dije—. Y lo peor de todo es que es verdad. Y si no lo es, estoy loca de atar. ¿Tú que crees? Y una cosa más: mi padre guardó un montón de recortes de periódico.

—¿Recortes? —preguntó Andreas, frunciendo el ceño—. ¿A qué te refieres?

Le hablé de las carpetas de plástico multicolores y su contenido, y le dije que había intentado asimilarlo todo poco a poco sin saber bien cuál era su propósito.

Andreas reflexionó unos segundos y luego se levantó.

—Tengo que tomar más café —dijo—. ¿Tú también?

Cogió las tazas y las fue a llenar. Luego volvió y se sentó.

—Lo que dices no suena nada bien —continuó—. No me refiero a los recortes de periódico, sino a todo lo demás. Sin embargo, no tengo la sensación de que estés loca, sino todo lo contrario. Intento pensar cómo habría actuado yo si me encontrara en tus circunstancias y no creo que me hubiera comportado de otro modo. ¿Has acudido a la policía?

Negué con la cabeza.

—No lo hagas por el momento —dijo—. Tengo que revisar algunas cosas, incluidos, si me permites, tus antecedentes, tu formación y tu historia familiar. Hay psicópatas que han venido con historias más fantásticas que tú y han logrado engañar a todo el mundo.

—No hay ningún problema —repliqué—. Revisa todo lo que quieras. Agradecería mucho tu opinión de periodista sobre todo este asunto, porque no sé qué hacer. ¿Volver a casa? ¿Cambiar de piso? ¿Dejar el trabajo? ¿Ingresar en un centro psiquiátrico? ¿Tomar calmantes? ¿Emigrar a Australia? Debe de haber algún fallo enorme en mi vida, pero no sé cuál es. Parece que viviera en una película de Hitchcock, pero ¿por qué? Solo soy una chica normal y corriente de Örebro. ¿Por qué me ocurre todo esto?

—Eso es lo que vamos a averiguar —dijo Andreas—. Una cosa es segura: tú no formas parte de los jubilados ni de los activistas habituales. En el peor de los casos puede que seas una mujer al borde de una crisis nerviosa y, de ser así, nos aseguraremos de que recibas atención. Pero si no es eso... entonces te está ocurriendo algo realmente raro, y parece que estuviera relacionado con tu padre. Déjame que investigue esto y luego te llamaré. ¿Puedes facilitarme el nombre completo de tu padre y su número de documento de identidad?

Le di los datos que pedía.

—Bien —dijo Andreas—. Has despertado mi curiosidad, algo que no muchos logran. Esta misma tarde me pondré manos a la obra.

Me armé de valor.

—¿Cómo sé que no estás involucrado? —dije—. Me has interrogado a mí, pero yo no te he formulado ni una sola pregunta. ¿Por qué apareciste caminando por Sveavägen justo cuando estaba allí tirada? ¿Cómo sé que no vas a acudir a «ellos», sean quienes sean, con toda la información que te he facilitado?

Andreas sonrió con picardía.

—Eso no lo sabes —dijo—. Tendrás que esperar y ver.

—¿Quién eres en realidad? —pregunté—. ¡Háblame un poco de ti!

Andreas refunfuñó.

—Es el tema más aburrido que conozco —dijo—. Es el motivo por el que te haces periodista, para centrarte en los demás.

—Vamos —repliqué—. ¡Es lo justo!

—De acuerdo —respondió.

Respiró hondo.

—Nacido y criado en Härnösand —empezó—. Mi padre se prejubiló, mi madre trabaja para Com Hem, el operador de telecomunicaciones. Me fui a Estocolmo en cuanto pude después de terminar el bachillerato. Trabajé en un restaurante, repartí periódicos... Entré en la Escuela Superior de Periodismo después de un año. Hace casi cuatro años que trabajo en *Expressen*. Tengo veintiocho. ¿Cuántos años tienes tú?

—Veinticuatro —contesté—. Pronto cumpliré veinticinco.

Nos quedamos en silencio unos segundos.

—Una pregunta —dije—. ¿Es cierto que el SÄPO registró un montón de opiniones políticas de muchos suecos, y que ello pudo ser un impedimento para que la gente consiguiera trabajo y cosas así?

—¿Estás hablando de IB o del SÄPO? —preguntó Andreas.

—En realidad no lo sé —dije—. ¿Qué es IB?

Andreas sonrió.

—¿Es eso lo que tu padre ha ido recogiendo en sus carpetas? —dijo—. Sería divertido poder echarle un vistazo a esa colección. Son temas que están volviendo a la actualidad.

Seguimos charlando un rato más y después nos despedimos. Volví caminando hacia Östermalm en medio del crepúsculo invernal.

¿Qué implicaba en realidad ser agente secreto?

Es inútil formular la pregunta desde fuera, ya que no se obtiene ninguna respuesta.

Es inútil preguntar si eres experto, pues ya sabes todas las respuestas.

Escuchas y registro de opiniones políticas. Nadie sabe lo extenso que fue ese papeleo durante los años previos a la revolución digital. Estamos hablando de bosques enteros que se podrían haber salvado si se hubiera ahorrado esa enorme cantidad de papel.

Yo por mi parte podría abrir una biblioteca después de esto. Me imagino esos tomos con los

típicos autores franceses, o metros y metros de estantes de cuero rojo con letras doradas en los lomos. Elegante, pero no demasiado llamativo. No quiero parecer vulgar.

Quiero encontrar los nombres con facilidad, ponerlos por orden alfabético y consultar lo que uno dijo e hizo en realidad. Y lo que pensó. La memoria es efímera, pero aquí todo se puede revivir como si hubiera sido ayer. Es mejor que un diario. Se ha llevado simplemente para uno mismo, sin tener que matarse a trabajar por las tardes.

Así pensábamos tú, yo y todos los demás. Así pensaban nuestros vecinos y compañeros de trabajo. Y aquí puedes leer con toda claridad acerca de los que no reaccionaron y se quedaron impávidos sin saber qué hacer, mientras sus carreras profesionales se quedaban estancadas.

Sin ninguna explicación razonable.

Creo que mi biblioteca sería muy popular. Tenemos que abrir un departamento digital, por supuesto, con un flujo continuo de información sobre la actualidad. Puedo traer un asesor del gobierno de Estados Unidos.

Los que han sido interceptados y registrados, y a consecuencia de ello se les ha impedido seguir trabajando, pueden hacer cola fuera del edificio, más o menos como en la década de los treinta. Tal vez incluso mendigar un poco y conseguir un golpecito en la cabeza y una moneda en la gorra de algún viandante amable y con buen corazón.

Eso es lo que se hace hoy en día.

No sé cómo se produjo el malentendido que me llevó a uno de los momentos más difíciles de mi vida. Creía que le había dicho a Micke que iba a estar en Estocolmo el fin de semana. Pero mi madre me envió un mensaje el sábado por la tarde mientras hablaba con Andreas en el Ritorno preguntándome cuándo llegaría, pues Micke había llamado a Örebro buscándome. Él siempre estaba cansado y trabajaba mucho, y debía de haberse confundido. Le envié un mensaje a mi madre diciéndole que él lo había malinterpretado, que iría a Örebro el viernes siguiente por la tarde.

Ahora iba paseando tranquilamente por Humlegården al atardecer, disfrutando de la agradable iluminación de las luces de la calle. Mi vida era desordenada en muchos aspectos, sin ninguna duda, pero también tenía muchísimo que agradecer. Tenía a Micke, que me había dicho abiertamente que me amaba. Y a Bella, una amiga fantástica. Y tenía mi trabajo, que era exigente en cuanto al tiempo pero muy divertido a la vez. Si se despejaran las dudas, tal vez con la ayuda de Andreas, y se aclararan las cosas, mi vida sería bastante agradable.

El aire estaba impregnado de olores de finales de otoño: las hojas muertas y el césped húmedo, e incluso había algo en la atmósfera que recordaba levemente a la nieve que se aproximaba. Las

farolas brillaban entre los árboles y yo respiraba profundamente mientras caminaba. A pesar de la confusión y de la preocupación, me sentía feliz.

Las cosas se iban a arreglar.

Llegué a la puerta del edificio y subí en el ascensor. Bella había cambiado la cerradura del apartamento después de todos los problemas que tuvimos y la llave nueva no hacía nada de ruido. La puerta se abrió, la cerradura de arriba no estaba echada, así que Bella estaba en casa. Entré en el recibidor, me quité los zapatos y colgué la chaqueta. El apartamento estaba completamente en silencio, pero Bella a veces se echaba la siesta los sábados por la tarde, así que era posible que estuviera durmiendo.

Fui por el pasillo con mucho cuidado y vi que la puerta de su habitación estaba entreabierta. Ella solía cerrarla cuando se acostaba, así que probablemente estuviera leyendo o hablando por teléfono. Me pareció oír un ruido procedente de la habitación, así que abrí la puerta y entré.

Me quedé helada.

Había velas encendidas sobre el escritorio y la mesita de noche. En medio del suelo vi su albornoz y en la cama estaba ella con su amante. Al principio creí que era Felipe y, avergonzada, iba a darme la vuelta rápidamente para salir de la habitación, cuando se volvieron hacia mí.

Bella y Micke, desnudos, en la cama de ella.

Nos miramos en silencio durante unos segundos. Luego me volví rápidamente y fui dando traspiés al baño de invitados que estaba en el pasillo. Cerré a toda prisa la puerta detrás de mí, luego me incliné sobre el inodoro y vomité. Oí detrás de mí que golpeaban la puerta y la voz de Micke.

—¡Sara! ¡Abre! ¡No es lo que piensas!

No me imaginaba nada, estaba completamente segura de lo que había visto. Nada de lo que ocurría a mi alrededor era coherente, no había nada cierto. Todo era falso: un raro entramado de mentiras en el que me había metido sin saber por qué y sin encontrar el modo de salir de él.

Mi único pensamiento era irme de allí.

¿Adónde iría?

—Sara, ¡tienes que abrir! Sara, por favor, ¡déjanos entrar!

«Déjanos.»

—¡Quiero que me dejéis en paz! —dije, mirando a la puerta—. No quiero veros, a ninguno de los dos. Voy a salir de aquí y tengo que coger algunas cosas de mi habitación, pero antes quiero que os vayáis vosotros. ¿Entendido?

—¡Tenemos que hablar de esto! —dijo Bella—. Es un malentendido, no es lo que crees.

Respiré profundamente, como me enseñó el terapeuta en Örebro.

—Es posible —dije—. Y luego me lo explicaréis, pero ahora quiero que os vayáis para que pueda salir para coger mis cosas y sentir un poco de dignidad. Es una cuestión de respeto, ¿lo

entendéis? Quiero que lo hagáis por mí. Idos del piso para que pueda tranquilizarme. Os llamaré después, cuando me haya calmado.

Lo que salía de mi boca eran solo mentiras. No tenía la menor intención de llamar a ninguno de los dos, ni tampoco pensaba sentarme a escuchar excusas. En medio del horror abismal que me envolvía, sentí también un gran alivio: por fin había algo que demostraba que yo tenía razón, que pensaba correctamente, que todas mis sospechas eran ciertas. No estaba loca, sino que estaba enredada en una maraña de mentiras. Y por eso ahora yo también tenía que mentir. Pero no había mucho que hacer, solo seguir adelante con un objetivo claro a la vista: salir de allí.

A través de la puerta oía que Bella y Micke hablaban entre sí.

—Haced lo que os pido —supliqué—. Necesito quedarme tranquila, de lo contrario no saldré de aquí. Ayudadme porque esto es difícil para mí.

Una idea se me pasó por la cabeza.

—Bajaros al Ciao Ciao y esperadme allí. Tengo que tranquilizarme, después iré y hablamos allí. ¿De acuerdo?

—¿Lo prometes? —oí decir a Bella con preocupación a través de la puerta.

—Por supuesto —aseguré—. Dadme solo quince minutos.

Oí que seguían cuchicheando entre ellos y luego la voz de Micke.

—Cariño, entiendo que estés indignada, pero no es en absoluto lo que tú crees. Cuando podamos explicártelo lo verás todo de otro modo y nos reiremos.

—De acuerdo —dije—, pero idos ya.

—Vale, ¡nos vemos ahora! —gritó Bella a través de la puerta—. ¡Te esperamos en el Ciao Ciao!

—¡Bien! —grité.

Oí ruidos cuando entraron al dormitorio y cuando volvieron a salir después al pasillo, seguramente ya vestidos. Las perchas tintinearón un poco cuando cogieron los abrigos y luego oí que se abría la puerta de la calle y la voz de Bella otra vez.

—Nos vamos —dijo—. Enseguida nos vemos, tesoro, ¿de acuerdo? ¡No es para nada como tú te crees!

—No, lo entiendo. Nos vemos dentro de un momento.

Oí cerrarse la puerta de la calle y esperé un par de minutos. ¿Y si me estaban engañando? ¿Y si se habían quedado dentro y me preparaban una encerrona? Pero ¿por qué iban a hacerlo? No podían obligarme a que me creyera una mentira inverosímil como explicación a su comportamiento.

Abrí la puerta con cuidado y comprobé que no había nadie. Entré rápidamente en mi dormitorio y cogí una bolsa grande, donde metí mis pertenencias más importantes. Estaba aturdida aún por lo

que había visto, y estaba obsesionada con la idea de salir de allí, irme, escapar. Alejarme de ellos y de su terrible traición hacia todo lo que me había creído hasta entonces.

Después de guardar mis cosas volví al recibidor, metí a Simon en el transportín y cogí mi chaqueta. Aparentemente ellos se habían ido. Salí, cerré la puerta con llave y bajé las escaleras hasta el portal. Por la rendija de la puerta vislumbré Storgatan iluminada y un hervidero de gente que iba y venía en la temprana noche de sábado. Algunos iban cogidos del brazo, de camino a cenas o restaurantes en los que se iban a reunir con amigos para pasar el rato riendo y charlando. Sentí un dolor punzante en mi pecho, tan repentino que casi me quedé sin aliento.

La traición de Micke era terrible, nos habíamos amado y nos habíamos abrazado en la plaza Östermalmstorg envueltos en una especie de resplandor. Eso creía yo. En realidad era a Bella a la que él deseaba todo el tiempo y con la que quería hacer el amor, no conmigo. Y no había nada raro en ello, por supuesto. Bella era la mujer radiante, la estrella, yo solo era una cateta de Örebro.

¿Cómo pude imaginar siquiera por un momento que me quería a mí?

Pero la traición de Bella era mucho peor que la de Micke. Ella era mi amiga, mi mejor amiga. La amiga íntima que había buscado durante toda mi vida, esa compañera cálida e inteligente con la que podía divertirme y trabajar y en la que podía confiar.

«¿Cómo había podido traicionarme de ese modo?»

De pronto tuve la impresión de que estaba en un escenario de teatro y que todo el decorado se venía abajo. Las paredes se caían como las cartas de un castillo de naipes: me quedé sola allí delante de la inmensa oscuridad que rodeaba al público. ¿Quiénes eran los que me estaban mirando? ¿Por qué me habían llevado hasta allí? ¿Qué querían?

Me esforcé por dejar a un lado sentimientos y pensamientos y me centré en una sola cosa: conseguir alejarme de allí sin que me vieran. Si salía por la puerta de Storgatan, Bella y Micke me verían a través de las grandes ventanas del restaurante y, si me iba en dirección opuesta al Ciao Ciao, saldrían corriendo detrás de mí para obligarme a que me sentara a hablar con ellos. ¿Tal vez incluso a que hiciera más cosas? Ya no estaba segura de nada, lo único que sabía era que tenía que alejarme de ellos.

Me di la vuelta rápidamente y lo que hice fue bajar los escalones que llevaban a la puerta que daba al patio interior. Me quedé encerrada allí una vez a principios de otoño, y descubrí que saltando la tapia del jardín se podía llegar a una puerta que solía estar abierta y salir por allí a Jungfrugatan. Salté por encima de los dos jardines y atravesé la puerta, con el transportín del gato en una mano y la bolsa en la otra, y una vez en Jungfrugatan me dirigí rápidamente a Linnégatan, mirando atrás de vez en cuando por encima del hombro, casi convencida de que Bella y Micke vendrían detrás. Pero no se veía el menor rastro de ellos y, en cuanto llegué a Linnégatan, vi acercarse casi milagrosamente un taxi libre de Taxi Stockholm. Entré de un salto y el conductor me lanzó una mirada indagadora por el espejo.

—Sigue adelante —dije.

El automóvil siguió a lo largo de Linnégatan y en ese momento recibí un mensaje de Bella.

¿Tardará mucho? Tenemos una mesa al fondo a la derecha y podremos hablar sin que nadie nos moleste. Voy de camino. Solo tengo que retocarme el maquillaje.

Llamé a Sally por teléfono, pero saltaba el contestador, y recordé que se había ido a España a ver a sus padres. ¿O no? ¿Qué sabía ya en realidad? En medio de mi confusión marqué el número de teléfono de Björn y oí que sonaba. Luego colgué.

¿Por qué había llamado a Björn?

No tenía ningunas ganas de hablar con él.

Ni siquiera sabía a quién llamar ni a dónde ir. Tecleé el número de Fabian y respondió al segundo tono.

—Fabian —saludé—. Soy Sara. Tendría que quedarme otra vez en tu casa. ¿Puede ser?

—No hay ningún problema —contestó Fabian—. Aquí estoy. ¿Qué ha ocurrido?

—Se trata de Micke y de Bella —dije.

De repente se agotó mi enorme concentración y esa relativa frialdad mental que había evitado que cayera en la red, al menos por el momento, y que ahora fuera en el interior de un taxi para alejarme de las dos personas que más daño me habían hecho. Había evitado hablar de Micke con Fabian, pero ahora ya no había motivo para hacerlo: tenía que hablar con alguien y Micke era un capítulo concluido en mi vida. Noté que las lágrimas se empezaban a deslizar por mi rostro y vi que el taxista me miraba con curiosidad por el espejo retrovisor, pero no me preocupó.

«Confía en él.»

—Llegué a ca... casa —dije temblorosa—, y me los en-encontré juntos en la cama. Tenían una re... relación a mis espaldas.

Fabian guardó silencio durante unos segundos. Supuse que estaría muy enfadado y recordé una imagen del año anterior: Fabian, fuera de sí, hablando con mi padre en el jardín. Se estaban gritando el uno al otro y mi madre los miraba por la ventana de la cocina mientras se ajustaba el delantal. «Fabian es todo un carácter», dijo ella como para sí misma. «¿Papá, no? —pregunté—. Los dos parecen estar muy enfadados.» «Sin duda... —respondió mi madre pensativa—. Pero no tanto como Fabian.»

—Vente para acá —dijo Fabian en tono decidido—. ¿Vas en un taxi?

—Así... es —balbuceé entre sollozos—. Voy de ca-camino.

—Qué gentuza —soltó Fabian con desprecio—. No te merecen.

Fabian había preparado la cena e intentó que comiera algo. Al no conseguirlo, me ofreció té y me sentó en su sofá, envuelta en una manta. No podía dejar de llorar ni tampoco tenía hambre. A veces bebía un poco de té, eso era todo.

Fabian se recostó en el sillón con los ojos entornados. Tenía una copa de coñac en la mano, pero a mí no me apetecía para nada beber alcohol.

—Ese tal Micke... —dijo—. ¿Le amas?

—Eso creía. En cualquier caso, estaba muy enamorada de él. Pero solo nos conocemos desde hace un par de meses. Es una de esas personas que te presta mucha atención y hace que te sientas especial cuando estás con él.

Fabian asintió.

—Pero lo de Bella me parece mucho peor —conseguí decir mientras volvían a fluir las lágrimas—. Creía que la conocía muy bien. Ha sido la mejor amiga que he tenido y no había nada que no le contara. O que no le hubiera contado antes de lo que ha pasado.

Fabian hizo un gesto adusto.

—Es evidente que ella no es la persona que creías —dijo—. Traicionar a alguien del modo en que lo han hecho esas dos personas es algo absolutamente execrable.

Guardamos silencio un instante.

—Gracias por dejar que me quede aquí —continué—. Llamé a Björn, pero luego me di cuenta de que no quería hablar con él. Y entonces se me ocurrió llamarte a ti. Tendría que haberlo hecho desde el principio.

—No debes subestimar a Björn —dijo Fabian—. Aprecia mucho a tu familia y estaría encantado de ayudarte. Recuerda todo lo que os ayudó cuando murió tu padre.

—No lo soporto. Habla demasiado.

—Vayamos por partes —dijo Fabian—. Para empezar te quedarás aquí unos días hasta que todo se tranquilice. Tal vez deberías hablar con Björn de todos modos. Y luego, tú y yo charlaremos de todo. Tenemos que ver cuáles son tus alternativas y qué quieres hacer. ¿Cómo te va con Tobias, el terapeuta? ¿Te gusta?

Algo raspó en mi interior, pero no podía precisar qué.

¿Se trataba de Björn? ¿Qué era en tal caso?

Por un momento pensé en contarle a Fabian todas las cosas raras que me habían ocurrido, pero decidí no hacerlo. Empecé a notar que me resultaba difícil mantener los ojos abiertos; los acontecimientos de la tarde me habían afectado y estaba cansada.

—Tengo que pensarlo —dije y luego abrí la boca en un gran bostezo.

—Estás cansada —repuso Fabian, dejando su copa—. Ven, vamos a arreglar la habitación de invitados.

Cuando me metí en la cama me di cuenta de que había apagado el móvil en el taxi y dudé si

encenderlo o no. Lo mismo ocurría con mi ordenador, que había dejado sobre la mesa. Probablemente estaban llenos de mensajes de todo tipo de Bella y de Micke. No tenía fuerzas para mirarlos, así que los dejé apagados. Enseguida me quedé dormida profundamente como un bebé, sin soñar ni nada.

Como me había acostado a las nueve de lo agotada que estaba, a la mañana siguiente me desperté temprano. Era domingo y solo eran las siete. Seguía sin tener ganas de encender el teléfono ni el ordenador, por lo que no podía leer las noticias en la cama como de costumbre. Me quedé un rato removiéndome sin lograr volver a dormirme. Luego pensé que como Fabian era chapado a la antigua, como mis padres, tal vez seguía recibiendo algún periódico impreso. Me levanté y me vestí sin hacer ruido para no despertarlo y luego bajé a la planta inferior. El buzón estaba en la cerca al lado de la verja de entrada y vi por la ranura que sobresalía un periódico. La mañana era fría, así que me puse el abrigo y las botas y bajé a la calle.

Fabian estaba suscrito al *DN* y el suplemento del domingo era grueso. Lo desplegué y me produjo una gran satisfacción percibir tanto el olor como la textura del papel en los dedos, y enseguida reparé en un artículo sobre nuevos incendios en centros de acogida de refugiados.

De repente oí una voz cerca de mí.

—Sara.

Levanté la cabeza y abrí los ojos sorprendida. En la cerca, protegida tras unos arbustos de lilas del vecino para que no la vieran desde las casas estaba Bella. Pero no aquella que yo estaba acostumbrada a ver: maquillada y elegante, vestida con trajes de noche y calzada con elegantes botas de piel o zapatos de tacón alto. Ahora iba sin maquillar, tenía la cara enrojecida por el llanto y llevaba unos vaqueros, unas botas de goma y una parka verde y gastada, con cuya capucha se tapaba la cabeza de modo que apenas se le veía.

Abrí la boca y volví a cerrarla mientras miraba hacia la casa de Fabian. No tardaría más de treinta segundos en llegar corriendo a la casa y Bella no podría atacarme ni sujetarme a la fuerza. De Micke no se veía ningún rastro.

Pero ¿por qué iba a querer ella hacer algo así? ¿No era mejor que la escuchara y luego le pidiera que se marchara?

—No quiero hablar contigo —dije escuetamente—. Supongo que lo entenderás.

Bella miró a su alrededor y luego se retiró la capucha. Tenía un gran moretón en un lado de la cabeza. Retrocedí sorprendida.

—¡Cielo santo! —exclamé—. ¿Te ha lo ha hecho Micke?

—No, no —dijo Bella—. Escúchame, por favor. No disponemos de mucho tiempo.

Le presté atención.

—Lamento muchísimo que nos vieras ayer cuando llegaste a casa —dijo—. Y es exactamente lo que piensas; no hemos sido honestos contigo. Micke y yo nos amamos.

Solté aire y sonó como una mezcla de suspiro y gruñido. A la vez percibí una rara sensación de alivio: no estaba loca, mis suposiciones se habían confirmado.

Bella respiraba profundamente a veces y otras lo hacía de forma entrecortada, como suele hacerse después de llorar un buen rato.

—¿Existe Felipe en realidad? —me oí preguntar a mí misma.

Bella negó con la cabeza.

—No —dijo.

Medité lo que acababa de oír.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí? —pregunté.

Bella sonrió.

—Hay muchas cosas que no sabes —respondió—. Me gustaría poder contarte algunas. En este caso simplemente he sentido la necesidad de ser honesta contigo sobre lo que viste ayer.

Miró alrededor.

—Se están aprovechando de nosotras —susurró—. Pero nunca hubiera imaginado hasta qué punto.

—¿A qué te refieres? —dije.

Bella me miró y la expresión de sus ojos hizo que me sintiera mal.

—Se han aprovechado de mí durante muchos años —dijo—. Desde que era muy pequeña.

—¿De qué forma se han «aprovechado»?

—De todas las formas habituales —respondió—. Utiliza tu imaginación y piensa un poco.

Me quedé boquiabierta e inmóvil.

—La primera vez que me violaron acababa de cumplir ocho años —dijo Bella.

La miré. Mis ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Recuerdas aquel sótano del que te hablé, en el que me encerraron? —dijo Bella—. No eran niños los que estaban detrás, ni tampoco monstruos imaginarios los que bajaron a saludarme esa noche. Eran adultos.

Guardamos silencio.

—Es la primera vez que se lo cuento a alguien —confesó.

Por un momento se rio, movió la cabeza casi con orgullo y respiró profundamente. Luego me miró muy seria y vi que tenía lágrimas en los ojos.

—Son unos cerdos. Nos hacen creer que estamos locas, que no valemos nada. No les creas. ¡Todo lo que dicen es mentira! El tatuaje que viste... Era como una marca a fuego que servía para demostrar que formábamos parte de su rebaño, como animales.

«¿De qué hablaba?» Me había quedado sin palabras.

Bella dio un paso hacia mí, levantó una mano y me acarició la mejilla con la punta de los dedos, y yo dejé que lo hiciera sin protestar. Los brazos me pesaban como si fueran de plomo y sentí que las lágrimas me empezaban a brotar.

—Eres la mejor amiga que he tenido en toda mi vida —siguió Bella—. Es verdad. Cuando se quita todo lo demás que hay alrededor, lo que hemos compartido tú y yo ha sido de verdad. Al menos por mi parte. —Pasó un coche y Bella, nerviosa, se puso la capucha. Primero parecía que iba Björn al volante, pero luego vi que era una mujer de su misma edad.

Al fin recuperé mi capacidad de hablar.

—¿De quiénes hablas? —dije—. Creía que me estaba volviendo loca. Ahora sé que no es así, pero sigo sin entender nada. ¿Qué ocurre?

Bella se metió la mano en el bolsillo y sacó una nota con el nombre de un restaurante.

—Ven a este sitio mañana a las ocho de la noche —dijo—. Tengo algo que contarte. Pero no se lo digas a nadie, ni tampoco que he estado aquí. ¿De acuerdo? A nadie, ¿entendido?

Asentí con la cabeza y leí la nota. «La Cucaracha», ponía.

La Cucaracha.

Aquel nombre le iba como anillo al dedo a ese contexto. Me acordé de las pinturas escabrosas de Pieter Brueghel el Viejo, un artista que siempre le gustó a mi padre: insectos, violencia, muerte. Política.

Bella miró hacia la casa de Fabian y yo también. Por un momento me pareció verle en la ventana, pero tal vez me lo imaginé. Ella me cogió la muñeca.

—No confíes en nadie. Prométemelo.

«No confíes en nadie.»

Era una especie de mantra en mi vida del que no me podía alejar y, junto con las otras cosas que Bella me había dicho, me hundió.

Víctima de acoso; engendro; lela.

Bella me miró, sonrió ligeramente y volvió a acariciarme la mejilla con la punta de los dedos. Luego se bajó aún más la capucha, hasta casi taparse la cara, y se alejó caminando por la acera. Después de unos diez metros se metió entre las casas en dirección al bosque y desapareció.

Parecía que nunca hubiera estado allí.

Me quedé mirando la calle vacía fijamente durante unos segundos, luego me puse el periódico debajo del brazo y volví despacio a la casa de Fabian.

Fabian y yo pasamos la mayor parte del domingo leyendo: él sentado en el escritorio de su despacho y yo en el sofá del cuarto de estar. En la casa reinaba la tranquilidad. Me sentía aún sumamente triste y alterada, pero la visita de Bella alivió el dolor. Por un lado me parecía que era mucho más digno que defendiera la relación que mantenían Micke y ella y que hubiera reconocido cómo era sin rodeos. Y por otro, me complacía, de una forma que ni yo misma entendía, que sintiera lo mismo que yo respecto a nuestra amistad.

Mi amistad con Bella no era algo que me había imaginado, era tan fuerte para ella como para mí.

En cambio, lo que me contó de sus experiencias de niña me entristecían. ¿Marca a fuego? ¿Se refería al pequeño tatuaje que tenía al final de la espalda? Pero eso no era ninguna marca a fuego, ¿o sí?

¿Podía creer algo de lo que había dicho?

¿Cómo había sabido que estaba en casa de Fabian? Podía haber cogido el tren de la tarde y haber ido a Örebro a la casa de mi madre.

¿Me habría seguido también hasta allí?

Después de tales reflexiones, me sumergí en el *DN* y recorrí todas las páginas de cultura, suplementos de viajes, anuncios inmobiliarios y recetas de succulentos guisos para el otoño. Ignoré por completo las carpetas de mi padre y los recortes; por encima de todo lo demás, en ese momento no tenía ganas de leer sobre más casos raros relacionados con la política.

A la hora del almuerzo, Fabian se quedó un momento de pie en la puerta del cuarto de estar. Por un segundo me dieron ganas de hablarle de la visita de Bella, tal vez para que me confirmara que nuestra amistad había sido auténtica. Pero desistí.

—¿Sabes qué? —dijo Fabian—. Ha llamado Björn y ha dejado un mensaje en mi buzón de voz. Dice que le gustaría venir esta tarde si vamos a estar aquí.

—¡No! —grité con firmeza, poniéndome de pie—. ¡No tengo ganas de verlo!

Fabian sonrió, comprensivo.

—Tendrás que ver a Björn tarde o temprano —dijo—. ¡No puedes esconderte!

—Es posible —respondí—. Pero hoy no, definitivamente.

Fabian reflexionó un momento.

—¿Quieres que vayamos a almorzar a algún sitio? Así evitaremos verlo sin ser desagradables

con él. Podemos ir en coche.

Me levanté y dejé el *DN* arrugado en el sofá.

—Dame cinco minutos —dije—. Luego nos vamos.

Poco después íbamos sentados en el coche de Fabian en dirección a Brommaplan.

—¿A dónde podemos ir? —dijo Fabian—. Aquí en Bromma no hay muchos sitios que abran los domingos, pero es un poco pesado ir hasta el centro.

—Si quieres podemos ir a la cafetería en la que trabajaba en Sundbyberg —propuse—. Sé que han empezado a servir brunch los domingos. Tal vez esté abierta hasta las tres o las cuatro.

—Perfecto —convino Fabian.

Dejamos el coche en el gran aparcamiento del centro detrás de Willys y desde allí fuimos andando hasta la cafetería. Eran cerca de las dos y esperaba que estuviera abierta. Y así fue; al acercarnos vi luz en el interior y gente moviéndose.

Al entrar tuve un poco la sensación de volver a casa. Detrás del mostrador estaba Gullbritt con el pelo rubio recogido en un elegante moño italiano. Se había maquillado y la verdad es que estaba deslumbrante.

Cuando nos vio, dejó la cafetera y abrió los brazos.

—¡Peero...! —gritó—. ¡Qué agradable visita! Me alegro de veros. ¿Tenéis hambre?

Nos abrazamos e intercambiamos cuatro palabras. Después, Fabian y yo pedimos dos bagels con queso crema, salmón, aros de cebolla roja y tomate, y fuimos a sentarnos en un rincón de la cafetería.

—Es agradable este sitio —dijo Fabian—. Tendría que venir más a menudo. También hay buena comida.

Sonreí y miré de reojo hacia el mostrador.

—Además, estás a punto de ligar —dije—. Gullbritt se derrite cada vez que te mira.

En ese momento ella venía hacia nosotros con una bandeja cargada con zumo de naranja y café.

—Café con leche extra grande —dijo, retirando las cosas de la bandeja—. Y galletas. Pero invito yo, sé que os gustan.

—Está riquísimo —dijo Fabian, señalando su bagel.

—Me alegro de que te guste —respondió Gullbritt tapándose el vientre con la bandeja.

Nos miró a los dos.

—¿Cómo te van las cosas, Sara?

Iba a contestar, pero Gullbritt ya se había vuelto hacia Fabian.

—No recuerdo dónde trabajabas —dijo—. ¿Era en el Parlamento?

—En el Ministerio de Asuntos Exteriores —la corrigió Fabian—. ¿Puedes sentarte un momento con nosotros?

Gullbritt miró hacia el mostrador, donde había varias personas esperando. Una chica joven los

atendía. La tentación era demasiado fuerte, así que se sentó en la silla al lado de Fabian.

—El Ministerio de Asuntos Exteriores —susurró—. ¡Qué emoción! ¿Qué haces allí?

Fabian empezó a hablar de su trabajo y mis pensamientos volaron.

¿Qué me había dicho Bella? Era difícil clasificar los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas.

«¿Violada?

¿A los ocho años?

¿Marca a fuego?»

Al mismo tiempo, Bella y Micke me habían engañado de un modo horrible. Nadie me había traicionado así. ¿Por qué habría desvelado Bella de repente la verdad sobre su propia vida?

Gullbritt acababa de apoyar su mano sobre la mía.

—... te noto un poco apagada —dijo mirándome—. ¿Cómo estás, pequeña?

Nunca había utilizado ese tono tan amable para dirigirse a mí.

—¡Oh, solo estoy un poco cansada! —Sonreí—. Trabajo demasiado.

Gullbritt me miró, como si se centrara en mí por primera vez. Entornó un poco los ojos, como si intentara recordar algo.

—Por cierto, vinieron preguntando por ti —dijo—. Unos chicos. Poco después de que te fueras.

Acudió la misma sensación de siempre: el peso, el bloqueo.

Evidentemente, nunca me libraría de mi enemigo invisible.

—¿Dejaron algún mensaje? —pregunté, intentando usar un tono neutro.

Gullbritt negó con la cabeza con energía.

—No —dijo—. Ninguno.

Después del almuerzo volvimos a casa. Fabian no volvió a mencionar a Björn y yo tampoco me molesté en preguntar. De hecho, estaba agotada, así que volví a tumbarme en el sofá y, como ninguna parte del periódico despertó mi interés, retomé la novela que me había recomendado Fabian, *Cien años de soledad*. Fue escrita por un autor colombiano llamado Gabriel García Márquez, y absorbió mi interés por el resto del día. La novela contenía elementos sobrenaturales, y tuve de nuevo la extraña sensación de que las paredes y el techo se movían.

«¿Había estado Bella realmente allí por la mañana?»

¿Me lo habría imaginado todo cuando llegué a la verja?

Para asegurarme, me metí la mano en el bolsillo y saqué la nota que me había dado. «La Cucaracha», ponía, en la calle Bondegatan 2. Nunca había estado allí, ni tampoco sabía si quería ir cuando Bella me la dio. Pero cuanto más analizaba nuestra conversación, más me convencía de

que realmente quería encontrarme con Bella en La Cucaracha el lunes por la noche y oír lo que tenía que decir.

—¿Qué tienes ahí?

Fabian estaba apoyado en el marco de la puerta, mirándome. Rápidamente, como si me hubiera descubierto con algo prohibido, me volví a guardar la nota en el bolsillo.

—Nada —dije—. Solo estaba haciendo una pausa en la lectura. Este libro es realmente bueno.

—¿Verdad que sí? Tenía la sensación de que te vendría bien.

—Las partes sobrenaturales me parecen especialmente emocionantes —continuó—. ¿Has experimentado alguna vez algo sobrenatural?

—¿Yo? —dije sorprendida.

Me pareció raro que Fabian, una de las personas más realistas y pragmáticas que conocía, hiciera una pregunta así.

—Bueno, me refiero a algo extraño, algo que no entiendas.

«Toda mi vida es extraña —podría haberle gritado—. Toda mi vida está llena de cosas que no entiendo.»

—No —mentí con gesto inocente—. ¿Por qué lo preguntas? ¿Y tú?

Fabian miró por la ventana un momento, sin responder. De repente lo noté inseguro.

—No lo sé, ciertamente —dijo al fin—. A veces no es fácil determinarlo, ¿verdad? A veces me parece que yo... —Negó con la cabeza—. No, nada. Olvídalo —concluyó.

Si no hubiera estado tan cansada me habría gustado preguntarle qué quería decir, pero simplemente no tenía fuerzas.

Por la noche comimos pollo asado al horno y vimos la televisión, y me sentí como cuando me sentaba al lado de papá en nuestra casa de Örebro. Sin embargo, cuando me disponía a acostarme en el pequeño cuarto de invitados del piso de arriba, me sobresalté.

Parecía que había alguien detrás de un árbol del jardín, mirándome. Apagué la lámpara para verlo mejor, pero cuando volví a mirar la figura había desaparecido.

Si es que en algún momento estuvo allí.

El lunes por la mañana decidí ir a la oficina como de costumbre. Todavía no había encendido ni el teléfono móvil ni el ordenador, y no estar disponible era una sensación rara y relajante a la vez. Me di cuenta de que no debía seguir desconectada, pues mi madre y Lina podían necesitar ponerse en contacto conmigo. Pero, por una vez, iba a permitirme el lujo de estar completamente tranquila hasta el mismo instante de entrar en la oficina.

Según me acercaba a la puerta de Kommendörsgatan, la sensación de ansiedad iba en aumento, ya que no sabía si Bella estaría en su puesto. Sería raro que fuera a trabajar con el enorme

moretón que tenía en la cabeza; además, nos íbamos a ver por la noche. Y, en caso de que estuviera allí, ¿cómo iba a tratarla yo después de todo lo que había ocurrido? ¿Y cómo iba a comportarme con los demás?

Analiqué la situación una y otra vez, pensando si debería dejar inmediatamente el trabajo o no. Al final opté por esperar, hablar con Bella por la tarde y tomar una decisión a partir de lo que ella me contara. Me quedaría a vivir en casa de Fabian hasta que organizara un plan. En ese momento solo era cuestión de pasar ese día de trabajo, sobre todo si tenía que hacerlo en compañía de Bella, y obligarme a poner buena cara ante nuestros colegas.

Ya en el ascensor me di cuenta de que había ocurrido algo. Mientras iba subiendo lentamente entre crujidos, vi que una de nuestras colegas bajaba a pie las escaleras, llorando y tapándose la cara con las manos. Como yo iba en el interior del ascensor, no tuve ninguna posibilidad de hablar con ella.

El ascensor se detuvo en el segundo piso y salí. La puerta de la oficina estaba abierta de par en par y había mucha gente dentro. Dos policías de uniforme estaban hablando en ese momento con Pelle, que, lívido, se apoyaba en un escritorio. Vi que varios empleados lloraban y se abrazaban. Cuando entré, todas las miradas se volvieron hacia mí. Yo debía reflejar toda la confusión que sentía, porque Pelle interrumpió la conversación que mantenía con los agentes de policía y se acercó a mí.

—¿Qué ha ocurrido?

Pelle puso una mano sobre mi hombro.

—Te he intentado llamar un montón de veces —dijo—. Tienes el teléfono apagado.

—¿Qué ha ocurrido? —repetí.

—Bella —balbuceó Pelle, tensando un músculo de la cara al hablar—. Se ha caído, o ha saltado, a las vías del metro. Ha muerto.

Perdí el sentido del espacio y todo se oscureció. Cuando lo recuperé estaba sentada en una silla, rodeada de personas que querían ayudarme. Vi a un policía moviéndose al fondo mientras alguien intentaba evitar que se me acercara. Pelle se sentó en cuclillas delante de mí y lloramos en silencio. Mis ojos estaban secos y no entendía nada. Alguien me ofreció un vaso de agua y bebí un sorbo, pero tuve que hacer un esfuerzo para tragármela.

De repente había un policía sentado delante de mí. Se parecía mucho a Carl Bildt: pelo rubio y fino, nariz aguileña y gafas.

—¿Puedes acompañarnos a la sala de juntas? —preguntó—. Estamos intentando hacernos una idea de lo que ocurrió. Hay algunos datos contradictorios sobre este fallecimiento.

Me levanté con la ayuda del otro policía, un hombre de cabello oscuro y mirada amable. Entramos juntos en la sala de juntas y su compañero cerró la puerta. Me indicaron un lugar donde podía sentarme. El primer policía se acomodó delante de mí con un bloc y un bolígrafo.

—Aparentemente, eras la mejor amiga de Bella —dijo el policía, consultando sus notas—. Pero hacía poco tiempo que os conocíais, ¿no?

—Efectivamente —respondí y las lágrimas acudieron repentinamente a mis ojos—. Nos conocimos en septiembre, pero enseguida nos hicimos... buenas amigas.

—Os fuisteis a vivir a tu apartamento de Storgatan —siguió el policía, hojeando su bloc.

—No —dije con lágrimas en los ojos—. Fui yo la que se mudó a casa de Bella.

El policía volvió a consultar el bloc. Su parecido con Carl Bildt me confundía más aún.

—Tu nombre es Sara —dijo como si recitara mi nombre y mis datos personales—. El apartamento está a tu nombre, no al de Bella. Tengo ante mí una copia del registro de la propiedad de la vivienda.

Me quedé estupefacta.

«¿Estaba el apartamento registrado a mi nombre?

¿Lo había olvidado?»

Las palabras de Andreas sonaron en mis oídos: «¿Has ido a la policía? No lo hagas por el momento».

—Ahora mismo estoy algo confusa —dije, cogiéndome levemente la cabeza—. Si me disculpáis...

—Lo entendemos —repuso amablemente el otro policía—. No te preocupes.

Me preguntaron acerca de la vida y milagros de Bella, con qué personas se relacionaba y quién era su familia y, con creciente asombro, me di cuenta de lo poco que sabía de ella. No sabía los nombres de sus novios anteriores, no conocía a sus padres ni sabía su dirección, no conocía a ninguno de sus viejos amigos, aparte del pequeño círculo de jóvenes de Estocolmo con los que salíamos, muchos de los cuales estaban vinculados a Micke o al trabajo de la agencia.

Al final el policía dejó el bolígrafo.

—Se puede decir que, aun siendo buenas amigas y compartir vivienda, tenías escasos conocimientos de su vida —dijo.

—Lo siento —contesté—. Pero eso es todo lo que puedo recordar. Tal vez aparezcan más cosas... cuando no esté tan aturdida.

—Sí, sin ninguna duda —dijo su colega, que luego sacó una tarjeta de visita y me miró sonriendo—. Cuando estés más calmada estaría bien que te pusieras en contacto con nosotros. Puedes llamar a este número de móvil cuando quieras. O enviarnos un correo electrónico si lo prefieres. Mi nombre es Samir y el suyo, Sigge.

—Sigge Bergkvist —completó este último con cierta brusquedad.

—Gracias —dije, mirando el logotipo azul y amarillo con el emblema de la policía.

—Esto debe de ser terrible para ti —comentó Samir con gesto compasivo—. Qué susto.

—Sí. Aún no me lo creo.

Samir me miró pensativo.

—¿Crees que Bella se tiró al tren a propósito? —preguntó—. ¿Estaba deprimida? ¿Tenía tendencias suicidas? ¿Te habló en algún momento de quitarse la vida o se hirió en alguna ocasión?

Las lágrimas empezaron a resbalar por mis mejillas.

—En absoluto —aseguré, estirándome para coger un pañuelo de la caja que Samir dejó sobre la mesa al principio del interrogatorio—. Bella era vitalista, le encantaba vivir. Debió de tropezar o tal vez alguien la empujó.

Los policías intercambiaron una mirada.

—Es interesante que lo menciones —dijo el policía de nombre Sigge—. Hemos recibido testimonios contradictorios. Ocurrió esta mañana en la Estación Central a las siete y media, justo cuando había más afluencia de gente. Algunas personas dicen que saltó delante del metro; otros dicen que la empujaron y que incluso vieron al hombre que lo hizo. Al parecer cayó de espaldas a la vía justo cuando llegaba el tren.

Me quedé pensativa.

—¿De espaldas?

—Sí —dijo Sigge.

—¿Y en la Estación Central? —continué confusa—, ¿a las siete y media de la mañana? ¿Qué hacía allí? Vivimos en Storgatan y está a poca distancia de la oficina.

—Exactamente —corroboró Sigge—. Lo que abre la posibilidad de que se tratara de un suicidio, es decir, que conscientemente se dirigiera a un andén de metro atestado de gente, en vez de ir caminando al trabajo. No sabemos si había pasado toda la noche dando vueltas por la ciudad, o durmió en casa y luego salió esta mañana temprano.

Sigge me observó. Tenía una mirada escrutadora que casi hacía que me sonrojara.

—¿Cuándo viste a Bella por última vez? —preguntó—. Me ha parecido entender que no has estado disponible por teléfono durante el fin de semana.

—Me tomé un breve descanso —dije—. En nuestro trabajo es necesario a veces; me resulta agotador estar conectada y accesible todo el tiempo.

—Qué me vas a contar —se le escapó a Samir, pero una mirada de su colega lo silenció.

—El sábado por la tarde fui a visitar al mejor amigo de mi padre, un viejo amigo de la familia —añadí—. Y luego me quedé allí tranquila en su casa de Olovslund, leyendo libros y esas cosas.

—Entonces ¿cuándo viste a Bella por última vez? —volvió a preguntar Sigge.

Yo misma no entendía por qué me negaba a contar cómo fue, pero algo en mi interior decía que era mucho mejor no revelar la verdad a la policía. Ni a nadie. Todavía no.

—La vi en el apartamento el sábado —respondí inocentemente—, mientras preparaba mi bolsa de viaje. Ella iba a bajar al Ciao Ciao a tomar una copa de vino con un amigo nuestro que se llama Micke. Iban a cenar allí. Yo me marchaba con Fabian, que es como se llama el amigo de la

familia. Cogí un taxi en Linnégatan a eso de las seis, y llegué a su casa a las seis y media. Después me quedé todo el tiempo allí hasta esta mañana, cuando cogí el metro para venir a trabajar.

—¿Tuviste algún contacto con Bella el domingo? —preguntó Sigge.

El rostro de Bella bajo la capucha, enrojecido por el llanto.

Estaba escondida tras unos arbustos de lilas y se sobresaltó al ver que se acercaba un coche.

Ese gran moretón que le cubría la mitad de la cara.

—No —mentí—. No tuvimos ningún contacto.

—Está bien —dijo Sigge, cerrando el bloc—. Puedes ir con tus colegas por el momento. Tendremos que hacer una visita a vuestro apartamento durante la tarde; espero que puedas acompañarnos y nos dejes entrar, así como que respondas a más preguntas.

—Por supuesto.

De repente me acordé de algo.

—¿Se lo habéis dicho a sus padres? —dije—. Aunque no los conozco, me gustaría ponerme en contacto con ellos y decirles lo mucho que quería a su hija.

Los agentes de policía volvieron a intercambiar una mirada.

—No hemos logrado localizarlos aún —dijo Samir—. Volveremos a intentarlo.

Roger estaba en la puerta.

—Sara —me llamó—. Cuando terminéis aquí, si puedes, me gustaría hablar contigo.

—Hemos acabado —dijo Samir—. ¿Verdad, Sigge?

Este asintió. Nos estrechamos las manos para despedirnos y, cuando los policías se marcharon, Roger se sentó a mi lado.

Lo miré sin poder decir nada.

—Bueno... —No sabía por dónde empezar—. Solo quiero decir que si puedo hacer algo por ti... —Tragó saliva y percibí que estaba a punto de echarse a llorar, pero logró contenerse—. Me gustaría ayudarte. No he sido especialmente amable contigo desde que empezaste a trabajar aquí.

Se quedó en silencio.

—No —dije—. Y no sé el motivo.

—Es una larga historia —contestó Roger—. Ya hablaremos de eso. Ahora solo quiero que sepas que puedes contar con mi apoyo. ¿De acuerdo?

Asentí. Roger me abrazó y después abandonó la habitación. Ví que le costaba contener las lágrimas.

Cuando entré en la amplia sala donde estaban los sillones y el escritorio de Pelle, inmediatamente me vi rodeada por los colegas que se acercaron a darme sus condolencias. Uno me ofreció una silla, otro me trajo una taza de café bien cargado con leche y azúcar y, a pesar de que solía tomar

el café solo y más bien aguado, pude apreciar lo estimulante que resultaba beberlo fuerte y dulce. Pero después de tomar el café y hablar un rato con todos los que estaban alrededor, noté que quería estar tranquila.

Necesitaba hablar con mi madre.

—Disculpadme —dije, saqué el teléfono del bolso y volví a entrar en el despacho que compartía con Bella.

Me detuve al entrar. Bella había pegado con cinta en la pared una gran fotografía de las dos, una foto tomada en Odenplan solo un par de semanas antes en la que sonreíamos a la cámara abrazadas al sol. Bella parecía feliz y despreocupada; era incomprensible que ya no estuviera y que el final hubiera sido tan trágico.

Lentamente, empecé a formularme preguntas.

«¿Cómo ocurrió?

¿Quién había detrás?»

Excluí la posibilidad de que Bella hubiera saltado voluntariamente. Si no...

La última vez que la vi, estaba muy desesperada y abatida.

¿Quién la presionaba de ese modo?

Conecté mi teléfono y, como esperaba, tenía una gran cantidad de mensajes y llamadas perdidas. Bella y Mícke me habían llamado varias veces durante la tarde del sábado, y Mícke siguió llamando por su cuenta el domingo por la mañana. Parecía no saber que Bella había ido a visitarme a Olovslund. Desde entonces no había vuelto a llamar.

Mi madre había llamado dos veces y me preguntaba por qué no la llamaba yo.

Björn llamó y quería hablar.

Y también tenía un mensaje de Andreas del domingo por la noche a última hora.

El que busca, encuentra. Ganar o desaparecer. Necesito hablar contigo cuanto antes. Llámame, preferiblemente esta misma noche. A.

Respondí el mensaje:

Yo también quiero hablar contigo. Acontecimientos imprevistos e impactantes. ¿Cuándo nos podemos ver? S.

Luego me eché hacia atrás y cerré los ojos para no ver la sonrisa de Bella en la foto. Un minuto después oí que entraba un mensaje en el teléfono. Era de Andreas.

¿Cenamos?¿Lugar y hora?

No necesitaba pensar, tenía clara la respuesta.

La Cucaracha, Bondegatan 2 —escribí—. A las ocho.

Hablé un buen rato con mi madre por teléfono y luego con algunos colegas más de la oficina. Todos tenían buenas intenciones, pero al cabo de unas horas noté que ya no me podía quedar más. Cuando fui al pasillo, vi a Roger, que estaba solo, de pie, con la cara enrojecida por el llanto y una taza de café en las manos.

No reflexioné, solo dije lo que me daba vueltas en la cabeza.

—Roger, ¿hablabas en serio cuando dijiste que querías ayudarme?

—Por supuesto —respondió—. En lo que necesites.

—Me gustaría mucho que me acompañaras a ver a un amigo —dije—. Vive cerca de aquí y quisiera saber si está en su casa.

—Desde luego —respondió Roger, dejando a un lado la taza—. Voy un momento a por la chaqueta.

Salimos de la oficina y fuimos juntos hacia Östermalmstorg.

—Comprendo que tengas dudas acerca de mí —dijo Roger después de un rato—. Y es demasiado largo y complicado de explicar en este momento, no creo que ninguno de nosotros lo soporte. Pero déjame decirte algo: Bella estaba involucrada en cosas que no me gustaban y yo creía que tú también formabas parte de ello. Pero ya no pienso así.

—Ella hacía cuatro o cinco años que trabajaba en la agencia —dije—. ¿Cuánto tiempo llevas tú?

Roger resopló.

—Una sarta de mentiras —respondió—. Bella empezó el verano pasado, pero nadie podía decírtelo. No se sabe por qué. Decían que formaba parte del proceso de reclutamiento.

Me detuve.

—¿Estaba en la oficina solamente desde el verano pasado? —dije—. Pero... ¿entonces Pelle ha mentido como un bellaco! ¿Qué hacía antes?

Roger negó con la cabeza.

—No tengo ni idea.

Cruzamos Östermalmstorg, pasamos por delante de la iglesia y seguimos bajando hacia Strandvägen.

—Bella me gustaba —admitió Roger—. Lo que no me gustaba nada eran sus mentiras.

—No entiendo absolutamente nada de nada —dije—. Lo peor es que tengo la cabeza hecha un lío y no puedo pensar.

Micke vivía en Kaptensgatan, una callejuela perpendicular a Artillerigatan, así que nos metimos

por allí. No tenía nada previsto, solo quería ir. Tenía algo de ropa y otras cosas en su casa y quería llevármelas a la luz de día en compañía de otra persona.

Roger me miró.

—¿Vamos a casa de Micke? —preguntó.

—Sí —respondí sin dar más explicaciones—. ¿Hasta qué punto lo conoces?

—No muy bien —dijo Roger—. Solo lo conozco a través de Bella y de ti, pero sé que vive aquí.

No dijo nada más. Entramos al portal de Micke y subimos las escaleras hasta el tercer piso. Llamé al timbre.

No abrió nadie. Roger me miró.

—¿Estás segura de que es una buena idea?

—No estoy segura de nada —dije.

Volvimos a llamar. Según parecía, Micke no estaba en casa. Pero oímos pasos detrás de nosotros y nos volvimos. Vimos a una señora de cerca de sesenta y cinco años que subía por las escaleras.

—¿A quién buscáis? —preguntó.

—Al chico que vive aquí —dije—. Micke.

La mujer negó con la cabeza.

—Aquí no vive nadie —dijo—. El apartamento está en venta. Podéis entrar, está abierto.

Roger giró la manija y la puerta se abrió. Le seguí al interior del apartamento de Micke. Recordé cuántos momentos felices había vivido allí: en la cama de Micke, sentados juntos en el sofá, frente a él en la mesa de su pequeña cocina.

Casi no me creía lo que me decían mis sentidos.

El apartamento estaba totalmente vacío. El suelo de parquet limpio y brillante, y no había el menor rastro de los muebles de Micke ni de sus pertenencias, entre ellas algunas cosas mías. Y además no había ni una mota de polvo en ningún sitio y las ventanas relucían como si las acabaran de limpiar.

Todo el apartamento había sido limpiado a fondo.

Micke había desaparecido sin dejar rastro.

Volví con Roger a la oficina, ya que en ese momento no estaba segura de que fuera capaz de ir sola a ninguna parte. Nos sentamos en un sofá a charlar, lloramos. Poco a poco, nuestros colegas se fueron a su casa, pero Roger se quedó conmigo hasta que llegó la policía para acompañarme al apartamento que compartíamos Bella y yo. Cuando me tranquilicé y pude salir con ellos eran casi las cinco de la tarde. Abracé a Roger y me despedí de él.

—Gracias por tu apoyo. No sé cómo habría pasado por todo esto sin ti.

Roger sonrió ligeramente.

—A veces hay que pedir ayuda —dijo—. Y esta fue una de ellas. Tienes mejor aspecto ahora que te ha vuelto el color a la cara.

Después acompañé a los policías al apartamento y entramos juntos. Estaba agradecida de ir con ellos, ya que no estaba segura de lo que nos encontraríamos. Pero al entrar comprobé que todo estaba igual. Fui delante de ellos mostrándoles el apartamento y, cuando llegamos a la habitación de Bella, vi que su albornoz seguía en el suelo exactamente como estaba cuando entré el sábado por la tarde. La cama seguía sin hacer, todo continuaba igual que lo dejé cuando salí del apartamento.

Por lo tanto, Bella no regresó después de ir al Ciao Ciao.

¿Dónde había pasado el fin de semana?

¿Qué le ocurrió?

Un par de técnicos de la policía judicial iban detrás de sus compañeros y revisaban las cosas, sobre todo el dormitorio de Bella. Cuando, alrededor de las siete y media de la tarde, salí de camino a mi cita con Andreas, ya habían terminado y les pregunté qué habían averiguado.

—No mucho —fue la respuesta—. Parece que dejó el apartamento a toda prisa, pero no hay ningún rastro o huella en especial. ¿Escribía algún diario?

Negué con la cabeza.

—No que yo sepa.

Uno de los policías judiciales asintió pensativo.

—Nos llevamos su ordenador —dijo—, lo devolveremos lo antes posible. Firma aquí, por favor.

Firmé un papel por el cual les permitía que se llevaran el ordenador, y después bajé a Östermalmstorg y cogí el metro hacia Medborgarplatsen.

En la esquina de Götgatan y Bondegatan estaba Andreas esperándome, y fuimos caminando al restaurante sin apenas hablar. La Cucaracha era un sitio pequeño, desordenado y agradable, y conseguimos una mesa al fondo, donde nadie pudiera oír lo que decíamos. No podía evitar buscar a Bella todo el tiempo, aunque sabía que era imposible que apareciera.

¿Por qué quería que nos viéramos precisamente allí?

¿Qué pensaba contarme?

Había llamado a Andreas esa tarde desde la oficina y le había contado lo de la muerte, ya que no me sentía capaz de contárselo en el restaurante. Él me dijo que lo sentía mucho por mí, pero por lo demás no tenía mucho que agregar.

—Seguiremos hablando esta tarde —fue todo lo que dijo antes de colgar.

Ahora ya estábamos en La Cucaracha. Como las veces anteriores, el aspecto de Andreas era desastroso, llevaba las gafas empañadas y las mejillas se le habían puesto sonrosadas por el trayecto en bicicleta desde Kungsholmen; también tenía los dedos manchados de tinta y olía a sudor. No era ningún superhéroe precisamente en cuanto a su apariencia. Pero yo sentía una enorme gratitud de que estuviera conmigo en ese momento, igual que la había sentido ante la inesperada presencia de Roger apoyándome.

—¿Alguna novedad acerca de la muerte de Bella? —preguntó Andreas.

—No, nada —respondí.

Andreas me miró.

—Lo siento mucho por ti —volvió a decir.

No respondí nada. En ese momento no soportaba hablar de ello.

Llegó el camarero con la carta y pedimos dos cervezas. Después la miramos.

—Al menos he entendido quién era tu padre —dijo Andreas—. Es una leyenda.

—¿Ah, sí? —dije—. ¿En qué sentido?

Era un alivio poder pensar en algo más que en Bella. Pero Andreas no respondió a mi pregunta.

—Estudios de Ciencias Políticas e Historia del Pensamiento —dijo como si recitara—, una larga carrera junto a distintas autoridades en diversas labores, coronada con algunos años en la Agencia de Cooperación para el Desarrollo, y posteriormente activo como consultor en una empresa propia. Una red de contactos enorme.

—Es correcto —afirmé—. Y además el mejor padre del mundo. Siempre escuchaba, pero solo daba consejos si se lo pedías, y nunca intentaba imponerte nada.

—¿Hablaba mucho contigo de su trabajo?

Me quedé pensando.

—No demasiado —contesté—. Podía llegar a casa frustrado cuando las cosas no iban como él quería. Pero mi madre sí lo hacía, y Lina y yo, según lo que nos hubiera pasado en el trabajo o en la escuela.

—¿Fue él quien influyó en que hicieras formación militar?

Una tarde de comienzos de primavera, hace muchos años, mi padre y yo salimos a dar una de nuestras largas caminatas. El cielo estaba rosa por el oeste, e hicimos una escapada entre charcos y restos de nieve amontonada. Íbamos corriendo a un ritmo normal para así poder hablar.

—A mí me parece divertido —dije—. ¿Tú que crees? ¿Te parece adecuado para mí?

—Claro que sí —respondió—. Tanto la condición física que se requiere como la parte intelectual están en su sitio.

—Fue idea mía —dije—. Tenía un novio que era unos años mayor que yo y había hecho la

formación militar básica. Me parecía divertido y me preguntaba a mí misma por qué no podía hacerla yo. Mi padre me apoyó, ya que él había hecho la mili.

—¿Nunca te contó nada de sus misiones para las fuerzas armadas? —preguntó Andreas.

Le miré con gesto interrogante.

—¿A qué misiones te refieres?

Andreas negó con la cabeza sin responder.

—Háblame de los recortes de periódico —dijo, cambiando de tema—. ¿Hasta dónde has llegado? ¿Puedes ver algún patrón, alguna idea detrás de lo que él hacía?

—No lo sé —respondí—. Los últimos días ni siquiera me he acordado de ello. Pero antes de que ocurriera lo de Bella... y lo de Micke...

Tragué saliva. Andreas esperó pacientemente.

—... confieso que me sentía enganchada conforme iba leyendo —dije—. Las cosas que fue reuniendo son realmente interesantes, y noto que incluso me dan ganas de «tomar el relevo», o algo por el estilo. Me pongo a buscar en Google, saco más material, quiero saber más de cada uno de los temas que él recopiló. Es algo que parece no tener fin.

Andreas sonrió.

—Estás empezando a pensar como un periodista. Siempre estamos hurgando —explicó—. Créeme: es fácil enredarse. Así es como la gente normal se convierte en activista.

—No tengo ganas de acabar así —dije.

El camarero se acercó con nuestras cervezas en una bandeja. Las puso delante de nosotros y luego sacó un sobre alargado del bolsillo de su delantal.

—¿Tú eres Sara?

—Sí —dije.

Me dio el sobre y reconocí la letra de Bella. Mi nombre estaba escrito.

Noté calor por todo el cuerpo.

—Espera —dije al camarero—. ¿Cómo te ha llegado esto?

El camarero se encogió de hombros y miró hacia la entrada.

—Me lo dio un tío —contestó—. Estaba por aquí cuando llegasteis, pero parece que se ha marchado. Llevaba unos vaqueros y una chaqueta, y una especie de sombrero negro en la cabeza.

«El Zorro.»

Andreas no esperó. Fue corriendo hacia la entrada y salió a la calle.

—¿Hay algún problema? —preguntó el camarero sorprendido—. Si no quieres la carta, puedo tirarla.

—No, no —dije, apretando el sobre contra mi pecho—. ¿Podrías decirme cuándo te lo dio, más o menos?

El camarero se quedó pensando un momento y luego resopló.

—No lo sé —dijo—. ¿Hará unos diez minutos? ¿Quince? Después de recibir el sobre tuve que registrar el pedido de cuatro solomillos de buey a aquellos de allí, los de la mesa larga, porque había habido un error. A continuación tuve un jaleo con la factura de esos dos que estaban sentados en el rincón al lado de la puerta, que afirmaban haber bebido solo una cerveza cada uno, pero yo les había servido por lo menos cuatro, y estaba anotado en el pedido, así que no había mucho que discutir, pero de todos modos se enfadaron y no me dieron propina. Luego tuve que ir a por vuestras cervezas y entonces me acordé del sobre.

¿Era realmente tonto o estaba haciendo una buena interpretación de teatral?

—Ah, ya —dije simplemente—. Muchas gracias.

—De nada —respondió el camarero.

Se fue. Puse el sobre encima de la mesa y bebí un sorbo. El vaso temblaba de tal forma en mi mano que derramé un poco de cerveza. Volví a dejarlo y me quedé quieta mirando hacia delante.

Después de un cuarto de hora volvió Andreas, jadeando y aún más sudoroso que antes.

—Nada —dijo—. Fui corriendo hasta Östgötagan, luego subí hasta Kocksgatan, salí a Götgan, bajé de nuevo hasta Blekingegatan y volví a entrar aquí. Ha desaparecido.

Miramos el sobre: «Para Sara».

—Es de Bella —dije.

—Ábrelo.

Lo rasgué y saqué de su interior un papel doblado en el que Bella había escrito:

Si recibes esto es porque no he podido llegar a La Cucaracha. No me da tiempo a escribirlo todo, están a punto de llegar. Pero me encargaré de que lo recibas de algún modo.

Hay tanto que quiero decirte que no me va a dar tiempo, pero lo más importante es que tienes que confiar en ti misma, porque tú eres la que realmente sabe que NO ESTÁS LOCA, ¿vale? Todo lo que «crees» que te ha pasado ha sucedido realmente. Lo sé porque yo estaba al lado y lo he visto. Has sido increíblemente fuerte. Yo no habría aguantado ni una mínima parte de lo que has soportado tú.

Ya llegan.

Sigue esta pista, ¿vale? Te guiará correctamente. ¡Pero debes tener mucho cuidado!

B.

Las últimas frases estaban mal escritas, como si tuviera mucha prisa. Debajo del texto vi de nuevo la imagen del sello con forma de escudo de armas y tres letras en su interior: una F, una L y una A, cada una con una pequeña corona encima. En la parte superior del sello había una mayor, más o menos como el emblema nacional de Suecia en miniatura.

Le di el papel a Andreas, que lo observó con interés.

—Con esta carta se puede descartar el suicidio —dijo.

Se puso bien las gafas y se acercó el papel para mirar el sello con atención.

—¿Qué es esto? —preguntó—. Supongo que no lo habrás visto antes.

Dudé. Pero no había nadie más en Estocolmo en quien pudiera confiar.

—Sí —dije—. En un cajón del escritorio de mi padre.

El anillo que vi en el dedo del violador.

—F... L... A —dijo Andreas—. ¿Sabes qué significa?

—No tengo la menor idea —respondí.

Andreas se fijó bien en la escritura descuidada de Bella.

—¿Pone «sigue la pista» o «sigue la pasta»? —preguntó.

Lo miré.

—Pone «sigue la pista» —respondí—. Está claro.

—Y ahora Bella está muerta —dijo Andreas, metiendo la nota en el sobre—. Esto no me gusta nada. ¿Dónde vas a dormir esta noche?

—Pensaba quedarme unos días en casa de Fabian —dije.

El camarero estaba delante con el bloc en la mano.

—¿Listos para pedir? —preguntó.

—No —dijo Andreas, levantándose—. Estamos listos para pagar.

Puso unos billetes en la mano del camarero y después se volvió hacia mí.

—Vamos —dijo, dirigiéndose a la puerta—. Tendríamos que habernos marchado hace un buen rato.

Andreas tiró de mí, bajamos hasta el metro y luego volvimos a subir, cruzamos Folkungagatan y allí cogimos un autobús. Bajamos a las pocas paradas, pasamos por un parque y entramos unos minutos a una tienda de ICA. Salimos, cruzamos Ringvägen y después entramos en un restaurante de aspecto sórdido. Andreas miraba alrededor todo el tiempo, como para asegurarse de que no nos seguían.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté.

Andreas no respondió. Elegimos una mesa al fondo del local y él pidió dos porciones de albóndigas sin preguntarme nada. Cuando el camarero se fue, me miró.

—No puedo explicártelo aún, pero creo que te están vigilando todo el tiempo. Están buscando algo, pero no sé qué es.

—¿Y quiénes son?

—Tampoco lo sé.

Nos quedamos en silencio.

—¿A qué te referías cuando dijiste que mi padre era «una leyenda»? —pregunté—. ¿En qué sentido?

Andreas miró alrededor, pero no había nadie cerca de nosotros que nos pudiera escuchar.

—Tu padre era uno de los consultores más hábiles en el ámbito de la política de seguridad sueca y en cuestiones de exportación y de defensa. Colaboró con el Ministerio de Asuntos Exteriores, el SÄPO y el Consejo de Exportación de Suecia, entre otros. ¿No lo sabías?

Negué con la cabeza. Me sentí terriblemente estúpida.

—Pero lo que convirtió a tu padre en una leyenda —continuó Andreas—, no fue su capacidad, ya que muchos la tenían, aunque él era el más hábil, sino su manifiesta obstinación.

—Sí, era bastante terco. —No pude evitar sonreír—. De eso al menos puedo dar fe.

—Hasta tal punto que iba por su propio camino —dijo Andreas—. Tu padre tuvo duros enfrentamientos con autoridades y superiores.

—Vaya —dije—. ¿Y eso era bueno o malo?

—Cuando el gobierno de Persson entregó en el año 2001 a los dos egipcios a Estados Unidos, en contra de todas las normas internacionales, tu padre explotó —dijo Andreas—. He encontrado documentación de una reunión entre él y Göran Persson, en la que califica al primer ministro de «engreído» que solo «quiere promocionar los intereses de Suecia y su propia carrera a costa de la jurisprudencia internacional, aunque la entrega sea contraria a las convenciones de la ONU».

Me quedé en silencio.

—Posteriormente se reunió con el rey —añadió Andreas—. Y ese encuentro tampoco fue ningún ejemplo de diplomacia. Fue en 2004, cuando el rey, de un modo increíblemente estúpido, aunque había recibido la información del Ministerio de Asuntos Exteriores, expresó su gran simpatía por el sultán de Brunei y su supuesta «cercanía con el pueblo».

—Lo recuerdo —dije—. A muchos les molestó.

—Así fue, pero solo tu padre se dirigió al rey en una recepción en el palacio, le tuteó, aunque no está permitido, y le dijo algo parecido a «me avergüenzo de ser súbdito sueco cuando tú, que eres nuestro rey, te pronuncias de un modo tan poco inteligente sobre un dictador que oprime a su pueblo».

—¡Uy! —exclamé.

—Cuanto más escarbo en el material que rodea a tu padre, más me impresiona —dijo Andreas—. Tenía algo que pocas personas poseen: valor cívico.

La imagen de mi padre sentado a la mesa durante la cena hace un par de años, su modo de dirigirse a Lina y a mí. Había sucedido algo en el trabajo que le molestó mucho, aunque ahora no podía recordar qué fue.

—Recordad que siempre tenéis que atreveros a defender vuestras ideas —decía—. Debéis tener valor cívico. Si le roban a una señora en la calle, si un padre pega a su hijo, si un joven es agredido por un grupo de chicos, no se debe permitir.

—Sí, pero ¿y si se meten con nosotras? —preguntó Lina—. ¿Dónde está el límite entre el valor

cívico y la estupidez?

—No existe —dijo mi padre—. Hay que atreverse a hacer lo correcto, aunque te arriesgues a meterte en problemas. De lo contrario, como dice Astrid Lindgren, no eres una persona, sino una mierdecilla.

Recordé los ojos de mamá, sentada con nosotros, asustada pero resignada a la vez. No se podía razonar con mi padre cuando estaba enfadado, siempre estaba seguro de lo que pensaba. Pero mi madre no era tan valiente como él, nunca lo fue. De pronto rememoré algo más, algo que había estado oculto entre miles de recuerdos de los años que pasé con papá.

Estábamos de pie uno al lado del otro en el garaje, junto a su mesa de trabajo. Mi padre me miró y me dijo:

—Tú eres valiente, Sara. Eres la que más se parece a mí de la familia. Mamá y Lina son un poco más cautas. Pero a ti y a mí... no hay mucho que nos asuste.

Me reí y lo miré y, sin darme cuenta, le dije:

—Papá, ¿soy yo el hijo que siempre has querido tener?

Mi padre me miró, sonriente pero elevando las cejas.

—¡En absoluto! —dijo—. Eres la hija que siempre he querido tener.

Y recordé cuando me gradué en adiestramiento de oficiales. Los reclutas tuvimos que estar de pie una hora y media delante de nuestras familias y amigos mientras escuchábamos a distintos jefes, y Rahim se desmayó. No se me olvidará nunca la cara de papá entre el público; lo orgulloso que estaba cuando me entregaron el diploma. La sonrisa de mamá cuando, además, me dieron el premio a la mejor compañera del pelotón. El abrazo en grupo posterior: Nadia, Rahim, Erik, Gabbe y yo, que no podía dejar de llorar. Tenía la sensación de que mi corazón iba a estallar, sin que yo ni nadie supiera bien por qué.

«Mantendremos el contacto —dijeron abrazándome—. Sara, ¡no llores más!»

Pero no fue así, lo que demostró que mi premonición era correcta.

Todas las conversaciones que mantuvimos papá y yo a partir de entonces sobre mis estudios universitarios, qué camino seguir, qué línea elegir. Ciencias Políticas era seguir sus pasos, señaló él, y yo no debía sentirme presionada a hacerlo. Yo respondí que ese no era el motivo, que yo quería estudiar Ciencias Políticas por mí misma.

Los cursos en Uppsala, la vida en los pasillos de estudiantes, las divertidas fiestas de la asociación de estudiantes. Pero no había la misma sensación de pertenencia a un grupo que en el ejército.

Mis padres y Lina venían a veces de visita, o yo iba a verlos a Örebro. Mi graduación en la universidad se celebró sin ninguna ceremonia en esa ocasión. Un papel certificando que había hecho una licenciatura y que había obtenido un sobresaliente en mi trabajo de fin de carrera.

Y los hechos acaecidos después de Navidad, cuando nuestra existencia se detuvo.

Ese paseo por el túnel oscuro a últimas horas de la noche.

La violación, que puso punto final a lo que había sido mi vida hasta ese momento.

Y mi padre, que a partir de entonces se convirtió en otra persona. Cuando supo lo que me había ocurrido, la luz de su mirada se apagó para siempre. Se volvió cada vez más callado y más introvertido. Salía de nuestro hogar y decía que iba a la casa de veraneo, y luego podía estar sin aparecer y sin atender el teléfono varios días seguidos. Mi madre hizo todo lo posible por ayudarme con tratamientos para las crisis que sufría y llevándome a terapia; en cambio, mi padre era como si no estuviera. Parecía como si ya se hubiera ido, pero no podía entender el motivo por más que me esforzara.

¿Por qué me abandonó justo en el momento en que más lo necesitaba?

¿Había empezado a afectarle la enfermedad?

—¿En qué piensas? —preguntó Andreas—. Estás muy silenciosa.

—En todo; no paro de darle vueltas a las cosas —respondí—. Björn cree que mi padre se metió en asuntos turbios, como trata de personas, entre otros.

—Me cuesta creerlo —dijo Andreas—. Yo también tengo una pista que lleva en esa dirección, pero no a tu padre. ¿Tal vez fuera Björn mismo y acusar a tu padre sea su forma de ocultarlo?

Andreas sacó una fotografía en blanco y negro de su bolso.

—¿Has visto antes una foto de esta persona? —preguntó.

Miré la foto. Era de una mujer de alrededor de treinta años, rubia y con flequillo, que llevaba un polo, y bajo su flequillo vislumbré una mirada escrutadora. Era bonita y su rostro me resultaba familiar.

—Creo que sí —contesté, frotándome los ojos—. Espera un momento.

Volví a mirar la foto. Y de repente me acordé.

En el cajón del escritorio de mi padre, debajo de la foto de graduación del bachillerato y de aquella con Torsten.

—Mi padre tenía esa misma foto —dije con entusiasmo—. Está en el cajón de su escritorio en casa, en Örebro. Es el mismo que he mencionado antes, donde estaba el dibujo del sello. ¿Quién es ella?

—Cats Falck —dijo Andreas—. Una periodista de *Rapport* que desapareció con una amiga en 1984. Justo antes de hacerlo, había comunicado a sus amistades que estaba trabajando en una primicia con la que podría conseguir un importante premio periodístico. En mayo de 1985, las dos mujeres fueron encontradas muertas, con el cinturón de seguridad en un coche que estaba hundido boca abajo en el fondo de Hammarbykanalen.

Miré a Andreas a los ojos.

—Espera. —Me acordé de algo—. Tengo un recorte de periódico sobre eso. ¡Mi padre tenía una carpeta con un montón de cosas acerca de ella!

Rebusqué en mi bolsa y allí, en el fondo, estaba la carpeta de color celeste denominada «Cats Falck».

La puse encima de la mesa en medio de nosotros y empezamos a leer.

SUECAS ASESINADAS POR UN COMANDO DE LA RDA

Detrás del misterioso asesinato de la reportera de televisión Cats Falck y de su amiga Lena Gräns en 1984 había un comando de asesinos, enviado por el régimen que había entonces en la RDA, según afirman fuentes alemanas después del arresto en Berlín de un presunto miembro del comando.

Este estaba compuesto presuntamente por oficiales de la Stasi, que recibían órdenes del Ministerio para la Seguridad del Estado, MfS.

«Sin embargo, las decisiones se toman en las esferas más altas de la jerarquía política, probablemente personas del entorno de Erich Honecker, por entonces jefe del Estado y del partido», asegura Andreas Förster, quien ha escrito el artículo en el *Berliner Zeitung*. [...]

Andreas Förster, en el *Berliner Zeitung*, no quiere revelar sus fuentes. Sin embargo, las mismas confirman que la fiscalía general está investigando las sospechas de que un comando de tres hombres cruzó la frontera de la antigua Alemania Occidental y llegó, a través de Dinamarca, hasta Estocolmo para matar a Cats. El motivo sería las investigaciones que ella llevaba a cabo sobre contrabando de armas a través de la RDA.

Los autores del delito se habrían puesto en contacto con Falck y Gräns en un restaurante. Allí, las mujeres fueron presuntamente envenenadas y sedadas con somníferos. Después de llevar el coche al puerto de Hammarby, los sicarios metieron a las mujeres en el interior y lo empujaron por encima del muelle. [...]

TOMAS LUNDIN y CLAES REIMEGÅRD,
Svenska Dagbladet, 25 de septiembre de 2003

Bo G Andersson, *Dagens Nyheter*: «La policía cerró este caso solo unos días después de que las encontraran. Lo que a mí, *a posteriori*, me parece muy desafortunado. Por ello la investigación policial tiene enormes deficiencias. Todavía faltan protocolos, los aspectos técnicos no se han investigado demasiado bien, ni se ha examinado el coche y todo lo demás como se tendría que haber hecho. [...]

Sobre todo hay circunstancias que hacen que de todas las teorías que se han presentado, bastante simples, no se sostenga ninguna. [...]

Desde el sitio al que habrían ido en el coche y volcado en el borde, hasta el lugar donde las encontraron, hay nada menos que 550 metros. Lo consulté con la gente del puerto y todos descartan que un automóvil con el cristal roto pudiera avanzar 550 metros».

En la carta dirigida a la policía durante el año 1997, había algunas declaraciones sensacionalistas que relacionaban a Cats Falck con los negocios de contrabando de Bofors y el fallecido inspector de material de guerra Carl Algernon, debido a las afirmaciones de que habría sido precisamente Cats Falck la que habría informado a Algernon de lo que Bofors hacía realmente.

Bo G Andersson, *Dagens Nyheter*: «Esos datos se sacaron de un memorando del SÄPO y en alguna ocasión le he formulado preguntas por escrito sobre el mismo a un ex jefe del Servicio de Seguridad. Se han llevado a cabo importantes investigaciones en el SÄPO para intentar averiguarlo, pero no se ha encontrado el memorando. Lo

que sí se puede asegurar es que se escribió y que Carl Algernon se dirigió al SÄPO en un momento en el que el caso Bofors no estaba en los medios de comunicación y el contrabando a la RDA no estaba en tela de juicio».

KRISTOFER HANSSON, *Sveriges Radio*, P3,
Dokumentär, *Cats Falck*, 22 de julio de 2007

En el margen de uno de los artículos, mi padre había escrito «¿Cebo? ¿Ingenuidad?». Como de costumbre, no sabía a qué se refería. Dejé sobre la mesa lo que acababa de leer y miré a Andreas.

—¿Qué sucedió en realidad? —pregunté—. Te vuelves loco leyendo todo esto. ¿Crees que pudo tratarse de tráfico ilegal?

—No lo sé —dijo Andreas—. En tal caso, es probable que se hicieran favores entre países. Pero creo que hay una conexión entre lo que le pasó a Cats Falck y lo que le pasó a tu padre, y seguiré investigando. Por tu parte, lo más importante en este momento es que tengas mucho cuidado, como comprenderás.

Resoplé sin poderlo evitar; un sonido que se origina en algún lugar entre la risa y el llanto.

—¿De qué modo voy a tener «cuidado»? —pregunté—. ¿Crees en serio que tengo la más mínima posibilidad de protegerme de esos cabrones? Parecen ser capaces de atravesar las puertas y pasar por encima de tu cabeza, como mínimo.

Fue Andreas el que se quedó en silencio en ese momento.

—¿Qué pasa? —dije—. ¿Qué estás pensando?

Él negó con la cabeza.

—A lo largo de mi vida, nunca me he sentido tan pequeño como ahora —dijo—. Tan pequeño e indefenso.

Al oír que Andreas, un competente periodista de investigación de uno de los periódicos más importantes de Suecia, se describía a sí mismo como «indefenso», volvió a surgir la confianza que yo tenía en mí misma. Fuera lo que fuese lo que ocurría a nuestro alrededor y en lo que me había metido, me negaba a permitir que me intimidaran.

Miré a Andreas.

—¿Sabes qué? —dije—. Vamos a recuperar el ánimo. No vamos a dejar que acaben con nosotros. ¡Opón resistencia, por favor! ¿Eres un periodista o un ratón?

Andreas se rio.

—Ya que lo dices, supongo que un periodista.

Me miró con ternura.

—Tienes razón —añadió—. Unamos nuestras mentes privilegiadas y veamos a dónde llegamos.

—Bien —dije.

Nos quedamos en silencio un momento. Yo pensaba con tal intensidad que casi me producía dolor.

—Bueno —empecé—. Voy a improvisar, ¿vale?

—Adelante —dijo Andreas—. No serás responsable de nada de lo que se te venga a la cabeza en este momento. Espero que yo tampoco.

—Una de las claves deben de ser los recortes que guardaba mi padre —dije—. No hay nada secreto en ellos, como hemos constatado. Pero cumplen algún tipo de función. ¿Cuál?

—No lo entiendo bien.

—Es una suposición —dije—. Pero cada vez que mi casa o la de mi familia han sido registradas, ya sea mediante robo, intrusión o como lo queramos llamar, los recortes permanecieron allí. ¿Lo entiendes? Si hubiera algo que yo no debería leer, habrían desaparecido enseguida. Pero no fue así. Los que están detrás de esto, quienesquiera que sean, prefieren que siga leyéndolos. Hay algo que quieren conseguir con mi lectura, de lo contrario las carpetas habrían desaparecido hace tiempo. Pero ¿qué puede ser?

Andreas asintió pensativo.

—Creo que has encontrado alguna pista —dijo—. Aunque no sabría decir cuál. Yo he pensado algo parecido, pero de otro modo. ¿Quieres oírlo?

—Cuéntame —respondí—. Quiero oír todo lo que pienses de esto.

Andreas guardó silencio un momento.

—¿Recuerdas cuando, de pequeños, formábamos figuras trazando líneas entre distintos puntos numerados? Lo único que veíamos al principio era un montón de puntos negros con un número al lado, parecía inútil y no representaba nada. Después nos poníamos a trazar las líneas, cuanto más rectas mejor. Y tras un rato, el objeto que estábamos dibujando empezaba a tomar forma. De ese montón de puntos y cifras aparecía una figura. Y cuando trazabas la última línea, surgía el objeto con tanta claridad que no podías comprender que no lo hubieras visto antes.

—Entiendo lo que piensas y me gusta. —Reflexioné—. Lo que no comprendo es qué serían los puntos en todo lo que tiene mi padre, ni cómo debo trazar las líneas.

—Quizá aún no tengas todos los puntos —dijo Andreas en tono amable—. Según dices, todavía no has leído ni una tercera parte de las carpetas. ¿Tal vez es demasiado pronto para empezar a trazar las líneas?

Asentí con la cabeza y después volví a quedarme en silencio.

—¿Y si lo vemos al revés y nos centramos en los temas, en el contenido de las carpetas? —dije—. Parece que la mayoría se refiere a cosas que ocurrieron en la sociedad sueca, pero que no se han investigado o no han salido a la luz; simplemente se han escondido debajo de la alfombra. ¿No te parece a ti también que tienen un denominador común?

—Por supuesto —respondió Andreas—. Pero hay algo importante, una pieza del rompecabezas

que no encontramos, o que simplemente no está. Una especie de hilo conductor. ¿No opinas igual?

—Sí, exactamente igual que tú. Pero ¿qué?

Nos quedamos un rato en silencio sumidos en nuestros pensamientos.

Por el momento no había nada más que añadir.

Cuántas noches he pasado contigo y con Lena en el Renault blanco de ella, en algún sitio entre el sueño y la vigilia. Es como si hubiera estado allí sentado con vosotras cuando el automóvil chocó con la superficie del agua. Siempre a oscuras, siempre en invierno y en el agua negra y helada.

El parabrisas destrozado. ¿O tal vez ya lo estaba para que el coche se hundiera más rápido? Ninguna de vosotras ofrece resistencia, ninguna intenta salir. ¿Por qué? ¿Estáis conmocionadas o ya estáis muertas?

El agua va llenando el coche lentamente y nos hundimos, sin piedad, en el fondo. Nos detenemos justo al lado del muelle, a solo medio metro, con la parte delantera del coche en dirección a Danvikstull. Ello indica que hemos ido descendiendo lentamente en el agua, ya que de haber ido a gran velocidad nos hubiéramos hundido mucho más lejos. Entre noviembre y mayo, la policía nos rastreará en seis ocasiones sin encontrarnos. ¿Cómo es posible? ¿Cómo se puede perder un coche? ¿O tal vez cuando el coche y nosotros vamos a parar allí ya habían terminado las labores de rastreo?

Te recuerdo bien, Cats. Tu franqueza, tu sonrisa, tu obstinación. Uno de tus brazos algo más corto que el otro, de lo que nunca hablabas. Muchos pensaban que eras difícil: demasiado obcecada, demasiado ambiciosa y procurabas ser el centro de atención. Siempre te acercabas demasiado cuando hablábamos contigo, percibíamos el olor de tu aliento y de tu pelo. Pero a mí nunca me pareciste una entrometida. Salía de nuestras reuniones lleno de energía, de entusiasmo por el trabajo. Querías cambiar muchas cosas, igual que yo.

He estado mucho tiempo sin saber lo que te había ocurrido. Cómo fue. La incertidumbre hacía que pasara la noche dando vueltas en la cama. Las imágenes me asediaban, no podía defenderme.

Ahora sé lo que ocurrió. Las imágenes se han congelado, hay momentos de los que no me puedo escapar. Ahora sé cómo sucedió todo. Y tengo frío por dentro, yo también.

Los dos tuvimos que ser un cebo, y algunos más con nosotros. Pero tú eras todo menos una ingenua.

Ahora quiero que todo el mundo lo sepa.

Me quedé toda la semana en casa de Fabian y seguí yendo al trabajo como de costumbre. En la oficina estaba todo patas arriba, y mis tareas nada claras debido a que Bella, mi jefa inmediata, había desaparecido. Pelle se mostraba sereno, y supe que había interrumpido varios proyectos que Bella tenía a su cargo. Yo estaba muy triste todo el tiempo; los sentimientos me salían a raudales sin previo aviso. Sin embargo, no podía dejar de ir a la oficina. No soportaría quedarme sin hacer nada en el chalet de Fabian, o en el apartamento que compartimos Bella y yo.

El jueves llamé a Samir, el agente de policía simpático, para saber si podía ponerme ya en contacto con los padres de Bella. En la centralita me dijeron que estaba ocupado, pero prometieron que me devolvería la llamada. Estuve trabajando unas horas y luego me llamó, mejor dicho, lo hizo su compañero. Sigge Bergkvist. El clon de Carl Bildt.

—Ah, bien —dije sorprendida—. En realidad yo buscaba a tu compañero, a Samir.

—Él no tiene tiempo —contestó contundente—. Puedes hablar conmigo unos minutos.

«¿Unos minutos?

¿Por qué tenía tanta prisa?»

—¿Cómo va todo? —pregunté desconcertada—. ¿Habéis hablado con los padres de Bella? Y otra cosa, ¿cuándo vamos a recuperar su ordenador?

—Ya hemos terminado con él —dijo—. Esta tarde os lo enviaremos a la oficina por mensajería, si tienes la amabilidad de firmarlo. En lo que respecta al caso, la investigación preliminar se ha cerrado.

Me quedé petrificada sin entender bien qué me había dicho.

—¿Qué quieres decir? —pregunté—. ¿Cómo que se ha cerrado? ¿Habéis recibido un montón de información contradictoria de testigos que afirman que la empujaron y otros que se tiró! Así que supongo que no podéis cerrarlo simplemente.

—No hay ningún testimonio contradictorio —aseguró Sigge pacientemente, pero con evidente irritación en el tono de voz—. Estás completamente equivocada. Ella se arrojó delante del tren por su propia voluntad. Por lo tanto, se ha cerrado la investigación preliminar y el caso se ha sobreseído y archivado en el apartado de suicidios.

—¿Y sus padres? ¡Quiero ponerme en contacto con ellos!

—Lo siento, pero no tengo más tiempo para hablar contigo —dijo Bergkvist y luego colgó.

Seguí petrificada. Unos minutos después llamó Andreas.

—Ayúdame —dije y entonces le conté lo que había ocurrido—. ¿Qué está pasando?

—En ello estoy —respondió Andreas—. En realidad llevo toda la semana con eso. Volveré a llamarte en cuanto sepa algo.

El jueves por la noche cené con algunos compañeros del trabajo que sentían mucha pena por mí y querían invitarme al Miss Voon de Sturegatan, y después me fui a casa y me acosté. Fabian estaba en el Rotary, según me había dicho por la mañana, así que no nos vimos ni el jueves por la noche ni el viernes por la mañana, ya que me fui temprano al trabajo. Cada vez que recordaba la conversación que había mantenido con Fabian había algo que seguía sin encajar, pero no sabía qué era ni tampoco me preocupaba y, sinceramente, no tenía ganas de elucubrar sobre ello.

El viernes a las once de la mañana llamó Andreas.

—¿Puedes hablar?

—Sí, no hay problema. ¿Has averiguado algo?

—Lo siguiente no puedes decírselo a nadie —dijo Andreas.

—De acuerdo —convine.

—Bella no existe —dijo él—. Nunca existió.

Una vez más, el suelo se balanceó debajo de mi silla y las paredes se movieron lentamente alrededor de mí. La sensación de la más absoluta y completa irrealidad.

«¿Todo era un sueño?»

¿O simplemente estaba loca?

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

Andreas carraspeó.

—Nunca existió esa persona llamada Bella. Es una identidad totalmente inventada y carece de número de documento de identidad. Por eso no hay padres con los que puedas hablar. El apartamento está registrado perfectamente a tu nombre. Considéralo una posible aportación inicial a tu nueva vida.

«¿Mí nueva vida?»

—Entonces ¿quién es Bella? —pregunté—. ¡He vivido con ella y hemos sido buenas amigas durante varios meses! ¿Cómo puedes decirme que no existía?

—No tengo pruebas exhaustivas —explicó Andreas—. Pero he podido acceder a distintos registros con la ayuda de algunos contactos. Y si te puedes imaginar un presupuesto ilimitado para teñirse el pelo, comprar ropa, tratamientos faciales y esas cosas a las que soléis recurrir las chicas, a lo máximo que puedo llegar es a una chica bielorrusa llamada Olga Chalikova. Llegó a Suecia en 2003 a través del tráfico ilegal de personas como una prostituta de doce años y supongo que, a partir de entonces, se produjeron grandes cambios en ella.

—Es imposible. Bella hablaba sueco sin ningún acento.

—Su padre era sueco y ella lo hablaba desde la infancia —dijo Andreas—. Murió en un

accidente laboral cuando Olga tenía ocho años, por lo que llevaba el apellido de su madre. Posteriormente la madre desapareció sin dejar huella. Uno de los motivos de que la trajeran aquí fue que Olga hablaba sueco, y probablemente la metieron en el programa de alto standing, como prostituta de lujo y algo más.

—¿Aquí? ¿En Suecia? ¡Estás hablando de prostitución infantil!

—Lo sé.

Me quedé atónita.

—No te creo —dije.

—Lo entiendo.

Nos quedamos en silencio unos minutos.

—¿Recuerdas que te dije que tenía una pista que llevaba al tráfico de personas? —preguntó.

—Sí —respondí con voz grave.

—¿Te dice algo la palabra *skarabé*? —preguntó después.

«Skarabé.» Sonó una alarma.

—Tengo que pensar. En este momento me da vueltas la cabeza... Sí, mi padre lo escribió en el margen de uno de sus documentos.

—¿Puedes mirar en cuál? —dijo Andreas.

Rebusqué en la bolsa.

—Espera un momento. Aquí está.

Saqué una carpeta y la puse sobre la mesa.

—«El escándalo del burdel» —dije.

—Lo suponía —comentó Andreas—. De acuerdo. Te voy a enviar dos fotos de esa chica, llámame cuando las recibas. Puedo estar equivocado, por supuesto.

Cortamos la llamada y unos segundos después oí dos sonidos en mi móvil. Abrí los mensajes mientras notaba los latidos de mi corazón. Era ella.

La primera era de una chica de cabello oscuro, gruesas cejas sin depilar, y un gesto serio que miraba directamente a la cámara.

La otra era de la misma chica de perfil, con esa inconfundible nariz recta y esos labios tan bonitos y carnosos que yo solía admirar. Y que observaba cuando ella reía y hablaba y cuando, pocas veces, lloraba.

Bella.

Olga.

Llamé a Andreas.

—Es ella —dije—. Segura al mil por cien.

Andreas se quedó en silencio unos segundos.

—Quiero que vayas al chalet de Fabian esta tarde y recojas tus cosas —dijo—, y que después

te vayas a Örebro con tu madre. Yo iré mañana para que sigamos hablando, o podemos hacerlo por teléfono si lo prefieres. Pero vete en el tren de la tarde, ¿de acuerdo? Creo que Bella tenía toda la razón cuando te dijo que en este momento no estás segura en Estocolmo.

—No estoy segura en ningún sitio.

Cuando concluimos la llamada, busqué en mi bolsa una carpeta. Estaba en el fondo, era de color verde claro y mi padre la había etiquetado como PROSTITUCIÓN INFANTIL.

Puse la carpeta sobre la mesa delante de mí y luego llamé a mi madre por teléfono.

—¿Cómo estás, querida? —dijo—. ¿Has hablado con los padres de Bella? Pienso en ti todo el tiempo. ¿Puedes venir a pasar el fin de semana en casa, para que podamos abrazarte y cuidar de ti?

—Claro que sí —dije—. Voy para allá.

Me llevó media hora llamar por teléfono y comprar una niña de catorce años. Fingí ser un pedófilo que quería acostarse con una niña prostituta. Podía elegir entre el sexo con la niña en un baño público o en la habitación de un hotel. El proxeneta me dijo que no podía llevármela a casa, ya que no quería perder el control. A los niños que tenía «alojados» les solía ir mal en las casas particulares.

Mientras hablaba con el proxeneta yo estaba sentado en un café hablando con una refugiada que acababa de llegar al país: una activista siria que me iba a ayudar a investigar y a escribir sobre la situación de los niños en Siria y en Irak. Yo quería saber más acerca de los niños secuestrados para luego ser utilizados como esclavos sexuales y escudos humanos, o quienes se les lava el cerebro para convertirlos en terroristas suicidas. También hablamos de los niños que son utilizados con fines propagandísticos, de los vídeos que circulan por todo el mundo y se consideran reales, aunque lo cierto es que son montajes.

Después de un rato ella me interrumpió, diciendo que alguien debería investigar también las prácticas de abuso que sufren los menores que han llegado solos a Suecia, y de qué modo se llevan a cabo. Ella me indicó la pista a seguir, y de repente me vi hablando con un proxeneta de Estocolmo. [...]

El año pasado llegaron a Suecia cerca de 35.000 niños y adolescentes. En realidad fueron más, pero no todos se registraron. Muchos huían de guerras y genocidios, otros vinieron por motivos económicos. En Suecia nos pilló por sorpresa. Muchos de ellos ni siquiera eran menores de dieciocho años, pero fingían serlo. Fue un caos. Enseguida surgió un enorme mercado de acogida en torno a los niños que habían llegado solos, ya que se podían ganar importantes cantidades de dinero: los niños tenían que ser ubicados en distintos alojamientos. Eran 35.000. [...]

Las autoridades no tardaron en perder el control. Nadie tiene una visión general de a dónde fueron a parar los que estaban solos, nadie tiene recursos para controlar todos los centros de acogida. Y no hay ninguna duda de que niños y adolescentes fueron explotados, incluso en el mercado negro. [...]

La organización internacional prodefensa del menor, ECPAT, que trabaja contra la explotación de los niños, confirma la situación. Su secretario de prensa, Thomas Andersson, escribe en un mensaje de correo electrónico: «La situación de explotación sexual que sufren los niños que han llegado solos o los que ya están, por ejemplo, en centros de acogida para niños refugiados no es nueva pero, dado que Suecia en la actualidad no ha tratado el incremento de niños en centros de acogida de un modo que garantice la protección de todos ellos, la vulnerabilidad y probablemente las cifras de casos de abusos aumenta». [...]

En mi investigación actual he leído, entre otros, el informe nacional sobre la trata infantil de 2012-2015. También he hablado con la escritora Märta C. Johansson, profesora asociada de la Universidad de Örebro. Del informe dice: «Nunca habían llegado tantos niños no acompañados a Suecia, y los conocimientos que hay de esos niños no son suficientes. Muchos desaparecen tras su llegada a Suecia, y hay muy poca información acerca de lo que sucede después de esto. El informe presenta un número de niños no identificados, sospechosos de haber sido expuestos a la trata de personas, y cómo podemos seguir trabajando de un modo más adecuado para proteger y apoyar a los niños». [...]

Este verano, el periodista independiente Mikael Funke reveló en el periódico *Sydsvenskan* que se sospechaba que treinta y dos niños habían sido utilizados en el tráfico sexual, la mayoría de los cuales eran refugiados. Tras la información en *Sydsvenskan* de que la policía no quería recibir las denuncias sobre la trata de personas, fue el propio cuerpo de policía el que se denunció para evitar responsabilidades.

[...] Las autoridades policiales tienen varias explicaciones de por qué las denuncias que se presentan no llevan a un proceso judicial. «Por lo general, el relato de unos hechos no es suficiente para que haya un proceso judicial, sino que hacen falta pruebas que lo respalden, como por ejemplo testimonios, escuchas telefónicas, reconocimientos físicos, etc. Dichas pruebas pueden ser difíciles de obtener posteriormente. También hay casos en que los niños se escapan de las casas de acogida para ir en busca de los maltratadores que, a menudo, son los únicos adultos a los que el niño puede recurrir, y es frecuente que los niños guarden lealtad a estos, aunque les hagan daño.» [...]

En el estudio de 2015 se encontró que la mayoría de los niños de los que se sospechaba que habían padecido trata de personas o delitos similares tenían entre quince y diecisiete años (el 72 por ciento). El 13 por ciento era menor de once años. Algunos eran niños de solo dos años. En el grupo de los de quince a diecisiete años, la distribución era uniforme entre chicos y chicas, mientras que en el de los once a catorce años había más chicos, y en el de los dos a diez años más niñas. El 9 por ciento de los niños tenía ciudadanía sueca, mientras que el 13 por ciento eran ciudadanos de otro país de la Unión Europea y otro 13 por ciento eran de otros países europeos. El 61 por ciento procedían de un país africano o asiático. [...]

Entre 2012 y 2015 se iniciaron treinta y nueve investigaciones preliminares por sospechas de trata de niños. Todos los casos fueron sobreesidos excepto uno, en el que se dictó auto de procesamiento por trata de personas. Desde 2012 no ha habido ningún enjuiciamiento por trata de menores.

NURI KINO,

Svenska Dagbladet, 18 de septiembre de 2016

En el margen mi padre había vuelto a escribir algo y esa vez iba dirigido a mí, sin ninguna duda:

«P, no dejes que Jante te detenga».

El problema era que yo no entendía a qué se refería. Se me quedó la mente en blanco, sobre todo por lo mucho que me sorprendió todo lo que acababa de leer.

Cuando volví a meter los artículos en la carpeta de plástico entró Pelle.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó.

—Nada —dije, volviendo a guardar la carpeta en mi bolsa.

Intenté ocultar lo indignada que estaba. Las palabras de Bella resonaban en mi mente: «La

primera vez que me violaron acababa de cumplir ocho años... ¿Recuerdas aquel sótano del que te hablé, en el que me encerraron? No eran niños los que estaban detrás, ni tampoco monstruos imaginarios los que bajaron a saludarme esa noche. Eran adultos... Es la primera vez que se lo cuento a alguien... Son unos cerdos. Nos hacen creer que estamos locas, que no valemos nada. No les creas. ¡Todo lo que dicen es mentira! El tatuaje que viste... Era como una marca a fuego que servía para demostrar que formábamos parte de su rebaño, como animales».

Miré a Pelle, que parecía acabado después de los acontecimientos de los últimos días. A pesar de ello, no sentía ninguna empatía, ninguna consideración. Y menos después de enterarme de todas sus mentiras.

—¿Cómo estás?

—Regular —respondió.

Se detuvo, quería decirme algo.

—He pensado... —dijo—. Tal vez necesites pedir la baja por enfermedad o algo así. ¿Tú qué opinas?

Sonreí. Se notaba que estaba deseando deshacerse de mí, no tener que verme y que no le recordara a Bella. ¿Tal vez incluso estaba implicado en su muerte?

—No es mala idea —dije.

A Pelle se le iluminó la cara.

—Excelente —dijo—. De hecho, he pedido cita para ti esta tarde con un médico que nos suele ayudar. Tiene el consultorio a la vuelta de la esquina, en Sturegatan.

—Me parece muy bien. Gracias.

Pelle salió y yo me quedé sentada junto al escritorio mientras miraba delante de mí sin ver nada.

¿Tráfico de personas?

«¿Prostitución infantil?»

¿Aquí en Suecia?

Al salir de la oficina para ir al médico me pareció ver una sombra a mi espalda y me volví rápidamente. No había nadie.

Cuando llegué la puerta del médico en Sturegatan tuve la misma sensación y empecé a preocuparme. Seguía sin ver a nadie.

Los sucesos de los últimos días me estaban agotando.

¿Tal vez no era mala idea que me diera de baja por enfermedad, después de todo?

—¿Tienes ansiedad? —dijo el médico.

Tenía los dientes delanteros prominentes, llevaba gafas con cristales de aumento y, de nuevo, me pareció que estaba en una especie de escenificación de la realidad.

—¿Agotada? —continuó en tono intimidatorio—. ¿Estresada? ¿Quemada?

—Todo eso —dije—. Estoy acabada como artista.

El médico me miró con gesto reflexivo a través de sus gafas de cristales gruesos.

Culos de botella de Coca-Cola.

—¿Eres artista? —dijo con cuidado.

Me eché a reír sin querer. Al momento me concentré.

—Perdón —me disculpé—. No soy artista. Solo es una expresión.

—¿Necesitas hablar con alguien? —preguntó el médico, mirándome a través de los cristales con unos ojos enormes—. Puedo derivarte a un terapeuta muy bueno.

A un terapeuta otra vez. ¿Quién era ese tipo? ¿Estaba también implicado? Parecía más un actor secundario de los setenta que un médico privado de Östermalm.

¿O solo era que yo no podía confiar ya en nadie?

—No, gracias —decliné con amabilidad—. Nada de terapeutas. Creo que solo necesito descansar.

El médico escribió algo en un papel y luego me lo dio.

—Bueno, ya está —dijo, mirándome otra vez—. ¡Y no vuelvas hasta que no estés en forma!

Miré el papel. Me acababa de solicitar la baja laboral durante seis semanas por «agotamiento».

Cuando salí por la puerta del médico, él me estaba esperando con un cigarrillo entre los dedos índice y pulgar y con una mirada salvaje: «Björn».

—¡Sara! —dijo hecho una furia, tirando el cigarrillo—. ¡Tienes que escucharme!

Me puse furiosa.

—¿Eres tú el que me está persiguiendo todo el día? —grité, dándole un empujón en el tórax—. ¿Así que escondiéndote detrás de mí? ¿Eh? ¿Qué te pasa? ¡Búscate una vida de una vez y déjame en paz!

Björn blasfemó y me cogió del brazo. Tenía fuerza y no había forma de que me soltara.

—¡Escúchame! —dijo, acercándose tanto a mí que yo veía su rostro grotesco y distorsionado—. ¡Hay mucho dinero en juego y un montón de gente muy interesada! ¡No puedes ignorarme!

Intenté controlar mi respiración, pero era difícil. Björn me sujetaba el brazo con tal fuerza que me hacía daño. Un hombre mayor que iba por el otro lado de la calle se detuvo y nos miró, lo que hizo que Björn se calmara mientras intentaba que pareciera normal sujetar con toda su fuerza el brazo de otra persona.

—¡Maldita sea! Si no andas con mucho cuidado te pasará algo grave. ¡Estás jodida!, ¿no te enteras? —me dijo al oído, y pude percibir un leve silbido en su voz.

Miré a Björn a los ojos, vi el color de su rostro excitado y sus ojos entornados. Luego le escupí en la cara. Björn me soltó inmediatamente y me fui corriendo.

—¡Mocosa de mierda! —le oí gritar detrás de mí.

Corrí sin parar hacia la oficina y no volví la cabeza ni una sola vez y, cuando llegué a mi despacho, me parecía que los pulmones me iban a explotar. Me hundí en la silla frente a la foto en la que estábamos Bella y yo e intenté respirar profundamente.

«Björn.» Era evidente que tenía línea directa con los que estaban detrás de todo, quienesquiera que fueran. Por supuesto, yo tendría que haber hecho un movimiento más inteligente, y haberle sacado toda la información posible en vez de salir corriendo como una niña aterrorizada. Pero me parecía que no iba a poder, que no era capaz de seguir adelante.

Cuando me tranquilicé un poco envié dos mensajes. El primero dirigido a Fabian.

Björn me acaba de agredir en la ciudad —escribí—. ¡Está fuera de sí!

Después de unos minutos llegó la respuesta de Fabian.

¡Hola, Sara! Yo también he estado en contacto con Björn y, parece estar totalmente desequilibrado. Creo que debes tener cuidado con él. Intento localizarle. ¡Nos vemos esta tarde! Un abrazo. Fabian.

El otro mensaje se lo envié a Andreas, junto con los datos de contacto de Björn.

Björn está completamente loco. Me retorció el brazo y se puso a hablar a gritos de dinero y de grandes intereses. ¿Puedes buscar algo de él?

La respuesta de Andreas llegó inmediatamente.

Yo me encargo. Mantente lejos de él por el momento.

Esa misma tarde iba en el metro hacia Alvik mientras pensaba en Björn. Recordé la aversión instintiva que siempre había sentido hacia él como persona, y la sensación que tenía que se iba metiendo deliberadamente en nuestra familia para acercarse a nosotros.

¿Había reaccionado de forma instintiva porque había algo realmente turbio?

¿Era posible, como Andreas creía, que Björn estuviera involucrado en algún tipo de tráfico ilegal?

Por más que desaprobaba el comportamiento que había tenido conmigo ese día, me resultaba difícil creer algo así de Björn. En tal caso podía ser igualmente válido para Fabian y esta idea me parecía aún más inverosímil.

Iba a ser agradable dejar Estocolmo por un tiempo y alejarme de los dos.

¿Debía llamar de todos modos a la policía y decirles que Björn me perseguía como un maniaco? Tal vez ellos pudieran encontrar alguna conexión entre él y lo que le había ocurrido a Bella, o con la supuesta trata de personas de la que me habló Andreas.

El teléfono volvió a avisarme de que entraba un mensaje. Era de Andreas.

Björn investigado por violencia contra empleado público. Absuelto. Divorcio conflictivo, acusaciones de maltrato. Absuelto también. Sigo investigando, no metas a la policía. Mantente alejada. A.

Cuando llegué a Alvik el autobús se acababa de ir, así que decidí ir caminando a Olovslund. Estaba bastante lejos, pero no quería esperar de pie pasando frío. Mientras iba caminando, un par de veces volvió a darme la impresión de que me seguían, pero al volverme no había nadie.

Cuando llegué al chalet de Fabian todo estaba a oscuras y al principio, con una gran sensación de alivio, pensé que él no se encontraba en casa. Estábamos en diciembre y ya hacía varias horas que había oscurecido, pero en Olovslund había mucha decoración navideña, candelabros de adviento y luces en ventanas y jardines. Noté tanta calma y silencio alrededor que estuve a punto de llorar. Pero para mí no existía esa paz navideña; mi futuro estaba lleno de preguntas y de amenazas indefinidas.

Me reconfortaba la idea de poder estar sola en la casa y recoger mis cosas para luego irme de allí sin ser vista, y abrí la puerta de entrada con la esperanza de que Fabian no estuviera allí. Pero en cuanto crucé la puerta me di cuenta de que no era el caso. Había luz en el sótano y oí el ruido de la cinta de correr de Fabian. Había montado un gimnasio casero en una habitación para, como él decía en broma, no deteriorarse en el aspecto corporal a la espera de la muerte. Fabián me dijo que yo también podía utilizar el gimnasio, en el que había cinta de correr, bicicleta estática, esterilla de yoga y barra con pesas, así como un televisor de pantalla plana por si querías entretenerte mientras entrenabas en la cinta o en la bicicleta.

No se oía la televisión, solo el ruido de los pies de Fabian golpeando rítmicamente la cinta: tap, tap, tap, tap, tap. Se había comprado unas zapatillas nuevas para correr y me las había enseñado hacía unos días. Blancas, exclusivas; seguramente el último modelo.

De pronto me recordaron las zapatillas de Tobias.

«Tap-tap-tap-tap-tap.»

Y entonces cayó en su lugar la pieza del puzzle que faltaba, de un modo tan cruel y repentino que me hizo dar un gran salto. La sensación era tan desagradable que me dolía todo el cuerpo.

Fabian enfrente de mí en el sofá la tarde que le hablé de Bella y Micke.

«¿Cómo te va con Tobias, el terapeuta? ¿Te gusta?»

El problema era que nunca le había dicho a Fabian que iba a terapia.

Y menos que el terapeuta se llamaba Tobias.

¿Cómo podía saberlo? ¿Quién se lo había dicho?

¿Y cómo se le pudo escapar una cosa así?

¿Lo habría hecho a propósito? ¿Por qué?

«Tap-tap-tap-tap», seguía sonando en el sótano.

Y después oí otro ruido.

Tuve que agarrarme a la barandilla que llevaba a la planta de arriba. Después me hundí en la suave alfombra de la escalera, mientras el mundo se balanceaba con fuerza y todos los muebles del pasillo y del cuarto de estar de Fabian parecían haber cambiado de sitio. Finalmente, mi mirada se centró en el sacabotas de hierro fundido, con forma de escarabajo, que era un regalo de papá.

«Al entrar en tu casa, no olvides quitarte la porquería que traes del trabajo, y que también llevas en los pies.» Lentamente, casi como en trance, cogí el pesado sacabotas y luego me levanté con dificultad.

«Tap-tap-tap-tap-tap.»

Abajo en el sótano, subido a una cinta de correr, había un señor mayor, mayor incluso de lo que era mi padre cuando murió. La carrera le cansaba, el cansancio hacía que se fatigara, y la fatiga...

Ese ruido agudo y sibilante que podía percibir con la misma nitidez que aquella vez en el túnel. Me pareció revivirlo todo y los sentimientos de entonces volvieron a invadirme: la impotencia, el pánico, esa sensación terrible mientras que el hombre me apretaba contra la grava y penetraba a la fuerza en mi cuerpo, contra mi voluntad, humillándome del modo más brutal que podía imaginar.

El anillo con el sello.

Las manos que me sujetaban.

En ese momento las vi claramente delante de mí, igual que las recordaba.

Manos velludas, con manchas de la edad.

Las manos de Fabian.

No sé cuánto tiempo me quedé allí, inmóvil en la oscuridad, al lado de la puerta iluminada del sótano, pero de repente Fabian estaba de pie delante de mí. Su respiración era agitada aún, y me miraba sorprendido con las manos en las caderas.

«No vales nada —oí que decía con su voz sibilante muy cerca de mi oído—. Solo eres una putita, un coñito, eres una inútil. Todo lo que te hago te lo mereces... Me he estado follando a niñas toda mi vida.»

¿O me lo imaginaba?

—Sara... ¿qué haces ahí de pie... a oscuras? —se extrañó Fabian.

No podría haber respondido aunque hubiera querido. Sin apartar la vista de él, sujeté con más fuerza el pesado sacabotas, a la vez que volvía a subir de espaldas la escalera.

—¿Sara? —preguntó él, dando un paso hacia mí.

No respondí, solo seguí subiendo la escalera con el sacabotas en la mano. Debía de parecer una loca, pues la mirada de Fabian reflejaba preocupación y desconfianza.

—Sara —dijo y en ese momento ya había recobrado su respiración normal—. ¿Por qué no contestas?

Continué subiendo la escalera, mientras que Fabian me seguía lentamente. Cuando llegué a la planta de arriba fui hacia el cuarto de invitados, pero en ese momento Fabian encendió la lámpara del techo.

Nos quedamos los dos inmóviles, parpadeando bajo la intensa iluminación.

Fabian vio el sacabotas que yo llevaba en la mano.

—¿Qué vas a hacer con eso? —dijo, intentando suavizar el tono de voz—. ¡Es mi sacabotas! ¡Vamos, dámelo para que vuelva a ponerlo en su sitio!

Tendió la mano hacia mí y yo levanté el sacabotas. De repente oí el sonido de mi propia voz, sorprendentemente tranquila y segura.

—No olvides mi formación militar —susurré—. Si te acercas un paso más, será lo último que hagas.

Fabian intentó sonreír.

—¿Me estás amenazando? —dijo, levantando las cejas—. ¿Después de todo lo que he hecho por ti?

—Sé que eres tú el que está detrás de todo esto.

Fabian negó con la cabeza.

—No sé de qué estás hablando —dijo—. ¡Debes de estar agotada! Y no es nada raro, teniendo en cuenta todo lo que te ha ocurrido.

Nuestras miradas se encontraron y se quedaron fijas, y en ese instante la expresión del rostro de Fabian cambió por completo. Se le endureció la mirada y frunció los labios en una sonrisa burlona. Fue como si de repente se hubiera dado cuenta de que no tenía sentido seguir con la farsa.

—Supongo que, con lo inteligente que eres, habrás descubierto la conexión —dijo en un tono tan suave que me preocupó.

En ese instante, mentalmente vi caer en su sitio algunas piezas más del puzle. El sacabotas que Fabian adoraba. El pequeño tatuaje al final de la espalda de Bella. Las notas de mi padre en el margen del artículo acerca del «escándalo del burdel». Y Cats Falck. ¿Qué tropiezo tuvo él en realidad?

«Skarabé.»

—*Skarabé* —dijo Fabian al mismo tiempo, casi como si pudiera leer mis pensamientos—. Un nombre brillante, ¿no crees? Creo que se remonta a la década de los cuarenta, cuando se inició el proyecto. Entonces yo ni siquiera había nacido. Ya sabes, en la egiptología, el escarabajo, o bola de estiércol, como se le llama, es mágico. Hace girar sus excrementos delante de sí del mismo modo que el sol gira en la bóveda celeste y por eso les pareció una buena forma de llamarle. — Fabian se rio de manera visceral—. Eso es lo que le pasa a la mayoría de esas chicas —dijo él—. Siempre arrastran su basura delante, como si no pudieran deshacerse de ella. Y nosotros tampoco queremos que lo hagan, al menos mientras nos sean útiles. —Fabian me miró profundamente a los ojos—. Pero es más poético aún —continuó—. El escarabajo también da valor, aumenta la vitalidad y previene la depresión, y justamente eso es lo que puede decirse de nuestra actividad. La bola de estiércol da a otros un amor incondicional. Igual que las chicas.

—Trata —dije enseguida—. Tráfico ilegal de personas. Prostitución.

—¡Oh, qué expresiones más modernas! —Fabian cerró los ojos—. Cuando empezó esta organización, todavía se hablaba de «chicas alegres», lo que creo que suena mucho mejor.

—¿Cómo es? —pregunté—. Me refiero a la organización de la que hablas.

—Si te refieres a quiénes son los que utilizan los servicios, llega a los estrados más elevados de la sociedad, como es natural —explicó Fabian—. Igual que en tiempos de Geijer, e incluso mucho antes. No hay nada nuevo bajo el sol. Hombres adultos y chicas jóvenes, tal como debe ser. Es natural. Y las que sois un poco mayores os enfadáis, os ponéis celosas. Eso también es natural. ¡Pero nosotros no tenemos la culpa!

Se rio.

Yo casi no podía respirar, pero tenía que hacer la pregunta.

—¿Y mi padre? —dije en voz baja.

Fabian me miró y mostró una sonrisa maligna. Después guardó silencio unos segundos.

—Imagínate que dijera que tu padre estaba involucrado —dijo al fin.

Nos miramos y yo apreté el escarabajo.

—Desafortunadamente no era así —dijo—. Cuando me regaló ese sacabotas no sabía nada. Es casi demasiado bueno para ser verdad, ¿no crees?

No respondí. Fabian se puso serio.

—Tu padre tenía un carácter raro —dijo—. Era muy aficionado a todo lo que tenía que ver con «la amistad», con «los amigos de siempre» y cosas así, pero no podía «relajarse». Parecía que tuviera siempre a un policía particular siguiéndole, resultaba incómodo y pesado.

«Papá no estaba involucrado.»

Tragué saliva y volví a apretar el sacabotas.

—¿Qué hicisteis con Bella? —dije en tono amenazador, sorprendida yo misma de mi tono de voz frío y seguro.

Fabian se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—En el estado en que se encontraba, no hubo que hacer casi nada —dijo—. Solo un ligero empujón. Pero ¿por qué sigues llamándola Bella? Sabes que su verdadero nombre era Olga.

Para mí fue como una ducha fría darme cuenta de que Fabian sabía todo lo que yo había hablado con Andreas esa misma mañana. Al mismo tiempo, hizo que aumentara mi determinación.

—Olga llegó aquí con doce años —continuó Fabian sin dejar de mirarme—. Muy desarrollada para su edad. Y a la vez tan... joven. ¡E interesada! Casi como un perrito, como suelen ser los huérfanos. Sedientos de amor. Complacientes. Era muy complaciente.

Sus palabras cortaban como cuchillos en mi interior. Al mismo tiempo, los pensamientos iban en distintas direcciones.

—¿Y tú eres el jefe de la actividad? ¿De *Skarabé*?

—No tanto como el jefe —dijo Fabian con fingida modestia—. Se podría decir que he asumido una gran parte de la responsabilidad.

—¿Y FLA? —me oí decir a mí misma—. ¿Qué significa?

Fabian sonrió con amabilidad. Daba la impresión de que quería darme unas palmaditas en la espalda.

—Eso tendrás que averiguarlo tú —dijo con suavidad, rascándose la barbilla con la mano izquierda, en cuyo dedo meñique llevaba un anillo de sello—. O como dicen los ingleses: Eso es para que yo lo sepa y para que tú lo averigües.

Las manos.

El anillo con el sello.

El sonido.

Me armé de valor para formular la siguiente pregunta.

—¿Por qué me sometiste a aquello en el túnel de Örebro? —dije—. ¿Qué mal te había hecho para merecer aquella atrocidad?

—Pequeña —contestó Fabian—. Tú nunca me has hecho ningún mal. Aquello no tenía nada que ver contigo, ni tampoco se trataba de sexo, como creo que sabrás. En ese apartado podríamos decir que la pequeña Olga era más de mi gusto, cuando era todavía muy joven.

—¿Y Björn? —me oí decir—. ¿Qué papel tiene en todo eso?

—Björn —dijo Fabian después de resoplar—. Björn solo es un tonto útil, afable e ignorante, pero sin la menor idea de lo que hacemos los demás. Por fin va de camino a un cementerio de elefantes en Sudamérica. Al parecer no soy el único que piensa que Björn es tonto. En cambio, tu padre no lo era. Se podía decir cualquier cosa de él menos que era idiota. Más bien todo lo contrario. Por desgracia, habría que añadir.

La conexión entre Fabian y mi padre hizo que saltaran chispas delante de mis ojos. De repente lo vi todo claro, como si alguien hubiera encendido una lámpara, esta vez en mi mente.

—Era a papá a quien querías herir. —Le hablaba con dureza—. Querías hundirlo y me usaste a mí para destrozarlo, para que cediera.

—Una chica lista —dijo Fabian—. Pero tu padre era difícil. Un hueso duro de roer, por decirlo de algún modo. Así que, después de todo, no llegamos al final. No conseguimos nuestro objetivo.

Lo miré fijamente. Me parecía increíble que pudiera sonreír aún con esa superioridad.

—Fuiste tú —le acusé—. Tú mataste a mi padre.

Fabian esbozó media sonrisa, pero con expresión triste.

—Fue una pena que terminara de ese modo —dijo—. Pero se volvió incómodo. Como una mala hierba en un jardín bien cuidado. Y, como sabes: las malas hierbas hay que quitarlas. Pregúntale a tu madre, ella es buena para eso. Igual que lo era Lennart. —Volvió a mirarme con su sonrisa de superioridad—. Por cierto, espero ver más a Elisabeth en el futuro —dijo—. Bastante más que hasta ahora. Ambos disfrutamos de la compañía del otro, como sabes. Siempre lo hemos hecho. —Ladeó la cabeza y se quedó mirándome pensativo—. Ahora la pregunta es qué vamos a hacer contigo —dijo—. Pequeña Sara.

En ese momento fue como si alguien hubiera soltado el freno en mi interior. Se me nubló la vista y, emitiendo un rugido, me abalancé sobre Fabian desde la poca distancia que nos separaba.

Sin embargo, no llegué al final. Como a cámara rápida, vi transformarse su rostro y pasar de la sonrisa de superioridad a un miedo cada vez mayor. Apreté con fuerza el sacabotas de hierro fundido, lo levanté por encima de mi cabeza y Fabian intentó agarrarse a la barandilla que tenía detrás. Debía de estar cansado después del entrenamiento, por lo que calculó mal la altura y, antes de que lo alcanzara, perdió el equilibrio y cayó de espaldas por las escaleras. Oí el ruido de su cuerpo golpeando escaleras abajo, lentamente, hasta que se quedó tumbado en el suelo de piedra al pie de la escalera. Seguí arriba, con el sacabotas en la mano, respirando con dificultad como si acabara de correr en la cinta, y esperé a que Fabian se moviera e intentara levantarse poco a poco.

No lo hizo. Permaneció totalmente inmóvil donde estaba.

Lo que me desespera es el silencio eterno.

Nuestra terrible búsqueda de consenso, de pensamientos semejantes a los nuestros, de satisfacer la necesidad de no sobresalir.

Es preferible cerrar los ojos cuando pasamos por la casa de nuestro vecino, aunque oigamos a niños que piden ayuda desesperadamente desde dentro, a poner a todos en una situación social incómoda llamando a la puerta y preguntando qué ocurre.

O tal vez incluso denunciándolo a la policía.

Nos hacemos los sordos y pasamos sin detenernos.

La ley de Jante en su peor versión.

Una sociedad no se define por la fortaleza de sus miembros ni por sus recursos, por más que hoy en día parezca que estamos convencidos de ello.

Una sociedad se define por su modo de cuidar a los débiles.

Pienso en la vulnerabilidad de los que han tenido que salir a buscar ayuda porque, por algún motivo, no han podido obtenerla en su propio entorno familiar, hayan nacido en Suecia o en el extranjero. Aquí, en Suecia, un país que se enorgullece de ser uno de los más seguros del mundo para los niños y los jóvenes y que, a diferencia de algunos de nuestros vecinos europeos, ha prohibido por ley todas las formas de castigo corporal, aquí no se lleva a la cárcel a esos débiles que practican la pedofilia y a los traficantes de personas. Mientras que los suecos pasamos por delante, hacemos oídos sordos y pensamos si irá mejor un petit chablis o un chardonnay australiano con la pasta con gambas de la cena.

Me da igual si es Eva Bengtsson, de catorce años en 1976 o es un refugiado sirio sin papeles de catorce años en 2017.

O si es Olga Chalikova, de doce años, con un ojo azul y otro color avellana, que entró ilegalmente a través de un tráfico de personas cínico y sin escrúpulos.

Están aquí, con nosotros. No tenemos que defraudarles.

Les defraudamos todo el tiempo, de las formas más elementales.

Les decimos que no valen nada, que no significan nada, que carecen de todo tipo de derechos humanos.

Después abusamos de ellos sin piedad.

Los únicos que definimos nuestro comportamiento somos nosotros mismos.

Somos nosotros los que no nos respetamos. Somos nosotros los que no hemos aprendido nada.

Reina el silencio.

Abajo en la calle aún parpadeaban las luces azules, coloreando nuestras caras con sombras extrañas. Me detuve en la escalera envuelta en una manta y una agente de policía me esperó paciente cuando me despedía del personal de la ambulancia.

—¿Seguro que no sufrió? —repetí y yo misma me asombré también esta vez del tono sincero y compasivo de mi pregunta.

—Con toda seguridad —dijo el hombre de la ambulancia, dándome unas palmaditas en el hombro—. Se fracturó el cuello y la muerte fue inmediata. No te preocupes, y por más terrible que sea, son cosas que ocurren, lamentablemente. La autopsia mostrará si tenía algún otro problema, si fue por ejemplo un infarto o un coágulo lo que ocasionó su caída. ¿Estás segura de que tu familia te espera esta noche en tu casa de Örebro?

Asentí.

—Por eso he de darme prisa y coger el último tren, de lo contrario tendré que pasar la noche en Estocolmo, y no quiso.

—Si coges ahora mismo tu bolsa y el transportín del gato y cierras la puerta, creo que podemos llevarte —dijo la policía.

El coche de policía circuló en medio del tráfico vespertino de Estocolmo en dirección a la Estación Central. La agente de policía me miraba a veces de reojo, pero fingía no darme cuenta.

—Como he dicho, tengo que escribir un informe —dijo—, y luego te llegará una copia por correo electrónico. Mi nombre y teléfono figuran en la misma, así que solo has de llamarme o enviar un mensaje si tienes alguna pregunta o se te ocurre algo más.

—Gracias.

—Tuvo muy mala suerte —continuó diciendo—. ¿Tú estabas todo el tiempo en tu habitación?

—Exacto —dije—. Como ya te he dicho, llegué del trabajo y oí que él estaba en el sótano entrenando. Yo iba a coger el tren a Örebro, como había acordado con mi familia, así que tuve que subir a recoger mis cosas, y mientras estaba allí, oí un ruido tremendo en el vestíbulo. Cuando llegué vi que estaba abajo al pie de la escalera y entonces llamé al 112.

La agente guardó silencio.

—Hay una cosa que me pregunto, y es por qué estaba el sacabotas encima de la mesa de la cocina. Parece un sitio raro para ponerlo —añadió.

Otra vez el sonido de mi propia voz tranquila y absolutamente convencida.

—A Fabian le encantaba —respondí—. Creo que incluso solía pulirlo.

—Sin duda fue así —dijo la policía con gesto pensativo—. Seguramente por eso estaba encima de la mesa. Había un montón de trapos al lado.

«Ninguna huella dactilar.»

Las limpié bien.

«Pero ¿por qué diablos no puse el sacabotas en el suelo después de limpiarlo?»

En la Estación Central cogí el transportín del gato y mi bolsa, le di las gracias a la policía y después me dirigí al andén del cual iba a salir el tren que iba a Örebro. Allí estaba Björn esperando, como habíamos acordado. Al verme, murmuró algo para sí y después se acercó y me abrazó.

—¡Hay que ver la de cosas que has tenido que pasar últimamente! —dijo con gesto contrariado.

Cuando quedó claro que la policía iba a dejarme marchar a Örebro ese mismo día, llamé a Björn para que nos viéramos en la estación. Le expliqué brevemente lo que le había ocurrido a Fabian, y también le dije que por un momento sospeché de él, pero que ya no tenía dudas.

—Perdona que te escupiera en la cara —me disculpé apenada—. ¡Me avergüenzo de ello!

—No tienes por qué hacerlo —dijo Björn—. Yo tampoco me porté del todo bien. ¿Te salieron moretones?

—No —exclamé—. ¡Soy una chica dura!

—Y te llamé «mocosa de mierda» —dijo Björn—. Discúlpame.

—Es exactamente lo que yo era.

Él se rio, negando con la cabeza.

—Me querías contar algo —dije—. Lo malinterpreté todo y me pareció que me estabas amenazando.

—Y yo me expresé de un modo algo confuso —replicó Björn—, porque todo está poco claro para mí.

Hizo una pausa.

—Vamos a ver —dijo—. Al principio creía que Lennart, tu padre, estaba implicado. Después vi indicios de que era justo lo contrario: era a él al que perseguían. Lo que es evidente es que se trata de mucho dinero. Pero ¿cómo y en qué forma? Lo ignoro. Solo te lo quería advertir para que tuvieras cuidado.

—Se trata de tráfico de personas —expliqué—. De prostitución de adultos y de menores. Bella, a la que conociste...

—¿Esa amiga tuya tan guapa? —se interesó Björn.

—... está muerta.

Me miró con expresión triste.

—Sara, lo siento —dijo—. ¿Cómo estás después de todo lo que ha ocurrido?

—No lo sé —respondí—. Hay muchas cosas más que tú no sabes.

Nos quedamos en silencio un momento y Björn encendió otro cigarrillo. Se movía inquieto, echaba el humo, miraba a las personas que pasaban por allí. Era más bien un hombre nervioso y neurótico, no tenía la calma y la serenidad de Fabian. Después de todo, tal vez no era tan raro que hubiera sospechado de él.

Al mismo tiempo, su presencia de pronto me alegraba porque ya no tenía que dudar de él; era como recobrar una pequeña parte de mi padre.

—Fabian mencionó algo de que te ibas a Sudamérica —dije—. ¿Es cierto?

Björn apagó de un pisotón el medio cigarrillo que le quedaba por fumar.

—¿Cómo diablos podía saberlo? —dijo—. ¡Ni siquiera es oficial aún! Pero es cierto que he recibido una oferta para ser trasladado a Colombia.

Cien años de soledad.

Por algún motivo se me vino a la cabeza el título del libro. La novela fue escrita por un autor colombiano. ¿Tal vez Björn tendría allí una nueva oportunidad?

—Acabo de declinar la oferta —dijo Björn.

—¿Qué? ¿No te quieres ir? —me sorprendí.

Björn negó con la cabeza.

—He pensado quedarme aquí por un tiempo y ayudarte —dijo—. Si quieres. Tenemos que aclarar muchas cosas. Me gustaría ir a Örebro y hablar de muchas cosas con vosotras tres.

La alegría que me produjo su decisión me sorprendió a mí misma, y sonreí mirándolo complacida.

—Ven cuando quieras —dije—. Yo también tengo miles de preguntas que hacerte, sobre mi padre y vuestra amistad y sobre muchas otras cosas. A mi madre también le gustaría que vinieras, lo sé.

—Ya he hablado con ella —contestó Björn—. Piensa lo mismo que tú.

Le di un abrazo.

—Gracias por venir. Ahora tengo que subir al tren.

—Nos veremos en Örebro —se despidió Björn sonriendo, y en ese momento vi por primera vez la similitud entre su sonrisa y la de papá—. Me gustará mucho ir.

—Y a mí que vengas —dije y en el fondo del corazón sentí que decía la verdad.

Cuando Björn se marchó me subí al tren, que a los pocos minutos se puso en marcha. En la ventana podía ver el reflejo de mi cara: al principio con el andén iluminado de fondo, después con las luces de la ciudad y al final con el paisaje oscuro.

«¿Cuál era mi papel en todo este espectáculo?»

Fabian estaba fuera del mapa, murió al fracturarse el cuello, y todo lo que yo sentía era un alivio indescriptible. Mentí a la policía y todavía no le había contado a nadie lo que ocurrió en realidad.

Se había hecho justicia.

Björn había sido desagraviado. Era un tipo raro con un carácter agresivo, sin duda, pero no era un violador ni un asesino. Ni un traficante de personas.

Fabian, sin embargo, estaba detrás de todas las cosas extrañas que me habían ocurrido últimamente. Ya estaba muerto, así que ahora se acabaría todo.

¿Qué le habría empujado a hacerlo?

¿Tenía celos y envidia de mi padre por su carrera profesional, porque estaba casado con mamá, porque él nos tenía a Lina y a mí?

Todo era confuso todavía, pero Fabian ya no estaba y ahora notaba una sensación de alivio que hacía muchos meses que no sentía.

Y si ello me convertía en una mala persona, me daba igual.

En el andén de Örebro me esperaban mi madre y Lina, y notaron que había llorado. Mi madre me abrazó y casi me levantó en vilo, como solía hacer mi padre.

—Pobrecita mía —dijo—. ¡Cuánto has debido pasar! Primero Bella y ahora Fabian, ¿cómo se puede tener tan mala suerte? ¡Pero ahora estás de baja por enfermedad y debes quedarte aquí hasta que hayas descansado bien!

—Claro que lo haré —repuse—. No lo dudes. Tendrás tiempo de aburrirte de mí antes de que me vaya.

—¡Oh! —exclamó ella—. Estoy tan contenta de que estés aquí que no encuentro palabras para describirlo. ¿Qué dicen en el trabajo? ¿Has podido hablar con él, como quiera que se llame? ¿Está de acuerdo?

—Pelle —dije yo—. Fue él quien propuso que solicitara la baja, me pidió cita en el médico y todo. Era como si quisiera deshacerse de mí.

—No me lo puedo imaginar.

Miré a la una y a la otra y, de repente, decidí que debía dejar de pensar en eso, al menos por el momento.

—¿Habéis cenado? —pregunté, cambiando de conversación—. ¡Estoy hambrienta!

—Precisamente habíamos terminado de cenar cuando llamó por teléfono la policía —dijo mamá—, pero queda comida para ti. Mientras preparaba la cena pensé que tendrías hambre al llegar, así que hice un poco más.

—Estaba riquísima —intervino Lina—. El guiso de pollo de mamá con lentejas y arroz silvestre.

—Mmmm —dije—. Hacía tiempo que no tenía tanta hambre.

Mi madre me miró con gesto de preocupación.

—¿Cómo te sientes, teniendo en cuenta lo de Fabian y todo lo demás? Sorprendentemente, pareces estar en muy buena forma.

Negué con la cabeza.

—La policía dijo que es a causa del shock —expliqué—. Es importante comer bien y dormir mucho, porque te abruma los sentimientos y eres consciente de todo, y puede ser duro. Pero he llorado tanto por Bella los últimos días que casi no me quedan lágrimas. Me parece que no puedo asimilar que Fabian también se haya ido.

—Lo comprendo —comentó mi madre—. Nosotras también hemos llorado durante horas. Creo que la policía tiene razón; vamos a concentrarnos en que comas bien y te vayas a la cama. Todo lo demás, poco a poco.

—Björn quiere venir a saludarnos —dije—. Me parece que podría ser divertido.

—Sí, ya me lo ha dicho.

Me miró pensativa.

—¿Así que os habéis abierto el uno al otro?

—Efectivamente —dije—. Y me alegro mucho de ello. Se parece más a papá de lo que yo creía.

Fuimos paseando por Örebro en la oscuridad de la tarde, de la estación a Grenadjärgatan, y luego seguimos hacia Rynninge. Por el camino fuimos charlando de la equitación de Lina y del trabajo de mamá, y otras cosas que no estaban relacionadas con Fabian ni con Bella. Al cruzar el puente seguimos por Strandvägen hacia delante y, sin que lo pudiera evitar, me dio un vuelco el corazón, como un ligero revoloteo en el pecho. Aún estaba destrozada por la muerte de Bella, aunque me hubiera mentido. Y la pérdida de Fabian había sido terrible en cierto modo. Era amigo de la familia desde hacía muchos años, y yo no sabía cómo encajar las piezas del puzle para poder descifrar quién fue realmente y qué papel había desempeñado en nuestras vidas y en la de papá. De repente, la ayuda de Björn me pareció sumamente valiosa.

Y ya habría tiempo de lamentarse y de pensar. Ahora solo quería permitirme el enorme alivio que me producía saber lo que ocurrió en el túnel aquella tarde del invierno anterior.

Ya no iba suelto por ahí un violador desconocido, a la espera de atacarme de nuevo, a mí o a alguna otra persona. Fue Fabian el que me violó y ahora estaba muerto, con el cuello roto en la cámara frigorífica de la funeraria.

Se había hecho justicia, aunque de un modo raro.

Había más preguntas que respuestas, pero finalmente había obtenido respuesta a la pregunta más difícil, que desde hacía muchos meses me suponía una carga enorme: ¿quién me violó?

Cuando miré hacia Rynninge me dio la sensación de que esa ciudad pequeña, con todos sus candelabros de Navidad en las ventanas y sus adornos luminosos en árboles y arbustos, se abría ante nosotras como un joyero cuyo contenido se ha desparramado, y tuve que contenerme para no reír o cantar de alegría. Ahora se acabarían todas las cosas raras, mi vida daría un nuevo giro y podría centrarme en lo esencial en vez de en cosas desagradables y misteriosas. De pronto me volvió a parecer interesante irme estudiar a Londres. ¿O tal vez a París? Todo estaba abierto ante mí, solo había que elegir y arriesgarse.

Llegamos a casa, y en escasas ocasiones me había sentido tan feliz y segura cuando entramos y encendimos las luces. Dejé la bolsa en mi habitación, fui al cuarto de baño y me sonreí a mí misma en el espejo mientras me lavaba las manos. Mi madre calentó la comida y luego nos sentamos las tres a la mesa de la cocina y seguimos charlando de cualquier cosa que no fuera Bella y Fabian, conciertos y otras cosas del programa para las vacaciones de Navidad, y de los últimos chismes de la ciudad. Mamá me dijo que Sally había vuelto de España y quería verme, y me di cuenta de que mi amiga no sabía nada de lo que había ocurrido durante las últimas semanas, a pesar de su papel cuando estuvo en Estocolmo con Bella y conmigo.

Tenía muchas ganas de verla y de hablar con ella.

Y tenía que ponerme en contacto con Andreas para contarle lo que había ocurrido.

Pero aún no. Ahora solo quería, por fin, disfrutar. Relajarme después de tantos meses de preocupación.

Cuando terminé de cenar fregué los platos y luego saqué mis cosas de la maleta. Normalmente no solía molestarme en hacerlo cuando iba a casa para pasar el fin de semana. Pero ahora iba a quedarme más tiempo allí, ni siquiera sabía cuánto, así que metí mis cosas en los cajones con mucho cuidado y colgué en las perchas los pantalones vaqueros y los jerséis.

Después me puse uno de los viejos pijamas de franela que encontré en un cajón de la cómoda. Sentí lo mismo que cuando era adolescente e iba al instituto, cuando mi padre vivía y todo estaba como debía. Papá había muerto y su muerte estaba rodeada de signos de interrogación. Y Bella, a la que tanto quería, había muerto también. Igual que Fabian. Sin embargo, estaba contenta y sentía en mi interior una calma inesperada.

A partir de ahora todo iba a cambiar.

Bajé, me acerqué a Lina, que estaba mirando la tele, y le di un abrazo de buenas noches como solía hacer cuando vivíamos las dos en casa. Después subí otra vez al cuarto de baño, me lavé la cara, me cepillé los dientes y me volví a sonreír a mí misma en el espejo. Me sentía libre y fuerte, y preparada para seguir adelante con el resto de mi vida; esa vida que, como si hubieran pulsado la tecla de pausa, se detuvo aquella tarde en el túnel, hacía ya casi un año.

Cuando me metí en la cama, disfrutando de mi habitación de antaño bajo la luz rosada de la lámpara de noche, entró mi madre. Creía que se iba a sentar en el borde de la cama y me iba a acariciar el cabello, como solía hacer cuando venía a darme las buenas noches. Pero se quedó de pie en la puerta. Vi que tenía la cara muy pálida, así que me levanté de la cama, fui hacia ella y la abracé. Fabian había significado mucho para ella; debía ser eso. Y ella aún no sabía nada de lo que yo había descubierto de él.

—¿Cómo te encuentras, mamá? —pregunté con amabilidad—. ¿Estás muy cansada?

Negó con la cabeza. Vi que estaba temblando. Me eché hacia atrás y le miré la cara. La tenía tan blanca como la tiza y sus bellos ojos estaban llenos de lágrimas.

—Ha muerto Björn. —Se le quebró la voz.

—No, mamá —dije en voz baja, acariciando suavemente su cabello—. El que ha muerto es Fabian.

Las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas, pero ella no parecía darse cuenta.

—Acaban de llamar —continuó—. Se ha matado con la moto. Iba solo.

Me quedé mirándola y ella me miró a los ojos.

—¿Por qué no se acaba nunca? Es como si el diablo andara suelto.

En ese momento, Lina se quedó de pie en la habitación, mirándonos.

—¿Qué ocurre? —dijo—. ¿Estáis hablando de Fabian?

Ambas la miramos sin decir nada.

—Mira —dijo Lina tendiéndome un sobre—. Esto acaba de caer encima de la alfombra de la entrada, debajo del buzón. He abierto la puerta, pero no había nadie.

Estiré el brazo lentamente y cogí el sobre, mientras los pensamientos no paraban de dar vueltas en mi cabeza.

En el sobre ponía: «Sara». Nada más.

¿Sally?

¿Alguno de mis antiguos amigos?

¿Por qué no podía ser Andreas?

La habitación dio media vuelta alrededor de mí.

«Loca, loca, loca.»

Abrí el sobre.

En su interior había un trozo de papel sin ningún texto, solo la imagen de un sello. Un escudo de armas con tres letras y tres coronas adornadas con una corona mayor, como el emblema nacional de Suecia en miniatura.

—F... L... A... —leyó Lina por encima de mi hombro—. ¿Qué significa?

Mi madre estalló en un llanto desgarrador.

Lina miraba a mamá y luego a mí alternativamente.

—¿Por qué estáis tan alteradas? —preguntó confusa—. ¿Qué ha pasado ahora?

No respondí, solo estrujé el trozo de papel con tal fuerza que me clavé las uñas en la piel. Después lo dejé caer al suelo, junto con mi alegría, mi alivio y todas mis esperanzas para el futuro.

La primera entrega de la «Trilogía de la Resistencia» es un impactante *thriller* que pone al descubierto las zonas más oscuras de un poder capaz de manipular la realidad y para el que la verdad es la peor de las amenazas.



Sara ha decidido dejar su hogar para comenzar una nueva vida en Estocolmo y tratar de olvidar el último año de su vida. No solo sufrió un salvaje ataque a manos de un desconocido camino de la fiesta de una amiga, sino que su padre murió en un incendio en circunstancias no aclaradas. Recién llegada a Estocolmo, Sara conoce a Bella, quien le ofrece trabajo inmediatamente en una de las agencias de relaciones públicas más importantes de la capital.

Quizás Sara es solo una mujer traumatizada, quizás no es capaz de aceptar que la vida puede sonreírle... O quizás la intuición de Sara esté mucho más cerca de la verdad de lo que debería para que su vida no empiece a correr auténtico peligro.

La crítica ha dicho:

«Un cruce entre "Millennium" y La chica del tren en un thriller que es imposible dejar de leer.»

Nextory

«Una novela que se lee conteniendo el aliento.»

Camilla Läckberg

Louise Boije af Gennäs es una guionista y escritora sueca, autora de varias novelas que han sido excelentemente acogidas por público y crítica, tanto en Suecia como en Alemania. Es creadora de *Rederiet*, la telenovela más longeva en la televisión sueca que lleva en antena desde 1992. Feminista militante, Louise es, además de escritora, cantante de jazz. Su «Trilogía de la Resistencia» se ha traducido a ocho idiomas.

Título original: *Blodlokan*

Publicado por primera vez por Bookmark förlag, Suecia

Publicado por acuerdo con Nordin Agency AB, Suecia

Edición en formato digital: septiembre de 2019

© 2018, Louise Boije af Gennäs

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2019, Francisca Jiménez Pozuelo, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Composición digital a partir de las imágenes de Istock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-6601-5

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Flor de sangre

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Sobre este libro

Sobre Louise Boije af Gennäs

Créditos